
MI
SANTA
SECRETO
Riley Flowers

Mi Santa Secreto

Riley Flowers

Índice

Title Page

Sinopsis

Aviso de derechos de autor y descargo de responsabilidad

1

Emma

2

Ethan

3

Emma

4

Emma

5

Ethan

6

Emma

7

Emma

8

Emma

9

Ethan

10

Emma

11

Ethan

12

Emma

13

Emma

14

Emma

15

Ethan

16

Emma

17

Emma

18

Emma

19

Ethan

20

Emma

21

Ethan

22

Emma

23

Ethan

24

Emma

25

Ethan

26

Emma

27

Ethan

28

Emma

29

Ethan

30

Emma

31

Ethan

32

Ethan

33

Emma

34

Ethan

35

Emma

36

Emma

37

Emma

38

Emma

39

Ethan

40

Emma

41

Ethan

42

Emma

43

Emma

44

Ethan

45

Emma

Epílogo

Emma

Hola, querida lectora!

Adelanto de Mal momento – Santa perfeco

¡Una sorpresa para ti!

Información sobre Riley

Sinopsis

Una noche. Un beso. Un error que lo cambió todo…

Mientras crecía en la lujosa finca Conway, la tranquila Audrey, amante de los libros, siempre supo que no pertenecía allí. Su madre trabajaba como ama de llaves para la familia. Terry Conway, el encantador chico de oro con una sonrisa que derretía su corazón, estaba completamente fuera de su alcance. Y, sin embargo, sus momentos juntos eran mágicos.

Entonces llegó un beso. Apasionado. Perfecto.
Y al día siguiente, él se fue sin decir ni una palabra.
Diez años después, Audrey sigue atormentada por aquella noche y por el chico con el que nunca dejó de soñar. Ha renunciado al amor, se ha volcado completamente en su negocio de catering... y sí, sigue siendo virgen. Porque en el fondo, siempre imaginó que sería él: Terry.

Ahora ha vuelto. Ya no es el chico de al lado, sino un empresario multimillonario que organiza una gala benéfica. Cuando contrata a la empresa de Audrey para que organice el evento, sus mundos vuelven a

chocar. La química es explosiva. ¿Las emociones? Imposibles de ignorar.

Pero el regreso de Terry no es una mera coincidencia. Esconde secretos sobre el pasado y sobre por qué se marchó.
Audrey se ve obligada a elegir: hacer caso a su cabeza y alejarse, o seguir a su corazón y lanzarse a los brazos del hombre que se lo rompió.

¿Será este el mayor error de su vida? ¿O el mejor de su vida?

Aviso de derechos de autor y descargo de responsabilidad

Copyright © 2025 Riley Flowers

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción total o parcial por cualquier medio.
Este libro es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

1

Emma

Sé exactamente en qué punto mi vida se fue completamente a la mierda: asiento 43B, vuelo 447 de Emirates.

Me hundo más en mi asiento de clase turista e intento sobrevivir respirando por la boca. Cinco horas. Todavía cinco horas hasta Silver Valley. Cinco horas embuchada en esta lata de sardinas voladora, mientras mi vecino de asiento despliega su tercer menú de Burger King. El olor a cebolla y patatas fritas compite con su sudor para ver qué apesta más intensamente.

Mis manos se clavan en los reposabrazos cuando el avión hace un ligero giro. Odio volar. Lo odio con cada puta fibra de mi cuerpo. La estrechez. La pérdida de control. El hecho de que haya treinta mil pies entre el suelo firme y yo. Sé que, estadísticamente, es un miedo irracional. Volar es más seguro que conducir, eso dicen siempre. Pero a mi sistema nervioso, que entra en modo pánico con cada pequeña turbulencia, eso le importa una mierda.

—¿Quiere? —El Tío Cebolla me pone una patata frita grasienta bajo la nariz.

—Gracias, estoy llena. —De tu olor corporal.

Detrás de mí, un niño berrea como si lo estuvieran peinando con un martillo. Otra vez. Y otra vez. La madre no hace nada. Hace *scroll* en su móvil e ignora el hecho de que su hijo está provocando un tinnitus colectivo a todos los pasajeros de alrededor.

Delante de mí, un respaldo se abate hacia atrás de golpe por tercera vez en diez minutos. Un tipo con gorra de béisbol y camiseta de tirantes en pleno diciembre me sonríe por encima del hombro.

—Perdona, guapa. Piernas largas.

Sonrío. Es la sonrisa que reservo para las reuniones de padres, cuando los padres intentan explicarme por qué es imposible que su hijo haya atascado el baño del colegio con papel higiénico.

—Sin problema.

Dos filas más allá, una pareja se está pegando el lote como si esto fuera un motel y no el vuelo 447 de Emirates. Ella gime. Él gruñe. Yo muero por dentro.

Esta es mi vida. Emma Wells, treinta y cuatro años, profesora de arte con un máster, sentada en clase turista preguntándose cuándo exactamente todo en su vida salió tan espectacularmente mal. Si pienso que además pronto es Navidad, podría ponerme a llorar ahora mismo.

Hace solo un año estaba planeando una exposición en una galería de Chelsea. Mi propio arte. Mi visión. En lugar de eso, acabo de aceptar un nuevo trabajo en provincias. En mi ciudad natal.

El avión da una sacudida. Mi vaso de plástico con vino tinto tibio se tambalea peligrosamente. Intento agarrarlo, pero el Músculos elige exactamente ese momento para volver a echar su respaldo hacia atrás de golpe.

El vaso vuelca.

—¡Mierda!

El vino se derrama sobre mi jersey de cachemir color crema. El único bueno que me regalé las pasadas Navidades. La tela absorbe el líquido como una esponja, y solo puedo mirar impotente cómo se extiende una mancha enorme, como si me hubieran disparado y me estuviera desangrando.

—¡Oh, joder, lo siento! —El Músculos se da la vuelta, pero su disculpa no suena muy convincente.

Doy toquecitos histéricos con las diminutas servilletas del avión, lo que es aproximadamente tan efectivo como una tirita en una herida de bala. El vino gotea sobre mis vaqueros. Tengo las manos pegajosas. Todo huele a Cabernet barato.

—Joder, joder, joder.

—¿Señora? —Una azafata aparece en el pasillo. Su sonrisa profesional parpadea al ver el desastre—. Oh, vaya. Déjeme ayudarla.

Me pasa un fajo de servilletas, pero ambas sabemos que es inútil. Mi jersey está arruinado. Mi dignidad también.

—¿Hay algún sitio por aquí...? —Gesticulo impotente—. ¿Algún lugar donde pueda adecentarme un poco?

La azafata frunce el ceño. En su placa pone Amara.

—Los baños son muy estrechos. Pero... —Mira hacia Primera Clase—. Un momento.

Desaparece tras la cortina que nos separa a los mortales de los ricos y guapos. Probablemente allí huele a jazmín y éxito en lugar de a cebolla y chicle pisoteado.

Amara vuelve con la cara radiante.

—Tiene suerte. Un pasajero de Primera Clase ha ofrecido su suite para que pueda cambiarse.

—¿Su suite? —Parpadeo—. ¿Los aviones tienen suites?

—En Emirates sí. —Baja la voz—. Normalmente no se nos permite dejar que los pasajeros de turista... —Hace un vago gesto con la mano.

—¿Entren en los templos sagrados?

Amara sonríe. —Más o menos. Venga.

Agarro mi bolso y la sigo por el pasillo. El niño detrás de mí grita una octava más alto. La pareja de tortolitos está llegando al clímax. O al menos eso parece.

Entonces, la cortina de Primera Clase se desliza a un lado y entro en otro mundo.

Aquí todo está amortiguado. La iluminación, los ruidos, incluso el aire parece más puro. Amplios asientos de cuero que se convierten en camas. Vasos de verdad en lugar de vasos de plástico. Espacio. Muchísimo espacio.

Amara me guía hacia una puerta. Una puerta de verdad, no solo una cortina.

—Por aquí.

Abre la puerta y entro en algo que parece una pequeña habitación de hotel de lujo. Asientos de cuero color crema forman una pequeña sala de estar. Una pantalla plana en la pared. Un bar con vasos de cristal. Incluso orquídeas frescas en un jarrón.

Y en medio de todo, sentado, hay un hombre que podría estar en la portada de la revista GQ.

Levanta la vista de su portátil y, por un momento, se me corta la respiración. El traje gris oscuro le sienta perfecto, probablemente hecho a medida. Su pelo oscuro es un poco demasiado largo para ser conservador, pero encaja perfectamente con su rostro anguloso. Y esos ojos. Azules e intensos, que me miran fijamente un instante antes de apartarse educadamente.

—Gracias por... —Me callo. Algo en él me resulta familiar. La forma en que inclina la cabeza. La línea de sus hombros.

—No hay problema. —Su voz es profunda y culta—. El baño está ahí. Incluso tiene ducha, por si la necesita.

Una ducha. En un avión. Naturalmente.

—Termino enseguida —murmuro.

—Tómese su tiempo. —Vuelve a su trabajo, tecleando lo que parece una fila interminable de números.

El baño es un baño completo. Mármol. Grifería dorada. Toallas mullidas con el logo de Emirates. Y, efectivamente, una ducha. Resisto el impulso de hacer una foto. Lila no se lo creería.

Me quito el jersey arruinado y lo meto en una bolsa de plástico. Sin embargo, mi camiseta interior también se ha mojado. Me la quito y, solo en sujetador, asomo la cabeza por la puerta.

—Disculpe... ¿no tendrá por casualidad una camiseta seca para mí?

El hombre mantiene la mirada un momento demasiado largo en mi hombro desnudo, luego vuelve a mirarme a los ojos.

—Un momento.

Va al dormitorio y vuelve con una camisa planchada.

—Puede quedarse con esta. Probablemente le quede un poco grande, pero al menos está seca.

Lo pienso un segundo y luego acepto la camisa. Al hacerlo, nuestros dedos se rozan brevemente y es como si recibiera una descarga eléctrica. Cierro la puerta tras de mí.

Mientras me cambio, no puedo dejar de pensar en el hombre. ¿De qué lo conozco? Esos ojos...

Cuando vuelvo a salir a la suite, está tecleando de nuevo en su portátil. Sus dedos vuelan sobre el teclado.

—Muchas gracias —digo—. Ha sido muy amable.

Levanta la vista y de nuevo me atraviesa esa sensación de familiaridad.

—El asiento a mi lado está libre, si quiere.

—Oh, yo... no es necesario.

Una pequeña sonrisa juega en sus labios.

—Podía oler a su vecino de asiento desde aquí.

El calor me sube a las mejillas. —¿Tan malo es?

—Peor. —Cierra su portátil—. Quédese. De todas formas estoy trabajando. Y, sinceramente, es agradable tener compañía que no intente venderme algo.

Hay mil razones por las que debería negarme. No pinto nada aquí. No conozco a este hombre. Pero la idea del Tío Cebolla y el niño gritón...

Se levanta para hablar con Amara y aprovecho la oportunidad para mirar alrededor. La suite tiene incluso un pequeño dormitorio detrás de otra puerta. Un dormitorio. En un avión.

—Todo arreglado. —Vuelve y señala el sillón de cuero junto al suyo—. Póngase cómoda.

Me hundo en el cuero suave como la mantequilla. Es como un abrazo muy caro.

—Entonces, ¿cómo se lla...?

—¿Champán? —Amara aparece como de la nada.

—Después de la catástrofe del vino, mejor no.

—¿Whisky? —sugiere él—. Tengo una botella excelente de Macallan.

Dudo. Xanax y alcohol no son una buena combinación. Por otro lado...

—Por qué no.

Sirve dos vasos, me pasa uno. Nuestros dedos se tocan brevemente y salta una pequeña chispa. Electricidad estática. Nada más.

—Por los encuentros casuales en vísperas de Navidad —dice.

—Y por los jerséis arruinados.

Chocamos los vasos. El whisky es suave, ahumado y probablemente más caro que mi alquiler mensual.

—Entonces —digo—, ¿qué le lleva a Silver Valley?

—Negocios. —Se recuesta—. Un par de reuniones. Cosas aburridas. ¿Y usted?

—Tengo un nuevo trabajo allí. Y familia.

—¿Un hombre? —Arquea una ceja.

Me río. —Oh, Dios, no. Mi vida amorosa no solo está muerta, sino que fue incinerada y las cenizas esparcidas a los cuatro vientos.

—Eso suena... definitivo.

—Después de mi última relación decidí que las plantas son mejores compañeras de vida. No te llevan la contraria y no olvidan los aniversarios.

—Pero tampoco pueden beber whisky.

—Una desventaja lamentable. —Doy un sorbo a mi vaso—. ¿Y usted? Viaje de negocios no suena a familia.

—Puros negocios —confirma—. Rara vez viajo por motivos privados.

Las siguientes dos horas pasan volando. Hablamos de arte, de Nueva York, de todo y de nada. Nunca menciona de dónde viene exactamente, y yo no pregunto. Es extrañamente liberador hablar con alguien que no sabe nada de mí. Sin historia. Sin expectativas.

Bebo un whisky tras otro. En parte para adormecer mi miedo a volar, en parte para olvidar mi vida en general. Él sigue mi ritmo, vaso por vaso, pero parece llevarlo mucho mejor.

—¿Otro? —pregunta cuando mi vaso vuelve a estar vacío.

Debería decir que no, porque ya estoy achispada. La cabina se desenfoca ligeramente en los bordes. Pero su compañía es sorprendentemente agradable y la alternativa sigue siendo el Tío Cebolla.

—Por qué no.

En algún momento le cuento sobre mis sueños artísticos fallidos. Él habla de salas de juntas y negociaciones que parecen batallas. Nos reímos de historias absurdas de aviones.

—Me recuerda a alguien —dice en un momento dado. Las palabras suenan ligeramente arrastradas.

—Usted a mí también. —Miro fijamente mi vaso—. ¿No es extraño?

—Quizá nos conocimos en otra vida.

Me río. Suena un poco demasiado agudo. —¿Cree en esas cosas?

—¿En qué?

—Destino. Predestinación. Toda esa mierda romántica.

Me observa largamente. —Creo que algunos encuentros son inevitables.

El aire entre nosotros se vuelve más denso. Su mirada se desliza hacia mis labios. Me los humedezco inconscientemente y sus ojos se oscurecen.

—Esa es una teoría peligrosa —susurro.

—Me gusta el peligro.

Nos miramos fijamente. La tensión es eléctrica. Todo mi cuerpo vibra por el alcohol, por su cercanía, por algo que no quiero nombrar.

—Debería... —No sé cómo terminar la frase.

—Quedarse —dice en voz baja—. Debería quedarse.

Y que Dios me ayude, me quedo.

Más tarde culparé al alcohol. A la altitud. A la soledad. A todo menos a la verdad: que lo deseé desde el primer segundo.

Se inclina hacia delante. Lo encuentro a medio camino.

El beso es fuego. Sus labios son firmes y exigentes, saben a whisky y a promesas que no cumplirá. Mis manos encuentran el cuello de su camisa, atrayéndolo más.

—El dormitorio —murmura contra mis labios—. Tiene puerta. Privacidad.

Asiento. Hablar significaría pensar, y no quiero hacer eso ahora mismo.

Me guía a través de la pequeña puerta. La cama ocupa casi toda la habitación, pero es una cama de verdad con algodón egipcio y demasiadas almohadas.

Sus manos están en todas partes. En mi pelo. En mi cintura. Abriendo los botones de la camisa que me prestó, encontrando la

cremallera de mis pantalones. Tiro de su camisa, necesito piel contra piel.

—¿Segura? —pregunta cuando mi sujetador cae.

—Deja de hablar.

Obedece.

Sus labios encuentran mi cuello, succionando ligeramente en el punto donde mi pulso se dispara. Reprimo un gemido. Seguimos en un avión, aunque las paredes aquí sean más gruesas.

—Eres preciosa —murmura contra mi piel—. Jodidamente preciosa.

Sus manos se deslizan sobre mis pechos, los pulgares trazan círculos alrededor de mis pezones. Me arqueo hacia su toque, quiero más. Él me lo da. Su boca reemplaza a sus manos y tengo que morderme el labio para no gritar.

De alguna manera acabamos en la cama. Él sobre mí, yo debajo de él, con los miembros entrelazados. Sus pantalones han desaparecido. Los míos también. Solo una tela fina nos separa.

Mi ropa interior desaparece a continuación. La suya también. Y entonces no queda nada entre nosotros excepto calor, deseo y esa extraña sensación de familiaridad que no tiene sentido.

Besa su camino hacia abajo. Sobre mis pechos, mi vientre, más abajo. Detengo su cabeza antes de que alcance su objetivo.

—No... te quiero a ti. Ahora.

Sus ojos brillan de deseo. —¿Impaciente?

—Mucho.

Pienso brevemente en pedir un condón, pero a estas alturas mis instintos han tomado el control. Entonces él está sobre mí, dentro de

mí, y el mundo explota en colores.

—Joder. —La palabra se le escapa como una oración.

Lo sé. Se siente como volver a casa. Como algo que he estado esperando durante diecisiete años sin saberlo.

Se mueve despacio al principio, dejando que mi cuerpo se acostumbre al suyo. Pero yo no quiero despacio. Quiero fuego. Quiero arder.

Mis uñas se clavan en su espalda y él lo entiende. El ritmo se vuelve más rápido, más duro. La cama cruje suavemente. O quizás es el avión. Me da igual.

—Mírame —ordena con voz ronca.

Abro los ojos, que no sabía que había cerrado. Su cara está a centímetros de distancia. El contacto visual es demasiado íntimo, demasiado intenso, pero no puedo apartar la mirada.

—Qué bien —murmura—. Eres tan jodidamente perfecta.

Mis piernas se envuelven alrededor de sus caderas, atrayéndolo más profundo. El nuevo ángulo me hace jadear en busca de aire. Él se traga el sonido con un beso.

Siento que llega. El final, el abismo. Mis músculos se tensan.

—Déjate llevar —susurra contra mis labios—. Te tengo.

Y me dejo llevar. El mundo se hace añicos en mil pedazos. Le muerdo el hombro para no gritar.

Él me sigue por el precipicio, se corre con toda su fuerza.

Nos quedamos tumbados, entrelazados, respirando pesadamente. Debería moverme. Debería levantarme, vestirme, fingir que esto no acaba de pasar.

En lugar de eso giro la cabeza, beso su cuello. Él suspira, me atrae más hacia sí.

—Eso ha sido...

—Una locura —termino.

—Iba a decir increíble.

Me río suavemente contra su piel. —Eso también.

Rueda sobre su costado, llevándome con él para que nos miremos. Su mano aparta un mechón de pelo sudoroso de mi cara.

—Quédate aquí esta noche —dice en voz baja—. Conmigo.

—Aterrizamos en dos horas.

—Entonces quédate dos horas.

Debería decir que no. Pero su brazo alrededor de mi cintura se siente demasiado bien. La cama es demasiado cómoda. Y estoy demasiado cansada, demasiado satisfecha, demasiado feliz.

—Vale.

Besa mi frente y me acurruco en su pecho. Su respiración se vuelve más lenta, más regular. Se está quedando dormido.

Yo yazgo despierta, escuchando el latido de su corazón. Esto ha sido una locura. Una locura absoluta. Sexo con un extraño en un avión. ¿En quién me he convertido?

Murmura algo en sueños y se gira boca abajo. La sábana se desliza hacia abajo, revelando su espalda.

Y ahí lo veo.

En su hombro derecho, claramente visible bajo la tenue luz de la cabina. Un tatuaje. Tinta negra formando líneas artísticas. Un fénix resurgiendo de las cenizas, con las alas extendidas.

El mundo se congela.

Conozco ese tatuaje. Lo vi por primera vez a los diecisiete años, en la cama de mi habitación de la infancia en casa de mis padres. Tracé las líneas con mis dedos mientras él me explicaba lo que significaba. Renacimiento. Nuevo comienzo. Dejar atrás las cenizas de su antigua vida.

Ethan Maddox.

Mi cuerpo se queda helado. No es posible. No puede ser posible.

Pero las pruebas son abrumadoras. Los ojos azules. La familiaridad. La forma en que mi cuerpo lo reconoció, incluso si mi mente fue demasiado lenta.

Acabo de acostarme con Ethan Maddox.

El hombre que una vez me rompió el corazón.

Acabo de cometer el mayor error de mi vida.

Con manos temblorosas recojo mi ropa. Cada movimiento es angustiosamente lento por miedo a despertarlo. Me visto en la oscuridad, tanteando en busca de mis zapatos.

Se mueve en sueños y murmura algo. Mi corazón se detiene, pero no se despierta.

Me deslizo hacia la puerta, abriéndola centímetro a centímetro.

Entonces huyo.

De vuelta a través de Primera Clase. De vuelta al Tío Cebolla y al niño que patea y a mi antigua vida, que de repente ya no parece tan mala.

Me abrocho el cinturón y miro por la ventana hacia la oscuridad. En dos horas aterrizamos. En dos horas empieza mi nueva vida en

Silver Valley.

Una vida en la que Ethan Maddox vuelve a existir.

¿Qué coño he hecho?

2

Ethan

El avión cae como una piedra y mi estómago se rebela contra la repentina ingravidez.

La mujer de turista ha desaparecido y no ha dejado nada más que sábanas revueltas y ese aroma a vainilla y whisky que se aferra obstinadamente al aire. A eso se suma esa sensación que se clava en mi pecho y que, por más que quiera, no puedo nombrar.

Me abrocho la camisa y descubro un mechón de pelo castaño miel en mi manga. Sedoso, se desliza entre mis dedos cuando lo arranco y lo dejo caer.

—¿Señor Maddox? —La voz de la azafata suena tensa por el intercomunicador—. El capitán le pide urgentemente que se abroche el cinturón. Tenemos un problema meteorológico grave.

Por la ventanilla puedo ver a qué se refiere. El cielo se ha convertido en una pared giratoria de color blanco, atravesada por velos grises que bailan como fantasmas furiosos alrededor de las alas. Esto no es solo la tormenta de nieve de la que advirtieron en Chicago; esto es una catástrofe natural en toda regla.

La aeronave es sacudida como si un gigante la tuviera en sus puños y la agitara. Los gritos de la clase turista atraviesan incluso la puerta insonorizada de mi suite, y me pregunto involuntariamente si ella también grita. Si tiene miedo.

Mis dedos se agarrotan alrededor de los reposabrazos mientras intento entender los últimos treinta minutos. Una mujer desconocida entra en mi suite, me mira como si pudiera ver directamente dentro

de mi alma, y entonces pierdo todo el control que he construido laboriosamente en los últimos años.

Pero querías perder el control, susurra una voz en mi cabeza que suena sospechosamente a verdad.

El avión se inclina tanto hacia la izquierda que mi vaso de agua se desliza de la mesa y se hace añicos. Las luces parpadean como en una mala película de terror.

—Señoras y señores, les habla su capitán. —La voz tiembla ligeramente, lo cual, en un hombre que lleva volando treinta años, no es buena señal—. Debido a condiciones meteorológicas extremas, debemos realizar un aterrizaje de emergencia inmediato. El aeropuerto disponible más cercano es el Regional de Grand Rapids en Minnesota. Por favor, sigan todas las instrucciones de la tripulación de cabina.

Grand Rapids. Conozco el lugar: un pueblo de mala muerte en medio de la nada, normalmente solo para jets privados y vuelos regionales. Pero si incluso un piloto con treinta años de experiencia quiere hacer un aterrizaje de emergencia allí, debe ser grave.

El avión vuelve a caer en picado, y esta vez las máscaras de oxígeno caen del techo. Amarillas y amenazantes se balancean frente a mí, mientras afuera la tormenta aúlla como un animal herido. Me pongo la máscara sobre la boca y la nariz y respiro el sabor metálico del oxígeno de emergencia.

A través del zumbido en mis oídos oigo a alguien rezar el padrenuestro. Las alas se doblan peligrosamente con el viento, y me sorprendo pensando en la Navidad. Solo faltan dos semanas para Nochebuena. La inauguración de la galería, las reuniones con inversores, toda la maldita gala de Navidad de la Fundación... todo podría terminar en esta tormenta de nieve.

Y tu último pensamiento sería una desconocida con pelo castaño miel.

El aterrizaje se parece más a un accidente controlado. El piloto lucha contra vientos cruzados que lanzan el avión de un lado a otro como si fuera un juguete. Por la ventanilla veo la pista de aterrizaje: una estrecha franja de asfalto rodeada de paredes de nieve de metros de altura y, detrás, nada más que bosque. Las luces del "aeropuerto" consisten en un puñado de lámparas y una torre diminuta.

Cuando las ruedas finalmente hacen contacto con el suelo, los frenos chirrían de forma ensordecedora. El avión se tambalea sobre la pista helada, y puedo sentir cómo el piloto contravolantea con todas sus fuerzas. Patinamos hacia el final de la pista, donde la pared de nieve se alza como un muro blanco.

Entonces nos detenemos. Así, sin más. Los motores rugen una vez más y luego se callan. Silencio.

Alguien empieza a aplaudir, luego otro más, y de repente todo el avión aplaude como si acabáramos de ganar el campeonato mundial y no solo hubiéramos evitado la muerte por los pelos.

Por la ventanilla observo cómo los pasajeros bajan a la nieve por una pasarela inestable. El viento les azota la cara con cristales de hielo, y la mayoría tiene que agarrarse a la barandilla para no salir volando. La iluminación navideña de la pequeña terminal parpadea valientemente contra la oscuridad: una sola guirnalda de luces que deletrea MERRY CHRISTMAS, aunque una de las R ya se ha fundido.

Entonces la veo. El pelo castaño miel ondea salvajemente en la tormenta mientras lucha contra el viento. Su abrigo es demasiado fino para este tiempo, y tiembla visiblemente. Un empleado del

aeropuerto le pasa uno de los chalecos reflectantes naranjas para que permanezca visible en la ventisca.

Se gira una vez más hacia el avión y mira directamente hacia mi ventanilla. Por un momento podría jurar que nuestras miradas se encuentran, aunque es imposible. Luego baja la cabeza y se abre paso a través de la nieve hacia la terminal.

—¿Señor Maddox? —La azafata está de nuevo en la puerta—. Ya podemos desembarcar. Me temo que las condiciones son... rústicas.

Rústicas es quedarse corto. El viento corta como mil cuchillos a través de mi traje, y en segundos tengo los dedos entumecidos. La nieve cae tan densa que apenas puedo ver a tres metros de distancia. La terminal resulta ser un almacén reconvertido con una zona de espera improvisada donde ya se apiñan los primeros pasajeros.

Un árbol de Navidad de plástico raquítico está en un rincón, decorado con estrellas de papel hechas a mano. Alguien ha puesto una máquina de café que ya atrae una larga cola. Niños lloran, parejas discuten, y en algún lugar suena en una radio "I'll Be Home for Christmas"; la ironía es imposible de ignorar.

Mientras muchos de los otros pasajeros corren desesperados de un lado a otro o se sientan apáticos en algún banco, yo voy directo al mostrador donde está sentada una joven empleada del aeropuerto.

—¿Cuándo seguimos?

—Hoy probablemente ya no. La tormenta está empeorando.

Joder. Mi reunión mañana por la mañana. Desactivo el modo avión de mi móvil y constato con alivio que tengo cobertura.

—¿Dónde está el hotel más cercano?

—A solo un par de millas. Sin embargo...

Justo cuando va a seguir hablando, un hombre con una parka gruesa se acerca a mí pisando fuerte. En su pecho pone Sheriff.

—¿Señor Maddox? Soy el sheriff Anderson. Estoy a cargo del alojamiento de emergencia hasta que la aerolínea se haga cargo.

—Bien. Necesito la mejor habitación disponible. Suite, si es posible.

Anderson se frota la nuca. —Sí, ahí tenemos un problema. El Northern Lights Inn solo tiene cuarenta y cinco habitaciones. Con más de doscientos pasajeros varados...

—¿Quién dirige el hotel?

—La dueña se llama Maggie, pero...

—Lléveme con ella. Reservo todas las habitaciones.

Anderson parpadea. —¿Usted quiere qué?

—Todo el hotel. Para esta noche. O más tiempo, dependiendo de cuánto dure esta tormenta.

—Señor Maddox, con todo el respeto, pero ahí enfrente una madre intenta mantener caliente a su bebé. Y allí detrás hay una pareja de ancianos que tiene sus medicamentos para el corazón en el equipaje, al que nadie puede acceder.

—No es mi problema.

Pero mi mirada sigue su gesto. Una mujer joven mece a un bebé que llora, su cara marcada por el agotamiento. La pareja de ancianos comparte una fina manta de avión.

—Escuche. —Anderson se acerca más, baja la voz—. Sé quién es usted. Maddox Technologies. El pez gordo. Pero esto es una situación de emergencia. Esta gente necesita ayuda.

—La aerolínea se...

—La aerolínea tardará horas en organizar algo aquí. No conocen nuestro pequeño pueblo. No tenemos infraestructura para esto.

Una niña pequeña corre llorando hacia su madre. Su abrigo de invierno es demasiado fino para estas temperaturas.

Mierda.

—¿Qué sugiere? —pregunto secamente.

—Dos o tres personas por habitación. Familias juntas. Usted puede quedarse con la suite, pero...

—No necesito ninguna suite. Solo una habitación para mí solo. Los demás pueden repartirse el resto de las habitaciones.

Anderson me estudia. —¿Usted paga por todos?

—Envíe la factura a mi asistente. —Le tiendo una tarjeta de visita—. Pero quiero mi propia habitación. No es negociable.

—Trato hecho. —Me estrecha la mano.

Me doy la vuelta para irme, pero Anderson me retiene. —¿Señor Maddox? Gracias. La gente no olvidará esto.

—Solo asegúrese de que nadie sepa mi número de habitación.

Mi móvil vibra. Sarah, mi asistente.

—Señor Maddox, ¿está bien? Acabamos de recibir la noticia del aterrizaje de emergencia.

—Estoy bien. Estamos atrapados en Grand Rapids. Puede...

—Ya estoy en ello, señor. Intento contactar con el hotel local. Y el señor Hargrove ha sido informado del retraso. Él... bueno, ha tomado nota.

Lo que en el argot de Hargrove significa: está cabreadísimo. De eso tendré que ocuparme más tarde.

La mujer del avión está sentada sola en un banco cerca de la entrada llena de corrientes de aire, con el chaleco reflectante naranja todavía sobre su abrigo. Tiene el pelo aún húmedo por la nieve y se abraza a sí misma como si pudiera mantenerse caliente.

Saco dos vasos de café de la máquina y me acerco a ella.

—El café es miserable —digo, y le tiendo un vaso—. Pero está caliente.

Levanta la vista y su expresión es completamente neutral. Como si nunca nos hubiéramos visto. Como si antes no hubiera pasado nada.

—Gracias —murmura, y coge el vaso, cuidando meticulosamente de que nuestros dedos no se toquen.

—Parece que estaremos atrapados aquí un rato —digo, señalando el caos a nuestro alrededor—. El hotel no tiene suficientes habitaciones. Será una noche larga.

Da un sorbo al café y hace una mueca. —Es realmente miserable.

Ninguna insinuación. Ninguna sonrisa. Nada. Como si yo fuera un completo extraño que se ha sentado a su lado.

El silencio entre nosotros es lo suficientemente denso como para cortarlo con un cuchillo. ¿Qué coño está pasando aquí? Hace tres horas no podía tener suficiente de mí, y ahora me trata como a un extraño molesto.

—Oye —digo, inclinándome un poco hacia delante—. Si es por lo de antes...

—No sé qué hay que hablar de eso. —Su voz es cortante como el hielo, y ahora me mira directamente. Las motas doradas en sus ojos marrones brillan como luces de advertencia. Luego se levanta y me deja plantado. El café se derrama por el borde de su vaso mientras se aleja apresuradamente. La miro fijamente mientras se abre paso entre la multitud y desaparece en el otro extremo de la terminal.

¿Qué coño ha sido eso?

Mi orgullo —y seamos sinceros, mi ego— está tocado. Las mujeres normalmente no huyen de mí. Y menos después de que ellas...

¿Después de que ellas qué?, pregunta la voz en mi cabeza. *¿Después de que hayan cometido un error?*

El sheriff reaparece. —Señor Maddox, acabo de hablar con Maggie por teléfono. Está dispuesta a alquilarle todo el hotel, pero advierte contra —y cito— "cualquier aire de grandeza de ciudad". La señora tiene ochenta y dos años y sus propias ideas.

—¿Cuánto falta para que todos estén allí?

—¿Con este tiempo? El autobús tarda treinta minutos en cada viaje, caben veinte personas. Así que... —Calcula brevemente—. Cinco, seis horas hasta que el último esté en el hotel. Las familias con niños van primero, luego los mayores. Usted probablemente esté en el último grupo.

Genial. Cinco horas en esta terminal llena de corrientes de aire, mientras la bella desconocida me evita como a la peste. Y ni siquiera sé por qué.

Mi móvil vuelve a sonar. Sarah.

—Señor, el hotel está reservado. Todas las habitaciones. La dueña insiste en que los huéspedes se comporten, y pide el triple del

precio debido a las circunstancias.

—Páguelo.

—Ya está hecho. Ah, ¿y señor? La previsión meteorológica dice que la tormenta durará hasta mañana al mediodía. Posiblemente más. Definitivamente tendrá que pasar la noche allí.

Una noche en un hotel con cuarenta y cinco habitaciones y más de doscientas personas. Entre ellas una mujer con la que acabo de acostarme, pero que desde entonces parece odiarme.

Feliz puta Navidad.

3

Emma

El Northern Lights Inn parece sacado de una película navideña cursi. Solo que en esas películas no habría doscientas personas congeladas acampando en el vestíbulo.

Me abro paso entre la multitud, apretando mi bolso contra mí. Debajo de mi abrigo sigo llevando la camisa de Ethan, ya que mi camiseta —aunque ya seca— apesta a vino tinto y parece como si alguien hubiera intentado apuñalarme. No puedo cambiarme ahora mismo, porque nuestras maletas las traerán más tarde.

El caos reina por todas partes entre niños llorando y adultos maldiciendo, mientras el olor a abrigos de invierno mojados y desesperación flota en el aire. Un árbol de Navidad gigante preside un rincón del vestíbulo, sus luces parpadean alegremente en contraste con la miseria general.

—Disculpe, ¿señora? —Una señora mayor me toca el hombro—. ¿Sabe dónde nos registramos para las habitaciones?

—Yo... ni idea. Acabo de llegar también.

Asiente decepcionada y desaparece de nuevo entre la multitud. Debería ayudar, pero mis pensamientos siguen girando en torno a lo que pasó en el avión.

—¡Atención, gente! —Una mujer con uniforme del hotel está subida a una silla—. ¡Escuchen, por favor! ¡Un donante generoso ha pagado todas las habitaciones para esta noche!

Estallan los vítores, la gente se abraza mientras la mujer levanta la mano para pedir silencio.

—Sin embargo, tendrán que compartir las habitaciones. Dos o tres personas por habitación. Las familias permanecen juntas. Los viajeros individuales serán asignados. Las listas están en recepción.

La multitud fluye hacia la recepción y me dejo llevar. Al menos no tengo que dormir en el suelo del aeropuerto, aunque una parte de mí piensa que eso sería el castigo justo después del desastre en el avión.

—¿Nombre? —pregunta el recepcionista agotado.

—Wells. Emma Wells.

Hace *scroll* en su lista. —Habitación 237. Comparte habitación con la señora Patterson y su nieta. Segunda planta, al final del pasillo.

Cojo la llave y me abro paso entre la multitud. Los pasillos del hotel están decorados con guirnaldas, y de unos altavoces ocultos suena suavemente "Noche de paz". La ironía no se me escapa.

La habitación es pequeña pero limpia, con dos camas dobles y un baño diminuto. La señora Patterson resulta ser una encantadora setentona con predilección por las rebecas de punto y su nieta de seis años, Pia.

—¡Qué aventura! —dice alegremente mientras acuesta a Pia—. Imagínese la historia que será esto. ¡Varados en una tormenta de nieve! ¡Qué romántico!

Romántico. Si ella supiera.

Me refugio en el baño y miro fijamente mi reflejo. Mi pelo es un desastre, mis ojos están enrojecidos, y en mi cuello luce un chupetón pequeño pero definitivamente visible. Me abrocho apresuradamente el cuello de la camisa de Ethan más arriba.

Mi móvil vibra. Lila.

Lila: ¿¿¿DÓNDE COÑO ESTÁS??? ¡Mamá está preocupada! Yo: Tormenta de nieve. Aeropuerto cerrado. Estoy en un hotel. Lila: ¡OMG! ¿Estás bien? ¿Necesitas algo? Yo: Estoy bien. Llego mañana. Lila: ¿Segura? Suenas rara. Yo: Solo cansada. Día largo. Lila: Vale. Pero llama si pasa algo. ¡Love you!

Dejo el móvil y vuelvo a la habitación. Afuera ruge la tormenta y me preocupa si llegaré a tiempo a Silver Valley. Empiezo mi nuevo trabajo el lunes y no puedo permitirme llegar tarde.

—No se preocupe, querida —dice la señora Patterson, como si hubiera leído mis pensamientos—. El parte meteorológico dice que mañana mejorará. El domingo podremos seguir todos.

Asiento agradecida, me quito los pantalones y me tumbo en la cama. El colchón es duro, pero después de este día probablemente podría dormir en cualquier sitio.

Solo que la señora Patterson ronca. No solo un poquito. Suena como si alguien estuviera serrando un tronco.

Me doy vueltas de un lado a otro, me aprieto la almohada sobre la cabeza, pero nada ayuda. Las pequeñas campanas de Navidad en la ventana tintinean con el viento, y los ronquidos de la señora Patterson se vuelven más fuertes con cada minuto.

A las once y media me rindo. Me vuelvo a poner los pantalones, me calzo los zapatos y me escabullo de la habitación. Quizás un paseo ayude a despejarme la cabeza.

Los pasillos del hotel están desiertos, solo la iluminación navideña proyecta sombras cálidas en las paredes. Deambulo sin rumbo e intento sin éxito no pensar en Ethan.

¿Cómo pude no reconocerlo directamente? Esos ojos, esa sonrisa... pero diecisiete años son mucho tiempo. Se ha vuelto más

ancho, más masculino. El chico de entonces ha desaparecido, reemplazado por un hombre que sabe lo que quiere y lo toma.

Llego al vestíbulo, que ahora está casi vacío. Solo unas pocas figuras están sentadas dispersas en los sillones. Y allí, cerca de la chimenea...

Mi corazón se detiene.

Ethan está sentado solo en un sillón de cuero, con un vaso de whisky en la mano, mirando fijamente al fuego. La luz cálida baila sobre su rostro y por un momento lo hace parecer vulnerable.

Debería dar media vuelta. Inmediatamente. Volver a mi habitación, al concierto de ronquidos de la señora Patterson.

Pero mis pies no se mueven.

Levanta la vista como si hubiera sentido mi presencia, y nuestros ojos se encuentran a través del vestíbulo vacío. Un momento de reconocimiento parpadea en su rostro, luego sonríe.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

La familiaridad del tuteo me hace tragar saliva. Debería irme, pero en lugar de eso me oigo decir: —Mi compañera de habitación ronca.

Se ríe suavemente. —Por eso insistí en una habitación individual.

Naturalmente que lo hizo. Permanezco indecisa en el marco de la puerta, y él señala el sillón a su lado.

—Ven. He conseguido una botella del bueno. Parece que ambos podríamos necesitar una copa.

Es una mala idea. Una idea catastróficamente mala. Pero la alternativa es vagar sola por los pasillos o volver con la señora Patterson.

Me siento y me aseguro de mantener la distancia. Me sirve un vaso sin preguntar.

Nos sentamos en silencio, observando el fuego, mientras afuera el viento aúlla.

—Es una pena —dice de repente—. Una pena que simplemente te fueras.

Miro fijamente mi vaso. —Pensé que sería... más fácil.

—¿Lo fue?

—No.

Se ríe de nuevo, esa risa oscura y ronca que me produce escalofríos por la espalda. —Nada en este día de hoy ha sido fácil.

El reloj sobre la chimenea da la medianoche, y debería irme. En lugar de eso, doy otro sorbo.

—Cuéntame más sobre tu motivo de negocios —digo, aunque sé que no debería preguntar—. ¿Qué haces exactamente en Silver Valley?

Sus ojos se oscurecen. —Preferiría hablar de otras cosas. —Una pausa—. O hacer otras cosas.

El aire entre nosotros chisporrotea. Sé exactamente a qué se refiere, y mi cuerpo reacciona inmediatamente a la insinuación.

—Tengo una habitación —dice en voz baja—. Tercera planta. Con una chimenea que funciona. Y tengo más de ese whisky allí.

La invitación es inequívoca. Debería decir que no. Debería levantarme e irme y fingir que este día nunca existió.

Pero hay algo cautivador en ser deseada por él. Después de todos los años, después de que me rompiera el corazón y me

rechazara, ahora me quiere. Aunque no sepa quién soy realmente. O quizás precisamente por eso.

Es un cosquilleo tener este poder. Saber quién es él, mientras él no tiene ni idea de con quién está sentado aquí. La pequeña Emma Wells, de la que se rió entonces.

—Solo una copa —me oigo decir.

Una sonrisa lenta se extiende por su rostro. —Por supuesto. Solo una copa.

Se levanta y me tiende la mano. Dudo un momento, luego la agarro. Sus dedos se cierran cálidamente alrededor de los míos, y lo sigo a través del vestíbulo vacío hasta los ascensores.

¿Qué coño estoy haciendo aquí? Pero ya conozco la respuesta. Estoy haciendo lo que no pude hacer hace diecisiete años. Tomo lo que quiero. Aunque mañana por la mañana vuelva a estar hecho añicos.

Las puertas del ascensor se cierran y subimos en silencio. Su mano sigue sosteniendo la mía, su pulgar traza pequeños círculos en mi piel.

Tercera planta. Las puertas se abren.

—Última oportunidad para cambiar de opinión —dice en voz baja.

Debería aprovecharla. Debería volver al ascensor y huir con la señora Patterson y su concierto de ronquidos.

En lugar de eso, no digo nada.

Su sonrisa se ensancha y me guía por el pasillo hasta la habitación 312.

4

Emma

Hace 17 años

El aula de química huele a una mezcla de azufre, goma quemada y ese *eau de toilette* especial llamado "Desesperación Adolescente". Probablemente Kevin Miller ha intentado crear de nuevo su propio experimento; el mes pasado quería averiguar a toda costa si se puede convertir un chicle en explosivo. (Spoiler: No se puede, pero definitivamente se puede arruinar el techo).

Miro fijamente mi examen como si fuera un accidente de coche. El 47 rojo me devuelve la mirada, burlón y definitivo. Un cinco rotundo. Ni siquiera un cuatro menos, que aún se podría maquillar de alguna manera. No, un cinco de verdad, en toda regla, de los que ponen en peligro la beca.

—Mierda —murmuro, y considero si debería comerme el papel. Así al menos no habrá pruebas.

—¿Tan malo es?

La voz me hace sobresaltar como si me hubiera dado una descarga eléctrica. Mi cabeza se levanta de golpe, y ahí está él. Ethan Maddox. En todo su esplendor.

El sol de la tarde, que entra por las ventanas sucias del aula de química, lo enmarca como un maldito halo. Su pelo oscuro le cae despreocupadamente sobre la frente: ese tipo de despreocupación que probablemente ha requerido veinte minutos frente al espejo, pero que parece como si acabara de rodar fuera de la cama. Los vaqueros de diseño le sientan perfectos, el polo resalta unos hombros definidos por el entrenamiento de natación.

¿Y yo? Yo estoy sentada aquí con mi segunda sudadera favorita (la primera está en la lavadora después de que Lila la usara para su experimento de espaguetis), con una mancha de lápiz en la mejilla y la elegancia de un saco de harina mojado.

—Eh... —Respuesta inteligente, Emma. Realmente brillante. Quizás deberías babear también para completar la imagen.

Señala con un dedo perfectamente manicurado mi examen. —La química no es lo tuyo, ¿eh?

Su tono no es condescendiente, lo que me sorprende. Más bien... ¿curioso? Como si yo fuera un acertijo interesante que quiere resolver.

—Obviamente no. —Intento esconder la hoja, la meto debajo de mi estuche, pero él ya ha visto la nota. Naturalmente que la ha visto. Probablemente puede leer números desde el espacio con sus perfectos ojos de águila.

—¿Las reacciones redox? —Y entonces se sienta en la mesa a mi lado. Así, sin más. Como si fuera lo más normal del mundo que Ethan Maddox, capitán del equipo de natación, hijo del hombre más rico de la ciudad, se una a Emma Wells, cuyo mayor logro es llevar la misma camiseta tres días seguidos sin que nadie se dé cuenta.

—Son realmente jodidas —continúa, y sus piernas cuelgan despreocupadamente de la mesa. Lleva esas zapatillas caras que cuestan más que nuestro alquiler mensual—. Especialmente las reacciones de semicelda. Como si alguien hubiera pensado: "¡Eh, hagamos la química aún más confusa!".

—Todo es jodido —confieso, sorprendida por su tranquilidad—. No entiendo nada. Absolutamente nada. Las fórmulas me parecen jeroglíficos. Y si no apruebo esto...

—Pierdes la oportunidad de una beca —termina él la frase.

Lo miro fijamente como si acabara de leer mis pensamientos. Mis ojos se abren tanto que probablemente parezco un personaje de manga. —¿Cómo sabes eso?

Se encoge de hombros, un movimiento elegante que resalta la musculatura de sus hombros. No es que yo me fije en eso. En absoluto.

—Pueblo pequeño. Se oyen cosas. —Una pequeña sonrisa juega en sus labios, esos labios jodidamente perfectos—. Además, estabas bastante ruidosa en la biblioteca la semana pasada cuando hablabas de eso con Mia.

Oh. Dios. Mío.

El calor se dispara a mis mejillas, y estoy segura de que ahora tengo el color de un tomate demasiado maduro. —¿Estabas en la biblioteca?

—Sorprendente, lo sé. El pijo rico sabe leer. —Su sonrisa se ensancha—. Incluso libros sin dibujos.

—Yo no he dicho eso...

—Sí, lo has dicho. —Pero sonríe al decirlo. Sus ojos —y guau, son realmente azules, como el cielo en un día de verano radiante— brillan de diversión—. El mes pasado, a tu amiga. "¿Ethan Maddox? ¿El pijo rico que se cree que el colegio es suyo?". Creo que también dijiste algo de un "gilipollas engreído", pero no estoy seguro.

Oh, Dios. Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios. Por favor, querido suelo, ábrete y trágame. Acepto incluso el infierno. Cualquier cosa es mejor que esto.

—Yo... —Mi boca se abre y se cierra como la de un pez fuera del agua. Muy atractivo, Emma. Muy atractivo.

—Está bien. —Salta de la mesa en un movimiento fluido—. Pero solo para tu información: no creo que el colegio sea mío. Solo el laboratorio de química. —Me guiña un ojo—. Y el aparcamiento. Y quizás el gimnasio. Pero eso es todo.

Tengo que reírme a mi pesar. Es una risita sorprendida que brota de mí como el corcho de una botella de champán.

—Ahí está —dice, y su voz se vuelve más suave—. La sonrisa. Sabía que tenías una. Siempre pareces tan seria cuando vas por los pasillos. Como si cargaras los problemas del mundo sobre tus hombros.

Un momento. ¿Acaba Ethan Maddox de admitir que me observa? ¿Que siquiera sabe que existo?

¿Está él... oh, Dios mío, está Ethan Maddox flirteando conmigo? ¿Conmigo, Emma Wells, que se lava el pelo con lavavajillas cuando se acaba el champú?

—Escucha —se pone serio de repente, y veo por primera vez algo diferente en sus ojos. Algo real detrás de la fachada pulida—. Tengo un sobresaliente en química. Siempre. Es mi mejor asignatura. Las fórmulas, las reacciones... para mí tienen sentido. Es como... como música, ¿sabes? Todo tiene un ritmo, una lógica.

—Bien por ti —digo, e intento no sonar amargada. Debe ser genial cuando todo te resulta fácil.

—Bien por ti, quiero decir. —Se apoya contra mi mesa, y huelo su *aftershave*: algo caro que hace que mis hormonas bailen un tango—. Podría darte clases particulares.

—¿Qué? —Mi corazón da un salto mortal, tropieza, se recupera. ¿Acaba de...?

—Clases particulares. —Pronuncia la palabra lentamente, como si yo fuera corta de entender. Lo que en este momento

probablemente soy. —Ya sabes, te explico cosas, tú las aprendes, apruebas el examen, consigues tu beca. *Win-win*.

—¿Por qué harías eso? —La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla. ¿Desconfiada? ¿Yo? Jamás. (Vale, siempre).

Calla un momento, y pienso, ahora viene. Ahora dice que era una broma. Que Tyler y Jake están escondidos a la vuelta de la esquina con una cámara. Que todo esto es solo otra humillación para la chica pobre.

En lugar de eso baja la mirada, y por un momento parece vulnerable. Humano. —Porque eres la única aquí que me trata como a una persona normal. Aunque pienses que soy un pijo.

Abro la boca, la vuelvo a cerrar. ¿Qué se dice a eso?

—Quiero decir —continúa, y ahora es él quien parece avergonzado—, todos los demás ven el dinero o el apellido. Tú eres la única que me ladra cuando estoy en medio. Que no se disculpa cuando me manchas los zapatos de ketchup en la cafetería...

—¡Eso fue un accidente!

—...y definitivamente la única que me llama gilipollas engreído. —Vuelve a sonreír—. Eso nunca lo había hecho nadie.

—Sien...

—No te disculpes. —Su voz es firme—. Es refrescante. Tú eres refrescante.

Vale, ahora estoy segura de que estoy soñando. Enseguida me despierta Lila con agua fría, y estoy babeando sobre mi libro de matemáticas.

—¿Entonces? —Mete las manos en los bolsillos del pantalón, lo que empuja sus hombros hacia delante—. ¿Mañana después del colegio? ¿En la biblioteca?

Asiento, demasiado abrumada para hablar.

—Genial. —Va hacia la puerta, sus pasos seguros y confiados. En el umbral se vuelve una vez más—. ¿Y Emma? Trae chocolate como alimento para los nervios.

Lo miro con una expresión que está en algún punto entre la confusión y la incomprensión.

Ethan sonríe. —Está bien, yo llevaré algo.

Luego se va, y yo me quedo sentada como fulminada por un rayo. O por un meteorito muy atractivo que acaba de poner mi vida patas arriba.

Tengo exactamente treinta segundos para procesar lo que acaba de pasar, antes de que Mia irrumpa como un huracán con forma humana. Sus rizos rojos vuelan, sus ojos están abiertos de par en par.

—¿Ese era Ethan Maddox? —Suena como si acabara de avistar a Bigfoot—. ¿EL Ethan Maddox? ¿En NUESTRA aula de química? ¿Hablando CONTIGO?

—Él... me ofrece clases particulares. De química.

Los ojos de Mia se abren tanto que tengo miedo de que se le caigan de la cabeza. Luego su boca se tuerce en una sonrisa que solo puede describirse como diabólica.

—¿Clases particulares? —Hace comillas en el aire, moviendo las cejas sugestivamente—. ¿Es eso una palabra nueva para ya sabes qué?

—¡MIA!

—¿Qué? El tío parece salido de un catálogo de modelos —no, espera, parece como si el catálogo de modelos lo hubiera inventado ÉL— ¿y quiere darte clases particulares? —Más comillas en el aire.

Más movimiento de cejas—. ¿De qué, anatomía? ¿Biología? ¿La ciencia de los juegos amorosos horizontales?

—¡Es solo química! —Le tiro mi goma de borrar, pero la esquiva hábilmente. Los años de nuestra amistad la han convertido en una maestra en esquivar proyectiles.

—Oh, de eso estoy segura. —Su sonrisa se ensancha aún más —. Muchísima química. El tipo de química que hace pequeños bebés Ethan-Emma.

—¡Oh, Dios mío, para! —Pero siento cómo sonrío. Cómo radio. Cómo toda mi cara se siente como si alguien hubiera encendido una guirnalda de luces detrás.

—¡Emma y Ethan, sentados en el árbol, B-E-S-Á-N-D-O-S-E hasta que el árbol se rompa! —Mia baila a mi alrededor como una animadora poseída—. ¡Primero viene el amor, luego el matrimonio, luego viene Emma con un cochecito de bebé!

Tiro otra goma de borrar, luego mi lápiz, luego amenazo con tirar mi libro de matemáticas, pero no puedo dejar de sonreír. Ya me duele la cara de hacerlo, pero no se me quita.

—Estás coladísima —constata Mia cuando finalmente se ha calmado y se sienta a mi lado.

—No lo estoy. —La mentira sale automáticamente.

—Sí, lo estás. Tienes esa mirada.

—¿Qué mirada? —Intento forzar mi cara a una expresión neutral.

—La mirada de "Oh, Dios mío, Ethan Maddox ha hablado conmigo y nunca más me lavaré las manos".

—Esa no existe. Y definitivamente me lavaré las manos. La higiene es importante.

—Sí, esa mirada existe. —Me da un codazo—. Ya la tenías el año pasado, cuando te ayudó en la cafetería a recoger tus libros. Después de eso estuviste una semana sin andar normal.

—Eso fue... él solo fue amable. ¡Y yo tenía un calambre en la pierna!

—Claro. Un calambre. En la pierna. Que casualmente apareció después de que Ethan Maddox te tocara. —Mia pone los ojos en blanco—. Y mañana solo te da clases particulares. De química. Totalmente platónico.

—Exacto. —Recojo mis cosas e intento parecer despreocupada. Lo cual es difícil cuando por dentro estás dando volteretas.

—¿Emma?

—¿Mm?

—¿Qué te vas a poner mañana?

La pregunta me golpea como una bofetada. Oh, Dios. ¿Qué me PONGO mañana? Mi surtido de sudaderas no servirá. ¿Quizás la única camiseta sin manchas? ¿La del estampado de banda descolorido, en la que ya no se puede reconocer qué banda era?

—Vamos de compras —decide Mia—. Ahora mismo. Compras de emergencia.

—No tengo dinero para ropa nueva.

—Yo todavía tengo dinero de mi cumpleaños. ¡Vamos!

Y así me encuentro una hora más tarde en un probador de Target, mientras Mia me tira ropa por encima de la puerta.

—¡Demasiado rosa! —grito.

—¡Demasiado negro!

—¡Esto es transparente!

—¡Exacto!

Al final nos ponemos de acuerdo en una camiseta azul sencilla que resalta mis ojos, y unos vaqueros que realmente me quedan bien. No es nada especial, pero me siento como Cenicienta después de la visita del hada madrina.

Cuando me voy a la cama esa noche, no puedo dejar de sonreír. Mañana. Ethan y yo. En la biblioteca. Él me explicará química, y yo intentaré no babear o desmayarme.

Quizás —solo quizás— la química no sea tan mala después de todo.

5

Ethan

Hoy

La habitación 312 es cálida y oscura, solo iluminada por la chimenea parpadeante. Cierro la puerta tras nosotros y observo cómo ella mira alrededor de la habitación. Insegura, pero curiosa.

—El whisky prometido —digo, y señalo la botella en la repisa de la chimenea.

Se acerca y se queda paralizada. —Macallan, dieciocho años. La misma marca que en el avión.

—Tienes buena memoria.

—Demasiado buena a veces. —Sacude la cabeza—. Creo que hoy ya no tolero más whisky. El del avión ya ha hecho su efecto.

—Y qué efecto.

Se sonroja y se aparta. —Quizás esto no ha sido tan buena idea.

—¿Qué? ¿Venir aquí?

—Todo esto.

Me acerco más, no puedo evitarlo. —Ni siquiera sé tu nombre.

Se ríe, un sonido corto y nervioso. —¿Importa eso?

—Me gustaría saber cómo se llama la mujer que me hizo perder la cabeza en el avión.

—Anna —dice rápidamente. Demasiado rápido. —Mi nombre es Anna.

Es una mentira, lo siento al instante. Pero ¿por qué miente?

—Anna. —Pruebo el nombre—. No te pega.

—¿No? —Se gira hacia mí, y a la luz del fuego veo el desafío en sus ojos—. ¿Y qué me pegaría?

Estudio su rostro, intento resolver el acertijo que ella representa. —Algo clásico. Atemporal. Algo con historia.

Se estremece, pero se recupera rápidamente. —Piensas demasiado.

—Y tú evades.

La tensión entre nosotros chisporrotea como el fuego en la chimenea. Doy un paso hacia ella, y esta vez no retrocede.

—¿Qué quieres realmente de mí? —pregunta en voz baja.

—Para empezar, mi camisa, que todavía llevas puesta.

—Oh. Eh, sí claro, es que todavía no tengo mi maleta...

—Puedes quedártela. A cambio de un beso.

—¿Y luego?

—Luego ya veremos.

Se muerde el labio, una expresión que me vuelve loco. —Esto no es una buena idea.

—Eso también lo dijiste en el avión.

—Y tenía razón.

—¿La tenías? —Le aparto un mechón de pelo detrás de la oreja —. Se sintió bastante correcto para mí.

Su respiración se acelera. —No me conoces.

—Entonces deja que te conozca.

Me inclino hacia delante, despacio, dándole tiempo para retirarse. No lo hace. Nuestros labios se encuentran y es como si se cerrara un circuito eléctrico. El calor me inunda y la atraigo más hacia mí.

Ella suspira en mi boca, sus manos encuentran mi nuca. Por un momento olvido todas las preguntas, todas las dudas. Solo existimos ella y yo y esta sensación de corrección que no tiene sentido.

La empujo suavemente contra la pared junto a la chimenea. Mis labios viajan a su cuello, y ella inclina la cabeza hacia un lado, dándome mejor acceso.

—No deberíamos hacer esto —susurra, mientras sus manos se deslizan bajo mi camisa.

—Dime que pare.

—Yo... —Se calla cuando beso el punto sensible debajo de su oreja—. Oh, Dios.

Mis manos encuentran los botones de la camisa y esta vez no protesta. La luz de la chimenea baila sobre su piel, y la quiero. Otra vez. Todavía. Como si el sexo en el avión solo hubiera abierto el apetito en lugar de saciarlo.

Pero de repente se queda paralizada. Sus manos en mi pecho me detienen.

—Espera. No puedo.

Me retiro inmediatamente, respirando pesadamente. —¿Qué pasa?

Sacude la cabeza, abrochándose apresuradamente la camisa de nuevo. —Es solo que... ha sido un día largo. Estoy cansada. Y confundida. Y...

—¿Y?

—Y mañana seguimos volando y no nos volveremos a ver nunca. —Las palabras salen de un tirón—. ¿No es mejor dejarlo en un recuerdo perfecto?

Frunzo el ceño. —¿Quién dice que no nos volveremos a ver nunca?

Se ríe, pero suena triste. —Lo dice la vida. Tú vuelas a tu vida, yo a la mía. Así funciona esto.

—Pero no tiene por qué.

—Sí. —Da un paso atrás—. Confía en mí. Tiene que ser así.

Estudio su rostro, intento entender lo que no me dice.

—Quédate. —La petición sale antes de que pueda detenerla—. Solo para dormir. La cama es lo suficientemente grande.

Duda, y veo la lucha interna en sus ojos.

—Nada de sexo —digo—. Prometido. Solo... quédate.

—¿Por qué?

Buena pregunta. ¿Por qué quiero que esta mujer se quede conmigo?

—Porque se siente correcto —digo sinceramente—. Aunque no entienda por qué.

Me estudia largamente, luego asiente lentamente. —Vale. Pero solo dormir.

Le doy una de mis camisetas. Desaparece en el baño y aprovecho el tiempo para preguntarme qué está pasando aquí realmente. ¿Por qué todo en ella me resulta tan familiar? ¿Por qué tengo la sensación de estar perdiéndome algo importante?

Vuelve, perdida en mi camiseta demasiado grande, y nos acostamos. Entre nosotros hay suficiente espacio para todos los

secretos no dichos.

El fuego chisporrotea suavemente. Afuera aúlla el viento. Estoy tumbado boca arriba mirando al techo.

El lunes empieza mi vida real de nuevo. La galería, las reuniones, las obligaciones. La nueva comisaria, a la que aún no he conocido.

Pero esta noche hay una desconocida a mi lado que se siente como un recuerdo perdido, y no sé por qué eso parece más importante que todo lo demás.

6

Emma

A las seis de la mañana me escabullo de la habitación de Ethan como una adolescente después del toque de queda. Él todavía duerme, un brazo extendido sobre el lugar donde yo estaba tumbada. Por un momento me quedo en la puerta y lo observo, grabo esta imagen en mi memoria. Luego me obligo a irme.

La señora Patterson y Pia aún duermen profundamente cuando recojo mis cosas en silencio. Dejo una nota con un agradecimiento y me vuelvo a escabullir.

El vestíbulo del hotel está fantasmagóricamente vacío, solo un recepcionista somnoliento me saluda con la cabeza. Afuera ya espera el primer autobús lanzadera al aeropuerto, en el que también hay sentados algunos madrugadores.

Cuando llegamos, el pequeño aeropuerto ya está lleno de gente, todos ansiosos por seguir finalmente su camino. Facturo y me escondo en el rincón más alejado de la clase turista. Asiento de ventanilla, última fila. Tan lejos de Primera Clase como sea posible.

—Disculpe, creo que este es mi asiento.

Levanto la vista y examino al hombre que está de pie en el pasillo. Treinta y tantos, calculo, con ese típico look de periodista: pelo rubio oscuro demasiado largo que le cae sin arte sobre la frente, barba de tres días que parece cuidada para parecer descuidada. Sus ojos son de un gris azulado claro, casi incoloros, y me examinan con una intensidad que me pone inmediatamente a la defensiva. Lleva una chaqueta de cuero desgastada sobre una camiseta Henley y tiene una cámara profesional colgada al cuello.

—Sin problema —murmuro, y me deslizo hacia la ventanilla.

Guarda la cámara con cuidado en el compartimento superior, y noto cómo sus dedos acarician casi amorosamente la carcasa. Luego se deja caer a mi lado y me tiende la mano.

—Blake Mercer. Periodista.

Naturalmente que lo es. Esa aura de curiosidad intrusiva se le pega como una colonia barata. Estrecho su mano a regañadientes, que es sorprendentemente suave. Sin callos. Un hombre que trabaja con palabras, no con las manos.

—Anna.

—¿Solo Anna? —Sonríe, y es la sonrisa de un hombre acostumbrado a que esa sonrisa le abra puertas—. Qué misterioso.

El vuelo dura solo una hora, me digo. Una hora, y me libro de él.

—Usted también estaba en el Northern Lights Inn, ¿verdad? —pregunta casualmente mientras se abrocha el cinturón—. He revisado la lista de huéspedes; hábito profesional, ya me entiende. Nunca se sabe cuándo se tropieza con una buena historia.

Mi estómago se contrae. La lista de huéspedes. Naturalmente. Probablemente un fisgón como él ha encontrado una manera de conseguir los datos de contacto. Un billete de veinte dólares para un portero de noche aburrido, una sonrisa encantadora para la recepcionista.

—Fin de semana loco —sigue charlando—. ¿Ha visto quién ha pagado el hotel? Ethan Maddox en persona. El multimillonario.

Mi corazón tropieza. —¿Ah, sí?

—¿No lo conoce? —Blake me examina atentamente, y tengo la sensación de que esos ojos incoloros ven más de lo que me gustaría

—. ¿Maddox Technologies? ¿Uno de los multimillonarios más jóvenes del país?

—No me interesan especialmente las noticias económicas.

—Entiendo. —Se recuesta, pero su mirada permanece vigilante como la de un gato que observa a un ratón—. ¿Qué le lleva a Silver Valley? ¿Vacaciones?

—Familia.

—Qué bien. Navidad con la familia. —Rebusca en su bolsa—. Por cierto, vengo a menudo a Silver Valley. Estoy trabajando en una historia sobre la nueva generación de filántropos. Muy interesante.

Asiento solamente y espero que entienda la indirecta.

—Por si alguna vez necesita un buen fotógrafo... —Me tiende su tarjeta de visita.

Me la guardo sin mirarla. El resto del vuelo transcurre en un silencio tenso, interrumpido solo por sus ocasionales intentos de iniciar una conversación. Noto cómo de vez en cuando garabatea notas en una pequeña Moleskine, su letra ilegible y apresurada.

Cuando aterrizamos, soy la primera en saltar. Me estrujo pasándolo y corro hacia la salida.

Silver Valley me recibe con un cielo azul radiante y nieve brillante. La pequeña terminal del aeropuerto está decorada de Navidad, por todas partes cuelgan guirnaldas y luces.

—¡EMMA!

Lila se lanza hacia mí, un torbellino de pelo rojo y energía. Mamá la sigue más despacio, apoyada en su bastón, pero con una sonrisa radiante.

—Tienes un aspecto horrible —dice Lila a modo de saludo y me abraza efusivamente—. ¿Qué ha pasado? ¡Cuéntalo todo!

—Luego. —Abrazo a mamá con cuidado. Se siente más frágil que la última vez—. ¿Cómo estás?

—Mejor, ahora que estás aquí. —Me acaricia la mejilla—. Mi niña por fin está en casa.

Vamos al aparcamiento, Lila parlotea sobre todo tipo de cosas, mamá se agarra de mi brazo. Por un momento me olvido de Ethan, de Blake, de todo el caos.

Entonces mi móvil vibra.

Número desconocido: ¿Has tenido un buen vuelo, Anna? ¿O debería decir Emma? La lista de huéspedes del hotel fue muy reveladora. Deberíamos hablar alguna vez. - B.M.

Se me hiela la sangre. Me doy la vuelta y veo a Blake Mercer de pie en la salida del aeropuerto. Se toca el ala de su sombrero imaginario —un gesto que probablemente pretende parecer encantador, pero solo parece amenazador— y desaparece entre la multitud.

—¿Todo bien? —Mamá me mira preocupada.

—Sí, solo... publicidad.

Pero mis manos tiemblan mientras borro el mensaje. ¿Qué quiere de mí? ¿Y qué ha visto exactamente en esa maldita lista de huéspedes?

Lila me lanza una mirada aguda, pero no dice nada. Todavía no. Pero conozco a mi hermana. El interrogatorio llegará.

Conducimos por las calles nevadas de Silver Valley, pasando por casas decoradas y jardines delanteros brillantes. Parece una postal. Pacífico. Seguro.

Pero el mensaje de Blake Mercer arde en mi bolsillo, y sé que la paz es engañosa.

¿Qué coño está pasando aquí?

7

Emma

Hace 17 años

La biblioteca está casi vacía a las cuatro de la tarde; esa hora mágica en la que los empollones ya están en casa y los deportistas siguen entrenando. La señora Henderson está sentada en el mostrador tejiendo algo que pretende ser una bufanda o una serpiente. En el rincón más alejado, unas cuantas almas desesperadas se inclinan sobre sus libros como monjes sobre escrituras sagradas.

He elegido la mesa del fondo, estratégicamente posicionada entre la salida de emergencia (por si tengo que huir) y la ventana (por si quiero tirarme). Mis apuntes de química están esparcidos como los restos de una batalla perdida. Las fórmulas me miran fijamente como mensajes crípticos de una civilización alienígena.

—Perdona, llego tarde.

La voz me hace dar un respingo. Ethan se deja caer en la silla frente a mí con la gracia de un... bueno, de un ser humano muy elegante. Incluso su forma de desplomarse en una silla de biblioteca parece sacada de un anuncio.

Tiene el pelo aún húmedo y disparado en todas direcciones: ese *look* de "acabo de salir del agua" que en mí parecería un conejillo de indias ahogado, pero que en él parece... pues eso, Ethan Maddox.

—¿Baloncesto? —pregunto, aunque sé perfectamente que está en el equipo de natación. También sé que es el capitán, que tiene el récord escolar en estilo libre y que en bañador se ve como... ¡EMMA, CONCÉNTRATE!

—Natación. —Sacude la cabeza como un perro mojado y unas cuantas gotas de agua vuelan por el aire. Tres aterrizan en mi cuaderno cuidadosamente escrito, convirtiendo mis notas en pequeñas acuarelas—. ¡Oh, perdón!

—No pasa nada. —Seco las gotas con la manga e intento controlar los latidos de mi corazón. Está sentado tan cerca que puedo olerlo: cloro mezclado con ese gel de ducha caro que probablemente se llame "Tormenta de Medianoche" o "Trueno Ártico". En la gente normal, el cloro olería a piscina pública. En él huele a... fantasías.

—Bueno. —Atrae mi cuaderno hacia sí y sus dedos rozan los míos al hacerlo. ¿Ha sido a propósito? ¿Ha sido un accidente? ¿Estoy sobreanalizando? (Sí). —Reacciones redox. El terror de todos los alumnos desde la invención de la química.

—El terror de *esta* alumna —corrijo, señalándome a mí misma —. Los demás parecen entenderlo. Tyler sacó un sobresaliente la semana pasada.

—Tyler copió —dice Ethan secamente—. De mí. Y aun así cometió dos errores porque no entendía mi letra.

Tengo que reírme por lo bajo. —¿En serio?

—Palabra de honor. —Levanta tres dedos—. Aunque nunca fui *boy scout*. Mi padre decía que el camping es para gente que no puede permitirse hoteles.

La amargura en su voz es imposible de ignorar, pero la disimula rápidamente rebuscando en su mochila.

—Toma, he traído esto.

Saca una tableta de chocolate, pero no un chocolate cualquiera. Es de esa marca cara de la tienda *gourmet* de Main Street, la del

70% de cacao. Una tableta cuesta más que mi almuerzo de toda una semana.

—Alimento para los nervios —digo, recordando sus palabras de ayer.

—Exacto. —Parte un trozo —con precisión quirúrgica, justo por la línea— y me lo pasa—. Científicamente probado. El chocolate aumenta la concentración. O da felicidad. O ambas cosas.

El chocolate se derrite en mi lengua como un pedacito de felicidad líquida. Cierro los ojos un momento y, cuando los vuelvo a abrir, él me observa con una expresión extraña.

—¿Qué?

—Nada. —Se aclara la garganta—. A ver, lo más importante en las reacciones redox es que entiendas qué está pasando realmente. Imagina que los electrones son como... como dinero.

—¿Dinero?

—Sí. Algunos átomos son unos tacaños, quieren quedarse todos los electrones para ellos. Otros son generosos, los dan encantados. Y la redox es prácticamente la transferencia bancaria entre ellos.

La siguiente media hora es pura magia. Me explica química como si fuera una historia: con héroes (agentes reductores), villanos (agentes oxidantes) y dramáticas transferencias de electrones. Dibuja pequeños cómics en el margen de mi cuaderno, poniéndoles caras y bocadillos a las moléculas.

Y para mi sorpresa, lo entiendo. Por primera vez, la química tiene sentido.

—Eres un buen profesor —digo mientras revisamos un ejercicio.

—No es mi único talento. —Se recuesta, estirando los brazos sobre la cabeza. Su camiseta se sube un poco y... ¡EMMA!

¡QUÍMICA! ¡FÓRMULAS! —Además se me da bastante bien nadar. Y parecer sacado de un catálogo de modelos, según tu amiga.

El calor me sube a las mejillas más rápido que una reacción redox. (¡Eh, estoy aprendiendo!). —¿Has oído eso?

—Mia no es precisamente silenciosa. —Su sonrisa es diabólica —. Ayer también te preguntó si ya habías pensado en los nombres de nuestros hijos. Ethan Junior y Emmalia, por si te interesa.

Entierro la cara entre las manos. —La mato.

—Pero oye, me lo tomo como un cumplido. —Me da un toquecito con su bolígrafo—. No a todo el mundo lo comparan con un catálogo de modelos. Normalmente dicen que me parezco a mi padre. Lo cual es bastante menos halagador.

—Eres un creído de cuidado —digo, espiando a través de mis dedos.

—Lo dice la que me llamó pijo rico. —Arquea una ceja—. Y gilipollas engreído. Y creo que "anuncio de gomina andante" también estaba en la lista.

—¡Eso fue Mia!

—¿Segura?

—...Bastante segura.

—*Touché*.

Ambos nos reímos, y es ese momento —ese único y perfecto momento— donde todo cambia. El aire entre nosotros se vuelve diferente. Eléctrico. Como si nuestros propios electrones empezaran a reaccionar.

—¿Sabes qué odio de la señora Peterson? —dice de repente, y su voz se ha vuelto más baja.

—¿Que hace chistes de los que nadie se ríe? —Pienso en la semana pasada, cuando intentó contar un chiste de química. El silencio posterior fue tan fuerte que se podría haber oído caer un alfiler.

—Eso también. Pero principalmente que siempre dice "Maddox" como si fuera un insulto. —Se inclina hacia delante, imitando a nuestra profesora de química a la perfección—: "Ah, señor Maddox, por supuesto que tiene la solución. El dinero lo compra todo, ¿verdad? Incluso las respuestas correctas".

—¡No dice eso!

—Sí. El martes pasado. Literalmente. —Ethan juega con su boli, girándolo entre los dedos como una minibaton—. Como si yo tuviera la culpa de cómo se llama mi padre. Como si hubiera elegido nacer en esta familia.

La amargura en su voz me sorprende. Es como si una máscara se deslizara y mostrara algo real y vulnerable debajo.

—¿No os lleváis bien?

Se ríe, pero es un sonido duro. —Esa es una forma amable de decir "no podemos estar en la misma habitación sin que vuelen objetos". El domingo pasado me tiró un jarrón. Dinastía Ming. Ocho mil dólares. Falló.

—Ethan...

—Me estoy yendo por las ramas. —Se frota la nuca—. No quieres escuchar mis dramas familiares.

—No, está bien. —Dudo, y luego digo—: Mi padre y yo también discutimos a menudo. Bueno, discutíamos. Ahora...

—¿Ahora?

Las palabras se me atascan en la garganta como cristales rotos. —Está enfermo. Cáncer. Estadio cuatro. Los médicos... le dan unos meses más. Quizás.

—Mierda. —Ethan deja caer el bolígrafo—. Emma, lo siento muchísimo.

—Está bien. Quiero decir, no lo está, pero... —Me encojo de hombros con impotencia, sintiendo la opresión familiar en el pecho —. Uno sigue adelante, ¿no? Tiene que seguir adelante de alguna manera. Si no, mamá se desmorona. Y Lila...

—¿Lila es tu hermana?

—Mi loca hermana pequeña. Tiene once años y se cree la próxima Coco Chanel. —Una sonrisa cruza mi rostro al recordarlo—. La semana pasada intentó ponerse los tacones de mamá para ir al colegio. Se cayó por las escaleras. Afirmó que fue una entrada dramática.

—Valiente.

—Loca encaja mejor. Pero nos hace reír. Eso es importante, especialmente ahora. Cuando papá tiene sus días malos, ella baila por la habitación del hospital y le cuenta sus últimas creaciones de moda. El otro día hizo un vestido con papel de periódico. "Costura de reciclaje", lo llamó.

—Suena a que es alguien especial.

—Lo es. Es pesada como el infierno, pero es... es nuestro rayo de sol, ¿sabes?

—Familia —dice él en voz baja, y la palabra queda suspendida entre nosotros como un secreto compartido—. Maldición y bendición a la vez.

—¿Tu padre es difícil?

—Mi padre es... —Busca las palabras, y veo cómo se tensan los músculos de su mandíbula—. Es Richard Maddox. Eso lo dice todo.

Conozco el nombre. Todo el mundo en Silver Valley lo conoce. El hombre que posee media ciudad. El hombre sobre el que se susurra cuando se cree que nadie escucha.

—No siempre fue así —añade Ethan suavemente—. Cuando mamá vivía, era... diferente. No amable, pero más humano. Tras su muerte, algo murió en él. O se congeló. Ahora solo queda ambición y hielo.

—Tu madre...

—Cáncer. Yo tenía diez años. —Mira por la ventana, donde el sol se pone lentamente—. Gracioso, ¿no? Tenemos más en común de lo que parece.

—Los padres tienen un papel especial en la vida —digo tras una pausa, avanzando con cuidado—. Nos marcan, queramos o no. Para bien o para mal.

—¿Qué te ha enseñado el tuyo?

—Cómo hornear el pan perfecto —digo, sonriendo ante el recuerdo—. La corteza tiene que cantar, dice siempre. Y que siempre hay que estar ahí para la familia. Pase lo que pase. La familia es la harina que nos mantiene unidos.

—¿En serio? ¿Metáforas de harina?

—Es panadero. ¿Qué esperabas?

Ethan sonríe, pero no le llega a los ojos. —Mi padre me enseñó que los sentimientos son debilidad. Que el amor es una moneda que se gasta para conseguir algo. Que no puedes confiar en nadie, ni siquiera en ti mismo.

—Eso es...

—¿Una mierda? —Se ríe con amargura—. Sí. Pero efectivo. Tengo diecisiete años y ya estoy metiéndome en la gestión de dos de nuestras empresas.

—Ethan...

—Creo —me mira, y sus ojos grises son como una tormenta— que mejor dejamos el tema.

La intensidad de su mirada me corta la respiración. Estamos sentados frente a frente, solo la mesa entre nosotros, pero se siente como si no hubiera nada. Como si el mundo entero se hubiera reducido a este momento, a este espacio, a estos pocos metros cuadrados de biblioteca.

—Deberíamos... —Mi voz está ronca. Me aclaro la garganta—. El examen es la semana que viene.

—Cierto. El examen. —Pero no se mueve. Sus ojos retienen los míos—. ¿Emma?

—¿Sí?

—Gracias. Por escuchar. Normalmente no hablo... así. Con nadie.

—Normalmente yo tampoco escucho —confieso, intentando romper la tensión—. A los pijos ricos.

—Auch. —Pero ahora su sonrisa sí le llega a los ojos—. Supongo que me lo merezco.

—Un poco.

—¿Solo un poco?

—Vale, mucho.

—Mejor.

Trabajamos una hora más, pero todo es diferente ahora. Cuando me explica algo, se acerca más. Cuando resuelvo un ejercicio correctamente, sonríe radiante, como si acabara de ganar el Premio Nobel.

Su mano descansa sobre la mesa, a solo centímetros de la mía. Soy tan consciente de esa pequeña distancia, como si fuera una invitación.

Cuando recogemos, ya ha oscurecido fuera. La biblioteca se vacía, incluso la señora Henderson guarda su serpiente de ganchillo.

—¿A la misma hora mañana? —pregunta mientras se cuelga la mochila al hombro.

—Si tienes tiempo. —Intento sonar indiferente. Como si me diera igual. Como si no estuviera contando ya los minutos.

—Para ti, siempre.

Las palabras quedan en el aire como una promesa. Se levanta, pero se queda parado junto a mi silla.

—¿Emma?

—¿Sí?

Levanta la mano y, por un momento sin aliento, pienso que va a tocarme la mejilla. Sus dedos flotan a milímetros de mi piel y puedo sentir el calor. Luego los deja caer.

—Hasta mañana —dice solamente, y su voz suena áspera.

Se gira para irse, pero al pasar junto a mi silla, su mano roza la mía. Solo un segundo. Un suspiro de contacto. Podría ser un accidente.

Pero la forma en que se detiene, la forma en que su dedo meñique se demora un instante más, me dice que no lo ha sido.

Luego se ha ido, y yo me quedo sentada como si me hubiera caído un rayo. Mi mano arde donde me ha tocado. Mi corazón late a un ritmo que no tiene nada que ver con las reacciones redox.

¿Mariposas? Eso es quedarse corto. Son enjambres enteros de mariposas celebrando una fiesta en mi estómago. Con confeti. Y una orquesta.

Me quedo sentada diez minutos más, mirando mi mano como si pudiera conservar el contacto.

—La biblioteca cierra en cinco minutos —dice la señora Henderson con suavidad.

Me sobresalto y recojo mis cosas apresuradamente. De camino a casa todavía siento sus dedos en mi piel.

Mia va a volverse loca cuando se lo cuente. Chillará, saltará en círculos y me hará mil preguntas.

Pero quizás me lo guarde para mí. Solo por esta noche. Algunos momentos son demasiado preciosos, demasiado frágiles para compartirlos. Como una pompa de jabón que estalla si la tocas.

8

Emma

Hoy

Hoy es mi primer día en el nuevo trabajo.

La tarde del domingo en casa de mamá flota como un velo cálido sobre mis pensamientos mientras conduzco por las calles nevadas de Silver Valley. Lila, por supuesto, había vuelto a sembrar el caos, esta vez con el anuncio de que se mudaba temporalmente con su nueva "alma gemela", un barista llamado Phoenix.

Phoenix.

Solo con el nombre tuve que pensar en el tatuaje del hombro de Ethan. Pero eso ya se acabó. Lo que sea que pasara en el avión... fue un error. Un error precioso y perturbador.

"Tienes buena cara, Em", me dijo mamá anoche apretándome la mano. "Este puesto en la Fundación te vendrá bien. ¿Cómo se llama tu nueva jefa?"

"Sarah", le contesté a mi madre. Ahora estoy de camino a verla. Sarah Mitchell. La mujer que dirige la Fundación Lighthouse. Tuve la entrevista con ella por videollamada y todo el contacto por *email*.

Tengo mariposas en el estómago al aparcar frente al edificio. La Fundación Lighthouse reside en un edificio *art déco* renovado en el corazón de Silver Valley, cuya fachada está cubierta con miles de pequeñas luces LED. Brillan como estrellas a la luz de la mañana, y sobre la entrada acristalada cuelga una enorme guirnalda navideña de abeto real, entrelazada con cintas doradas.

Respiro hondo. Nueva ciudad, nuevo trabajo, nueva vida. Dejar lo viejo atrás... especialmente ciertos encuentros en suites de avión.

El vestíbulo me deja sin aliento. Un abeto de doce metros domina el espacio, decorado con cientos de adornos de cristal hechos a mano que atrapan la luz de los candelabros y la proyectan en colores del arcoíris sobre las columnas de mármol. El aroma a canela y vainilla flota en el aire, mezclado con la resina fresca del abeto.

—¿Señorita Wells? —Una mujer de unos treinta y pocos se acerca a mí. Pelo castaño, traje de pantalón de corte perfecto, sonrisa cálida—. Soy Sarah Mitchell. Encantada de conocerla por fin en persona.

Le estrecho la mano. —El placer es todo mío. Estoy realmente emocionada de empezar aquí. El edificio es... guau.

Sarah se ríe. —Espere a ver la galería. Mi jefe no ha escatimado en gastos para... —Se calla, como si hubiera hablado demasiado—. Bueno, venga. Le enseñaré su oficina y le presentaré al equipo.

¿Su jefe?

—Oh, pensaba que primero íbamos a... —Dudo. ¿Cómo formular esto con tacto?—. Quiero decir, ¿discutir los detalles en su despacho?

Sarah me mira confundida. —¿En mi despacho?

—Bueno, sí, ¿usted dirige la Fundación, no?

Una sonrisa cruza su rostro. —Oh, no, me temo que hay un malentendido. Soy la asistente del señor Maddox. Él dirige la Fundación personalmente. —Baja la voz en tono conspirador—. Muy personalmente, de hecho. Está involucrado en cada detalle.

El mundo parece detenerse por un momento.

Señor Maddox.

—¿Maddox? —Mi voz suena una octava más alta de lo normal.

—Ethan Maddox, sí. ¿Ha oído hablar de él? Normalmente se mantiene alejado de los medios, pero en el mundo del arte se le conoce. Una mente brillante, aunque algo... —Busca las palabras—. Intenso.

Me entran ganas de vomitar. No puede ser verdad. No *debe* ser verdad.

—Venga —dice Sarah y se adelanta—. La llevaré con él. Ya está esperando.

Mis piernas parecen de gelatina mientras la sigo por los pasillos. Hay obras de arte colgadas por todas partes: piezas modernas junto a pinturas clásicas, todo perfectamente iluminado. A lo largo de las ventanas hay tiras de luces, y en cada aparador hay pequeños árboles de Navidad con bolas plateadas.

Los tacones de Sarah repiquetean en el suelo de mármol como una cuenta atrás. Clic, clic, clic. Con cada paso me acerco más a la catástrofe. Considero brevemente si fingir un desmayo o activar la alarma de incendios.

—Está realmente impaciente por verla —sigue charlando Sarah —. Sus referencias de Nueva York le impresionaron. Especialmente su trabajo en la Galería Sullivan.

Doblamos una esquina y ahí está: una puerta doble maciza de madera oscura. Sarah llama dos veces.

—Adelante.

Esa voz. Profunda, controlada. La misma voz que me susurró al oído hace tres días, mientras sus manos...

No pienses en eso.

Sarah abre la puerta. —¿Señor Maddox? La señorita Wells está aquí.

El despacho es enorme, todo un ventanal da al parque nevado. Pero solo lo veo a él. Está de pie detrás de su escritorio, con la chaqueta perfectamente entallada, la corbata anudada con exactitud. Nada en él recuerda al hombre que me empotró contra la pared en la cabina de un avión.

Su rostro no muestra ninguna emoción cuando nuestras miradas se encuentran. Solo sus dedos, que se tensan mínimamente sobre el borde del escritorio, delatan que no se esperaba esto.

—Señorita Wells. —Su voz es profesional, distante—. Bienvenida a la Fundación Lighthouse.

Sarah cierra la puerta tras de mí. El silencio en la habitación es ensordecedor.

—Señor Maddox. —Me obligo a sostenerle la mirada. Obligo a mi voz a no temblar.

Sale de detrás del escritorio y, por un momento de locura, pienso que quiere tocarme. Pero solo señala la zona de asientos junto a la ventana, donde esperan una cafetera y dos tazas.

—Siéntese. Tenemos mucho que discutir.

Camino rígidamente hacia los sillones, temiendo por un instante vomitar sobre el suelo de mármol. Entonces él está detrás de mí y puedo oler su *aftershave*, el mismo que en el avión. Mi piel lo recuerda.

Cuando me siento, él permanece de pie, con una mano en el bolsillo del pantalón. La luz de fuera dibuja su silueta y tengo que apartar la vista.

—Así que no sabía para quién iba a trabajar —constata.

—Los correos venían de Sarah. —Asiento hacia ella, esperando aligerar un poco el ambiente. Pero ella solo sonríe brevemente y vuelve a centrarse en sus notas.

—Dejo que ella lleve la correspondencia. Es más eficiente así.

—Entiendo.

Silencio. Fuera cae una nieve ligera.

—Bien. Hablemos de sus tareas.

Los siguientes veinte minutos son una tortura. Me explica la estructura de la Fundación, las exposiciones planeadas, mis responsabilidades. Profesional, distante, correcto. Como si nunca hubiera sentido sus manos en mi pelo, como si nunca hubiera gemido en mi oído, como si nunca hubiéramos...

—La gala de Navidad es en dos semanas —dice en ese momento—. Esa será su primera gran prueba de fuego. Vendrá media ciudad, más algunos inversores importantes de Nueva York.

—Haré lo mejor que pueda.

—Eso espero. —Su mirada retiene la mía un momento demasiado largo—. Tendrá que trabajar estrechamente conmigo. ¿Puede manejar eso?

El significado subyacente de sus palabras hace que me ardan las mejillas. —Soy una profesional, señor Maddox.

—Ethan —corrige en voz baja—. En el equipo nos tuteamos.

En el equipo. Como si eso fuera todo lo que somos.

—Ethan —repito, y el nombre sabe a peligro en mi lengua.

Se levanta abruptamente y asiente a su asistente. —Sarah le enseñará su despacho. Nos vemos en la reunión de equipo a las diez.

Sarah se adelanta y sale del despacho. Yo también me levanto, quiero ir hacia la puerta, pero su voz me detiene.

—¿Emma?

Me doy la vuelta.

—¿Qué?

—Ahora trabajas para mí. —No es una pregunta. Es una afirmación que suena como una mezcla de advertencia y promesa.

Trago saliva con fuerza. —Lo sé.

Cuando salgo de su despacho, me tiemblan las manos.

9

Ethan

Emma Wells.

El nombre resuena en mi cabeza mientras miro por la ventana de mi oficina. Emma *fucking* Wells. ¿Cómo pude no reconocerla al instante? Los mismos ojos marrones con motas doradas que conseguían sacarme de quicio en el instituto de Silver Valley. La misma barbilla obstinada que siempre levantaba cuando se enfrentaba a mí.

Diecisiete años. Diecisiete malditos años, y aparece precisamente ahora. Como mi empleada.

Anna. Y una mierda.

Mis dedos se agarrotan alrededor del bolígrafo. Me ha mentido. En el avión, en el hotel. Todo el tiempo sabía quién era yo y se calló. ¿Por qué?

—¿Señor Maddox? —La voz de Sarah por el intercomunicador me saca de mis pensamientos—. Marcus está aquí. Para su reunión con el señor Hargrove.

Hargrove. Cierto. El inversor más importante de la Fundación. El hombre que puede decidir sobre el futuro de la obra de mi vida.

—Voy.

Cojo mi abrigo, obligo a mis pensamientos a ordenarse. Emma tiene que esperar. El pasado tiene que esperar. Ahora solo cuenta la reunión.

Marcus ya espera junto al coche, un Bentley negro que brilla bajo el sol de invierno. Tiene cincuenta y tantos, sienes grises que le

dan un aire distinguido. Lleva más de diez años llevándome de un lado a otro y sabe exactamente cuándo hablar y cuándo callar.

—¿Al Laurent? —pregunta solamente mientras me sostiene la puerta.

—Sí.

Me dejo caer en el cuero suave. El coche se desliza silenciosamente desde el bordillo y me obligo a repasar los documentos para Hargrove. Números, proyecciones, balances de éxito. Todo lo que prueba que la Fundación Lighthouse es una inversión sólida.

Pero mis pensamientos se desvían. A través de los cristales tintados veo pasar Silver Valley. Por todas partes brillan luces, en los escaparates resplandecen árboles de Navidad. En la esquina de la Quinta con Main sigue estando el mismo Santa Claus de plástico sobredimensionado que ya estaba allí cuando yo era adolescente.

Cuando besé a Emma por primera vez.

Fue después de la película de Jim Carrey. Nunca olvidaré esa noche.

Ella fue la única que nunca se dejó impresionar por mi apellido o el dinero de mi familia. La única que me trataba como a un chico normal.

Hasta que todo se rompió.

—¿Todo en orden, señor? —La mirada de Marcus encuentra la mía en el retrovisor.

—Sí.

Asiente, no dice nada más. Eso es lo bueno de Marcus. No hace muchas preguntas.

Empieza a caer nieve ligera, copos sueltos que se derriten en el parabrisas. La ciudad parece una bola de nieve, perfecta e irreal.

La humillación en los ojos de Emma cuando yo...

No. Ahora no.

—¿Señor? —La voz de Marcus de nuevo—. Hemos llegado.

Parpadeo. El Laurent se extiende ante nosotros, discreto y elegante. A través de las ventanas ya veo a Miles Hargrove sentado a una mesa.

—Gracias, Marcus.

—¿Espero?

—Sí. Probablemente tarde una hora.

Salgo, me arreglo la corbata. No hay tiempo para sentimentalismos. A Hargrove no le gusta esperar, y necesito sus doscientos cincuenta millones. La Fundación los necesita. Sin su apoyo no podemos implementar los programas planeados, ni lanzar la galería correctamente.

Pero cuando entro en el restaurante, es la cara de Emma la que veo ante mí. No la de la mujer de esta mañana, sino la de la chica de entonces. La chica a la que yo...

Concéntrate, me ordeno. *Ahora se trata de negocios. Solo negocios.*

Hargrove se levanta cuando me acerco. Tiene el pelo gris, ojos agudos y el apretón de manos de un hombre acostumbrado a cerrar tratos millonarios.

—Ethan. Puntual como siempre.

—Miles. Me alegro de verle.

Nos sentamos y pedimos. Habla de sus nietos, de planes de Navidad, la charla habitual antes de ir al grano. Asiento, sonrío en los momentos adecuados, pero una parte de mí sigue en mis pensamientos con Emma.

—Bien —dice Hargrove finalmente, después de que sirvan los entrantes—. Hablemos de la Fundación.

Me enderezo. *Showtime*. El pasado puede esperar. El futuro no.

10

Emma

Hace 17 años

Mis manos tiemblan tanto que tengo que esconderlas bajo la mesa cuando la señora Peterson pasa por las filas. El repiqueteo familiar de sus tacones en el suelo de linóleo se acerca, y mi corazón martillea al mismo ritmo. Trae los exámenes de química: una pila de hojas blancas que decide nuestro destino.

El aire en el aula huele a tiza y miedo. No soy la única que está nerviosa. Oigo gemidos reprimidos por todas partes cuando se reparten los exámenes. La señora Peterson deja mi examen boca abajo sobre la mesa, como hace siempre. El papel aterriza con un suave crujido frente a mí, el reverso hacia arriba, mi futuro oculto bajo esa fina capa blanca.

Respiro hondo, saboreando el aire viciado del aula. Mis dedos dudan en el borde del papel. ¿Y si toda la ayuda no ha sido suficiente? ¿Y si he vuelto a fracasar?

Con un movimiento rápido doy la vuelta al examen.

92 puntos. Un sobresaliente.

Los números se desenfocan ante mis ojos. Parpadeo, miro otra vez. Pero ahí está de verdad, con la letra precisa de la señora Peterson, rodeado en rojo: 92 de 100 puntos. Al lado una carita sonriente que solo dibuja en los trabajos especialmente buenos.

—Bien hecho, Emma —dice al pasar, y su voz, normalmente tan severa, suena cálida. Su mano roza brevemente mi hombro, un gesto raro de reconocimiento.

Sigo mirando la hoja, no me lo puedo creer. Las reacciones redox, que hace semanas me parecían jeroglíficos, están todas bien. Las transferencias de electrones, perfectamente representadas. Incluso he conseguido hacer la pregunta extra.

En cuanto suena el timbre, salto de la silla. Mis pies me llevan prácticamente solos fuera del aula. El pasillo está lleno de alumnos, pero solo veo a uno.

Ethan está en su taquilla, rodeado de su pandilla habitual: Tyler, Jake y algunos otros del equipo de natación. Se ríen de algo, Ethan tiene la cabeza echada hacia atrás, los ojos entrecerrados por la risa.

Pero cuando me ve, toda su expresión cambia. Su mirada se suaviza, se enfoca. Murmura una disculpa a sus amigos y viene hacia mí. Sus movimientos son fluidos, seguros de sí mismo, pero ahora lo conozco lo suficiente para ver la tensión en sus hombros, la expectación en su andares.

—¿Y bien? —pregunta en cuanto está lo bastante cerca. Pero mi cara debe delatarlo todo: siento que brillo como un árbol de Navidad.

—¡Sobresaliente! —Mi voz casi se rompe. Le extiendo el examen como un trofeo—. ¡Ethan, un noventa y dos! ¡Nunca había tenido —de verdad, NUNCA— una nota mejor que un aprobado raspado en química!

La alegría que cruza su rostro es genuina y sin filtros. Sus ojos se iluminan como si acabara de hacerle el regalo más bonito del mundo.

—Lo sabía —dice, y su voz está llena de orgullo—. Eres brillante, Emma. Un maldito genio. Solo que aún no te habías dado cuenta.

—Sin ti nunca lo habría conseguido.

Las emociones me abruman: alivio, alegría, gratitud. Sin pensarlo, sin pensar en las consecuencias, lanzo mis brazos alrededor de su cuello. —¡Gracias, gracias, gracias!

Se queda paralizado un segundo, todo su cuerpo se pone rígido por la sorpresa. Luego sus músculos se derriten y sus brazos se cierran a mi alrededor, atrayéndome más. Presiono mi cara contra su hombro, aspiro su aroma: ese *aftershave* caro, mezclado con algo que es solo Ethan. Es cálido y firme, y encajo perfectamente en la curva de sus brazos, como si estuviera hecha para ello.

Mi corazón hace cosas extrañas en mi pecho.

La realidad me alcanza y me separo apresuradamente. Mis mejillas arden. —Perdona, es solo que... estoy simplemente tan...

—Alégrate —dice suavemente, y su mano permanece en mi brazo un momento más de lo necesario—. Te lo has ganado, Emma. Has trabajado muy duro.

—Tengo que compensártelo de alguna manera. —Las palabras brotan de mí—. Todas las clases, tu tiempo... Tienes cosas mejores que hacer que explicarme electrones.

—No me debes nada. —Sacude la cabeza y un mechón oscuro le cae sobre los ojos.

—Sí que te debo. —Me muerdo el labio inferior, un hábito nervioso que nunca he podido quitarme—. ¿Puedo... invitarte a comer? Pizza o hamburguesa o...

—¿Te gusta ver películas?

La pregunta llega tan inesperada que necesito un momento. —Eh, sí. Claro. ¿A quién no?

Una sonrisa juega en las comisuras de su boca. —¿Qué te parece si vemos una juntos?

Mete las manos en los bolsillos y de repente hay algo tímido en él. El seguro Ethan Maddox, que normalmente entra en cualquier habitación como si fuera suya, parece un adolescente nervioso. Lo cual también es, me recuerdo.

—Acaban de estrenar esa nueva comedia en el cine. La de Jim Carrey.

—¿Un loco a domicilio? —Mi corazón empieza a latir más rápido.

—Esa misma. —Se balancea sobre los talones, sus ojos buscan los míos—. ¿Viernes por la noche? Podría recogerte... si quieres. O nos encontramos allí, si lo prefieres. O...

—Eso es una cita —constato. Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros como un desafío.

—Solo si tú quieres. —Sus orejas se tiñen de rosa. Ethan Maddox se está poniendo rojo de verdad. El chico por el que suspiran todas las chicas del colegio se pone rojo porque me pide una cita. —También podemos ser solo dos amigos que ven una película juntos. Sin presión. De verdad. Solo pensaba...

—Es una cita —lo interrumpo antes de que se líe más. Una sonrisa se extiende por mi cara, tan ancha que me duelen las mejillas—. ¿Viernes, a las siete?

El alivio y la alegría que cruzan su rostro no tienen precio. Su sonrisa podría iluminar ciudades enteras, acabar guerras, obrar milagros. —Viernes, a las siete —confirma, y su voz suena un poco falta de aliento.

Estamos ahí parados, en medio del pasillo del colegio, sonriéndonos como dos idiotas. A nuestro alrededor pasan alumnos a raudales, pero por un momento solo existe esta burbuja en la que Ethan Maddox acaba de pedirme una cita y yo he dicho que sí.

El timbre para la siguiente clase nos arranca de nuestro trance.

—Tengo que ir a Inglés —digo con pesar.

—Yo a Historia. —Pero ninguno de los dos se mueve.

—Entonces... ¿viernes?

—Viernes —confirma.

Camino hacia atrás, no quiero perderlo de vista. Casi choco con Mia, que ha aparecido de la nada.

—Cuidado, soñadora —dice, pero oigo la sonrisa en su voz.

Al darme la vuelta, veo por el rabillo del ojo cómo Tyler le da una palmada a Ethan en el hombro y dice algo que le hace reír. Pero su mirada me sigue por todo el pasillo.

Viernes. En dos días tengo una cita con Ethan Maddox.

Y de repente, el sobresaliente en química es solo la segunda mejor cosa que ha pasado hoy.

11

Ethan

Hoy

El comedor privado en el "Laurent" es como una cápsula de luz tenue y charla baja. Las copas de cristal atrapan la luz de las velas y proyectan sombras danzantes sobre las paredes color burdeos. Miles Hargrove está sentado frente a mí como un jugador de ajedrez que acaba de considerar qué pieza sacrificar a continuación.

—Los números son impresionantes —dice finalmente y deja a un lado la carpeta de cuero negra en la que he documentado los últimos veinte años de mi vida. Sus ojos me examinan por encima del borde de sus gafas de media luna: unas gafas de lectura que probablemente no necesita, sino que solo lleva para parecer inteligente—. Muy impresionantes, de hecho.

Me recuesto, con los dedos flojos alrededor del tallo de mi copa de vino. El sillón está perfectamente acolchado, se adapta a mi espalda como hecho a medida. Todo aquí está diseñado para sugerir poder y dinero. Había pasado los primeros veinte minutos presentándole los éxitos de la Fundación. Cada número perfectamente memorizado, cada éxito formulado con precisión. Los diecisiete artistas que hemos patrocinado en el primer año. Las veintitrés becas para niños desfavorecidos. La galería planeada que pondrá a Silver Valley en el mapa cultural.

—La Fundación ha movido más en su año de fundación que otras fundaciones en una década —digo, y oigo el orgullo en mi propia voz.

—Mmh. —Da un sorbo a su vino, un Borgoña de 2015 que pidió sin mirar la carta de vinos. Tres mil dólares la botella. El gesto de un

hombre que quiere demostrar que el dinero no importa—. Y, sin embargo...

La palabra queda entre nosotros como una nube de tormenta en el horizonte. Pesada, oscura, llena de amenazas no dichas.

—¿Sin embargo? —Sostengo su mirada, me obligo a mantener la calma.

Miles se recuesta, cruza las manos sobre su barriga. El perfecto caballero inversor en su traje a medida de tres piezas de Savile Row, el alfiler de corbata de platino brilla discretamente. Pero conozco esa mirada. La he visto mil veces en salas de juntas. Es la mirada de un hombre que está a punto de intentar hacerme de menos para sacar un mejor trato.

—Tengo dudas, Ethan.

Mis dedos se tensan mínimamente alrededor de la copa. El cristal está frío bajo mis yemas. —¿Sobre los números?

Sonríe, pero la sonrisa no llega a sus ojos. Es la sonrisa de un tiburón. —Sobre usted.

—Interesante. —Dejo la palabra colgando un momento entre nosotros, saboreándola como el vino caro—. Cuente.

Toma otro sorbo, me hace esperar. Juegos de poder. Como si no tuviera ya suficientes con mi padre.

—Empecemos con lo obvio. Maddox Technologies.

Los músculos de mi mandíbula se tensan involuntariamente, pero mi expresión sigue siendo una máscara de serenidad profesional. Sabía que esto llegaría. Siempre llega.

—Soy el CEO de la empresa, no mi padre.

—¿Ah, sí? —Miles mete la mano en el bolsillo de su chaleco y saca su reloj de bolsillo. Una pieza antigua, oro pesado con grabado

intrincado. Patek Philippe, si no me equivoco. Lo abre con un movimiento practicado, mira la esfera como si estuviera midiendo el tiempo que necesita para sus siguientes palabras. El tictac es fuerte en el silencio entre nosotros—. ¿Quiere decirme que Richard Maddox no sigue moviendo los hilos en segundo plano? Por favor, Ethan. Soy viejo, no senil. No intente tomarme el pelo.

La franqueza me sorprende. El viejo tiene dientes. Respeto.

—La Fundación opera de forma totalmente independiente de nuestras otras empresas. Libros propios, gestión propia, visión propia.

—Con dinero de fuentes cuestionables. —Cierra el reloj, el clic metálico corta el aire—. Escándalos de datos en CloudVault. Contratos gubernamentales que apestan a corrupción. La expansión planeada al sector de la IA con, digamos, estándares éticos flexibles. ¿Sigo?

Cada punto golpea como un puñetazo dirigido. Ha hecho sus deberes.

—Todo legal —aclaro, pero las palabras saben rancias.

—Legal y correcto son dos cosas diferentes, muchacho. —El reloj desaparece de nuevo en su bolsillo—. Pero bueno, dejemos que los negocios sean negocios. Hablemos de usted.

Agarro mi copa, tomo un sorbo controlado. —Hable.

—Treinta y cuatro años. Brillante, ambicioso, exitoso. —Cuenta los puntos con sus dedos manicurados, cada dedo otro clavo en mi ataúd—. Tres empresas bajo su mando. Un apartamento en el Upper East Side que vale más que algunos pueblos pequeños. Un garaje lleno de coches que nunca conduce. Y... —Hace una pausa teatral—. Un *playboy* que se folla a medio Manhattan.

Mi mano se cierra en un puño bajo la mesa. Las uñas se clavan en la palma. —Mi vida privada...

—Me importa una mierda —interrumpe, y la vulgaridad saliendo de su boca distinguida es como una bofetada—. Pero me lo dice todo sobre su capacidad de compromiso. De constancia. De responsabilidad. —Se inclina hacia delante, y huelo su *aftershave*: algo caro, clásico—. ¿Cuántas mujeres fueron el mes pasado, Ethan? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿La pelirroja de la cena benéfica? ¿Las gemelas de la fiesta en el yate?

—Dirijo tres empresas con más de cinco mil empleados en total. Creo que eso demuestra suficiente responsabilidad.

—Las empresas no son personas, Ethan. —Su voz se vuelve más suave, casi paternal, y eso solo lo empeora—. Las empresas se pueden comprar, vender, fusionar, liquidar. No se ata a nada ni a nadie. ¿Cómo voy a creer que se comprometerá a largo plazo con la Fundación? ¿Que no es solo otro juguete que tirará cuando se aburra o papi le compre uno nuevo?

Las palabras calan más hondo de lo que quiero admitir. Este bastardo moralista con su vida familiar perfecta, su reputación perfecta, su moral perfecta no tiene ni idea de lo que significa crecer a la sombra de Richard Maddox. Lo que cuesta liberarse de esa sombra.

—¿Sabe qué hago en Navidad? —pregunta de repente.

El cambio de tema me descoloca un momento. —Déjeme adivinar: una gran fiesta familiar en la casa de los Hamptons. La esposa perfecta en la mesa perfectamente puesta. Los nietos en el regazo. Y en la mesa un pavo ecológico de gallinas felices criadas en libertad, aderezado con una gran porción de superioridad moral.

Se ríe, una risa cálida y auténtica. —Casi. Siete nietos, para ser exactos. El más pequeño acaba de cumplir dos años. Y el pavo viene

de nuestro granjero de confianza, a tres pueblos de distancia. Vamos todos los años, los niños pueden elegirlo. —Sus ojos se suavizan con el recuerdo—. ¿Y usted? Déjeme adivinar: trabajo. Números, contratos, tratos. O la última conquista en su cama *king size* con vistas a Central Park.

Guardo silencio. No se equivoca, pero no le daré la satisfacción de admitirlo. La Navidad pasada estuve en Tokio. Por negocios. Solo en una suite de hotel, con una botella de whisky de 50 años.

—No invierto solo en proyectos —continúa, y su voz tiene ahora algo definitivo—. Invierto en personas. En hombres y mujeres que saben lo que significa el compromiso. Que tienen raíces. Que la mañana de Navidad se despiertan junto a la misma persona que la mañana de Navidad del año anterior.

—Y usted cree que yo no soy ese hombre.

—Sé que no lo es. —Se inclina hacia delante y sus ojos se clavan en los míos—. Pero quizás pueda llegar a serlo. La gala de Navidad es en dos semanas. Demuéstreme hasta entonces que es más que un niño mimado que juega con el dinero manchado de sangre de papá. Demuéstreme que es un hombre al que puedo confiar mi dinero.

Mi puño bajo la mesa se agarrota tanto que temo que los huesos puedan romperse. ¿Niño mimado? Me lo he ganado todo yo mismo, me he levantado cada mañana a las cinco, he trabajado dieciséis horas al día, he salido de la sombra de mi padre, he...

—Doscientos cincuenta millones —dice tranquilo, como si hablara del tiempo—. Esa es mi oferta. Pero solo si me prueba que es el hombre adecuado para ello. Que es más que su padre 2.0.

El camarero aparece silenciosamente junto a nuestra mesa, pero Miles lo despide con un gesto. Quiere levantarse, la negociación

ha terminado para él. Pero yo aún no he terminado. Una idea se forma en mi cabeza, loca y desesperada.

—Miles.

Se detiene, la mano ya en el respaldo de la silla.

—Solo para que nos entendamos: usted no me conoce. Conoce las columnas de cotilleos, los rumores, las habladurías. —Dejo mi copa, me inclino hacia delante—. Pero ambos sabemos que ni la mitad de lo que sale en la prensa se acerca siquiera a la verdad.

—¿A qué se refiere? —Se vuelve a sentar, curiosidad en sus ojos.

Mierda. Ahora tengo que cumplir. La mentira se forma en mi lengua, dulce como el veneno, antes de que pueda detenerla. Mi cerebro grita señales de alarma, pero mi boca ya está en movimiento.

—Llevo un tiempo en una relación estable.

Sus cejas se levantan mínimamente. Solo una contracción, pero la veo. —¿De verdad?

—Más que eso. —Noto cómo las palabras fluyen de mi boca como miel, pegajosas e imparables, sin que piense más en ello. Mientras hablo, tomo una decisión que complicará mi vida más que cualquier trato que haya hecho jamás—. Me he casado hace poco.

El silencio que sigue es ensordecedor. En algún lugar del restaurante tintinea la vajilla. Un corcho estalla. La vida sigue, mientras acabo de construir mi futuro sobre una mentira.

Miles se vuelve a sentar. Completamente. Se recuesta. Me estudia como a un cuadro especialmente interesante.

—Casado. —No es una pregunta, más bien está probando la palabra.

—Sí. Lo hemos mantenido fuera de los medios. Ella... ella no es fan de la vida pública. Viene de un entorno humilde. La prensa la destrozaría.

—Qué práctico.

El sarcasmo es claro como una bofetada, pero lo ignoro. Ya no hay vuelta atrás. —Quizás deberíamos salir a cenar los cuatro. Usted, su esposa Patricia, yo y la mía.

Una sonrisa lenta se extiende por su rostro. Es la sonrisa de un hombre que acaba de observar una jugada interesante. —Eso me gustaría. Mucho, de hecho. Patricia estaría encantada. Le encanta conocer gente nueva. ¿Qué tal este sábado?

Cinco días. Cinco putos días para sacar una esposa de la chistera.

—Perfecto —me oigo decir, y mi voz suena asombrosamente tranquila para un hombre que acaba de cometer suicidio profesional.

—Maravilloso. —Se levanta, me tiende la mano. Su apretón es firme, un caballero de la vieja escuela—. Estoy deseando conocer a la señora Maddox. Una mujer que ha conseguido domar al eterno soltero Ethan Maddox debe ser algo muy especial. —Se detiene, curioso como un gato—. ¿Cómo se llama?

Y de repente, sin previo aviso, unos ojos marrones con motas doradas destellan ante mi ojo interior. Ojos que me han mirado esta mañana en la reunión cuando he vuelto a llegar tarde. Ojos que han puesto los ojos en blanco con fastidio cuando he querido cambiar los planes por tercera vez.

—Emma —digo, y el nombre se siente correcto en mi lengua—. Su nombre es Emma.

—Emma Maddox. —Saborea el nombre—. Estoy deseando conocerla. Sábado, a las ocho en nuestra casa.

—Allí estaremos.

Cuando se va, con su abrigo de cachemir como una armadura sobre los hombros, agarro mi móvil. Un mensaje de Sarah brilla en la pantalla, las palabras como una señal del destino:

Emma Wells ha terminado los planos de la galería. Reunión a las 15h en tu despacho. PD: Está cabreada porque has cancelado la reunión de esta mañana.

Respiro hondo, saboreando las consecuencias de mi mentira como ceniza en la boca. Mi lengua larga me ha metido a menudo en problemas —la historia en Las Vegas, el incidente en Mónaco, el desastre en Dubái— pero esto entra definitivamente en el top tres de las situaciones de mierda totalmente desesperadas en las que me he maniobrado yo solito.

Pero los doscientos cincuenta millones... la Fundación los necesita. Los niños los necesitan. Los artistas los necesitan.

Y para eso necesito a Emma Wells.

12

Emma

El aroma de la lasaña de mamá llena la pequeña cocina, pero apenas saboreo nada. Mis pensamientos siguen girando en torno a la reunión de esta tarde. Después de que Ethan cancelara nuestra reunión original —típico—, ha mirado los planos de la galería por la tarde. Aunque, en realidad, solo ha asentido y de vez en cuando ha hecho preguntas irrelevantes, como si sus pensamientos estuvieran en otra parte.

Varias veces había empezado como si quisiera decir algo, pero luego se había vuelto a callar. Quizás era por Sarah y los otros miembros del equipo que estaban presentes. Quizás era por mí.

—Emma, ¿me estás escuchando?

La voz de Lila me arranca de mis pensamientos. Está sentada frente a mí, de brazos cruzados, con su pelo rojo cobrizo recogido en un moño desordenado.

—¿Qué? Sí, claro. ¿De qué iba la cosa?

—Olvídalo. —Tira su servilleta sobre la mesa—. Mamá y yo tenemos que hablar contigo.

Mamá deja su tenedor a un lado y de repente me doy cuenta de lo poco que ha comido. De lo pálida que se ve esta noche, a pesar de la cálida iluminación de la cocina.

—¿Qué pasa?

—Han llegado los resultados de las pruebas —dice mamá en voz baja—. El doctor Morrison ha llamado hoy.

Mi estómago se contrae. —¿Y?

—Los valores han empeorado. —Su voz permanece tranquila, pero veo cómo le tiemblan ligeramente las manos—. El medicamento ya no funciona como debería.

—Vale. —Me obligo a mantener la misma calma—. ¿Cuáles son las opciones?

Lila resopla. —¿Las opciones? Díselo tú, mamá. Yo lo he intentado, pero nunca tienes tiempo para escuchar.

—Lila, por favor...

—¡No, mamá! —Lila se levanta de un salto, sus ojos verdes destellan de ira—. Viene aquí, juega dos días a la hija preocupada y piensa que con eso ya está todo resuelto. ¿Sabes siquiera cómo han sido las cosas aquí los últimos meses?

—Eso no es justo. Tenía un trabajo en Nueva York, no podía...

—¿No podías? ¿O no querías? —Lila se ríe con amargura—. Mientras tú perseguías tu pequeña carrera, yo he cargado con todo aquí sola. Las citas médicas, las noches sin dormir, las...

—¿Sola? —Ahora yo también me levanto—. ¡Vives la mitad del tiempo con algún tío! La semana pasada era un rockero, esta semana es Phoenix o como se llame...

—¡Al menos estoy aquí! ¡Al menos veo cuando mamá tiene un mal día!

—¡Chicas, por favor! —La voz de mamá corta nuestra discusión. Parece agotada, más vieja de lo habitual—. Hoy no. Por favor.

Nos volvemos a sentar, avergonzadas como adolescentes. Pero la tensión permanece.

—La operación —dice mamá tras un momento—. El doctor Morrison dice que hay una nueva intervención. Experimental, pero prometedora. La tasa de éxito es de más del ochenta por ciento.

—Eso es genial —digo—. ¿Cuándo...?

—El seguro no lo cubre —me interrumpe Lila—. Demasiado experimental. Demasiado caro.

—¿Cómo de caro?

Mamá duda. —Con todo... la intervención, el postoperatorio, la rehabilitación... Hablan de unos trescientos mil dólares. Quizás más.

La cifra queda suspendida en la habitación como un peso de plomo. Trescientos mil dólares. Tengo quizás cinco mil en la cuenta si rasco todo lo que tengo.

—Seguro que hay opciones —digo débilmente—. Pago a plazos, créditos...

—¿Con qué avales? —Lila se ríe sin humor—. La casa ya está hipotecada hasta el techo. Los ahorros de mamá se han agotado. Y mi negocio de joyería da justo para pagar el alquiler.

—Si nunca hubiéramos tenido que dejar la panadería —gime mamá—. Hasta hoy no puedo entender que vuestro padre vendiera.

Aunque tiene razón, no sirve de nada aferrarse al pasado. Nuestro padre había vendido nuestra panadería junto con el apartamento de arriba, donde vivíamos, por un precio irrisorio cuando se enteró de su diagnóstico. Cáncer de páncreas, sin posibilidad de cura. Para asegurarnos financieramente al menos un poco, malvendió el negocio. Entonces éramos apenas unas adolescentes y no pudimos juzgar todo el asunto a largo plazo. Es cierto que pudimos mudarnos con mamá a la casita de las afueras en la que estamos discutiendo ahora, pero nuestra familia nunca se recuperó financieramente de aquella época.

En lugar de regodearme en la nostalgia, me vuelvo de nuevo hacia Lila.

—Deberías haberme avisado antes. Antes de que llegara a este punto.

—¿Ah, sí? ¿Y qué habrías hecho? ¿Transferir algo de tu enorme sueldo de artista?

El sarcasmo duele porque está justificado. Mi carrera fallida en Nueva York, que me ha costado más de lo que ha aportado.

—Bueno, ahora estoy aquí. El nuevo trabajo...

—¿El nuevo trabajo qué te da? ¿Cuarenta mil al año? ¿Cincuenta? Haz cuentas de cuánto tiempo tendrías que ahorrar.

—Entonces vendemos la casa.

—¡Guau, eres una genio de verdad! ¿Y dónde va a vivir mamá entonces? ¿Debajo de un puente?

—¡Parad! —Mamá nos agarra de las manos—. A las dos. Esto no nos lleva a ninguna parte.

Lila retira su mano bruscamente. —¿Sabes qué? Ya tengo bastante. Phoenix me espera. —Agarra su chaqueta—. Diviértete planeando, Emma. Eso se te da muy bien: hacer planes y luego largarte.

La puerta se cierra de un portazo tras ella. Mamá y yo nos quedamos sentadas en el repentino silencio.

—No lo dice en serio —dice mamá suavemente.

—Sí, sí lo dice. Y tiene razón. —Me froto las sienes, siento venir un dolor de cabeza—. Debería haber estado más presente.

—Has vivido tu vida. Eso es lo correcto.

—¿Lo es? —La observo pensativa. Las finas líneas alrededor de sus ojos, las mejillas hundidas, las manos temblorosas—. ¿Cuánto tiempo lleva esto así, mamá? Dime la verdad.

Suspira. —Unos meses. Pero no quería que te preocuparas. Tenías suficientes problemas propios.

—Tu salud es más importante que mi carrera fallida.

—No has fallado. Lo has intentado. Eso es más de lo que hace la mayoría.

Su indulgencia solo lo hace peor. Nunca nos reprocharía nada a ninguna de nosotras, por mucho que la decepcionemos.

—¿Qué hacemos ahora?

—Encontraremos una manera —dice, pero oigo la resignación en su voz—. Siempre encontramos una manera.

Después de fregar los platos me quedo sentada con ella mucho tiempo en la mesa de la cocina. Fuera caen gruesos copos de nieve, y en algún lugar del vecindario alguien pone villancicos. Debería ser pacífico, reconfortante. En cambio, todo se siente pesado.

Trescientos mil dólares. Una suma imposible.

Mi móvil vibra. Un mensaje de un número desconocido: *Tenemos que hablar. Mañana por la mañana a las 10 en mi despacho. - E.M.*

Ethan. ¿Qué quiere ahora? Probablemente haya cambios en los planes de la galería.

Miro a mamá, que se ha quedado dormida con la cabeza apoyada en mi hombro. Tan frágil.

Trescientos mil dólares. Haría cualquier cosa para ayudarla. Realmente cualquier cosa.

Pero, ¿qué podría hacer yo? Solo soy una artista fracasada con un trabajo mediocre y demasiados problemas.

Fuera la nieve se arremolina más densa, y sostengo a mi madre con fuerza mientras el mundo a nuestro alrededor se hunde en el blanco.

13

Emma

A las diez de la mañana estoy parada frente a la puerta del despacho de Ethan. Llamo y entro sin esperar respuesta.

El despacho está vacío. Naturalmente. Típico de Ethan: citarme aquí y luego llegar tarde él mismo. Con suerte, aparecerá.

Camino hacia la ventana y observo Silver Valley cubierto de nieve. El cansancio se me ha metido en los huesos. Después de la discusión con Lila anoche apenas he dormido; en su lugar, he estado dando vueltas a los números. Trescientos mil dólares. Incluso si ahorro cada céntimo, tardaría años...

—Llegas pronto.

Su voz hace que me gire de golpe. Está en la puerta, perfecto como siempre. Traje gris antracita, camisa blanca, sin corbata. A diferencia de mí, parece que no se ha pasado la noche revolcándose en autorreproches.

—Dijiste a las diez.

—Cierto. —Cierra la puerta y va hacia su escritorio—. Por cierto, los planos de la galería son excelentes. Tu concepto para la exposición inaugural —la conexión de artistas locales con nombres internacionales— es brillante.

—Gracias. —La palabra sale más cortante de lo que pretendía.

Arquea una ceja. —La gama de colores está perfectamente coordinada con la arquitectura. Y la idea de diseñar la planta superior como un espacio flexible demuestra una comprensión real de...

—¿Qué quieres, Ethan?

Se detiene, me examina. —¿Has dormido mal?

—No es asunto tuyo.

—Obviamente sí lo es si afecta a tu rendimiento laboral.

—¿Mi rendimiento laboral? —Suelto una risa sin humor—. Acabas de pasar dos minutos elogiándome.

—Y tú me has interrumpido a los treinta segundos. —Se apoya contra su escritorio y se cruza de brazos—. ¿Qué pasa, Emma?

—Nada.

—Mentirosa.

La familiaridad con la que lo dice toca un punto sensible. Como si todavía me conociera. Como si los últimos diecisiete años no hubieran existido.

—¿No te lo imaginas?

Sus ojos se entrecierran mínimamente. —Emma...

—¿Qué? ¿Ahora quieres fingir que no ha pasado nada? ¿Que simplemente podemos...? —Me interrumpo, mordiéndome la lengua.

—Todo eso pasó hace mucho tiempo. —Su voz es baja, casi suave.

—Por eso no duele menos.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros. Quiero retirarlas, quiero volver a ponerme mi armadura, pero es demasiado tarde.

Se separa del escritorio, da un paso hacia mí, luego otro. Yo retrocedo hasta que siento la ventana en mi espalda.

—¿Cuánto tiempo vas a dejar que eso se interponga entre nosotros?

—¿Entre nosotros? —Río con amargura—. No hay un "nosotros", Ethan. Estás tú, mi jefe, y yo, tu empleada. Eso es todo.

—¿En serio? ¿Es eso lo que te dijiste en el avión? ¿O en el hotel?

El calor me sube a las mejillas. —Eso fue un error.

—¿Lo fue? —Ahora está tan cerca que puedo oler su *aftershave* —. No se sintió como un error.

—Para ti probablemente nunca nada se sienta como un error. —Me deslizo para pasar por su lado, poniendo de nuevo más distancia entre nosotros—. El gran Ethan Maddox no comete errores, ¿verdad? Solo toma lo que quiere.

—No tienes ni idea de lo que quiero.

—Oh, déjame adivinar. —Me giro hacia él—. Quieres a la pequeña comisaria perfecta que lleve tu galería al éxito para que puedas brillar ante tus inversores. Y de paso, quizás un poco de diversión si surge la ocasión.

Su mandíbula se tensa. —¿Te divierte pensar siempre lo peor de mí?

—Dame una razón para no hacerlo.

Silencio. Nos miramos fijamente como duelistas esperando el primer disparo.

Entonces se ríe. De hecho se ríe, y es tan inesperado que me quedo sin palabras un momento.

—Dios, había olvidado lo mucho que puedes sacarme de quicio.

—Esto no es gracioso.

—¿No? —Sigue sonriendo con suficiencia—. Emma Wells, la única mujer capaz de ponerme de los nervios en cinco minutos.

—Ethan Maddox, el único hombre que piensa que toda la vida es un juego.

—Solo mientras gane. —La sonrisa desaparece—. Escucha, Emma, tenemos que hablar.

—Es lo que estamos haciendo.

—Si esto va a funcionar entre nosotros, entonces...

El "nosotros" me hace estremecer de nuevo. —No hay ningún...

—Sí, sí, lo sé. Ningún nosotros. —Se pasa la mano por el pelo, arruinando su peinado perfecto—. Escucha, tienes razón. Si queremos trabajar juntos con éxito las próximas semanas, tenemos que aclarar esto. Esta... tensión entre nosotros.

—Yo realmente no sé...

—Emma. —Me mira profundamente a los ojos—. Ven esta noche a mi casa. Hablaremos. Como adultos. Sin público, sin distracciones.

—¿A tu ático? —Río incrédula—. Claro. ¿Para que puedas volver a tirarte a la empleada?

Arquea una ceja. —Me dejaré los pantalones puestos. A menos que me pidas explícitamente que no lo haga.

—¿Cómo dices?

—Si recuerdo bien, en el avión temblabas de placer.

Mi boca se abre, se vuelve a cerrar. —Tú... tú arrogante...

—A las ocho —dice, y va hacia la puerta—. Marcus te recogerá.

—No voy a ir.

—Sí, lo harás. —Abre la puerta, se gira una vez más—. Porque soy tu jefe y esto es una orden.

—Ni en tus mejores sueños.

—En mis sueños definitivamente no llevo pantalones. Y tú tampoco.

La puerta se cierra tras él antes de que pueda replicar nada. Me quedo parada en su despacho vacío y me maldigo a mí misma. Porque tiene razón. Iré. No porque le crea o confíe en él.

Sino porque después de diecisiete años, por fin quiero respuestas.

Y quizás, solo quizás, porque una parte minúscula y demente de mí quiere saber qué pasa cuando ambos dejamos caer nuestras máscaras.

14

Emma

Hace 17 años

Viernes por la noche. La luz del sol poniente entra oblicua por la ventana de mi habitación y lo baña todo en un oro cálido. Me he probado tres conjuntos diferentes: el vestido de flores que mamá me regaló por mi cumpleaños (demasiado formal), el pantalón negro con la blusa de seda (demasiado adulto), y finalmente los vaqueros oscuros con el jersey de cachemir azul que conseguí en las rebajas. Informal, pero no demasiado. Perfecto para una primera cita en la que no quiero parecer demasiado desesperada.

Mia se ha pasado una hora entera trabajando en mi pelo, dándole forma en suaves ondas que caen sobre mis hombros.

—Natural, pero mejor —lo llamó, mientras enrollaba el decimotercer mechón de pelo en el rizador.

—Estás tan nerviosa —constata Lila, que está apoyada despreocupadamente en el marco de la puerta, con los brazos cruzados. A pesar de su corta edad, ya ha desarrollado la capacidad de observación de un detective privado.

—No lo estoy. —La mentira sale automática, mientras me cambio los pendientes por tercera vez. ¿Las perlas pequeñas? Demasiado buena chica. ¿Los aros de plata? Demasiado llamativos. Me decido por los discretos botones de plata.

—Sí, lo estás. Te estás tirando del jersey. —Señala mis manos —. Solo haces eso cuando estás nerviosa. Como en el examen de mates del mes pasado.

Me obligo a mantener las manos quietas, las cruzo en el regazo. —Es solo una película.

—Con Ethan Maddox. —Sonríe diabólicamente, y juro que ha aprendido esa sonrisa de los villanos de sus cómics—. El chico del que hablas constantemente.

—¡No hago eso! —Mis mejillas arden.

—"Oh, Ethan ha dicho esto y lo otro hoy" —me imita con voz exageradamente soñadora, mientras pone los ojos en blanco teatralmente—. "Ethan es tan bueno en química. Ethan me ha ayudado. Ethan huele tan bien".

—¡Yo nunca he dicho eso! —Le tiro mi cojín, pero lo esquiva con habilidad.

—Pero lo has pensado. —Se ríe con picardía—. Estás tan enamorada. E-N-A-M-O-R-A-D-A. ¿Quieres que te escriba un poema sobre ello?

Antes de que pueda protestar o tirarle otro cojín, un claxon corta el aire de la tarde. Mi corazón da un salto mortal, tropieza consigo mismo y luego sale disparado como un caballo desbocado.

—¡Divertíos morreándoos! —grita Lila mientras corro hacia la puerta, y su voz me sigue escaleras abajo como una sombra vergonzosa.

Mamá está en la cocina, secándose las manos en el delantal. —Pásalo bien, cariño. Y recuerda...

—A las diez en casa, lo sé. —Le doy un beso en la mejilla, huelo el aroma familiar a harina y vainilla que siempre la envuelve.

Fuera espera Ethan en un BMW negro que brilla a la luz de las farolas como obsidiana líquida. El coche parece valer más que toda

nuestra casa. No me extraña que todos piensen que es un pijo mimado.

Pero cuando se baja para abrirme la puerta —un gesto tan anticuado y a la vez tan conmovedor— es simplemente un chico de diecisiete años que parece tan nervioso como me siento yo. Sus manos tiemblan ligeramente al abrir la puerta del copiloto, y noto que debe de haberse pasado la mano por el pelo al menos tres veces. Los mechones oscuros, normalmente tan perfectamente peinados, apuntan en todas direcciones.

—Estás guapísima —dice, y su voz suena un tono más aguda de lo habitual.

—Tú también. —Y lo está. Vaqueros oscuros que le quedan como un guante, una camisa blanca con los dos botones superiores abiertos y una chaqueta de cuero negra que le hace parecerse a James Dean. Despreocupadamente perfecto, como si hubiera tardado horas en parecer que no lo ha pensado.

El interior del BMW huele a cuero caro y a su *aftershave*: algo fresco, ácido, que me hace pensar en el mar y la libertad. Los asientos son tan suaves que tengo la sensación de hundirme en una nube.

El trayecto al cine es sorprendentemente agradable. El silencio inicial, que quería extenderse entre nosotros como un muro invisible, se rompe cuando "Wonderwall" brota de los altavoces. Sin pensarlo, empiezo a tararear suavemente.

—¿Conoces a Oasis? —pregunta sorprendido.

—Claro. *Maybe you're gonna be the one that saves me* —canto la siguiente línea.

Para mi sorpresa, él se une, su voz más grave que la mía, pero sorprendentemente melódica. —*And after all, you're my wonderwall*.

Cantamos el resto de la canción juntos, volviéndonos cada vez más valientes, más ruidosos, hasta que en el estribillo prácticamente gritamos. En un semáforo en rojo, una señora mayor del coche de al lado nos mira moviendo la cabeza, pero eso solo lo hace más divertido.

—¿Talento oculto? —pregunto cuando termina la canción y ambos estamos sin aliento de la risa.

—Uno de muchos —dice con un guiño que hace tropezar a mi corazón.

El cine es un viejo edificio de ladrillo en el corazón de la ciudad, con luces de neón parpadeantes y olor a palomitas recién hechas que ya se huele desde fuera. Él insiste en pagarlo todo, a pesar de mis protestas.

No solo compra las entradas, sino también una cantidad absurda de snacks: una bolsa grande de palomitas, nachos con extra de queso, ositos de goma, chocolate y suficientes dulces para abastecer a un pequeño ejército.

—¿Quieres cebarme? —pregunto riendo mientras me carga los snacks en los brazos.

—Quizás —dice sonriendo, y sus ojos azules brillan con picardía bajo la luz tenue—. Así no saldrás corriendo después de la película.

La película —esa nueva comedia de Jim Carrey en la que no puede mentir— es divertidísima. Ambos nos reímos tan alto y tan a menudo que la gente de las filas de delante nos lanza miradas asesinas. Pero nos da igual.

En algún momento, no sé exactamente cuándo, busca mi mano en la oscuridad. Sus dedos se deslizan entre los míos, cálidos y firmes, y todo mi brazo hormiguea con el contacto. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que debe oírlo. Pero no retiro la

mano. En lugar de eso, entrelazo nuestros dedos con más fuerza, y juro que puedo sentir su sonrisa en la oscuridad.

Cuando las luces se vuelven a encender y suenan los créditos, no quiero que la noche termine. Las dos horas han volado como minutos.

—¿Te apetece un paseo? —pregunta al salir del cine, como si me hubiera leído el pensamiento.

El parque junto al cine está casi desierto a estas horas. Las viejas farolas proyectan conos de luz dorada sobre los caminos serpenteantes. Paseamos uno al lado del otro, nuestros pasos sincronizados sobre la grava. Las estrellas brillan claras en el cielo, inusualmente brillantes para el centro de una ciudad, y nuestro aliento se mezcla en el aire frío de diciembre formando pequeñas estelas de niebla.

—Gracias por lo de esta noche —digo, y mi voz suena baja en el silencio.

—Gracias por decir que sí. —Se detiene, se gira hacia mí. La luz de la farola pinta reflejos dorados en su pelo oscuro—. Quería pedírtelo desde hace mucho tiempo, pero...

—¿Pero?

—Pensaba que me odiabas. Al pijo rico. —La vulnerabilidad en su voz me sorprende.

—No te odio —digo suavemente y doy un paso más cerca—. Ni siquiera un poco.

Él también se acerca, hasta que puedo sentir el calor que emana de él. —¿No?

—No.

Su mano se levanta lentamente, dándome tiempo a apartarme si quiero. Pero me quedo quieta cuando sus dedos encuentran mi mejilla. Su pulgar acaricia suavemente mi pómulo y tengo que cerrar los ojos ante la ternura del contacto.

—¿Emma?

—¿Sí? —Mi voz es solo un susurro.

—Voy a besarte ahora.

—Vale. —La palabra sale sin aliento.

Se inclina lentamente hacia mí, y entonces sus labios tocan los míos. El beso es suave, casi tímido, como si no estuviera seguro de tener permiso. Sus labios están cálidos a pesar del frío, saben a palomitas y ositos de goma. Mis manos encuentran su nuca como por inercia, y siento cómo se estremece con el contacto.

Cuando nos separamos, ambos sonreímos como idiotas. Puedo sentir la felicidad aleteando literalmente en mi pecho como una mariposa atrapada.

—Eso ha sido... —empiezo, pero no encuentro palabras.

—Perfecto —termina él, y sus ojos radian luz.

El viaje de vuelta pasa como en un sueño. Para frente a nuestro pequeño apartamento sobre la panadería, y el contraste entre su brillante BMW y nuestra fachada desconchada no podría ser mayor. Pero él no parece notarlo o no le importa.

—He tenido una noche maravillosa —digo, y ya estoy a punto de bajar.

—Yo también. —Se inclina hacia mí, reteniéndome suavemente —. ¿Podemos repetirlo?

—¿El cine?

—Todo. La cita, la película, especialmente el beso.

Me río, apenas puedo creer mi suerte. —¿Especialmente el beso?

—Definitivamente.

Y entonces me besa de nuevo, esta vez más largo, más profundo. Es un beso que hace promesas. Mis dedos se entierran en su pelo, que es tan suave como me lo había imaginado, y me pierdo en él, en este momento que se siente como el mundo entero.

Un golpe fuerte en la ventana nos hace separarnos de un salto como criminales pillados *in fraganti*. Lila está fuera, sonriendo como el Grinch en Navidad; el hueco de sus dientes hace que la sonrisa sea aún más ancha.

—Mamá dice que entres. Empieza a hacer frío —grita a través del cristal, y veo la travesura en sus ojos.

Gimo y dejo caer la cabeza contra el hombro de Ethan. —La mato.

Ethan se ríe, una risa cálida y profunda que puedo sentir en mi pecho. —Es mona.

—Es un incordio —murmuro contra su camisa.

—Pero tiene razón. Hace frío. —Me besa suavemente la frente, un gesto tan tierno que se me llenan los ojos de lágrimas—. Buenas noches, Emma.

—Buenas noches, Ethan.

Salgo, floto más que camino hacia la puerta de casa. Mis pies apenas tocan el suelo. Lila ya espera en el pasillo, saltando de un pie al otro.

—¡Os habéis morreado! —proclama triunfalmente.

—No lo hemos hecho —miento, pero mi sonrisa me delata.

—Sí, lo habéis hecho. ¡Lo he visto! ¡Incluso un buen rato! —Baila a mi alrededor como un cachorro emocionado—. ¡Emma tiene novio! ¡Emma tiene novio!

—¡Lila! —Pero mi indignación es fingida, y ambas lo sabemos.

No puedo enfadarme. Hoy no. No después de la primera cita más perfecta del mundo.

En mi habitación me dejo caer en la cama, miro al techo donde todavía están pegadas las viejas estrellas fluorescentes que papá me puso hace años. Mis labios aún hormiguean por los besos de Ethan, y presiono mis dedos sobre ellos, queriendo retener la sensación.

Ethan Maddox es mi novio.

La vida no puede ir mejor.

15

Ethan

Hoy

El vestíbulo de la Fundación se extiende ante mí como una catedral de vidrio y mármol. El árbol de Navidad de doce metros proyecta sombras danzantes sobre el suelo pulido mientras me dirijo a la salida. Esta noche viene Emma. En pocas horas estaré sentado frente a ella y...

¿Y qué, exactamente? ¿Decir la verdad? ¿Contarle lo que pasó realmente entonces? ¿Que las cosas eran más complicadas de lo que parecían? ¿Que tenía mis razones?

No. Algunas verdades son demasiado feas para pronunciarlas. Algunas heridas demasiado profundas para volver a abrirlas.

—¡Señor Maddox! ¡Señor Maddox!

La voz resuena por el vestíbulo. Me doy la vuelta y veo a un hombre apresurarse hacia mí. Cuarenta y pocos, barba de tres días descuidada, esa típica aura de periodista de importancia excitada.

—Me alegro de que me reciba. —Me tiende la mano y me sonríe con una sonrisa de tiburón.

Ignoro la mano. —¿Recibirle? ¿Tenemos cita?

—Blake Mercer, Associated Press. —Deja caer la mano, pero su sonrisa permanece—. Estoy trabajando en una historia sobre la nueva generación de filántropos.

Mercer. El nombre no me dice nada, pero su tipo me lo dice todo. Un husmeador en busca de mierda.

—Entonces concierte una cita con mi asistente. —Quiero seguir andando, pero me bloquea el camino.

—Solo un par de preguntas, señor Maddox. Sobre la financiación de la Fundación.

—La Fundación es una organización sin ánimo de...

—La Fundación se creó con dinero de Maddox Technologies. —Sus ojos gris azulados brillan—. Interesante que invierta millones en arte mientras su empresa es demandada por violaciones de la protección de datos.

Los músculos de mi mandíbula se tensan. —Las acusaciones son infundadas.

—¿De verdad? ¿Y los contratos gubernamentales? ¿Las conexiones cuestionables con el Departamento de Defensa?

—Si tiene preguntas sobre Maddox Technologies, diríjase al departamento de prensa.

Sigo andando, pero me sigue como un terrier que ha olido sangre.

—¿Pretende simplemente ignorarme? —Su voz se eleva, resonando por el vestíbulo. Varios visitantes se giran—. ¿Igual que ignoró a Emma Wells después de romperle el corazón en el instituto?

Me quedo helado. —¿De qué conoces ese nombre?

Su sonrisa se ensancha. —Oh, conozco muchos nombres, señor Maddox. Muchas historias. Por ejemplo, la historia de un niño rico que primero seduce a una chica de origen humilde y luego la deja tirada. Así, sin más. De un día para otro.

—¡Seguridad!

Dos guardias aparecen como de la nada.

—¿Esa es su respuesta? —Mercer se ríe—. ¿Hacer que se lleven los problemas? Como aquella vez, cuando usted...

Le hago un gesto a uno de nuestros hombres de seguridad, que parece un jugador de fútbol americano.

—El señor Mercer abandona el edificio ahora mismo. —Mi voz es gélida—. Permanentemente.

—Se arrepentirá de esto —sisea mientras el guardia se lo lleva —. Sé cosas, Maddox. Sobre usted, sobre aquel entonces, sobre lo que le hizo a Emma...

—¡Fuera!

Las puertas de cristal se cierran tras él. Respiro hondo, intento controlar mi ira. Solo ahora me doy cuenta de los móviles que apuntan en mi dirección. Las miradas curiosas.

Maldita sea.

Huyo al ascensor, vuelvo a mi despacho. Mis manos tiemblan ligeramente mientras me sirvo un whisky. Blake Mercer. ¿De qué conoce a Emma? ¿Qué sabe de entonces?

Por la ventana lo veo abajo en la calle. Habla con alguien, una mujer con cámara. Ella asiente, señala su móvil. Lo han grabado todo.

—Mierda.

Agarro mi teléfono, quiero llamar a Sarah, hacer control de daños. Pero entonces me detengo.

Emma viene esta noche. Si Mercer realmente sabe algo de entonces, si está husmeando en nuestro pasado...

Quizás debería cantarle las cuarenta. Explicarle por qué pasó todo así. Que no tuve otra opción. Que las circunstancias...

Pero ¿cómo explicas lo inexplicable? ¿Cómo justificas algo que no tiene justificación?

Algunas cosas son demasiado complicadas para explicaciones sencillas. Y algunas cicatrices demasiado viejas para poder curarlas ya.

Vació el vaso de un trago.

Fuera empieza a nevar de nuevo, y Blake Mercer desaparece en el silencio blanco. Pero sé que volverá. Los hombres como él nunca se rinden cuando han olido sangre.

La única pregunta es de quién será la sangre que se derrame primero aquí.

16

Emma

Marcus ya espera frente al edificio cuando salgo por la puerta principal. El Bentley negro brilla a la luz de las farolas como una ballena varada de lujo. Me mantiene la puerta abierta, asiente cortésmente, y me hundo en un cuero que probablemente ha costado más de lo que gano en un año.

—Buenas noches, señorita Wells —dice mientras arranca. Nada más. Marcus es discreto, eso hay que reconocérselo.

A través de los cristales tintados veo pasar Silver Valley. Las mismas calles por las que Ethan me llevaba entonces en su BMW, su regalo de decimoctavo cumpleaños. Ya entonces vivía en otro mundo. La casa de sus padres se alzaba sobre la colina como una fortaleza de cristal y piedra, mientras nosotras malvivíamos en nuestro apartamento de tres habitaciones sobre la panadería.

El ático me sorprende a pesar de todo. Última planta de un edificio nuevo que parece como si alguien hubiera metido dinero y buen gusto en una batidora y hubiera vertido el resultado en el *skyline*. El ascensor privado se abre directamente en su apartamento.

—Emma.

Espera junto al ventanal panorámico, con las luces de la ciudad como telón de fondo. Vaqueros oscuros, jersey de cachemir negro. Informal y aun así un poco demasiado perfecto; casi como si hubiera estado media hora pensando qué parece "desenfadado".

—Bonitas vistas —digo, porque si no, no sé qué decir.

—¿Whisky?

—Por qué no.

Sirve dos vasos, me pasa uno. Nuestros dedos se tocan brevemente y odio seguir reaccionando.

—Pareces distraída —dice tras el primer sorbo.

—Tú también.

Sonríe débilmente. —Día largo. Un periodista me ha asediado hoy.

—¿Ajá? —Pienso en Blake Mercer, pero no digo nada.

—Da igual. —Señala el sofá—. Siéntate. Por favor.

Nos sentamos uno al lado del otro, pero con suficiente distancia para toda una historia de vida. El silencio se extiende hasta que no lo aguanto más.

—Es por mi madre.

Me mira, espera.

—Está enferma. Tiene... cáncer. Y está empeorando. —Las palabras salen entrecortadas—. Lila y yo... solo discutimos. Ella me reprocha no estar nunca. Yo le reprocho ser poco fiable. Y mamá está en medio y...

—Lila siempre ha sido un torbellino —dice suavemente—. ¿Recuerdas cuando nos pilló una vez besándonos? Estuvo una semana haciendo ruidos de besos cada vez que me veía.

Tengo que sonreír a mi pesar. —Tenía once años y le parecía lo más asqueroso del mundo.

—Ahora tiene novio ella misma, ¿no? ¿Phoenix?

—¿Cómo sabes eso?

—Así son las cosas en una ciudad pequeña. —Se encoge de hombros—. Se oyen cosas.

—A propósito de... entonces... —Dejo mi vaso, me giro hacia él —. Sigo sin entenderlo a día de hoy, Ethan. Después de esa noche nunca volviste a dar señales de vida. Simplemente... desapareciste.

Su rostro se endurece. —Era complicado.

—Eso dices siempre.

—Porque es verdad. —Se levanta, va a la ventana—. Esa noche... también fue algo especial para mí. Habría deseado que todo hubiera salido de otra manera. Créeme.

—¿Cuál fue la razón? —Yo también me levanto, me pongo a su lado—. Explícamelo. Ahora. Después de todos estos años.

Calla un buen rato. —Tenía que ver con mi familia. No puedo... no quiero decirte más ahora.

—Ethan...

—Por favor. —Se gira hacia mí—. Dejémoslo ahí. Por hoy.

La súplica en su voz me detiene. Lo que sea que pasara entonces, todavía le duele. Lo veo en sus ojos.

—Vale —digo en voz baja—. Por hoy.

Respira hondo. —Tengo que hablar contigo de otra cosa. Algo importante.

—Déjame adivinar: tiene que ver con la Fundación.

—Sí. —Va al bar, se sirve más—. Sé que probablemente soy la última persona a la que ayudarías. Pero necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

—Hay un inversor. Miles Hargrove. Doscientos cincuenta millones para la Fundación.

Casi me atraganto con mi whisky. —¿Doscientos cincuenta millones?

—El problema es... —Se apoya contra la barra—. Hargrove solo hace negocios con, y cito, "hombres de familia sólidos y asentados".

—Y tú eres lo contrario de eso. —No puedo reprimir una sonrisa burlona—. El eterno soltero. Cada semana una distinta del brazo.

—Gracias por el recordatorio.

—Oye, ese es tu estilo de vida, no el mío. —Me cruzo de brazos —. Si no me hubieras tratado como una mierda entonces, quizás ahora estaríamos casados de verdad. Entonces no tendrías ese problema.

Las palabras quedan en el aire, más pesadas de lo pretendido.

—Quizás —dice en voz baja. Luego se aclara la garganta—. En cualquier caso, le he dicho a Hargrove que estoy casado.

Me río incrédula. —¿Has hecho qué?

—Lo sé. Fue estúpido. Pero ahora quiere conocer a mi mujer. Este sábado.

—Bueno, pues tienes un problema.

—Emma. —La forma en que dice mi nombre me hace intuir lo que viene—. Te necesito.

—No.

—Solo por dos semanas. Hasta la gala. Luego...

—No, Ethan. Búscate a una de tus modelos.

—Tiene que ser alguien que me conozca. Que sea convincente. Que... —Se acerca—. Tú eres la única con la que esto podría funcionar.

—No estoy en venta.

—Dos millones de dólares.

La cifra me golpea como un puñetazo. —¿Qué?

—Dos millones. Por dos semanas. En efectivo. Libres de impuestos.

Dos millones. Más que suficiente para la operación de mamá. Más que suficiente para solucionar todos los problemas.

—Sabía que eras un gilipollas —digo lentamente—, pero no pensaba que fueras *tan* gilipollas. No soy tu puta a la que puedas comprar.

Se estremece. —Yo no he...

—¿No? ¿Entonces qué? Me ofreces dinero para que yo...

—No he hablado de que quiera follarte —interrumpe bruscamente—. He hablado de que finjas ser mi esposa. Ante Hargrove. Ante el público.

—Oh, qué noble por tu parte.

—Emma, escúchame. —Deja su vaso, se cruza de brazos—. Todo esto puede ser completamente platónico. Camas separadas, nada de tocarse, manos sobre el edredón; lo que tú quieras. Se trata solo de convencer a Hargrove. Dos semanas haciendo teatro. Nada más.

—¿Y crees seriamente que yo me vendería?

—Creo que dos millones de dólares pueden solucionar un montón de problemas. —Su voz se vuelve más suave—. También

problemas médicos.

Me quedo helada. —¿A qué te refieres?

—A nada. Solo digo que el dinero es tuyo. Sin condiciones. Puedes hacer con él lo que quieras.

La verdad no dicha flota entre nosotros. Lo sabe. Quizás no los detalles, pero sabe que mamá necesita más de lo que el seguro normal puede ofrecer.

—Esto es chantaje.

—Esto es un negocio. —Da un paso atrás, me da espacio—. Un negocio justo. Tú me ayudas a salvar la Fundación. Yo te ayudo... con lo que sea.

Mi móvil vibra. El nombre de Lila está en la pantalla. Lo cojo, oigo su voz llena de pánico, y todo lo demás deja de importar.

—Mamá está en el hospital. Está mal. Muy mal. Tienes que venir. ¡Ya!

Dejo caer el teléfono, agarro mi bolso. —Tengo que irme.

—¿Qué ha pasado? —Ethan está a mi lado al instante.

—Mamá. Está en el hospital. Yo... —Las lágrimas me queman en los ojos—. Tengo que irme.

—Marcus nos lleva —dice, y ya está cogiendo su móvil.

—No, yo...

—Emma. —Se pone el móvil en la oreja y da las instrucciones antes de volver a mirarme—. Marcus está aquí en dos minutos. No discutas conmigo.

Asiento solamente, demasiado desecha para discutir. Mientras corremos hacia el ascensor, solo un pensamiento martillea en mi cabeza:

Dos millones de dólares. Suficiente para salvar a mamá.

Siempre y cuando quede algo que salvar. Y si estoy dispuesta a pagar el precio.

17

Emma

Las luces estridentes de la UCI me queman los ojos. El olor a desinfectante y miedo flota en el aire como una niebla invisible. Marcus nos ha traído en tiempo récord, mientras yo estaba sentada en el asiento trasero agarrando convulsivamente la mano de Ethan sin pensar en ello.

—¡Emma!

Lila se lanza hacia mí en cuanto cruzamos las puertas de cristal. Tiene la cara hinchada, el rímel corrido. Nos abrazamos y nos aferramos la una a la otra, como si así pudiéramos mantener el mundo unido.

—¿Cómo está?

Lila solo niega con la cabeza, luego nota a Ethan. Sus ojos verdes se agrandan.

—¿Qué hace ese aquí?

—Luego, Lila. —Le agarro los hombros—. ¿Cómo está mamá?

Nos guía por un pasillo hasta un cristal. Detrás yace mamá, tan pequeña y frágil entre todas las máquinas. El respirador sube y baja su pecho con ritmo mecánico. Hay tubos colgando por todas partes y varios monitores parpadean junto a la cama.

—Ha colapsado hace dos horas. —La voz de Lila se rompe—. Así, sin más. Por suerte Phoenix y yo estábamos allí, llamamos a la ambulancia enseguida, pero...

—¿Qué dicen los médicos?

—Su corazón se debilita cada vez más. Los medicamentos ya no funcionan. —Se limpia los ojos—. El doctor Morrison ha estado aquí antes. Dice que sin la operación...

No tiene que terminar la frase. Todas sabemos lo que significa.

Ethan está un poco apartado, con las manos en los bolsillos. Bajo la luz cruda del hospital parece fuera de lugar con su jersey de cachemir, pero su rostro muestra preocupación genuina.

—¿Puedo hacer algo? —pregunta en voz baja.

Lila resopla. —¿Ahora de repente? ¿Después de todos estos años?

—Lila, por favor. —Estoy demasiado cansada para viejas rencillas—. Ahora no.

Estamos allí de pie, tres personas frente a una pared de cristal, impotentes y perdidos. Mamá parece tan en paz, como si solo durmiera. Pero las máquinas cuentan otra historia.

—La operación —digo finalmente—. Tenemos que encontrar una manera.

—¿Con qué? —Lila ríe con amargura—. ¿Tienes casualmente trescientos mil dólares en el bolso?

La mirada de Ethan encuentra la mía. La respuesta no dicha cuelga entre nosotros. Dos millones de dólares. Más que suficiente.

—Puede que tenga... —Me callo. ¿Qué voy a decir? ¿Que alguien me acaba de ofrecer una fortuna por fingir ser su mujer? —Encontraremos una manera. Tenemos que hacerlo.

Un clic nos interrumpe. El sonido inconfundible del obturador de una cámara.

Nos damos la vuelta. Blake Mercer está al final del pasillo, con la cámara todavía levantada. Su sonrisa es tan fría como la luz de

neón.

—Qué reunión familiar tan conmovedora —dice—. El millonario y su... ¿qué exactamente, señor Maddox? ¿Empleada? ¿O algo más?

—Maldito... —Ethan da un paso hacia él, pero lo retengo.

—No —susurro—. No vale la pena.

Mercer desaparece antes de que ninguno de nosotros pueda reaccionar.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Lila confundida.

—Nada. —Me froto las sienes—. Un buitre esperando carroña.

Ethan aprieta los puños, pero le toco el brazo. —Ha sido un día largo. Deberías irte.

—Emma...

—Me quedo aquí. Con Lila. —Intento sonreír—. Nos vemos mañana en la oficina.

Duda, luego asiente. —Llama si... si necesitáis algo.

Después de que se vaya, Lila se sienta en una de las incómodas sillas de plástico. —¿Desde cuándo está Ethan Maddox otra vez en tu vida?

—Es complicado.

—Con vosotros siempre ha sido complicado. —Me examina—. Está bueno. ¿Sigue siendo un gilipollas?

Pienso en su oferta. En los dos millones. En las máquinas de mamá, que pitan y sisean.

—No lo sé —digo sinceramente.

Nos sentamos una al lado de la otra, miramos a través del cristal, y esperamos. Un milagro. Una solución. Algo que nos diga

qué debemos hacer.

Fuera cae la nieve en silencio y el reloj hace tictac. Para mamá. Para la decisión que tengo que tomar.

Dos millones de dólares. Dos semanas.

Una vida.

18

Emma

Hace 17 años

La casa está inquietantemente silenciosa sin mamá y Lila. Ese tipo de silencio que se siente como algodón en los oídos, que amplifica cada latido, hace que cada respiración suene demasiado fuerte. Ayer se fueron a casa de la tía Ruth, a dos horas al norte, a ese pueblecito donde el tiempo parece haberse detenido.

—Tenéis que pensar también en vosotras —había dicho el doctor Morrison; las gafas se le resbalaban por la nariz como siempre que tenía que dar malas noticias—. No podéis estar sentadas cada día junto a la cama del hospital. Eso no ayuda a nadie, y menos a vuestro padre.

Mamá había asentido, ese tipo de asentimiento que dice: "Le oigo, pero no me creo ni una palabra". Lila había protestado, quería quedarse con papá, pero al final mamá la convenció. —Solo un fin de semana, cariño. La tía Ruth va a hacer esos rollos de canela que tanto te gustan.

Pero yo no quise ir. Necesitaba esto: el silencio, la soledad, el espacio para respirar sin las miradas preocupadas de mamá y la alegría fingida de Lila. Quería estar sola conmigo, con mis pensamientos y los sentimientos que escondo tan cuidadosamente durante el día.

La casa cruje con el viento. Fuera, las ramas del viejo manzano rascan la ventana de la cocina; papá siempre quiso podarlas, pero nunca encontró el momento. Ahora probablemente nunca lo hará.

Llaman a la puerta. Miro el reloj de pared: las nueve de la noche. ¿Quién viene a estas horas?

—¿Ethan?

Lo miro fijamente como si fuera una aparición. Está ahí de pie con su chaqueta de cuero, el pelo revuelto por el viento, una bolsa de papel marrón en la mano. Detrás de él, su BMW está aparcado torcido en el borde de la carretera, como si hubiera tenido prisa.

—¿Qué haces aquí?

—Hoy no has ido a clase. —Levanta la bolsa como una bandera blanca—. Pensé que podrías necesitar compañía. Y comida china del Golden Dragon. Con extra de galletas de la suerte.

El olor a salsa de soja y arroz frito llega hasta mí, y mi estómago me recuerda que no he comido nada desde la tostada de esta mañana.

—Eres... —Mi voz se rompe. El simple gesto de que haya pensado en mí, de que haya venido, me abruma—. Esto es...

—Eh. —Deja la bolsa en el suelo, cruza el umbral y me atrae hacia sus brazos sin dudarlo—. ¿Estás bien?

—No —confieso contra su pecho, aspirando el olor familiar: *aftershave*, detergente y ese olor indefinible a Ethan—. Nada está bien.

Simplemente me sujeta con fuerza, sus brazos son un puerto seguro en un mar de caos. Una mano me acaricia la espalda de forma tranquilizadora, mientras la otra sostiene mi cabeza. No dice nada, no hace preguntas, simplemente me deja llorar.

Lloro por papá, que desaparece un poco más cada día. Por mamá, cuya sonrisa ya no le llega a los ojos. Por Lila, que ayer tiró sus muñecas porque es "demasiado mayor para eso" —con once

años—. Por mí misma, porque pronto cumpliré los dieciocho y me siento como si tuviera ochenta.

Cuando las lágrimas se secan, me lleva al sofá. Ese trasto viejo y marrón en el que mis padres ya se besaban cuando aún eran jóvenes y pensaban que tenían todo el tiempo del mundo.

—Cuéntamelo —dice suavemente, pasándome un pañuelo de su bolsillo.

Así que se lo cuento todo. Las palabras brotan de mí como agua de una presa rota. De papá, que ayer ya no notó mi mano. Que llamó a su madre, que lleva veinte años muerta. De mamá, que se sienta por las noches en la cocina y hojea viejos álbumes de fotos, como si pudiera hacer retroceder el tiempo. De Lila, que esconde sus lágrimas tras chistes, pero llora por las noches en su almohada cuando cree que nadie la oye.

—¿Y yo? —Mi voz está ronca de llorar—. Yo intento mantenerlo todo unido. Ser la hermana mayor fuerte. Pero me estoy rompiendo, Ethan. Me estoy rompiendo en mil pedazos y no sé cómo volver a juntarlos.

—No tienes que hacerlo todo sola —dice, y me coge la mano. Sus dedos son cálidos, fuertes, tranquilizadores.

—Sí, tengo que hacerlo. Soy la mayor. Mamá me necesita. Lila me necesita.

—Apenas tienes dieciocho años, Emma. Aún eres una niña.

—Me siento como si tuviera cien. —Me apoyo en él, demasiado agotada para mantener las distancias—. A veces me despierto y por un momento no sé qué día es. Todos se mezclan. Hospital, colegio, casa, hospital. Un bucle infinito de desinfectante y falsa esperanza.

Me atrae más hacia él hasta que mi cabeza descansa en su hombro. —Esta noche puedes volver a ser tú misma. Solo tú y yo y

comida china mala.

—No huele tan mal.

—Espera a probar los rollitos de primavera. Juro que usan cartón como ingrediente secreto.

Tengo que sonreír. Una sonrisa pequeña y temblorosa, pero está ahí.

Comemos la comida china directamente de las cajas, con los pies en la mesa de centro (cosa que mamá nunca permitiría), viendo una vieja *sitcom* en la tele.

Ethan imita a los personajes, exagera sus manías hasta que tengo que reírme. Risa de verdad, que sale de la barriga y ahuyenta la oscuridad por un momento.

Comemos y reímos y por una hora preciosa casi olvido que mi padre se muere, que mi familia se rompe, que nada es ya como debería ser.

—Gracias —digo cuando terminamos. Las cajas vacías se apilan en la mesa como un monumento a nuestro festín—. Por venir. Por... por estar ahí.

—Siempre. —Me aparta un mechón de pelo de la cara, sus dedos se demoran un momento de más en mi mejilla—. Haría cualquier cosa por ti, Emma.

La forma en que lo dice, casi como si fuera un juramento, cambia la atmósfera. El aire entre nosotros se vuelve más denso, eléctrico. De repente soy muy consciente de que estamos solos. De que su mano sigue tocando mi cara. De que sus ojos se han oscurecido.

—Ethan...

—Te quiero —dice simplemente, sin previo aviso—. Sé que solo han pasado unos meses, pero te quiero. Desde el primer día en la biblioteca. Cuando me miraste como si no fuera el pijo rico, sino simplemente... un chico.

Mi corazón se para, se reinicia, se acelera. —Ethan, yo...

—No tienes que decir nada. Solo quería que lo supieras. Por si... por si mañana se acaba el mundo o algo así.

—El mundo no se acaba.

—¿No? —Sonríe con tristeza—. A veces se siente así.

—Yo también te quiero —susurro, y las palabras saben a verdad y a valentía—. Te quiero tanto que duele.

Me besa, y es diferente a todos nuestros besos anteriores. Ya no es un tanteo cuidadoso, ni una exploración tímida. Este beso es profundo, hambriento, desesperado. Como si quisiéramos devorarnos el uno al otro, absorbernos, no soltarnos nunca más.

Sus manos se entierran en mi pelo, y me presiono más contra él, quiero eliminar cada centímetro de distancia entre nosotros. Sabe a salsa de soja y a promesas de galletas de la suerte y a todo lo que es bueno en este mundo.

—Emma —murmura contra mis labios, su aliento caliente en mi piel—. No tenemos que... si no quieres...

—Quiero —le interrumpo, sorprendida por mi propia seguridad —. Te quiero a ti. Todo de ti.

Se retira, busca mis ojos. —¿Estás segura? Tenemos tiempo. Todo el tiempo del mundo.

—No, no lo tenemos. —Las palabras salen ásperas, sinceras—. Nada es seguro. Mañana todo puede ser diferente. Pero esta noche... esta noche quiero estar contigo.

En lugar de responder, me levanto y tomo su mano. Sus dedos se entrelazan con los míos, cálidos y firmes. Lo guío hacia la escalera, mi corazón martillea tan fuerte que tiene que oírlo.

Mi habitación parece infantil a la luz tenue de la lámpara de la mesilla. Los pósters de grupos que ya no escucho. El oso de peluche en la cama que papá me regaló por mi quinto cumpleaños. La guirnalda de luces que Lila colgó las Navidades pasadas.

—No es precisamente un ático —digo avergonzada.

—Es perfecto —dice, y lo dice en serio.

Mira a su alrededor, lo absorbe todo: las pilas de libros, las fotos en la pared, el caos en mi escritorio. Pero luego su mirada vuelve a posarse en mí, y la intensidad que hay en ella me convierte de niña en mujer.

—Eres preciosa —dice.

—Llevo una camiseta vieja y pantalones de chándal.

—Preciosa —repite y se acerca.

Nos besamos de nuevo, más despacio esta vez, más conscientemente. Sus manos enmarcan mi cara como si fuera valiosa, frágil. Pero no quiero ser frágil. Esta noche no.

Deslizo mis manos bajo su camiseta, siento la piel caliente, los músculos definidos de la natación. Tiembla con mi contacto, y la sensación de poder que eso provoca es embriagadora.

Sus manos viajan a mi camiseta, dudan en el dobladillo. —¿Puedo?

Asiento, levanto los brazos. La camiseta se desliza por mi cabeza y me quedo ante él con mi sencillo sujetador blanco. Nada especial, nada seductor. Pero la forma en que me mira...

—Dios, Emma.

Me pongo roja, quiero cruzar los brazos ante el pecho, pero él me lo impide.

—No. Eres... eres perfecta.

—No soy...

Me besa, cortando mi protesta. Sus manos se deslizan sobre mi piel, dejando fuego a su paso. Cuando me desabrocha el sujetador —con más torpeza que elegancia— contengo la respiración.

—Podemos parar —dice al sentir mi duda—. En cualquier momento. Solo di basta.

—No quiero parar. —Y para demostrarlo, tiro de su camiseta.

Se ríe suavemente, se la quita por la cabeza. Ya lo he visto en la piscina, pero esto es diferente. Más íntimo. Más real. Mis dedos trazan las líneas de sus músculos y él cierra los ojos.

—Vas a matarme —murmura.

—Bien.

Pieza a pieza nos desnudamos mutuamente, con manos temblorosas y besos robados. Cuando ambos estamos desnudos, nos quedamos un momento simplemente ahí, mirándonos.

Nunca he visto a un chico desnudo, no así, no en la vida real. La visión de Ethan me corta la respiración. Es delgado pero musculoso, su piel dorada a la luz de la lámpara. Y está... excitado. Muy excitado. Impresionantemente excitado.

—No tengas miedo —susurra al ver mi mirada—. Tenemos todo el tiempo del mundo. No tenemos que precipitarnos.

Me lleva a la cama, aparta con cuidado el oso de peluche. —Lo siento, amigo, pero tienes que irte.

Suelto una risita nerviosa mientras me empuja suavemente sobre la cama. El edredón está fresco contra mi piel acalorada.

—Estás temblando —constata.

—Estoy nerviosa.

—Yo también. —Se tumba a mi lado, de costado, apoyándose en un codo—. Podemos quedarnos así simplemente. Hablar. O dormir. Lo que tú quieras.

Pero no quiero hablar. Quiero sentir. Lo atraigo hacia mí, lo beso con toda la pasión que arde en mí.

Sus manos y labios exploran mi cuerpo como un mapa que quiere aprenderse de memoria. Besa mi cuello, mis hombros, el punto sensible detrás de mi oreja que me hace estremecer.

Cuando sus labios alcanzan mi pecho, me arqueo hacia él. La sensación es abrumadora, electricidad disparándose por mis venas.

—Ethan... —Su nombre es una oración, una súplica.

Su mano viaja más abajo, sobre mi vientre, duda. —¿Está bien?

—Sí. Por favor.

Cuando sus dedos encuentran el calor entre mis piernas, me sobresalto. No de dolor, sino de intensidad. Nadie me ha tocado así nunca, y la sensación es casi demasiado.

—Tan mojada —murmura lleno de asombro—. ¿De verdad quieres?

Solo puedo asentir, abrumada por las sensaciones que provoca en mí. Explora, experimenta, encuentra un ritmo que me lleva al borde. Sus dedos encuentran exactamente los lugares que me hacen bien.

—Oh Dios, Ethan, yo...

—Déjate llevar, nena. Te tengo.

Y me dejo llevar. El mundo explota en colores, mi cuerpo tiembla, y me aferro a él como a un ancla en la tormenta.

Cuando vuelvo en mí, sonríe con satisfacción. —Eso ha sido...

—Increíble —termino sin aliento.

—No tenemos que seguir —dice, aunque siento su excitación contra mi muslo—. Eso ya ha sido... ha sido perfecto.

—Quiero más. —Le miro a los ojos—. Lo quiero todo. Contigo.

Traga saliva con dificultad. —¿Estás segura? Dolerá. Al principio.

—Confío en ti.

Me besa profundamente, se coloca sobre mí. Lo siento en mi entrada, duro y caliente, y por un momento tengo miedo. ¿Y si duele demasiado? ¿Y si no puedo?

—Eh. —Me acaricia la cara—. No tenemos que hacerlo. De verdad.

—Quiero hacerlo. Te quiero a ti.

Despacio, muy despacio, entra en mí. El dolor es agudo, ardiente, y me muerdo el labio.

—Lo siento, lo siento —susurra, besando mis lágrimas—. ¿Paro?

—No. Solo... dame un momento.

Se queda completamente quieto, lo que visiblemente le cuesta un gran esfuerzo. Sus brazos tiemblan por el esfuerzo de contenerse.

—Estás tan estrecha —jadea—. Tan perfecta. Como si estuvieras hecha para mí.

Lentamente el dolor remite, se convierte en una tirantez, luego en otra cosa. Experimento, muevo mis caderas mínimamente.

—Oh... —La sensación me sorprende—. Eso es...

—Lo sé. —Empieza a moverse, embestidas prudentes y poco profundas—. Dime si es demasiado.

Pero no es demasiado. No es suficiente. —Más —pido.

Gime, entierra su cara en mi cuello.

Nuestros cuerpos encuentran un ritmo, inseguro al principio, luego más seguro. Enrosco mis piernas a su alrededor, lo atraigo más profundo, y él maldice sin aliento.

—Emma, no puedo... es demasiado bueno... no voy a durar mucho...

—Está bien. —Le beso—. Déjate llevar.

Con un gemido roto se entierra profundo en mí. Siento cómo palpita, cómo se derrama dentro de mí, y aunque yo no me corro otra vez, se siente correcto. Completo.

Nos quedamos tumbados entrelazados, nuestros cuerpos aún conectados, mientras nuestra respiración se calma. Siento su corazón martillear contra mi pecho, al mismo ritmo que el mío.

—¿He estado... ha estado bien? —pregunta inseguro, tan diferente del Ethan seguro de sí mismo que todos conocen.

—Ha sido perfecto. —Beso su hombro con el tatuaje, sabe a sal —. Tú has sido perfecto.

—Tú también. —Nos gira con cuidado hacia un lado, pero permanece dentro de mí. Como si no quisiera renunciar a la conexión—. Eres increíble. Tan valiente, tan guapa, tan... Dios, te quiero.

—Yo también te quiero.

Nos adormilamos, nos despertamos más tarde. La luz de la luna entra por la ventana, bañándolo todo en plata. Hacemos el amor otra vez, más despacio esta vez, más seguros. Ahora conoce mi cuerpo, sabe dónde tocarme, cómo hacerme temblar. Esta vez me corro con él, y se siente como volar.

—No sabía que podía ser así —confieso más tarde, con la cabeza en su pecho.

—Yo tampoco. —Juega con mi pelo—. Quiero decir, ya había... pero esto ha sido diferente. Esto es...

—Real —termino.

—Real —coincide.

Cuando el amanecer se arrastra por mi ventana y pinta patrones rosados sobre nuestros cuerpos entrelazados, él sigue a mi lado. Apenas hemos dormido, demasiado ocupados explorándonos, hablando, amándonos.

—Tengo que irme —susurra.

—Lo sé. —Pero lo abrazo más fuerte.

—Emma...

—Solo cinco minutos más.

—Hace una hora has dicho "solo cinco minutos más".

—¿Y?

Se ríe suavemente, me besa la frente. —Vale. Cinco minutos.

Pero se convierten en diez, luego quince, antes de que realmente se separe. Miro cómo se viste, grabo cada momento en mi memoria. El juego de sus músculos, la forma en que el sol de la mañana dora su cuerpo.

—Me estás mirando fijamente —dice sonriendo.

—Culpable de los cargos.

Vuelve a la cama, me besa profundamente. —Te quiero, Emma Wells.

—Yo también te quiero, Ethan Maddox.

Lo sigo con la mirada desde la ventana, envuelta en mi sábana. Se gira tres veces, me lanza besos como un loco.

Cuando su BMW dobla la esquina, me dejo caer en la cama. Mi cuerpo duele de la forma más dulce, recordándome cada momento de la noche. Entre mis piernas siento su ausencia como un dolor fantasma.

Ya no soy virgen. La comprensión es extraña, ni triunfante ni aterradora. Simplemente... un hecho. Me he entregado a Ethan, completamente, y él me ha devuelto algo a cambio. No solo satisfacción física, sino la sensación de ser amada. Deseada. Querida.

La casa empieza a despertar. La calefacción se enciende, las tuberías gorgotean. Pronto volverán mamá y Lila, y tendré que volver a ser la hermana mayor responsable.

Pero por este momento, en la hora dorada de la mañana, solo soy Emma. Una chica que se ha enamorado de un chico. Una chica que ha sido amada.

Una chica a la que se le ha permitido olvidar por una noche que el mundo a veces es cruel.

Aspiro el olor de Ethan en mi almohada, cierro los ojos y sonrío.

Venga lo que venga, esta noche siempre será mía.

Será nuestra.

19

Ethan

Hoy

Los números del despertador brillan en rojo en la oscuridad: 3:47. Me doy la vuelta en la cama por centésima vez, las sábanas hace tiempo revueltas. El sueño no quiere llegar; tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Emma. El dolor en sus ojos cuando miraba a su madre a través del cristal. Se veía tan pequeña en ese pasillo de hospital de luz cruda, tan perdida. Me habría encantado abrazarla, pero ese derecho lo perdí hace diecisiete años.

Las miradas de Lila podrían haberme matado. La pequeña Lila, que entonces nos pilló besándonos, se ha convertido en una mujer que protege a su hermana. Ella solo conoce, claro, la versión de Emma de la historia. La chica a la que dejé tirada sin explicación. El niño rico que juega con los sentimientos.

Si supieran.

Me siento, me paso la mano por el pelo. A veces deseo haber nacido en otra familia. Una familia normal, sin el peso del apellido Maddox. Sin las expectativas. Sin los secretos que tiran de mí como cadenas.

El lujo en el que he crecido tiene un precio. Los coches, las casas, las infinitas posibilidades... todo comprado con cosas de las que no hablamos. Con negocios que se cierran en las sombras. A través de decisiones que pueden romper a las personas.

Como mi decisión rompió a Emma.

Y para colmo aparece esa hiena de Blake Mercer. Solo pensar en ese bastardo grasiento hace que apriete los puños. ¿Qué sabe? ¿Cuánto ha desenterrado?

Pero tengo que pensar estratégicamente. Una cosa tras otra. Primero Emma, luego Hargrove, luego Mercer.

Una parte de mí —la parte que odio— susurra que la enfermedad de la madre de Emma juega a mi favor. Perverso, lo sé. Pero ella necesita el dinero ahora más que nunca. Dos millones de dólares son más que suficiente para la operación, y también para más allá.

Me levanto, voy a la ventana. Silver Valley duerme bajo un manto de nieve, pacífico y silencioso. En algún lugar ahí fuera Emma yace despierta, igual que yo. ¿Está pensando en mi oferta? ¿Me odia por ello? ¿O está calculando ya cuántas vidas puede salvar con dos millones?

El sábado es la cena con Miles Hargrove. Eso significa que me quedan cuatro días para convencer a Emma. Sin ella puedo olvidarme de la Fundación. Necesito ese dinero imperiosamente. Doscientos cincuenta millones. Es la única manera de escapar de la sombra de mi padre.

Irónico que necesite precisamente a Emma para separarme de él definitivamente.

Mi móvil vibra en la mesilla de noche. ¿Un mensaje a las cuatro de la mañana? Lo cojo.

Número desconocido: *Bonitas fotos esta noche. La historia se pone cada vez más interesante. ¿Cuánto vale para usted la discreción? - B.M.*

Mercer. El cabrón quiere chantajearme.

Borro el mensaje sin contestar. Otro punto para la lista aparentemente cada vez más larga de problemas en mi vida. Pero esta noche no.

Mañana hablaré con Emma. Apelaré a su razón, no a sus sentimientos. Dos semanas de su vida a cambio de la salvación de su madre. Un trato justo.

Que todavía la desee, que cada fibra de mi cuerpo grite por tocarla... eso no tiene por qué saberlo. Ese es mi problema, no el suyo.

Me vuelvo a tumbar, miro al techo. En pocas horas estaré sentado frente a ella y le pediré algo que no tengo derecho a exigir. Pero los derechos y deberes nunca han jugado un papel en mi vida.

Solo las necesidades.

Y necesitar a Emma se ha convertido en una necesidad que me da miedo.

20

Emma

Probablemente parezco la muerte con tacones. El reflejo borroso en la puerta de cristal de la Fundación confirma mi temor. La misma ropa que ayer, alisada a duras penas. El pelo recogido en un moño desganado. Ojeras que me llegan hasta las rodillas.

La noche en la incómoda silla del hospital ha dejado huella. Hacia las seis fui un momento a casa, solo para comprobar que no había tiempo para una ducha. Un poco de desodorante, lavarse los dientes, no dio para más. Probablemente huelo a una mezcla de pasta de dientes y desesperación.

Bien, pienso mientras subo al ascensor. Tal como huelo, seguro que Ethan no querrá tocarme.

El pensamiento debería ser tranquilizador. Pero no lo es.

Sarah aún no ha llegado, así que llamo directamente a la puerta del despacho de Ethan.

—Adelante.

Está sentado tras su escritorio, impecable como siempre. Camisa fresca, traje perfectamente ajustado. Como si hubiera tenido ocho horas de sueño reparador y no hubiera pasado la noche en vela como yo.

—¿Cómo está tu madre?

—Estable. —Me quedo parada en la puerta, no quiero acercarme—. De momento.

Asiente, señala la silla frente a su escritorio. —Siéntate.

Obedezco, pero mantengo la distancia. Me empuja una taza de café. Negro, sin azúcar. Todavía sabe cómo lo tomo.

—Gracias.

—¿Has pensado en mi oferta?

Directo al grano. Bueno, quizás sea mejor así.

—Sí.

Espera. Tomo un sorbo de café, me quemo la lengua.

—Lo haré. —Las palabras saben más amargas que el café—. Con mis condiciones.

—¿Que serían?

—Primero: esto sigue siendo puramente profesional. Platónico. Nada de... acercamientos.

Un músculo de su mandíbula se contrae. —De acuerdo.

—Segundo: mi trabajo aquí no se ve afectado. Pase lo que pase, conservo mi puesto.

—Por supuesto.

—Tercero: después de dos semanas se acabó. Sin dramas, sin prórrogas, sin discusiones.

—Aceptado. —Mete la mano en el cajón de su escritorio, saca un montón de papeles—. Me he tomado la libertad de hacer redactar un contrato.

Naturalmente que lo ha hecho. Ojeo las páginas. Jerga legal, pero los puntos clave están claros: dos semanas, dos millones. Un millón inmediatamente para la operación de mamá, el segundo al finalizar el plazo.

—¿Qué es esto? —Mi dedo toca un párrafo.

—Una cláusula de seguridad. —Su voz permanece neutral—. En caso de que decidas terminar el acuerdo antes de tiempo, tienes que devolver el primer millón.

—No te fías de mí.

—Al final es un negocio, Emma. La confianza no tiene nada que ver.

Río sin humor. —Claro que no.

Estamos sentados frente a frente, dos personas que cierran un trato sobre sentimientos falsos. La ironía es imposible de ignorar.

—Párrafo siete —digo—. "Ningún acto íntimo entre las partes".

—Tu deseo.

—Que has plasmado en un contrato.

—Para protección de ambas partes.

El aire entre nosotros chisporrotea a pesar de —o precisamente por— las formulaciones estériles. Como si la prohibición solo lo hiciera más interesante. Como si cada párrafo que crea distancia solo nos recordara la poca distancia que hubo en el avión.

—¿Más preguntas?

Aproximadamente veinte mil. Pero ninguna que quiera hacer aquí y ahora.

—¿Cuándo empieza?

—El sábado. Tenemos una cena con los Hargrove. Te recojo a las siete.

—¿Y cuál es nuestra historia?

—Decimos la verdad. O al menos nuestra propia versión de ella. —Se recuesta—. Nos conocíamos de antes, luego nos reencontramos

hace poco. Romance relámpago con boda secreta incluida porque queríamos evitar a la prensa.

—Romántico.

—Creíble.

Agarro el bolígrafo que me tiende. Me tiembla un poco la mano. Dos semanas. Por mamá. Solo por mamá.

La firma fluye sobre el papel. Emma Wells se vende por dos millones de dólares.

Él firma debajo. Ethan Maddox se compra una esposa temporal.

—Entonces ahora somos...

—Socios comerciales —termina la frase—. Nada más.

—Bien.

—Bien.

Nos miramos fijamente. Socios comerciales que hace unos días se arrancaron la ropa en la cabina de un avión. Socios comerciales entre los que yacen diecisiete años de verdades no dichas.

—La transferencia para la operación sale hoy —dice finalmente.

—Gracias. —La palabra sale con dificultad de mis labios.

Me levanto, quiero irme, pero su voz me detiene.

—¿Emma? Intenta dormir algo antes del sábado. Y... —Una pequeña sonrisa—. Quizás una ducha.

Le lanzo una mirada asesina, pero no hay malicia en sus ojos. Solo una calidez que no encaja en nuestro contrato.

—Así al menos mantendrás las manos quietas —digo.

—Ese era el plan.

—No cuentes con que funcione siempre.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros. Entonces me doy la vuelta y me voy, antes de que alguno de los dos diga algo que no encaje en el párrafo siete.

Dos semanas.

Puedo fingir ser su mujer durante dos semanas.

¿Qué tan difícil puede ser?

21

Ethan

La semana pasa volando. Reuniones de la Fundación, discusiones de proyectos, conferencias telefónicas... suficiente distracción para no pensar constantemente en Emma. Casi suficiente.

Porque me sorprendo a mí mismo observándola una y otra vez. Cómo se inclina sobre los dibujos, con el ceño fruncido por la concentración. Cómo se pasa un mechón de pelo detrás de la oreja. Cómo la falda de tubo resalta sus curvas cuando se agacha a por algo.

Somos socios comerciales, me recuerdo. Piensa en la cláusula siete.

Pero si fuera sincero —cosa que nunca soy—, tendría que admitir que más de una vez he pensado en cómo sería hacer pedazos ese maldito contrato. Empujarla sobre su escritorio y...

No. Contrólate, Maddox.

Ahora es sábado por la noche y espero frente a su casa mientras Marcus deja el motor en marcha. La nieve de diciembre brilla a la luz de las farolas. Compruebo por décima vez mis gemelos, me arreglo la corbata.

Saldrá bien. Jugamos una ronda a la pareja feliz y listo. Dos horas de conversación educada, luego...

La puerta de la casa se abre y todos los buenos propósitos pasan a la historia.

Emma baja las escaleras y me quedo sin aire. Su vestido acaricia cada curva que no debería mirar fijamente. El escote es discreto, pero lo suficientemente profundo como para enviar mi imaginación a los lugares más sucios. Su pelo cae en suaves ondas sobre sus hombros, y sus labios...

Joder. La cláusula siete se tambalea peligrosamente ahora mismo.

—Estás... —Me aclaro la garganta mientras Marcus le abre la puerta—. Estás guapa.

—Gracias. —Se desliza a mi lado en el asiento trasero, y su perfume —jazmín y algo oscuro— me vuelve loco—. Tú también.

El trayecto hasta los Hargrove es una tortura en materia de autocontrol. Me obligo a mantener la calma y a dejar las manos quietas.

—Miles es de la vieja escuela —explico—. Educado, pero directo. Su mujer, Patricia, es lo contrario: cálida y habladora. Le caerás bien.

—¿Y si hace preguntas? ¿Sobre la boda, nuestra historia?

—Simplemente no te inventes demasiados detalles que yo no pueda saber.

Asiente, y veo cómo gira nerviosa su anillo. No es el anillo que yo le habría dado, solo una banda de oro sencilla que compramos ayer a toda prisa.

La mansión de los Hargrove se alza sobre una colina dominando Silver Valley. Arquitectura antigua, perfectamente conservada. Dinero que ha crecido durante generaciones, no ganado recientemente como el mío.

—Impresionante —murmura Emma.

—Los Hargrove son casi parte del inventario de Silver Valley —digo—. Su familia construyó media ciudad.

Patricia abre la puerta antes de que podamos llamar al timbre. Calculo que tendrá cincuenta y tantos, tiene el pelo rubio plateado y una sonrisa cálida.

—¡Ethan! Y tú debes de ser Emma. —Abraza a Emma como si fueran viejas amigas—. Tengo tantas ganas de conocer a la mujer que ha domado a este cabezota.

Emma se ríe, y suena genuino. —Domado es quizás decir demasiado.

—Y modesta además. Venid, os enseñaré la casa mientras los hombres discuten sus aburridos negocios.

Se engancha del brazo de Emma y se la lleva. Emma me lanza una breve mirada por encima del hombro: mitad pánico, mitad diversión.

—Tu mujer es encantadora —dice Miles, que ha aparecido en el marco de la puerta del despacho.

—Lo es —coincido, y por un momento olvido que todo esto es solo un juego.

Nos sentamos en su despacho. Se sirve coñac, se ofrecen puros que rechazo. Miles me examina por encima de su copa.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—Tres semanas. —La mentira sale fácil—. Muy espontáneo, lo sé.

—Espontáneo. —Saborea la palabra como su coñac—. No pensé que volverías a sentar la cabeza, Ethan.

—Emma saca a relucir otras facetas de mí.

Eso, al menos, no es mentira.

—¿Dónde os casasteis?

—En un pequeño juzgado en Nueva York. Solo nosotros dos y los testigos. —Mierda, hasta aquí lo de no inventar demasiados detalles—. No queríamos hacer una gran cosa de ello.

—¿Y la luna de miel?

—Aplazada. La inauguración de la galería...

—Ah, sí, la galería. —Se recuesta—. Patricia está muy emocionada. Le encanta el arte.

Charlamos sobre la Fundación, sobre proyectos, sobre cifras. Pero siento cómo me observa y me evalúa.

Tras escasa media hora vuelven las mujeres. Las mejillas de Emma están sonrosadas de reírse, y Patricia le coge la mano.

—Miles, esta mujer es un tesoro. ¿Sabías que trabajó en Nueva York en la Galería Sullivan? ¡Y sus ideas para la nueva galería en Silver Valley son sencillamente brillantes!

Emma se sienta a mi lado y, automáticamente, pongo mi mano sobre la suya. Se estremece mínimamente, luego se relaja. Es actuación. Solo actuación.

—¿Cenamos? —sugiere Miles—. El cocinero se está poniendo nervioso.

Nos levantamos y Emma desliza su mano en el hueco de mi brazo. El gesto se siente demasiado natural, demasiado correcto.

Mientras vamos hacia el comedor, se inclina hacia mí y susurra: —Patricia me ha hecho veinte preguntas sobre nuestra noche de bodas.

—¿Qué has dicho?

—Que fuiste muy... atento.

Toso y ella sonríe con picardía. La primera sonrisa de verdad en días.

22

Emma

El comedor de los Hargrove parece sacado de una de esas revistas de papel cuché que solía mirar a escondidas en la librería porque no podía permitirme ni comprar la revista. Una lámpara de araña, que parece haber costado más que la renovación de toda nuestra panadería de entonces, proyecta mil pequeñas luces sobre la mesa puesta. La porcelana —Meissen, si no me equivoco— es probablemente más vieja que yo y está decorada con un borde dorado que brilla a la luz de las velas. Y junto a cada plato hay suficientes cubiertos para armar a un pueblo pequeño. Tres tenedores diferentes a la izquierda, dos cuchillos a la derecha, y estoy bastante segura de que la cucharita de arriba no es para el café.

—Que no cunda el pánico —susurra Ethan mientras me retira la silla. Su aliento me hace cosquillas en la oreja y reprimo un escalofrío—. De fuera hacia dentro.

—Sé cómo se come —le siseo de vuelta, aunque mis manos tiemblan ligeramente bajo la mesa—. Crecí pobre, no criada por lobos.

Tose suavemente —suena sospechosamente a una risa reprimida— mientras ocupa su propio lugar.

Patricia Hargrove se desliza en su silla frente a mí como una reina que se sienta en su trono. Su vestido color crema es perfecto, su collar de perlas es perfecto, su sonrisa es perfecta. Miles toma asiento en la cabecera de la maciza mesa de caoba, y de repente me siento como en uno de esos cuadros del Metropolitan Museum: la pareja perfecta en la cena perfecta en su hogar perfecto.

Un camarero —realmente tienen servicio para una cena de cuatro— sirve el primer plato. Vieiras sobre una cama de... algo verde que parece demasiado bonito para ser lechuga.

—Bueno —empieza Patricia, y sus dedos perfectamente manicurados rodean su copa de vino como una bailarina que toma su posición—. ¡Contadnos cómo os volvisteis a encontrar!

Lanzo una mirada de pánico a Ethan. Habíamos hablado de muchas cosas en el trayecto, pero no de los detalles de nuestro supuesto reencuentro. Su cara es una máscara de serenidad, pero veo el pequeño tic en el músculo de su mandíbula.

—En el avión —digo justo en el momento en que él dice "En el trabajo".

El silencio que sigue es tan tangible que se podría cortar con el caro cuchillo de plata.

Patricia y Miles intercambian una mirada; el tipo de mirada que han perfeccionado los matrimonios que llevan décadas juntos. Toda una conversación en un parpadeo.

—Ambas cosas —añado apresuradamente, y siento cómo se me calientan las mejillas—. A ver, yo volé a Silver Valley para el trabajo en la Fundación, y Ethan casualmente estaba en el mismo avión. En primera clase, por supuesto, mientras yo iba en turista. —Añado esto último con una risita, como si fuera una broma interna adorable y no la humillante verdad.

—Pero fui a la parte de atrás —interviene Ethan, y su mano encuentra la mía sobre la mesa—. No podía creer que fuera ella. Después de tantos años.

—El destino —suspira Patricia, y se le humedecen los ojos—. Qué increíblemente romántico. Imagínate, Miles. Todos esos años, y luego coinciden en el mismo avión.

—Muy... cosa del destino —coincido, y tomo un sorbo de vino más grande de lo socialmente aceptable. El Riesling está perfectamente frío y probablemente cuesta más que mi alquiler mensual.

—¿Y os conocíais de antes? —insiste Miles. Su voz es amable, pero sus ojos son los de un hombre de negocios que examina una inversión.

—Del instituto —dice Ethan, y sus dedos refuerzan el agarre sobre los míos—. Éramos... amigos.

Amigos. Qué eufemismo tan interesante para lo que fuimos.

—Más que amigos —corrijo, y giro la mano para entrelazar nuestros dedos. Si vamos a hacer teatro, hagámoslo bien—. Ethan fue mi primer gran amor.

La verdad se desliza demasiado fácil, como seda sobre piel desnuda. Los dedos de Ethan se tensan bajo los míos, y siento más que veo cómo me mira fijamente de reojo.

—¡Oh, qué maravilla! —Patricia está radiante, como si acabara de hacerle el regalo más bonito—. Novios del instituto que se reencuentran años después. Eso es como una de esas películas de Nicholas Sparks. ¡Me encantan esas películas! ¿Habéis visto *El diario de Noa*? Ay, lloré a mares.

—Una película maravillosa —coincido, aunque nunca la he visto. Los romances en el cine duelen demasiado cuando el propio ha fracasado tan espectacularmente.

—¿Por qué os separasteis entonces? —pregunta Miles, y su tenedor flota sobre las vieiras como una espada de Damocles.

La pregunta pesa sobre la mesa, más pesada que la lámpara de araña. Siento cómo Ethan se pone rígido a mi lado. Su pulgar

empieza a acariciar mi mano: el gesto que siempre hace cuando está nervioso. Mierda, ¿por qué recuerdo eso todavía?

—Universidades diferentes —dice finalmente, y su voz suena como si hubiera tragado papel de lija—. Yo me fui a Harvard, Emma se quedó aquí. Uno se distancia. Esas cosas pasan.

—La vida tenía otros planes —añado, y obligo a mi voz a ser neutral, aunque me gustaría gritar: *Me dejó tirada como una colilla después de conseguir lo que quería. Me rompió el corazón y simplemente desapareció, como si yo nunca hubiera sido más que un romance de verano.*

—Pero ahora estáis juntos de nuevo. —Patricia levanta su copa, y el cristal atrapa la luz como lágrimas congeladas—. Por las segundas oportunidades y el amor que siempre encuentra un camino.

Brindamos, el cristal suena como campanas, y me obligo a una sonrisa que se siente como si fuera a romperme la cara.

Sirven el plato principal: solomillo Wellington, naturalmente, porque ¿qué otra cosa se serviría en una casa donde hasta las servilletas están planchadas? La carne es tan tierna que prácticamente se deshace en la lengua, y la salsa es un poema en marrón. Hace mucho que no comía tan bien, no desde... en realidad nunca.

La conversación fluye como un baile bien coreografiado. Patricia habla de su propio trabajo benéfico, Miles de sus viajes de negocios, y yo asiento y sonrío e interpreto a la nueva esposa perfecta.

—¿Dónde pasáis la Navidad? —pregunta Patricia de repente, y le brillan los ojos—. ¡La primera como matrimonio! ¡Oh, qué emocionante!

De nuevo esa mirada de pánico simultánea entre Ethan y yo. Somos como dos actores que han olvidado su guion.

—Con mi familia —digo automáticamente, porque la Navidad sin mamá y Lila es impensable.

—En Nueva York —dice él al mismo tiempo, porque naturalmente asume que todo gira en torno a él.

Patricia y Miles intercambian de nuevo esa mirada de matrimonio. Esta vez con las cejas levantadas.

—Nos turnamos —improviso, y le doy una patada a Ethan en la espinilla por debajo de la mesa—. Nochebuena con mi madre y mi hermana aquí en Silver Valley —tradición familiar, siempre hacemos galletas y vemos *Qué bello es vivir*— y luego el día de Navidad volamos a Nueva York con... con la familia de Ethan.

Ethan tose tan fuerte en su servilleta de lino que casi tengo que darle palmadas en la espalda. Ambos sabemos que preferiría pasar la Navidad en el infierno antes que con su padre.

—Qué bonito que incluyáis a ambas familias —dice Patricia diplomáticamente.

—La familia es tan importante —coincide Miles y corta su carne con precisión en trozos perfectos e iguales. Un hombre que busca el control en todo—. Especialmente en Navidad. La unión, las tradiciones. Patricia y yo tenemos una regla de hierro: toda la familia se reúne. Todos los hijos, todos los nietos. Es puro caos, pero un caos maravilloso.

—Siete nietos —añade Patricia con orgullo, y toda su cara se transforma. La dama de sociedad perfecta desaparece, y sale a la luz una abuela que adora a sus nietos—. La más pequeña acaba de cumplir dos años. La pequeña Emma.

Me estremezco al oír mi nombre y casi me atraganto con un trozo de hojaldre. —Un nombre bonito.

—Nosotros también lo creemos. Un nombre clásico. Atemporal. —Se da toquecitos en las comisuras de la boca con su servilleta—. Por su bisabuela, ¿verdad?

Parpadeo confundida. —¿Cómo dice?

—El nombre Emma.

—Oh. Eh, sí. Mi bisabuela. —No tengo ni idea de cómo se llamaba mi bisabuela. Probablemente algo polaco con demasiadas consonantes.

—Los nombres familiares son muy importantes para nosotros —continúa Patricia—. Todos nuestros hijos tienen nombres de la familia. Tradición y continuidad, ya sabe. —Se dirige a Ethan con una sonrisa radiante—. ¿Ya estáis planeando...? Quiero decir, sé que es pronto, pero a vuestra edad...

—Patricia —interrumpe Miles suave pero firmemente. Su mano se posa sobre la de ella—. Llevan solo tres semanas casados. Déjales aterrizar primero.

—Lo sé, lo sé. —Me guiña un ojo, y de repente entiendo de dónde deben de haber sacado sus hijas su sonrisa pícara—. ¡Es que estoy tan emocionada! El reloj biológico no perdona. Y Ethan seguro que sería un padre maravilloso.

Me atraganto con el vino tan fuerte que casi me sale por la nariz. Ethan me da palmadas en la espalda, definitivamente más fuerte de lo necesario. Su mano en mi espalda se siente como un hierro candente a través de la fina tela de mi vestido.

—¿Todo bien, cariño? —pregunta con una sonrisa que no le llega a los ojos.

—De maravilla, cielo —consigo decir en cuanto recupero el aire.

—Dejamos que las cosas vengan como tengan que venir —digo luego dirigiéndome a Patricia y secándome las lágrimas de los ojos.

—Exacto —añade Ethan, y su mano encuentra de nuevo la mía —. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Aunque —simplemente no puedo resistirme, el diablillo en mi hombro es más fuerte que mi instinto de supervivencia—, Ethan ya ha mencionado que le gustaría tener tres o cuatro hijos. Preferiblemente muy seguidos y a ser posible un equipo de béisbol entero.

Ahora le toca a él el ataque de tos, que es tan fuerte que Miles ya está medio levantándose.

—¡Maravilloso! —Patricia da palmas como una niña emocionada —. Oh, Miles, ¿recuerdas cuando en nuestra primera cita dijiste que querías un equipo de fútbol entero?

Las orejas de Miles se tiñen de rosa. —Tenía veintidós años y estaba borracho de tu belleza. Habría dicho cualquier cosa para impresionarte.

—Funcionó. —Ella le aprieta la mano, y el amor entre ellos es tan tangible que casi duele mirarlo—. Treinta y cinco años y tres hijos maravillosos después, no me arrepiento de ni un solo momento.

El afecto obvio entre ellos me oprime el pecho. Mi corazón se contrae como un puño. Así podría ser. Así debería ser. Amor real, compañerismo real, felicidad real. No este teatro escenificado que Ethan y yo interpretamos, donde cada beso está calculado y cada caricia es una decisión de negocios.

—¿Cómo fue vuestra boda, por cierto? —pregunta Patricia mientras sirven la ensalada—. Ethan solo mencionó que fue pequeña

e íntima. ¡Pero quiero detalles! ¿Fue en la playa? ¿En una pequeña capilla? Oh, ¿o en Las Vegas? ¡Eso sería tan emocionante!

—Muy pequeña —confirmo y empujo un tomate cherry por mi plato—. Solo nosotros y los testigos. Nada especial.

—¡Pero tuvo que ser especial! ¿Quiénes fueron los testigos? ¿Los mejores amigos? ¿Hermanos?

Mierda. Mierda, mierda, mierda. En eso no habíamos pensado. Mi cerebro corre a toda velocidad, busca desesperadamente una respuesta plausible.

—Mi hermana —digo rápido, porque Lila al menos es una persona real.

—Mi abogado —dice Ethan al mismo tiempo, porque obviamente tuvo al testigo más romántico del mundo.

Patricia se ríe, una risa clara y burbujeante. —Qué extraordinario: ¡el abogado como testigo! Pero de alguna manera os pega. Muy moderno. Muy... Nueva York.

—Ese es Ethan —digo secamente y pincho el tomate, imaginando que es su cabeza—. Un romántico de pies a cabeza. Nada dice "te quiero" como un testigo que cobra por horas.

Miles resopla en su copa de vino. Patricia se ríe por lo bajo. Incluso el estirado camarero reprime una sonrisa.

Ethan me aprieta la mano, sus dedos se cierran alrededor de los míos como una suave abrazadera. —Emma saca a relucir ese lado de mí —dice, y su voz es suave como el terciopelo—. El lado romántico que no sabía que tenía.

—Se nota. —Miles nos observa atentamente, y me siento como un bicho bajo el microscopio—. Armonizáis bien el uno con el otro.

La forma en que os terminái las frases, las miraditas, los roces. Se ve que hay afecto real.

—Cuando uno se conoce desde hace tanto tiempo... —empiezo, de repente avergonzada bajo su mirada escrutadora.

—Se tiene una buena base —termina Ethan, y nuestros ojos se encuentran.

Nuestras miradas se sostienen un momento demasiado largo, y de repente vuelvo a tener diecisiete años, estoy sentada con él en su coche, y él me mira exactamente así, justo antes de besarme por primera vez. Por un momento de locura olvido que estamos actuando. Hay algo en sus ojos, algo suave y vulnerable, que parece real. Que se siente real.

—¿Postre? —pregunta Patricia y rompe el momento como una bola de cristal que se estrella contra el suelo de mármol.

El resto de la noche transcurre más fluido. Hemos encontrado nuestro ritmo, podemos atrapar las pelotas que nos lanzan y devolverlas con elegancia. Patricia nos enseña en su móvil unas trescientas fotos de los nietos; todos son "extraordinariamente dotados" e "inusualmente guapos". Miles cuenta sus primeros pinitos en los negocios, que acabaron todos en quiebras hasta que conoció a Patricia y ella le dio estabilidad. Despacio, muy despacio, me relajo. El vino ayuda. La excelente comida ayuda. El hecho de que Patricia y Miles sean realmente buenas personas ayuda más que nada.

Hasta que Patricia hace la pregunta asesina.

Estamos con el café —servido en tazas de porcelana finísima que parecen que van a romperse si las miras muy fuerte—. La *crème brûlée* estaba perfecta, la capa de azúcar caramelizado crujía bajo la cuchara como hielo fino. Estoy llena y un poco achispada y me mezo en una falsa seguridad.

—¿Qué es lo que más amas de él? —pregunta Patricia, y sus ojos brillan a la luz de las velas—. ¿De Ethan? ¿Qué es esa única cosa sin la que no podrías vivir?

Me mira expectante, con la barbilla apoyada en las manos entrelazadas como una adolescente que quiere oír cotilleos. Miles da un sorbo a su coñac y me observa por encima del borde de su copa. Ethan remueve metódicamente el azúcar en su expreso, como si fuera una ciencia.

¿Y mi cerebro? Mi cerebro se va completamente de vacaciones. Se va a Hawái, se tumba en la playa y bebe Mai Tais.

¿Qué es lo que más amo de Ethan? La pregunta habría sido fácil de responder hace dieciocho años. Su risa, habría dicho. La forma en que me mira como si fuera la única persona en la habitación. Cómo me coge la mano como si fuera de cristal. Cómo...

Pero eso fue entonces. ¿Qué amo del hombre a mi lado que paga dos millones de dólares para que finja ser su mujer?

—Sus... manos —me oigo decir, y las palabras salen de una parte de mí que creía profundamente enterrada.

Ethan se atraganta con su expreso tan fuerte que casi escupe sobre toda la mesa.

—¿Sus manos? —repite Patricia confundida, y su ceja perfectamente depilada se levanta.

Ya no hay vuelta atrás. Tengo que seguir.

—Son muy... expresivas —improviso y siento cómo se me calientan las mejillas—. Siempre puedes ver lo que piensa realmente si te fijas en sus manos. La mayoría de la gente esconde sus sentimientos tras máscaras, pero las manos de Ethan... nunca mienten.

Debería parar. Sé que debería parar. Pero las palabras brotan de mí como agua de una presa rota.

—Cuando está nervioso, tamborilea con el dedo índice derecho; siempre el derecho, nunca el izquierdo. Ahora mismo, por ejemplo. —De hecho, el dedo de Ethan deja abruptamente de golpear contra el platillo—. Cuando piensa, piensa realmente intensamente, frota su pulgar sobre los otros dedos, como si estuviera puliendo una moneda invisible. Y cuando...

Me detengo, me doy cuenta demasiado tarde de que estoy diciendo demasiado. De que estoy revelando cosas que una socia comercial no debería saber. Cosas que solo sabe alguien que ha mirado demasiado tiempo y demasiado de cerca.

—Cuentan historias —termino sin fuerza—. Sus manos. Cuentan todas las historias que no puede decir con palabras.

El silencio que sigue es ensordecedor. Se podría oír caer un alfiler, si se tuviera uno. Patricia se ha llevado la mano a la boca. Miles ha dejado de agitar su coñac. Y Ethan... Ethan me mira fijamente como si me viera por primera vez. Como si acabara de hablar un idioma extranjero que solo él entiende.

—¿Y usted, Ethan? —pregunta Patricia suavemente, y su voz está tomada por la emoción—. ¿Qué es lo que más ama de Emma?

Él calla. Y calla. Y calla. Tanto tiempo que ya pienso que no va a responder. Que se va a levantar y se va a ir. Que nuestro castillo de naipes se va a derrumbar ahora mismo.

Entonces se aclara la garganta.

—Su coraje. —Su voz es áspera, como si llevara mucho tiempo sin hablar—. Es la persona más valiente que conozco. Aunque ella misma no lo crea.

No me mira mientras habla, en su lugar mira fijamente su expreso, como si pudiera encontrar allí las palabras adecuadas.

—Ella ha... ha pasado por cosas que romperían a otras personas. Ha sufrido pérdidas, decepciones, traición. Pero siempre se vuelve a levantar. Sigue luchando. Sigue sonriendo. Ella... —Finalmente levanta la vista y sus ojos azules encuentran los míos—. Tiene todo el derecho a estar amargada, cínica, dura. Pero no lo está. Sigue siendo... buena. A pesar de todo. Quizás precisamente por eso.

Las palabras me golpean como un golpe físico. Eso no sonó fingido. Eso no sonó como líneas aprendidas de memoria para nuestra pequeña obra de teatro. Eso sonó a... a verdad. A arrepentimiento. A todas las cosas que debería haberme dicho hace diecisiete años.

—Qué precioso —susurra Patricia, y veo que realmente tiene lágrimas en los ojos—. Se ve cuánto os amáis. Qué profundo es ese amor.

Si ella supiera. Si tan solo supiera.

Tras el postre —una segunda ronda de *crème brûlée* porque Patricia insiste— nos levantamos por fin. Me duelen los pies con los zapatos de tacón que me he comprado expresamente para esta ocasión. Me duele la cara de tanto sonreír. Mi corazón... bueno, mejor no pienso en eso.

—Ha sido una noche maravillosa —digo mientras Patricia me trae el abrigo—. De verdad. Muchas gracias por la invitación.

—Oh, querida, para nosotros ha sido un placer. —Me abraza tan fuerte que apenas puedo respirar. Huele a perfume caro y laca—. Tengo tantas ganas de la gala de la semana que viene. ¿Vendréis juntos, no? ¿Como pareja?

—Por supuesto —dice Ethan, y su mano se posa posesivamente en la parte baja de mi espalda.

—Maravilloso. Ah, y Emma, tenemos que ir a comer juntas sin falta. Solo nosotras las mujeres. Conozco un pequeño bistró francés encantador en el centro. Hacen los mejores *macarons* a este lado de París.

—Me encantaría —miento, aunque la idea de un interrogatorio a solas con Patricia Hargrove me llena de terror.

Miles nos acompaña a la puerta, su mano descansa paternalmente en el hombro de Ethan. —Una noche agradable —dice, pero sus ojos son los de un hombre de negocios—. Muy reveladora. Creo que nos entendemos.

Ethan solo asiente, pero siento la tensión en su cuerpo.

En el coche apoyo la cabeza contra el cristal frío de la ventanilla y cierro los ojos. Las luces que pasan pintan patrones rojos en mis párpados. —Creo que ha sido la actuación teatral más agotadora de mi vida. Y una vez fui la tercera bruja de Macbeth en la función del colegio.

—Has estado bien —dice en voz baja, tan bajo que casi no lo oigo sobre el ronroneo del motor.

—Tú también. —Abro los ojos, giro la cabeza para mirarlo. Su perfil es nítido contra el paisaje nocturno que pasa—. Lo del coraje... ha sido una buena improvisación. Casi me lo creo yo misma.

Sigue mirando por la ventana, sus dedos tamborilean ese patrón delator sobre su muslo. —Sí. Improvisación.

El resto del trayecto transcurre en un silencio que se siente como la espera de una tormenta. Marcus maniobra el Bentley por las calles nocturnas con la precisión de un cirujano. La calefacción está puesta, pero aun así tengo frío.

Cuando paramos frente a mi modesto edificio de apartamentos —a un universo de distancia de la mansión de los Hargrove—, Ethan me agarra de repente la muñeca. Sus dedos están calientes sobre mi piel.

—Emma. Lo que has dicho sobre mis manos...

—Actuación —digo rápido, demasiado rápido—. Como todo esta noche. Solo parte del *show*. Por el que me pagan.

Sus dedos se sueltan de mi muñeca, dejando un ardor en mi piel. —Cierto. Actuación. El *show*.

Me bajo, el aire frío de la noche es un shock tras el calor del coche. Mis tacones repiquetean en la acera helada mientras corro hacia la puerta de casa. Solo cuando estoy a salvo, con la puerta bien cerrada tras de mí, me permito exhalar.

Apoyada en la puerta, en mi apartamento oscuro, me aprieto la mano contra el corazón desbocado.

23

Ethan

Lunes por la mañana. Estoy sentado en mi despacho y miro fijamente los planos de la galería sin verlos realmente. En su lugar veo a Emma ante mí, como estaba el sábado por la noche. Lo natural que se sentía su mano en la mía. Cómo hablaba de mis manos como si fuera una experta en cada uno de mis tics.

Tenía razón. Realmente tamborileo con el dedo índice cuando estoy nervioso. Como ahora.

La gala es a finales de la semana que viene, pero antes está la subasta benéfica. Un evento más pequeño de la Fundación, perfecto como ensayo general. Si conseguimos interpretar convincentemente a la pareja casada ante cien personas, entonces...

La puerta se abre de golpe. Sarah irrumpe dentro, lo cual es tan atípico en ella que me alarmo al instante.

—¿Ya lo has leído?

—¿Leído el qué?

Tira tres periódicos sobre mi escritorio. El *Silver Valley Times*, el *City Journal* e incluso el *New York Post*.

El titular del *Times* me salta a la vista:

¿La nueva conquista de Maddox? El millonario playboy y la misteriosa belleza

—Mierda.

El nombre de Blake Mercer resplandece bajo el artículo. Las fotos son nítidas. Emma y yo frente al hospital, su mano en la mía.

Otra nos muestra saliendo de la mansión de los Hargrove. Y la peor: Emma bajando del Bentley frente a mi ático, yo justo detrás de ella, mi mano en su espalda.

El artículo es una obra maestra de la malevolencia. Mercer ha cavado hondo.

"Ethan Maddox (34), heredero del controvertido imperio Maddox, fue visto el fin de semana con una mujer desconocida. Los expertos de la escena social se preguntan: ¿Quién es la última conquista del notorio playboy?

La lista de sus ex se lee como un Quién es Quién de la élite de la Costa Este: la modelo Natasha Petrova (dos meses), la actriz Lindsay Chen (seis semanas), la influencer Mika Johansson (récord de tres semanas)..."

Las enumera a todas. Cada nombre, cada relación fallida de los últimos cinco años. Como si fuera un maldito coleccionista.

Pero eso no es lo peor.

"Fuentes del entorno de la familia Maddox informan de tensiones crecientes. Las acusaciones de corrupción contra Maddox Technologies, los escándalos de protección de datos, los contratos gubernamentales cuestionables... todo eso pesa sobre el heredero del imperio. ¿Es la nueva mujer a su lado solo otra distracción? ¿O hay algo más detrás?

La mujer ha sido identificada como Emma Wells, nueva curadora de la Fundación Lighthouse..."

—Maldito cabrón. —Agarro mi portátil, abro la versión online.

Los comentarios son aún peores que el artículo.

"Otra pobre chica que cae ante el millonario." "Apuesto a que no dura ni dos semanas." "¿Maddox y moral? El chiste del año."

"Pobrecita. ¿Sabe dónde se mete?" "Dinero corrupto, familia corrupta. De tal palo tal astilla."

Cada comentario es un golpe. No por mí; estoy acostumbrado a cosas peores. Pero Emma no se merece esto. Ha acabado en este pantano porque yo la he arrastrado dentro.

—¿Ethan? —La voz de Sarah suena preocupada—. ¿Preparo un comunicado?

—No. —Cierro el portátil—. Nada de comentarios. Eso solo lo empeora.

—Pero...

—Sarah. Por favor.

Asiente a regañadientes, está a punto de irse cuando se abre la puerta.

Emma entra, con una tablet en la mano. Mira de mí a Sarah, nota nuestras expresiones.

—¿Qué pasa? —Su mirada cae sobre los periódicos en mi escritorio. El titular es imposible de ignorar—. Oh.

Sarah murmura una disculpa y huye. La puerta se cierra tras ella.

Emma se acerca, coge el *Times*. Observo cómo lee, cómo su cara primero palidece y luego se pone roja.

—¿Misteriosa belleza? —dice finalmente—. ¿En serio?

No es la reacción que esperaba.

—Emma...

—Y esta lista de tus ex. —Sacude la cabeza—. ¿Tres semanas con Mika Johansson? Eso debe ser un récord.

—Esto no es gracioso.

—¿No? —Deja el periódico, me mira—. ¿Entonces qué es? ¿Trágico? ¿Dramático? ¿El fin del mundo?

—Te están destrozando ahí fuera. Los comentarios...

—Los he leído. —Se encoge de hombros—. Trolls anónimos en internet. ¿A quién le importa?

—Debería importarte a ti. Es tu reputación.

—¿Mi reputación? —Se ríe—. Ethan, soy una artista fracasada de Nueva York que ha vuelto a mudarse con su madre. ¿Qué reputación?

La miro fijamente. Esta mujer me sorprende una y otra vez.

—Se pondrá peor —advierto—. Mercer no se rinde. Seguirá cavando, sacando más mierda.

—Pues deja que cave. —Se sienta en el borde de mi escritorio, un gesto demasiado íntimo para socios comerciales—. Sabíamos que esto podía pasar. Es bueno, de hecho; ahora todos piensan que estamos juntos. Hace nuestra historia más creíble.

—Te lo tomas con mucha calma.

—¿Cuál es la alternativa? ¿Entrar en pánico? ¿Escondernos? —Sacude la cabeza—. Ahora mismo tengo otras preocupaciones aparte de Blake Mercer y su columna de cotilleos.

Su madre. Naturalmente.

—¿Cómo está?

—La operarán en cuanto mamá se recupere un poco más. —Su voz se suaviza—. Gracias a ti.

—Emma, yo...

—Tenemos un trato —me interrumpe—. Yo hago de tu mujer, tú salvas a mi madre. Blake Mercer no cambia nada de eso.

Se desliza del escritorio, quiere irse.

—La subasta benéfica es el viernes —digo—. Nuestra primera aparición pública conjunta.

—Lo sé.

—Después de este artículo, todos los ojos estarán puestos en nosotros.

Se gira en la puerta, y su sonrisa es afilada como un cuchillo. —Entonces les daremos un espectáculo que no olvidarán. Por cierto, podría necesitar un vestuario nuevo para eso.

—Sarah organizará una cita con el diseñador para nosotros.

Me asiente escuetamente, luego sale de mi despacho. La puerta se cierra tras ella y me quedo mirando los periódicos. La foto burlona del autor Blake Mercer me devuelve la mirada.

Ha disparado el primer tiro. Pero la guerra está lejos de terminar.

24

Emma

El Bentley se desliza por las calles nevadas mientras intento no pensar en el artículo de Blake Mercer. Misteriosa belleza. Como si fuera un personaje de una mala novela.

—Vamos a Grandview —explica Ethan sin levantar la vista de su móvil—. El centro comercial de allí tiene un excelente...

—¿Un centro comercial? —No puedo ocultar mi sorpresa—. ¿El gran Ethan Maddox va a un centro comercial?

—No al centro comercial. —Una pequeña sonrisa juega en sus labios—. Mi sastre tiene un taller allí. Muy discreto, muy exclusivo.

Grandview está a solo veinte minutos de Silver Valley, pero es otro mundo. Más grande, más anónimo. La huida perfecta de las miradas curiosas.

El centro comercial se extiende ante nosotros como un paraíso invernal. Copos de nieve gigantes de luces LED cuelgan del techo, guirnaldas brillan por todas partes. Un Papá Noel sobredimensionado preside el centro, rodeado de niños chillones. Villancicos suenan por los altavoces.

—Festivo —murmuro.

—Espera a ver los precios —replica él secamente.

Marcus nos deja en la entrada. —Esperaré en el aparcamiento, señor.

Paseamos por el centro comercial y por un momento se siente casi normal. Como una pareja real haciendo compras navideñas. Parejas pasean a nuestro lado cargadas de bolsas. Una niña

pequeña arrastra a su madre a una juguetería. Adolescentes se ríen tontamente frente a Victoria's Secret.

—Por aquí. —La mano de Ethan encuentra la parte baja de mi espalda, guiándome más allá de Zara, H&M y Macy's.

—¿Qué pasa con esas?

—Por favor. —Parece como si hubiera sugerido comer en McDonald's—. Eres la señora Maddox. No vistes *prêt-à-porter*.

—Qué arrogante.

—Qué necesario. La gente examinará cada detalle con lupa.

Tiene razón, aunque me moleste.

El taller está en la parte trasera del centro comercial, escondido entre una joyería y una boutique de relojes. Sin cartel, solo una puerta negra con un timbre dorado.

Ethan llama tres veces —aparentemente un código— y la puerta zumba.

El interior es exactamente lo contrario del estridente centro comercial. Luz tenue, paredes color crema, olor a tela cara y lavanda. Y en medio de la habitación...

—¡Ethan, tesoro!

El hombre que flota hacia nosotros —no se puede describir de otra manera— es una aparición. Mide al menos un metro noventa, delgado como una vara, pelo rubio platino recogido en una estructura imposible. Lleva un traje de terciopelo rosa y más anillos que todos los raperos de la Costa Este juntos.

—Vincenzo. —Ethan se deja besar en ambas mejillas—. Ella es Emma.

—¡Emma! —Vincenzo me coge las manos, me hace girar—. ¡Oh, eres encantadora! ¡Esa estructura ósea! ¡Esa postura! Por fin una mujer con potencial real, no esas muñequitas muertas de hambre que sueles traer.

—Vincenzo.

—Solo digo. —Me guiña un ojo—. Ven, cielo. Vamos a meterte en algo espectacular.

Nos lleva a la parte de atrás, donde esperan probadores con pesadas cortinas de terciopelo.

—Ethan, tu esmoquin está colgado en el probador uno. Se han hecho los últimos ajustes, como hablamos.

Ethan desaparece tras la cortina, y oigo el crujido de la tela.

—Bien, querida. —Vincenzo me examina como a una obra de arte—. Talla 38, diría yo. ¿36 de cintura?

—Buen ojo.

—¡El mejor! —Gira a mi alrededor, tira de aquí, mide allá—. Necesitas algo clásico, pero con un toque. Algo que diga: Soy la señora Maddox, pero también soy yo misma.

—¿Puede leer la mente?

—Cielo, visto a mujeres desde hace treinta años. Sé lo que piensan antes de que lo sepan ellas mismas.

La cortina del probador uno se abre y me quedo sin aire.

Ethan en esmoquin es un arma. La tela negra resalta sus anchos hombros, la cintura estrecha. La pajarita aún está abierta, colgando despreocupadamente alrededor de su cuello. Parece como si James Bond y el mismísimo diablo hubieran tenido un bebé.

—¡Perfecto! —Vincenzo aplaude—. Solo las mangas un milímetro más cortas.

Mientras Vincenzo le da tirones, nuestras miradas se encuentran en el espejo. El aire entre nosotros chisporrotea.

—Voy a buscar los vestidos para la dama —dice Vincenzo y desaparece en la zona trasera—. ¡Vuelvo enseguida!

Estamos solos. Ethan se afloja la pajarita aún más y me obligo a apartar la mirada.

—Deberías cambiarte tú también —dice. Su voz suena más ronca de lo normal.

—Ahora mismo.

Pero no me muevo. No puedo moverme mientras él está ahí de pie y parece cada fantasía que he tenido jamás.

Vincenzo regresa con tres vestidos sobre el brazo.

—Toma, cielo. Elige uno. Tengo que ir un momento atrás, ha llegado una entrega. Ethan, cámbiate tranquilo. Vuelvo en diez minutos.

Sale disparado y estamos solos de nuevo.

Ethan desaparece en su probador. Oigo cómo se desviste, el crujido de la tela, el tintineo de la hebilla de su cinturón.

Cojo los vestidos y entro en el probador dos. Entonces, por un impulso, dejo la cortina abierta una rendija. Solo un poquito. Lo justo.

El primer vestido es un vestido de tubo rojo. Me quito el jersey, me desabrocho los vaqueros. En el espejo puedo ver cómo se mueve la cortina en el probador uno. Solo mínimamente, pero lo suficiente para saber que está mirando.

Mi pulso se acelera. Esto es estúpido. Peligroso. Contra todas las reglas.

Me giro para que pueda ver mi perfil y dejo caer los vaqueros. Mi ropa interior no es nada especial: encaje negro, pero apto para el día a día. Aun así me siento desnuda bajo su mirada.

El vestido rojo se desliza sobre mi piel como una caricia. Es demasiado estrecho, resalta cada curva. Me giro hacia el espejo, veo cómo la cortina del probador uno se mueve más.

—El rojo te queda bien.

Su voz me hace sobresaltar. Está en su probador, solo en bóxers y camisa, que está medio abierta. Nuestras miradas se encuentran en el espejo.

—Es demasiado estrecho —digo.

—Es perfecto.

El aire entre nosotros vibra. Debería cerrar la cortina. Debería probarme el siguiente vestido. Debería hacer cualquier cosa excepto estar aquí parada y desear.

—Emma...

—Párrafo siete —digo débilmente.

—Lo sé.

Pero ninguno de los dos se mueve. Nos miramos fijamente a través de dos espejos, separados por tela y acuerdos y diecisiete años de historia sin resolver.

—¡Amores! —La voz de Vincenzo nos hace separarnos de un salto—. ¿Cómo va?

Cierro la cortina apresuradamente. —¡Bien! Yo... me estoy probando el segundo.

Me tiemblan las manos al quitarme el vestido rojo. El segundo es negro, más sencillo, más seguro. Me obligo a dejar la cortina cerrada.

Cuando salgo, Ethan está completamente vestido de nuevo. Solo el ligero rubor en su cuello delata que ha pasado algo.

—¡Oh, el negro! —Vincenzo me rodea—. Clásico, elegante. Pero quizás un poco... ¿aburrido para la señora Maddox?

—No soy aburrida —protesto.

—Claro que no, cielo. Pero el mundo aún no lo sabe. —Me tiende el tercer vestido—. Prueba este. Azul medianoche. Como el cielo justo antes de una tormenta.

Desaparezco de nuevo en el probador, esta vez con la cortina bien cerrada. El vestido azul es un sueño. Fluye sobre mi cuerpo como agua, elegante pero no mojigato. Sexy, pero no barato.

Cuando salgo, Ethan hace un ruido que transforma apresuradamente en una tos.

—¡Perfecto! —Vincenzo está radiante—. Pareces una reina. Una reina peligrosa.

En el espejo veo la cara de Ethan. El hambre en sus ojos me hace estremecer.

Quedan once días.

No sé si lo lograremos.

25

Ethan

La puerta del ático se cierra tras de mí. Por fin solo. El día ha sido un ejercicio continuo de autocontrol y no puedo más.

Tiro las llaves en la consola, me aflojo la corbata. El vestido azul medianoche flota ante mi ojo interior. Cómo se deslizaba sobre sus caderas, formando el contraste perfecto con su piel clara. Vincenzo hará pequeños ajustes, pero en el fondo era perfecto. Ella era perfecta.

Cláusula siete, me amonesto. La maldita cláusula siete.

Necesito una ducha. Una ducha fría.

En el baño me desvisto, evitando mirarme al espejo. Sé lo que vería: la tensión en mis hombros, la dureza obvia de mi deseo.

El agua golpea helada mi piel. Bien. El frío ayuda. El frío trae claridad.

Pero mis pensamientos divagan. Hacia Emma en encaje negro. Hacia su silueta tras la fina cortina. Hacia la forma en que se movía, sabiendo que yo miraba. Su aroma parece seguir colgado en mi nariz.

El recuerdo del avión me abruma. La estrechez de la cabina, su calor, su reacción a cada uno de mis toques. Cómo su cuerpo se presionaba contra el mío como si no hubiera un mañana.

Mi mano encuentra el camino a mi entrepierna mientras el agua corre sobre mí. Las imágenes se vuelven más intensas. Emma debajo de mí, encima de mí, sus ojos color avellana oscuros de

deseo. La forma en que gemía mi nombre. Me agarro la polla y empiezo a frotarla.

Diecisiete años borrados de un plumazo. Vuelvo a ser el chico que descubre por primera vez lo que significa realmente el deseo. Su piel bajo mis manos, suave y cálida. El momento en que por primera vez...

Dios.

Los recuerdos se mezclan. Pasado y presente se funden. Emma con dieciocho años, insegura pero ansiosa. Emma hoy, segura de sí misma y sabiendo. Ambas me llevan a la locura.

La tensión aumenta y mi mano se mueve más firme alrededor de mi polla dura. Mi ritmo se vuelve cada vez más rápido, las fantasías más explícitas. Emma llamando mi nombre. Emma arqueándose hacia mí. Emma, Emma, siempre Emma.

La liberación me golpea como un rayo cuando me corro con fuerza y dejo salir toda la presión que se ha acumulado durante días. Por un momento no existe nada excepto el ruido del agua y el martilleo de mi corazón.

Entonces vuelve la realidad.

¿Qué coño estoy haciendo? Soy adulto, CEO de una Fundación, y me masturbo bajo la ducha como un adolescente. Y lo peor: apenas ha aliviado la tensión.

Cierro el agua, agarro la toalla. En el espejo empañado veo la verdad: estoy perdido. Irremediablemente perdido por una mujer con la que debería haberme casado hace diecisiete años.

La diferencia es que esta vez tengo un contrato que me prohíbe siquiera tocarla.

No sé cómo voy a sobrevivir a esto sin volverme loco.

26

Emma

—Sigo sin entenderlo del todo. —Estoy sentada en el despacho de Ethan, con los pies subidos en su caro sillón de diseño—. ¿Qué es exactamente esa subasta benéfica de mañana por la noche?

Suspira, se frota las sienes. Es jueves por la mañana y parece cansado.

—Un evento anual. Se subasta arte, los beneficios van a fines benéficos. Muy exclusivo, muy... político.

—¿Político?

—La mitad de los invitados son políticos, la otra mitad gente que quiere comprar políticos. —La amargura en su voz es inconfundible.

—¿Y tenemos que ir porque...?

—Porque mi padre quiere. —Se levanta, va a la ventana—. Maddox Technologies es uno de los patrocinadores principales. La familia tiene que estar presente. Incluida la nueva nuera.

La palabra "nuera" me hace estremecer. —¿Tu padre sabe lo nuestro?

—Si lee el periódico, sí. El artículo de Blake Mercer era difícil de pasar por alto.

—¿Has hablado con él de eso?

Una risa sin humor. —No hablamos. Coexistimos. Él da órdenes, yo las sigo. O no.

La tensión en sus hombros revela más que sus palabras. Lo que sea que haya entre él y su padre, es grande y doloroso.

—¿Cuándo nos recoge?

—Mañana a las tres. Su jet espera en el aeropuerto privado. —Se gira hacia mí—. Es solo una noche. Volamos allí, sonreímos para las cámaras, pujamos por algún cuadro sobrevalorado y a la mañana siguiente estamos de vuelta aquí.

—Suena fácil.

—Nada es fácil cuando Richard Maddox está involucrado.

Conozco ese tono. Es el mismo que tiene Lila cuando habla de nuestro padre, que nos dejó cuando éramos pequeñas. El tono de viejas heridas que nunca han curado del todo.

—Ethan... —Me levanto, voy hacia él—. ¿Qué pasó entonces? Con nosotros, quiero decir. ¿Tiene que ver con tu padre?

Los músculos de su mandíbula se tensan. —Emma...

—Sé que no quieres hablar de ello. Pero si tengo que conocer a tu padre, si tengo que hacer de tu mujer, entonces tengo que al menos...

—No tienes que hacer nada. —Su voz es cortante—. Solo tienes que sonreír y fingir que estás enamorada. Nadie pide más.

El rechazo duele, pero no dejo que se note. —Entendido. Sonreír y parecer enamorada. Puedo hacerlo.

La dureza en sus ojos cede un poco. —Emma, no es... Mi padre es complicado. Cuanto menos tengas que ver con él, mejor.

—¿Es tan malo?

—Es... —Ethan busca las palabras—. Es un hombre que siempre consigue lo que quiere. Da igual a quién tenga que destruir para

ello.

La forma en que lo dice me da escalofríos. Como si hablara por experiencia.

—Pero oye —intenta una sonrisa—, al menos vuelas en jet privado por primera vez.

—¿Aún más champán y whisky que en primera clase?

—Y nadie que te mire raro si te quitas los zapatos.

—Entendido. —Intento aligerar el ambiente—. ¿Qué me pongo? ¿Es mi vestido azul medianoche demasiado?

—Perfecto. A la élite de Chicago le encanta el drama.

—¿Y tu padre?

Su cara se cierra de nuevo. —A mi padre no le encanta nada. Excepto el poder y el dinero.

Quiero preguntar más, pero Sarah llama a la puerta.

—¿Ethan? La reunión con el patronato empieza en cinco minutos.

—Hablamos mañana —me dice—. Marcus te recogerá a las dos.

Asiento, voy hacia la puerta. Entonces me giro una vez más. —Ethan... pase lo que pase mañana, lo superaremos. Juntos.

Algo en su mirada se suaviza. —Juntos —repite.

Pero suena más a pregunta que a afirmación.

Cuando vuelvo a mi despacho, no puedo sacudirme la mala sensación. Richard Maddox. El hombre que hizo a su hijo quien es. El hombre que quizás también es responsable de que Ethan me dejara entonces.

Mañana me enfrentaré a él y haré de su nuera.

¿Qué puede salir mal?

27

Ethan

Marcus nos lleva al aeropuerto privado a las afueras de Silver Valley, ya que mi padre jamás en la vida tomaría vuelos comerciales. Emma está sentada a mi lado en el asiento trasero, el vestido azul medianoche perfectamente drapeado, una chaqueta de cachemir negra sobre los hombros. Parece lo que finge ser: la señora Maddox, la mujer de un multimillonario.

—¿Nerviosa? —pregunto.

—¿Debería estarlo?

—Sí.

Se gira hacia mí, levanta una ceja. —No te he visto nervioso a menudo. ¿Y ahora me adviertes? No es precisamente tranquilizador.

—Mi padre tampoco tranquiliza a nadie. Al contrario, pone nervioso a todo el mundo. Ese es su superpoder.

A través de los cristales tintados veo pasar el paisaje nevado. Luces de Navidad parpadean por todas partes, como si quisieran ahuyentar la oscuridad de la tarde. No falta mucho para Nochebuena. Y entonces termina nuestro contrato.

El pensamiento debería ser un alivio, pero no lo es.

El jet privado espera en la pista, un Gulfstream G650 brillante que ha costado más de lo que la mayoría de la gente podría ganar en cien vidas. Delante está un hombre que ha determinado mi vida más que cualquier otra persona en este planeta.

Richard Maddox.

Mi padre tiene el aspecto de siempre: impecable. El abrigo gris antracita sienta perfecto sobre el traje a medida. El pelo gris oscuro está peinado con precisión hacia atrás, ningún pelo se atreve a salirse de la fila. Está ahí de pie como un general inspeccionando a sus tropas.

—¿Es él? —pregunta Emma en voz baja.

—En todo su esplendor.

Marcus para y me bajo, luego ayudo a Emma a salir. El viento nos azota la cara con copos de nieve, pero mi padre no se mueve. Espera hasta que llegamos a él.

—Ethan. —Su voz es fría como el viento de diciembre. Sus ojos azul acero se deslizan sobre mí, y hace una breve pausa antes de decir algo—. Tienes aspecto de estar cansado.

—Yo también me alegro de verte, padre. —Ignoro la crítica oculta—. Ella es Emma. Emma, mi padre, Richard Maddox.

Su mirada se dirige a ella, y veo cómo la clasifica. La ropa: suficientemente cara. La postura: segura de sí misma, pero no arrogante. La cara: guapa, pero no la de una de sus modelos habituales.

Entonces algo se congela en sus ojos. La reconoce.

—Señorita Wells. —Pronuncia su apellido de soltera como una maldición—. ¿O debería decir señora Maddox? Nunca se sabe con las... relaciones de Ethan.

—Señora Maddox —dice Emma tranquila y le tiende la mano—. Me alegro de volver a verle.

Él ignora su mano extendida. —¿Ah, sí? La recuerdo bien. Silver Valley High, ¿no? Usted era la chica con los grandes sueños y la cuenta bancaria pequeña.

El insulto golpea a Emma como pretendía. Veo cómo baja la mano y levanta la barbilla.

—Yo era la chica que amaba a su hijo —dice.

Las palabras quedan en el aire frío. Mi padre sonríe, una sonrisa sin calidez.

—¿Podemos trasladar la conversación al avión? —interrumpo—. Hace frío.

—Por supuesto. —Se da la vuelta, sube por la escalerilla—. Aunque dudo que dentro haga más calor.

El interior del jet es pura opulencia. Cuero color crema, madera pulida, espacio suficiente para veinte personas. Pero solo somos tres. Cinco, si cuentas al piloto y a la azafata.

Emma y yo nos sentamos juntos, mi padre se sienta frente a nosotros. La azafata sirve champán que nadie toca.

—Bueno —empieza mi padre después de despegar—. El artículo de Blake Mercer fue muy revelador. "La nueva conquista de Maddox". ¿Cuántas van ya en los últimos dos años? ¿Quince? ¿Veinte?

—Estamos casados —digo.

—¿Ah, sí? ¿Dónde fue la boda? ¿Por qué no fui invitado? ¿O fue una de esas historias espontáneas de Las Vegas que tanto te gusta escenificar?

—Fue una ceremonia privada.

—Privada. —Saborea la palabra—. Qué práctico. Sin testigos, sin pruebas, fácil de deshacer.

Emma pone su mano sobre la mía. El gesto debería ser fingido, pero su calor es real.

—Con todo el respeto, señor Maddox —dice ella—. Nuestro matrimonio no es asunto suyo.

—Oh, vaya si es asunto mío. —Se recuesta y nos fulmina con la mirada como un depredador sentado en un sillón de cuero—. Verá, señorita Wells, todo lo que afecta a mi hijo, me afecta a mí. Especialmente si pone en peligro la reputación de la familia.

—¿La reputación de la familia? —se me escapa—. ¿La reputación que tú has arruinado con tus negocios? ¿Los escándalos de datos? ¿Las acusaciones de soborno?

—Acusaciones. Rumores. Cotilleos —enfatiza—. Nunca probados. A diferencia de tus escapadas públicas.

Saca su tablet, teclea en ella.

—¿Ves esto? Nuestras acciones han caído tres puntos desde el artículo de Mercer. A los inversores no les gusta la incertidumbre, Ethan. Y tu matrimonio con... —su mirada roza a Emma— ...esta persona crea incertidumbre.

—Esta persona tiene nombre.

—Sé cómo se llama. Sé todo sobre ella. Emma Charlotte Wells, treinta y cuatro años, artista fracasada, endeudada, madre enferma. —Enumera los hechos como cotizaciones de bolsa—. ¿Sigo?

Siento cómo Emma se queda rígida a mi lado. Mi mano se cierra en un puño.

—Déjala fuera de esto.

—¿Pero no la has metido tú en el juego, Ethan? Incluso interpreta el papel principal. —Nos examina a ambos—. ¿Cuánto le pagas, Ethan?

—¿Qué?

—Venga. Estamos entre nosotros. ¿Cuánto cuesta hoy en día alquilar una esposa? ¿Especialmente una con... historia?

Me levanto, pero Emma me tira hacia atrás. Sus dedos se clavan en mi brazo.

—Siéntate —dice mi padre aburrido—. Puedes guardarte la teatralidad para Chicago. Allí tienes que ser convincente. La Fundación Harrington está pensando en salirse del Fondo Maddox. Quinientos millones, Ethan. Dinero que a tu pequeña Fundación también le vendría bien.

—La Fundación no tiene nada que ver con Maddox Technologies.

—¿No? ¿Quién te dio el capital inicial? ¿Quién sigue moviendo los hilos? —Vuelve a sonreír con esa sonrisa fría—. Piensas que eres independiente, pero sigues bailando a mi son. Exactamente igual que entonces.

—¿Entonces?

—Cuando te dije que dejaras a la chica Wells. Obedeciste como un buen hijo. —Su mirada se desliza hacia Emma—. ¿Le ha contado lo fácil que fue? Una conversación, una amenaza, y la tiró a la basura.

Las palabras duelen. Veo el dolor en los ojos de Emma antes de que pueda esconderlo.

—Eso no es...

—¿Qué? ¿Verdad? —Mi padre se ríe—. Cuéntale lo que te amenacé. Cuéntale lo rápido que te decidiste.

La cabina se siente de repente demasiado estrecha. Recuerdos de hace diecisiete años presionan contra mi cráneo.

—Basta —digo en voz baja.

—Oh, acabo de empezar. —Se dirige de nuevo a Emma—. ¿Sabía que Ethan tenía una beca para Harvard? Beca completa. Pero dependía de mi firma. Una firma que habría denegado si hubiera seguido con usted...

—¡He dicho que basta!

Mi voz resuena por la cabina. La azafata se estremece. El piloto echa una mirada atrás.

Silencio.

—Ahí está —dice mi padre suavemente—. El verdadero Ethan. No el CEO controlado, no el playboy encantador. Solo un niño pequeño asustado que todavía tiene miedo de su padre.

Me hundo de nuevo en mi asiento. Tiene razón. Después de todos los años, todo el éxito, todo el dinero, sigo siendo el chico de diecisiete años que se achanta ante él.

Emma me toma la mano. Sus dedos se entrelazan con los míos, firmes y cálidos.

—Se equivoca —le dice tranquila a mi padre—. Yo no veo a un niño asustado. Veo a un hombre que ha hecho algo de sí mismo a pesar de usted. Que intenta hacer algo bueno con la Fundación. Que tiene más integridad en su dedo meñique que usted en todo su cuerpo.

Mi padre la mira fijamente, por primera vez sin palabras.

—Y en cuanto a nuestro matrimonio —continúa—, es más real que todo lo que usted ha construido jamás en su vida. Porque se basa en algo que usted nunca entenderá: amor.

La palabra queda en el aire como un desafío. Le aprieto la mano, abrumado por su defensa. Aunque solo esté actuando, se siente real.

Mi padre se recupera rápido. —Amor. Qué conmovedor. Vamos a ver cuánto dura ese amor cuando lleguen las facturas. Cuando su madre muera porque no puede permitirse el tratamiento. Cuando...

—Mi madre recibirá el mejor tratamiento —le interrumpe Emma —. Gracias a su hijo.

—Ah. —La comprensión amanece en sus ojos—. Así que sí es un acuerdo comercial. ¿Cuánto, Ethan? ¿Cuánto cuesta el amor hoy en día?

Quiero responder, quiero mentir, pero Emma se me adelanta.

—¿Qué cuesta el amor? —Sonríe, pero es una sonrisa peligrosa —. Pregúntese mejor qué le ha costado a usted no tener ninguno. Mire a su alrededor, señor Maddox. Está sentado en su jet de millones de dólares, rodeado de su riqueza, y lo único que tiene es un hijo que le odia.

Tocado y hundido.

Mi padre palidece bajo su bronceado invernal. Por un momento veo destellar algo en sus ojos. ¿Dolor? ¿Arrepentimiento? Luego desaparece, reemplazado por hielo.

—Aterrizamos enseguida —dice y se levanta—. Comportaos esta noche. Hay demasiado en juego para vuestros pequeños dramas.

Desaparece en la parte trasera del jet. Emma y yo nos quedamos solos.

—Emma...

—No. Ahora no.

Pero no me suelta la mano. Ni durante el vuelo, ni durante el aterrizaje, ni durante el trayecto al hotel. Como si fuéramos realmente lo que fingimos ser.

Un matrimonio que se mantiene unido.

Contra el mundo entero.

28

Emma

La habitación del hotel es obscenamente lujosa. Una suite en el último piso del Four Seasons, con vistas al brillante *skyline* de Chicago. Mármol y terciopelo por todas partes, un árbol de Navidad en la esquina que parece haber sido decorado personalmente por un diseñador de interiores.

Acabo de terminar la llamada con Lila cuando Ethan sale del baño. Recién duchado, el pelo aún húmedo, el esmoquin le queda perfecto. Parece sacado de una película de James Bond.

—¿Quién era?

—Lila. —Dejo el móvil a un lado, intento mantener la preocupación fuera de mi voz—. Operan a mamá mañana.

Su expresión se suaviza. —El gran día.

—Sí. —Me levanto, voy a la ventana. La ciudad centellea bajo nosotros como un mar de luces—. Debería estar allí. Con ella. No aquí, para...

—¿Para hacer de mi mujer falsa?

—No quería reprocharte nada.

—Tampoco lo has hecho. —Viene hacia mí, se pone a mi lado. Su *aftershave* me envuelve, familiar y perturbador al mismo tiempo —. Emma, sin ti tu madre no habría conseguido esa operación. Estás exactamente donde tienes que estar.

—Racionalmente lo sé. Pero... —Apoyo la frente contra el cristal frío—. Aun así se siente mal.

—¿Quieres volver? Puedo explicárselo a mi padre.

—No. —Me giro hacia él—. Un trato es un trato. Además... —Dudo—. Después de lo que dijo tu padre en el avión, tengo un par de preguntas.

Ethan se queda mínimamente rígido. —Emma...

—¿Es verdad? —Las palabras brotan de mí—. ¿Me dejaste por Harvard? ¿Por la beca?

Calla un buen rato. Luego: —Sí.

Una palabra. Diecisiete años de preguntas, respondidos con una única palabra.

—¿Por qué no me lo dijiste nunca?

—Él me lo prohibió. —Ethan va a la ventana del otro lado, poniendo distancia entre nosotros—. No se me permitía tener más contacto contigo. Ninguna explicación, ninguna disculpa. Simplemente... desaparecer.

—Y lo hiciste.

—Tenía diecisiete años, Emma. Y le tenía miedo. —Se ríe con amargura—. ¿Tenía? Tengo. Has visto cómo me he achantado ante él hoy mismo.

—Pero podrías haber...

—¿Qué? ¿Rebelarme? ¿Renunciar a Harvard? ¿Tirar todo mi futuro por la borda? —Se gira hacia mí, y el dolor en sus ojos me corta la respiración—. Era un niño mimado y cobarde que pensaba que su carrera era más importante que... que tú.

—¿Lo era? ¿Más importante?

—Entonces pensaba que sí. La empresa, la familia, la herencia... era todo lo que conocía. Todo lo que me habían

enseñado a querer. —Se pasa la mano por el pelo—. Y si soy sincero, también tenía miedo de cambiar de opinión. De que, si te decía la verdad, lo tiraría todo por la borda. Por ti.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros. Pienso en todas las noches que me quedé despierta, preguntándome qué había hecho mal.

—Te habría necesitado —digo en voz baja—. Especialmente tras la muerte de mi padre. Cuando perdimos la panadería y tuvimos que mudarnos. Cuando todo se desmoronó... Te habría necesitado tanto.

—Lo sé. —Su voz casi se rompe—. Créeme, lo sé.

Estamos uno frente al otro, dos personas marcadas por el pasado. El espacio entre nosotros está lleno de palabras no dichas, de años no vividos.

—Ethan...

—Ya que estamos desenterrando viejos secretos —me interrumpe—, hay algo más que deberías saber.

Mi corazón se salta un latido. —¿Qué?

Se acerca, y veo la lucha en sus ojos. Lo que sea que quiera decir, le cuesta.

—Emma, cuando tu padre...

Un golpe seco en la puerta nos hace separarnos de un salto.

—¡Ethan! —La voz de Richard Maddox atraviesa la madera pesada—. La subasta empieza en cinco minutos. ¡Moveos!

—¡Vamos! —grita Ethan de vuelta, pero sus ojos no dejan los míos.

—¿Qué querías decir?

—Luego. —Va hacia la puerta—. Después de la subasta.

—¡Ethan!

—Por favor, Emma. Luego.

Asiento a regañadientes y cojo mi bolso. Lo que sea que quisiera decirme, tiene que esperar. El *show* debe continuar.

—¿Qué tal estoy? —pregunto y doy una vuelta sobre mí misma.

—Perfecta. —La palabra sale demasiado rápido. Se aclara la garganta—. Como la señora Maddox, de hecho.

Me agarro de su brazo y juntos salimos de la suite. En el ascensor bajando al salón de baile guardamos silencio. Pero su mano sobre la mía es cálida y firme, como si no quisiera soltarme nunca más.

El salón de baile es una explosión de brillo navideño. Enormes lámparas de araña arrojan luz dorada sobre la multitud. Esmóquines y vestidos de noche, diamantes y relojes caros por todas partes. Una *big band* toca música navideña discreta mientras los camareros se deslizan entre la multitud con bandejas de champán.

—La élite de Chicago —murmura Ethan—. ¿Lista?

—Tan lista como se puede estar.

Richard Maddox ya espera en la entrada, rodeado de hombres con aspecto importante en trajes caros. Su mirada nos encuentra, y una sonrisa fría juega en sus labios.

—Ah, la feliz pareja. Justo a tiempo. —Se dirige a sus acompañantes—. Caballeros, mi hijo Ethan y su... mujer, Emma.

La forma en que pronuncia la palabra "mujer" no deja lugar a dudas sobre su opinión.

—Señora Maddox. —Un hombre de pelo plateado me tiende la mano—. William Harrington. De la Fundación Harrington.

La Fundación Harrington. Los quinientos millones de los que Richard había hablado en el avión.

—Encantada de conocerle —digo y pongo mi mejor sonrisa.

—Su marido nos ha contado mucho sobre usted —dice Harrington—. Felicidades por la boda. Aunque sea con un poco de retraso.

—Gracias. Fue todo muy rápido.

—Las mejores cosas de la vida llegan a menudo de forma inesperada —dice una mujer a mi izquierda—. Soy Margaret Ashford. Mi marido y yo somos viejos amigos de la familia Maddox.

Viejos amigos. La forma en que me examina me dice que sabe exactamente quién soy. O quién era.

—¿Buscamos nuestra mesa? —sugiere Ethan, su mano encuentra mi espalda.

Navegamos a través de la multitud y siento las miradas. Los comentarios susurrados. El artículo de Blake Mercer no ha fallado su objetivo.

Nuestra mesa está, naturalmente, en primera fila, justo delante del escenario, donde enseguida se subastarán obras de arte por sumas obscenas. Richard se sienta frente a nosotros, flanqueado por los Harrington.

—Una noche bonita por una buena causa —dice la señora Harrington—. Los beneficios van este año a la investigación del cáncer infantil.

—Una causa importante —coincido.

—En efecto. La familia es lo más importante. —Su mirada se desliza entre Ethan y yo—. ¿Planean ya tener hijos propios?

La pregunta llega tan directa que casi me atraganto con mi champán.

—Dejamos que las cosas vengan como tengan que venir —dice Ethan con suavidad.

—Inteligente. Aunque, a su edad... —Deja la frase en el aire.

—Margaret —amonesta su marido suavemente.

—Solo digo. Si se espera demasiado...

—Algunas cosas no se pueden planear —intervengo—. Llegan cuando el momento es oportuno.

—¿Como su matrimonio? —La voz de Richard Maddox corta la conversación educada—. Eso también llegó muy... por sorpresa.

La tensión en la mesa se puede tocar con las manos.

—Las mejores sorpresas —digo y encuentro su mirada directamente— son las que se han hecho esperar diecisiete años.

Ethan tose en su copa. Los Harrington intercambian miradas. Richard sonríe, pero no le llega a los ojos.

—Diecisiete años. Mucho tiempo para esperar algo.

—Algunas cosas valen la pena la espera.

—Y algunas cosas sería mejor dejarlas en el pasado.

Ethan me toma la mano por debajo de la mesa, la aprieta brevemente, luego se levanta y va hacia el escenario.

El *show* comienza. Pero no puedo dejar de pensar en su confesión interrumpida. ¿Qué quería decirme? ¿Qué secreto lleva todavía consigo?

¿Y por qué tengo la sensación de que esta noche todo va a cambiar?

29

Ethan

El escenario se siente infinitamente amplio cuando me acerco al micrófono. Cientos de pares de ojos se dirigen hacia mí, la élite de Chicago en todo su esplendor cubierto de diamantes. Pongo mi sonrisa más profesional.

—Buenas noches, damas y caballeros. Bienvenidos a la decimoquinta subasta anual benéfica de Navidad de Chicago.

Aplauso cortés. Espero a que se apague.

—Como muchos de ustedes saben, este evento está bajo el patrocinio de Maddox Technologies, y quiero agradecer a mi padre su continuo compromiso.

Las palabras saben a ceniza, pero las pronuncio de todos modos. Juego al juego.

—Esta noche, sin embargo, no se trata de empresas o tecnología. Se trata de arte. De belleza. Del poder de la creatividad para cambiar vidas.

Encuentro la mirada de Emma en el público. Asiente mínimamente, alentadora.

—En una semana, la Fundación Lighthouse inaugura su nueva galería en Silver Valley. Las obras de arte que subastamos esta noche se expondrán allí antes de pasar a manos de sus nuevos dueños. Cada dólar que donen hoy va directamente a las buenas causas de la Fundación.

Más aplausos, esta vez más fuertes. Siento cómo el público entra en calor.

—Así que abran sus corazones y sus talonarios. Hagamos que algo suceda juntos.

Quiero dejar el escenario, pero mi padre ya se está levantando.

—Un momento, Ethan.

Sube los escalones, toma el micrófono. Mi estómago se contrae.

—Antes de empezar con las obras de arte —dice con la sonrisa de un tiburón—, me gustaría señalar un punto culminante especial de la noche.

¿Qué demonios trama?

—Además de las maravillosas obras de arte, hoy subastamos algo aún más valioso: tiempo con mi hijo.

Se me hiela la sangre.

—Una cena exclusiva con Ethan Maddox. Tres horas de su atención indivisa. —Guiña un ojo al público—. Y como las damas aquí saben, la atención de Ethan puede ser muy... gratificante.

Risitas nerviosas en el público. Veo cómo Emma se queda de piedra.

—Así que, señoras, rebusquen en sus bolsos. Quizás hoy sea su día de suerte. Quién sabe: quizás se conviertan en la próxima señora Maddox. —Una mirada significativa a Emma—. El puesto parece quedar vacante con frecuencia.

El insulto hace blanco. Quiero decir algo, quiero arrastrarlo fuera del escenario, pero estoy como congelado.

—Pero no se preocupen —continúa—, durante tres horas es todo suyo. Lo que hagan en ese tiempo... bueno, Ethan siempre ha sido muy generoso.

—Gracias, padre. —Le arranco el micrófono de la mano antes de que pueda causar más daño—. Qué encantador. Empecemos con la subasta.

Abandono el escenario con las mejillas ardiendo. El subastador profesional toma el relevo, empieza con la primera obra de arte.

—¿Qué coño ha sido eso? —siseo al volver a sentarme.

—Marketing —dice mi padre tranquilo—. A las mujeres de aquí les encanta eso.

—Me has convertido en el hazmerreír. ¡Y a Emma!

—Ah, sí, Emma. —La examina como a un insecto interesante—. No se preocupe, querida. Estoy seguro de que Ethan cumplirá sus tres horas como un buen chico y luego volverá con usted. Como un perro bien adiestrado.

—Para ya.

—¿O qué? —Su voz se vuelve más baja, más peligrosa—. ¿Quieres montar una escena? ¿Delante de toda esta gente importante? ¿De los Harrington, que están pensando ahora mismo si seguir trabajando con nosotros?

La amenaza es clara. Aprieto los puños bajo la mesa.

—Sin mí no eres nada —sisea—. Es mi dinero el que financia tu pequeña Fundación de juguete. Así que siéntate quieto y sonríe.

Se levanta, me da una palmadita condescendiente en el hombro. —Tengo que ocuparme de negocios reales. Para que tu minúscula Fundación tenga siquiera una oportunidad.

Luego se ha ido, desaparece entre la multitud de aduladores y lameculos.

—Ethan... —La mano de Emma encuentra la mía bajo la mesa.

—No. —Retiro mi mano—. Ahora no.

—Es un gilipollas.

—Es mi padre. —La amargura en mi voz me sorprende incluso a mí—. Y tiene razón. Sin su dinero la Fundación no sería nada.

—Eso no es verdad.

—Sí, Emma. Es verdad. —Agarro mi whisky, lo vacío de un trago —. Todo lo que tengo, todo lo que soy, se lo debo a él. Y nunca deja que lo olvide.

Quiere decir algo, pero el subastador anuncia la siguiente obra de arte. Un cuadro que Emma eligió para la galería. Se vende por treinta mil dólares.

Las siguientes dos horas pasan en una neblina de sonrisas forzadas y conversaciones educadas. Los Harrington hacen preguntas sobre la Fundación que respondo automáticamente. Emma interpreta su papel a la perfección, encantadora y comprometida. Nadie sospecharía que bajo la mesa se abre un abismo entre nosotros.

Las obras de arte se venden como pan caliente. Cincuenta mil por una escultura. Ochenta mil por un tríptico. Las sumas suben, el ambiente también. El champán fluye, las risas se hacen más fuertes.

Entonces mi padre vuelve a subir al escenario.

—Damas y caballeros, el momento que todos estaban esperando.

El estómago se me cae a los pies.

—La subasta de una velada con mi hijo. Empezamos en diez mil dólares. ¿Quién da más?

Se levanta una mano. Luego otra. Las pujas suben rápido.

Quince mil. Veinte mil. Veinticinco mil.

Estoy ahí sentado como una cabeza de ganado en el mercado, mientras mujeres —y algunos hombres— regatean por mi tiempo.

—Treinta mil a la una... —mi padre disfruta cada momento—, a las dos...

—Cincuenta mil.

Una voz nueva. Joven, femenina, decidida. Todas las cabezas se giran.

Una mujer con un vestido rojo se levanta. Rubia, veintipocos, definitivamente no es de aquí. Sonríe como un gato que ya tiene al canario entre los dientes.

—Cincuenta mil dólares —repite—. Por una velada con Ethan Maddox.

Silencio en la sala.

Entonces: —¡A la una, a las dos!

Estoy a punto de ser vendido. Como una maldita obra de arte. La rubia sonríe triunfante. Mi padre está radiante.

Y Emma...

Emma parece que está a punto de sacarle los ojos a alguien.

Qué noche de mierda.

30

Emma

La rubia de rojo está ahí de pie como una ganadora que acaba de conseguir la medalla de oro. Su vestido escarlata —definitivamente alta costura— se ciñe a su cuerpo perfecto como una segunda piel. Los diamantes brillan en sus orejas, su cuello, su muñeca. Acaba de pujar cincuenta mil dólares por mi marido falso.

Mi marido falso. Pero, ¿es esto realmente falso?

Porque en este momento, mientras veo cómo devora a Ethan con ojos hambrientos, se siente jodidamente real.

Richard Maddox está en el escenario como el director del circo en la pista, con una sonrisa tan ancha que se le podrían contar todos los dientes pulidos. Disfruta de cada momento de esta humillación pública de su hijo.

—Cincuenta mil dólares a la una... —Su voz resuena por el salón de baile como una sentencia de muerte.

Miro a Ethan. Está sentado como tallado en piedra, solo los músculos tensos de la mandíbula delatan su tensión interior. Sus manos están planas sobre la mesa, pero veo cómo sus dedos se curvan mínimamente, como si quisiera clavar las uñas en el mantel. La humillación está escrita en su cara: en las líneas rígidas de su boca, en la forma en que fija la vista en un punto en algún lugar sobre las cabezas de los invitados, como si así pudiera teletransportarse fuera de esta situación.

—... a las dos...

La rubia —la bautizo interiormente Scarlett O'Hara, porque está ahí parada con la misma seguridad que la belleza sureña— sonríe.

No es una sonrisa amable. Es la sonrisa depredadora de una mujer que siempre consigue lo que quiere. Que está acostumbrada a que los hombres caigan a sus pies. Que probablemente guarda una colección de corazones rotos en su vestidor, justo al lado de sus Louboutins.

Hoy no, bonita. No con mi marido.

Marido falso. Lo que sea.

Mi mano se dispara hacia arriba como si hubiera cobrado vida propia. —Sesenta mil.

El efecto es como una bomba lanzada en un lago en calma. Todas las cabezas —y quiero decir realmente todas, incluso la del camarero que está sirviendo champán— se giran hacia mí. Trescientos pares de ojos me miran fijamente como si acabara de saltar desnuda sobre la mesa.

Ethan se gira hacia mí tan rápido que temo que pueda torcerse el cuello. Sus ojos están muy abiertos, la expresión de hombre de negocios profesional completamente borrada. Me mira como si acabara de anunciar que estoy embarazada de trillizos.

La sonrisa de Richard parpadea como una vela al viento. Por un momento delicioso parece como si alguien le hubiera quitado su juguete favorito.

—Señora Maddox —su voz tiene ese tono paternal-condescendiente que odio profundamente—, no puede pujar por su propio marido. Eso va contra las reglas.

Reglas. Como si Richard Maddox hubiera seguido alguna vez en su vida una regla que no le convenía.

Me levanto, lenta y deliberadamente, me estiro hasta mi estatura completa. Con mis tacones de diez centímetros —que me están matando los pies, pero vale la pena— sigo siendo más baja

que la mayoría aquí. Pero he aprendido que la grandeza no tiene nada que ver con los centímetros.

—¿Por qué no? —Mi voz es tranquila, pero llega a todo el salón. Años en panaderías ruidosas me han enseñado cómo hacerme oír—. Es un evento benéfico. Mi dinero es tan bueno como cualquier otro. ¿O mi donación vale menos porque casualmente estoy casada con el objeto de la subasta?

Un murmullo se extiende por la sala como olas. Oigo fragmentos: "¿Acaba de decir objeto?", "Bastante valiente...", "No sabía que Ethan estaba casado...".

Scarlett O'Hara me examina con los ojos entrecerrados, como si me percibiera realmente por primera vez. Sus cejas perfectamente depiladas se fruncen. Prácticamente puedo ver cómo me tasa.

—Setenta mil —dice, y su voz corta el murmullo como una guadaña.

El juego está abierto.

—Ochenta. —El número sale sin dudar. Como si realmente tuviera ochenta mil dólares ahorrados. Como si no fuera la mujer que la semana pasada pensaba si podía permitirse el lujo de un champú de marca.

—Noventa. —Scarlett ya no sonríe. Esto va en serio.

—Cien. —El número rueda de mi lengua como si fuera lo más normal del mundo gastar sumas de seis cifras por tres horas con un hombre con el que de todos modos duermo en la misma cama cada noche. Teóricamente. Si estuviéramos casados de verdad. Cosa que no estamos. Oh, Dios, ¿qué estoy haciendo?

Ahora la cosa se pone interesante de verdad. Los invitados se inclinan hacia delante como buitres que huelen carroña fresca. Se sacan móviles —discretamente, claro, se tienen modales—. Pero sé

que en diez minutos como mucho aparecerán los primeros *posts* en Instagram. #EsposaDeMultimillonarioPujaPorSuPropioMarido #DramaSubastaBenefica #ProblemasDeRicos

—Ciento veinte —contraataca Scarlett, y su voz ha adquirido un tono que dice: *Ya no juego.*

—Ciento cincuenta. —Yo tampoco juego.

Ethan me agarra la muñeca, sus dedos se cierran sobre mi piel como un grillete caliente. —Emma, ¿qué coño estás haciendo? —Su voz es un susurro tenso que solo yo puedo oír.

Me lo sacudo sin apartar la vista de Scarlett. Nos miramos fijamente a través del salón de baile como dos pistoleros en el Salvaje Oeste. Prácticamente puedo ver las plantas rodadoras pasar.

—Doscientos mil —dice ella, y ahora jadean incluso los millonarios curtidos.

Hora del golpe de gracia. Sonrío; la sonrisa más dulce e inocente que puedo poner. La sonrisa con la que solía conseguir galletas extra de mamá. —Doscientos cincuenta mil.

El silencio que sigue es tan absorbente que se podría oír caer un alfiler. De hecho, alguien deja caer un tenedor al fondo, y suena como un disparo.

Scarlett abre su boca perfectamente maquillada. Apuesto a que el color del pintalabios se llama "Baño de sangre". La vuelve a cerrar. La abre otra vez. No sale nada. Por primera vez en su vida mimada se ha quedado sin palabras.

Entonces, finalmente, sacude la cabeza. Un solo rizo rubio se suelta de su peinado perfecto. Es la única señal de su derrota.

—Doscientos cincuenta mil a la una. —La voz de Richard suena como si hubiera tragado cristales rotos. Su pequeño juego de poder

le ha salido el tiro por la culata—. ¿Nadie más quiere...? —Mira casi suplicante por la sala—. ¿Nadie? ¿Están seguros? Es por una buena causa...

Por supuesto que nadie quiere. Es una suma absurda por tres horas con un hombre, incluso si ese hombre es Ethan Maddox. Se podría fletar un jet privado pequeño con eso. O desayunar en Tiffany's todos los días durante un año. O, en mi mundo, pagar el alquiler de los próximos diez años.

—A las dos... —Richard duda, como si pudiera detener lo inevitable con lentitud—. A las tres...

El martillo cae con el entusiasmo de un verdugo que odia su trabajo.

—Vendido a la señora Maddox.

Antes de que pueda pensar en lo que acabo de hacer —antes de que pueda entrar el pánico por el cuarto de millón de dólares que no tengo— me giro hacia Ethan. Sus ojos siguen muy abiertos, su boca ligeramente entreabierta. Parece un hombre que acaba de ver cómo su mundo ordenado se pone patas arriba.

Bien.

Le echo los brazos al cuello y le beso. No uno de esos besos educados en la mejilla habituales en esta sociedad. Ni siquiera un beso casto en los labios. No, le beso como si él fuera agua y yo llevara semanas atrapada en el desierto. Como si fuera oxígeno y yo me estuviera ahogando. Como si fuera mío... realmente mío.

Su sorpresa dura solo un latido. Luego sus brazos están alrededor de mí, atrayéndome más cerca, y me devuelve el beso con una intensidad que me corta la respiración. Una mano se entierra en mi pelo, la otra se presiona contra la parte baja de mi espalda, y por

un momento olvido dónde estamos. Olvido los trescientos pares de ojos. Olvido a su padre. Olvido toda la maldita farsa.

Los flashes explotan a nuestro alrededor como fuegos artificiales. El clic de las cámaras es ensordecedor. Mañana estaremos en cada página de sociedad, cada blog de cotilleos, cada periódico digital. Ya puedo ver los titulares ante mí: "Esposa de multimillonario compra a su propio marido por suma récord", "¿Prueba de amor o juego de poder?", "La mujer del cuarto de millón de dólares".

—Venga —le susurro a Ethan—. Vámonos.

Tomo su mano —su mano grande y cálida, que se cierra automáticamente sobre la mía— y tiro de él hacia la salida. La sala se abre ante nosotros como el Mar Rojo. Algunos aplauden de verdad. Otros miran con la boca abierta. Scarlett O'Hara parece estar pensando en tirarme su copa de champán a la cabeza.

La cara de Richard cuando pasamos por su lado no tiene precio. Una mezcla de ira, asombro y... ¿es eso respeto? No, probablemente me lo imagino.

Salimos del salón, y no estoy segura de si el sonido atronador detrás de nosotros es aplauso o silencio estupefacto. O quizás es solo la sangre que me zumba en los oídos.

En el pasillo, finalmente fuera de vista, me apoyo contra la pared de mármol fría y respiro hondo. El aire acondicionado sopla aire helado sobre mi piel acalorada. Qué. Coño. Acabo. De. Hacer.

Doscientos cincuenta mil dólares. Un cuarto de millón. Por tres horas con un hombre que técnicamente ya me pertenece. Al menos sobre el papel. Al menos durante los próximos días.

—¿Qué coño ha sido eso? —La voz de Ethan es ronca, como si hubiera gritado. O como si el beso le hubiera robado la voz.

—¿Eso? —Aprieto el botón del ascensor, una, dos, tres veces. ¿Por qué estas malditas cosas siempre tardan tanto?—. Eso ha sido una esposa defendiendo a su marido.

—Emma, acabas de... un cuarto de millón...

—Donado para fines benéficos. —Las puertas del ascensor se abren por fin: mármol y oro. Naturalmente. Acero normal sería demasiado vulgar—. Muy generoso por mi parte, ¿no crees? Estoy segura de que los niños con cáncer lo apreciarán.

Entramos, y en cuanto se cierran las puertas, es como si alguien hubiera aspirado el aire de la cabina. El espacio es demasiado pequeño para nosotros dos y todas las cosas no dichas entre nosotros. La tensión es tan espesa que se podría cortar en rebanadas y servir de aperitivo.

—No tenías que haber hecho eso. —Se apoya en la pared de enfrente, tan lejos de mí como es posible en el espacio estrecho. Pero sus ojos... sus ojos no me sueltan ni un segundo.

—¿No? —Me giro hacia él, y de repente estoy enfadada. Realmente enfadada—. ¿Qué debería haber hecho si no? ¿Debería haber mirado cómo esa... esa Barbie inflada de rojo te compraba? ¿Te poseía durante tres horas como a un mueble? ¿Como a un maldito coche de alquiler?

—Habría sido solo una cena. —Pero su voz no suena convencida.

—Claro. —Me río, y suena amargo incluso en mis oídos—. Porque las mujeres como ella gastan cincuenta mil dólares por una cena inocente. Por la conversación estimulante. Por tus opiniones sobre política mundial.

La música del ascensor —alguna versión instrumental edulcorada de *My Heart Will Go On*— hace que toda la situación sea

aún más surrealista.

—¿Estás celosa?

La pregunta golpea como un puñetazo en el estómago. Demasiado cerca de la verdad. Demasiado cerca de sentimientos que creía profundamente enterrados.

—Interpreto mi papel —digo y levanto la barbilla—. La esposa devota. Para lo que me pagas.

—¿Doscientos cincuenta mil dólares por un papel devoto?

—Tú has gastado dos millones en mí —le recuerdo—. Así que doscientos cincuenta mil son una ganga.

El ascensor se detiene con un suave *cling*. Caminamos en silencio hacia nuestra suite. Nuestros pasos son amortiguados por la gruesa alfombra, pero siento su mirada sobre mí como un toque físico. Siento las preguntas que no hace. Siento la tensión que vibra entre nosotros como una línea de alta tensión.

La suite es ridículamente grande. Se podría jugar al fútbol en ella. O celebrar una boda pequeña. O evitarse el uno al otro muy, muy bien.

Ethan va directo al bar: caoba, equipado con botellas cuyas etiquetas ni siquiera puedo pronunciar. —¿Quieres una copa?

—Ethan.

Se detiene, la mano sobre una botella de whisky. Luego se da la vuelta, y hay algo en sus ojos. Algo crudo, desprotegido, hambriento. Algo que me corta la respiración.

—Gracias —dice simplemente.

—¿Por qué? —Mi voz es apenas más que un susurro.

—Por no haberme dejado tirado. Por... —Se acerca, cada paso deliberado, como si se acercara a un animal asustadizo—. Por haberme defendido. Contra mi padre. Contra esa mujer. Contra todos.

—Eso lo habría hecho cualquier esposa.

—Pero tú no eres realmente mi esposa. —Ahora está tan cerca que puedo oler su *aftershave*. El mismo que hace diecisiete años, ¿y no es una locura que lo recuerde?—. ¿Verdad?

La pregunta cuelga entre nosotros como una granada sin anilla. Pesada de significado, de posibilidades, de todo lo que no decimos.

—No —susurro, y la palabra sabe a ceniza—. No lo soy.

—¿Entonces por qué se siente tan real?

Su mano se levanta, y yo debería retroceder. Debería recordarle que esto es solo un negocio. Debería citar la cláusula siete.

En lugar de eso me quedo quieta mientras sus dedos encuentran mi mejilla. Su pulgar acaricia mi pómulo, y el contacto es tan tierno que duele.

—Ethan... —Su nombre es mitad advertencia, mitad oración.

—Diecisiete años, Emma. Diecisiete malditos años, y nunca he dejado de quererte.

Las palabras me golpean como un terremoto. Todo en mí tiembla, se agrieta, se desplaza. —No digas eso.

—¿Por qué no? Es la verdad.

—Porque... —Lucho con las palabras, con la verdad, con todo—. Porque lo hace todo más complicado.

—¿No es ya suficientemente complicado? —Una sonrisa sin humor juega en sus labios.

Tiene razón. ¿Qué podría ser más complicado que esto? Este matrimonio falso que se siente demasiado real. Estos viejos sentimientos que rompen como malas hierbas a través del cemento de nuestro acuerdo. Este desastre imposible, loco, precioso en el que nos hemos maniobrado.

—Cláusula siete —digo débilmente, un último intento desesperado de salvarnos a ambos.

—A la mierda la cláusula siete.

Y entonces me besa.

No como abajo en el salón de baile, para el espectáculo, para las cámaras. Esto es solo para nosotros. Sus labios son suaves y exigentes al mismo tiempo, y me derrito contra él como chocolate al sol.

El beso sabe a diecisiete años de anhelo. A todos los "y si..." y "si hubiera...", a sueños de juventud y dolor de adulto.

Sabe a verdad en un mar de mentiras.

—Eso no ha sido actuación —dice.

—Lo sé —susurro.

Y ese es el problema.

31

Ethan

El beso explota entre nosotros como diecisiete años de anhelo acumulado. Emma sabe a champán y a sueños prohibidos, y me pierdo en ella como entonces, cuando éramos adolescentes y pensábamos que teníamos todo el tiempo del mundo.

—Espera —jadea contra mis labios—. El contrato...

—Olvida el maldito contrato. —La atraigo más cerca hasta que no queda ni un milímetro entre nosotros. Mi cuerpo reacciona inmediatamente a su cercanía, se pone duro contra su vientre—. Te quiero a ti. Solo a ti. Desde siempre.

Me mira, y en sus ojos color avellana veo la misma lucha que yo mismo libro. Razón contra deseo. Pasado contra presente.

El deseo gana.

Sus manos encuentran mi cara, me atraen hacia ella. —Solo esta noche —susurra—. Mañana podemos volver a ser razonables.

—Mañana —coincido, aunque sé que es mentira. Después de esta noche no hay vuelta atrás.

Tropezamos hacia la cama, un revoltijo de manos que buscan y besos hambrientos. Mis dedos encuentran la cremallera de su vestido, y la obra de arte azul medianoche se desliza al suelo. Está ante mí en encaje negro, sus pechos suben y bajan pesadamente, y se me corta el aliento.

—Eres tan preciosa —digo, y las palabras se sienten insuficientes.

Le desabrocho el sujetador con una destreza que me sorprende a mí mismo. Cuando sus pechos perfectos quedan libres, tengo que tragar saliva. Mi polla palpita dolorosamente en mis pantalones ante la visión.

—Llevas demasiada ropa.

Sus manos trabajan en mi pajarita, impacientes ahora. Siguen los botones de mi camisa, y la ayudo, sacudiéndome la prenda cara sin cuidado. Cuando me abre el pantalón y libera mi erección, gimo.

—Dios, Emma...

Me rodea con la mano, pequeña y caliente alrededor de mi eje duro. Tengo que apretar los dientes para no correrme al instante. Diecisiete años de fantasías palidecen frente a la realidad de su tacto.

—Estás como el acero —murmura con una pequeña sonrisa.

—Todo esto es culpa tuya —jadeo—. Siempre lo ha sido.

Aparto su mano suavemente antes de perder el control. Con un movimiento fluido la levanto y la llevo a la cama. Se ríe, exactamente igual que antes, y el sonido me cala hasta los huesos.

La deposito con cuidado sobre las sábanas de seda y engancho mis dedos en su última prenda de encaje. Lentamente la deslizo sobre sus caderas, sus muslos, revelando centímetro a centímetro su belleza.

—Aún el caballero —bromea, pero su voz tiembla de excitación.

—Solo contigo.

Yace desnuda ante mí, y tengo que detenerme un momento. La luz suave de la lámpara de la mesilla pinta sombras doradas en su piel. Es aún más hermosa que en mi recuerdo, más madura, más segura de sí misma.

Me inclino sobre ella, empiezo por su cuello. Besos, pequeños mordiscos que la hacen estremecer. Sus manos se entierran en mi pelo cuando avanzo hacia sus pechos.

—Ethan... —Mi nombre es un suspiro en sus labios.

Me tomo mi tiempo, exploro cada centímetro. Cuando me meto su pezón en la boca, se arquea hacia mí. Chupo, lamo, provoco, hasta que se retuerce debajo de mí.

Mi mano viaja más abajo, sobre su vientre plano, a través de los rizos suaves. Cuando encuentro su calor, ambos gemimos. Está tan húmeda, tan increíblemente mojada para mí.

—Ya tan lista —murmuro contra su piel.

—Diecisiete años de preliminares —jadea—. ¿Qué esperas?

Me río suavemente y dejo jugar a mis dedos. Círculos alrededor de su punto más sensible, me hundo en ella, encuentro el ritmo que la lleva al borde.

—Por favor, Ethan... —Se aferra a mi hombro tatuado—. Te necesito... necesito más...

No puedo esperar más. Mi polla está tan dura que duele, late al ritmo de mi corazón desbocado. Me coloco sobre ella, apoyo mi peso en los brazos.

—Mírame —pido.

Abre los ojos, y lo que veo allí me roba el aliento. Deseo, sí, pero también más. Mucho más.

Lento, tortuosamente lento, entro en ella. El primer centímetro nos hace gemir a ambos. Es tan estrecha, tan perfecta a mi alrededor. Tengo que parar un momento, recomponerme.

—Oh Dios —jadea—. Había olvidado... Me llenas tanto...

Centímetro a centímetro avanzo hasta que estoy completamente dentro de ella. La conexión es abrumadora. No solo físicamente, sino a todos los niveles. Como si fuéramos dos mitades de un todo que por fin se han reencontrado.

—Emma... —Su nombre es todo lo que puedo decir.

—Lo sé —susurra—. Yo también lo siento.

Empiezo a moverme, embestidas lentas y profundas. Cada movimiento envía olas de placer por mi cuerpo. Ella levanta las caderas, encuentra mis movimientos, y hallamos nuestro ritmo.

—Más fuerte —exige, sus uñas se clavan en mi espalda—. Quiero sentirlo todo. Quiero recordarte mañana.

Sus palabras destruyen el último autocontrol. Acelero, empujo más profundo, más fuerte. El sudor perla nuestra piel, nuestros cuerpos se deslizan uno contra el otro. La habitación se llena con los sonidos de nuestra pasión.

Siento cómo se contrae a mi alrededor, sus músculos internos aletean. Está cerca.

—Córrete para mí, Emma —susurro en su oído, mordisqueo su lóbulo—. Déjate llevar. Te tengo.

Mis palabras, combinadas con una embestida especialmente profunda, la empujan por el precipicio. Echa la cabeza hacia atrás, grita mi nombre mientras su orgasmo la sacude. Sus contracciones ordeñan mi polla, y ya no puedo contenerme.

Con un gemido fuerte la sigo, bombeando a sacudidas dentro de ella. Se siente como si fuera a explotar, como si me disolviera en ella.

Colapsamos juntos, un lío sudoroso y jadeante. Ruedo hacia un lado, la llevo conmigo, no quiero perder la conexión.

—Eso ha sido... —Busca palabras.

—Lo sé.

—No, quiero decir... —Se apoya en un codo, me mira—. Nunca ha sido así. Con nadie. Ni siquiera con nosotros entonces.

—Porque entonces éramos niños —digo y aparto un mechón sudoroso de su cara—. No sabíamos lo que teníamos.

—¿Y ahora?

—Ahora sé exactamente lo que tengo. Y lo que no quiero volver a perder.

Me besa, suave y dulce. Pero ya siento cómo mi cuerpo despierta de nuevo. Ella también lo siente y se ríe suavemente.

—¿Otra vez?

—Tengo diecisiete años que recuperar —digo y la giro sobre su espalda—. Va a ser una noche larga.

—No prometas nada que no puedas cumplir —bromea, pero sus ojos ya se oscurecen de nuevo de deseo.

La noche es, de hecho, larga. Hacemos el amor una y otra vez, exploramos viejas posturas favoritas y descubrimos nuevas. Presionados contra la pared, ella gritando de placer. En la ducha, el agua caliente corriendo sobre nuestros cuerpos acalorados. En el sillón junto a la ventana, las luces de Chicago como testigos mudos de nuestro reencuentro.

Entre rondas hablamos, reímos, recordamos. Es como si estuviéramos recuperando todos los años perdidos en una sola noche.

Cuando el sol de la mañana entra por las cortinas, estamos tumbados estrechamente abrazados, completamente agotados pero profundamente satisfechos.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta en voz baja contra mi pecho.

—Quédate conmigo —digo sin dudar—. No solo por la semana. Para siempre.

Calla un buen rato, dibuja patrones en mi pecho. —Pregúntamelo después de la gala.

—¿Por qué no ahora?

—Porque... —Suspira—. Porque necesito saber si esto es real. Si perdura cuando volvamos al mundo real. Cuando el contrato termine y yo ya no tenga que ser tu mujer falsa.

—Nunca fuiste falsa para mí —digo serio—. Ni un segundo.

—Lo sé —susurra—. Pero necesito estar segura. Por los dos.

Asiento, aunque todo en mí se rebela contra ello. —Después de la gala entonces.

—Después de la gala —confirma.

Nos adormilamos mientras Chicago despierta lentamente. En un par de horas tenemos que volver a la realidad. Pero por este momento ella me pertenece, y yo a ella.

Completamente y sin reservas.

32

Ethan

Hace 17 años

La puerta de casa se cierra silenciosamente tras de mí. Son más de las seis de la mañana, el sol apenas asoma por el horizonte. Floto más que camino, aún puedo oler el aroma de Emma en mi piel.

—¿Has tenido una buena noche?

Me quedo helado. Mi padre está sentado en el salón, completamente vestido, como si hubiera esperado toda la noche.

—Papá. Pensé que estabas en Chicago.

—Lo estaba. He vuelto antes. —Se levanta, se acerca—. La pregunta es, ¿dónde estabas tú?

—En casa de un amigo.

—No me mientas. —Su voz es tranquila, pero conozco ese tono. La calma antes de la tormenta—. Has estado con esa chica Wells.

No tiene sentido negarlo. —Sí.

—Toda la noche.

—Sí.

Su cara se contrae de asco. —¿Te has acostado con esa... esa zorra de clase baja?

—¡No la llames así! —La ira explota en mí—. ¡Ni siquiera la conoces!

—No necesito conocerla. Conozco a los de su clase. —Va a la ventana, las manos cruzadas a la espalda—. Las chicas como ella

solo tienen un objetivo: pescar a un niño rico. Dejarse preñar. Asegurarse un futuro dorado.

—Emma no es así.

—¿No? —Se da la vuelta—. ¿Te ha dicho que te quiere? ¿Que eres especial? ¿Que nunca se ha sentido así?

—Eso no es asunto tuyo.

—Todo lo que haces es asunto mío. —Se acerca, y huelo el whisky en su aliento. Ha bebido—. Eres mi hijo. Mi heredero. Y no voy a mirar cómo tiras tu vida por una pequeña hija de panadero.

—No estoy tirando nada.

—¿No? ¿Qué crees que pasará si esto sale a la luz? ¿Si Harvard se entera de que su becario se junta con chicas de la calle?

—¡Ella no es una chica de la calle!

El golpe viene de la nada. No fuerte, pero sorprendente. Mi padre nunca me había pegado.

—No vas a volver a ver a esa chica —dice fríamente—. Nunca más.

—Tú no puedes decidir eso.

—¿No puedo? —Va a su escritorio, saca papeles—. Tu admisión en Harvard. Tu fondo fiduciario. Tu coche, tus tarjetas de crédito, toda tu maldita vida depende de mi firma.

—Me da igual.

—¿De verdad? —Sonríe, pero no le llega a los ojos—. ¿Te da igual si acabas en la calle? ¿Si tienes que trabajar de camarero en lugar de estudiar? ¿Si acabas como ella: pobre, sin esperanza, irrelevante?

Las palabras duelen, porque una parte de mí sabe que tiene razón. No estoy formado para nada más que la vida que él ha planeado para mí.

—Y luego está el asunto de la panadería —continúa, casi casualmente.

Se me hiela la sangre. —¿Qué pasa con la panadería?

—Bueno, el viejo Wells no durará mucho más. Cáncer terminal, he oído. Y cuando muera... —Se encoge de hombros—. La familia tiene deudas. Grandes deudas. Sería fácil convencer al banco de que exija el pago de los préstamos.

—No serías capaz...

—¿De poner a una viuda en duelo en la calle? Claro que no. —Se vuelve a sentar—. Mientras mi hijo sea razonable.

Estoy ahí de pie, diecisiete años, y siento cómo las paredes se cierran a mi alrededor.

—¿Qué quieres?

—Quiero que te conviertas en un hombre. Un Maddox. —Se sirve un whisky, aunque son solo las seis de la mañana—. Termínalo. Hoy. Limpio, definitivo. Ningún contacto más.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces la destruyo. —Las palabras salen objetivas, como si hablara del tiempo—. La panadería. La casa. Todo. Me aseguraré de que tengan que irse de Silver Valley. Y dondequiera que vayan, yo estaré allí. Una llamada, una palabra en los oídos adecuados, y ningún banco, ningún empleador los tocará.

—Eso es enfermizo.

—Eso son negocios. —Da un sorbo a su bebida—. Los Wells no son nada. Nadie. Insectos que se aplastan cuando están en el

camino.

—Te odio.

—Eso me da igual. —Deja el vaso—. Tienes una semana. Termínalo, o la termino yo a ella.

Estoy allí, dividido entre la ira y el miedo. Podría luchar. Podría intentar ponerme en su contra. Pero tengo diecisiete años, y él es Richard Maddox. Tiene el poder de hacer realidad sus amenazas.

—¿Por qué haces esto? —pregunto finalmente.

Por un momento veo algo destellar en sus ojos. ¿Dolor? ¿Arrepentimiento?

—Porque una vez fui como tú —dice en voz baja—. Joven. Enamorado. Dispuesto a renunciar a todo. —Se levanta, va hacia la puerta—. Y mira en lo que me he convertido. Rico. Poderoso. Solo.

—Ese no tiene por qué ser mi destino.

—Sí, tiene que serlo. —Se queda en la puerta, sin darse la vuelta—. Porque eres mi hijo. Y los hombres Maddox estamos condenados a destruir lo que amamos.

Luego se va, y me quedo solo en el salón. Fuera sale el sol, pinta el cielo rojo como la sangre.

En una semana tengo que romperle el corazón a Emma.

O ver cómo mi padre destruye su vida.

Me hundo en el sofá, entierro la cara en las manos. Sus palabras de anoche resuenan en mi cabeza: "Te quiero. Confío en ti".

Y voy a tener que traicionar ambas cosas.

Porque soy demasiado cobarde para hacerlo mejor.

Porque soy como mi padre, quiera o no.

33

Emma

El paisaje pasa rápido a nuestro lado mientras Marcus conduce el Bentley a través de la oscuridad de la madrugada. Había salido en mitad de la noche para recogernos. Richard Maddox no nos dirigió ni una palabra más después de la subasta, se fue directo en su jet privado. Solo. Sin explicación.

Ahora estamos sentados uno al lado del otro en el asiento trasero, y el silencio entre nosotros es más pesado que el plomo. La última noche se siente como un sueño: demasiado bonito para ser verdad. Y quizás lo fue.

—¿Has dormido bien? —pregunta finalmente.

Charla trivial. Después de todo lo que ha pasado, hace charla trivial.

—Regular. ¿Tú?

—También.

De nuevo silencio. Observo su perfil, los músculos tensos de la mandíbula, la forma en que mira fijamente por la ventana, como si ahí estuviera la respuesta a todas las preguntas.

—Ethan...

—Puedo subir la calefacción si tienes frío.

—No tengo frío. —Respiro hondo—. ¿Podemos hablar de lo de anoche?

—¿Qué hay que hablar? —Su voz es neutral.

—¿Todo? ¿Lo que pasó entre nosotros? ¿Lo que significa?

Calla tanto tiempo que ya pienso que no va a responder. Luego: —Fue una noche emocional. La subasta, mi padre... Ninguno de los dos éramos nosotros mismos.

Las palabras golpean como bofetadas. —No lo dices en serio.

—Emma, tú misma dijiste que deberíamos hablar después de la gala.

Me giro hacia él. —¿Y tú dijiste que nunca habías dejado de quererme. ¿Era mentira?

—Nada era mentira. —Me mira por fin, y el dolor en sus ojos me corta la respiración—. Pero algunas cosas... algunas cosas son más complicadas de lo que parecen.

—Tu padre.

No es una pregunta. He visto cómo Richard Maddox empequeñecía a su hijo. Cómo lo controla todavía, después de todos estos años.

—No hablemos de eso. —Ethan se aparta de nuevo—. La gala es en una semana. Deberíamos concentrarnos en eso.

—En la gala. —Río con amargura—. Claro. El negocio va primero.

—Eso no es justo.

—¿No? —Me cruzo de brazos—. ¿Qué es justo entonces, Ethan? ¿Que me quieras, pero solo en la oscuridad? ¿Que podamos estar juntos, pero solo si papi no mira?

—No lo entiendes.

—¡Pues explícamelo! —Mi voz se rompe—. Explícame por qué no podemos simplemente... por qué no podemos ser felices.

Busca mi mano, pero yo la retiro. —Por favor, Emma. Dame tiempo. Después de la gala...

—Después de la gala nuestro contrato se acaba —le recuerdo—. Entonces ya no seré tu mujer falsa. Entonces ya no habrá motivo para... lo que sea que es esto.

Las palabras quedan entre nosotros como una profecía. Marcus sigue conduciendo, ignorando profesionalmente nuestro drama.

Las primeras casas de Silver Valley aparecen, nevadas y pacíficas bajo la luz de la mañana. Luces de Navidad parpadean en las ventanas, como si el mundo estuviera en orden.

—¿Marcus? —Mi voz es más tranquila ahora—. Lléveme al hospital, por favor.

—Por supuesto, señorita Wells.

Ethan me mira sorprendido. —¿Tu madre?

—La operación ha sido esta mañana temprano. —Miro mi reloj —. Debería estar allí.

—Voy contigo.

—No. —La palabra sale más dura de lo que pretendía—. Yo... necesito algo de tiempo. Sola.

Asiente, herido pero comprensivo.

El hospital aparece ante nosotros, gris y macizo contra el cielo de invierno. Marcus para en la entrada principal.

—Emma... —Ethan me agarra del brazo cuando voy a bajar.

—Ahora no —digo suavemente—. Por favor.

Me bajo sin mirar atrás. El aire frío me golpea como una redención.

En el hospital encuentro a Lila en la sala de espera, hecha un ovillo en una incómoda silla de plástico.

—¡Em! —Salta, se me echa al cuello—. ¿Qué tal fue en Chicago? ¡Intenté llamarte!

—Bastante bien, te cuento luego. —La verdad a medias sale fácil de los labios—. ¿Cómo está mamá?

—La operación ha ido bien. —Los ojos de Lila brillan de alivio—. El médico dice que lo han conseguido. Todavía está en la sala de recuperación, pero podremos verla pronto.

Me hundo en una silla, la tensión de las últimas horas se desprende de mí. —Gracias a Dios.

—Ahora cuenta. —Lila se sienta a mi lado, me examina con sus ojos agudos—. ¿Chicago? ¿Con Ethan?

—Fue una subasta benéfica. Para la Fundación.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Emma. —Me conoce demasiado bien—. ¿Qué ha pasado?

Quiero mentir, quiero decir que todo está bien. Pero las palabras brotan de mí. La subasta, el padre, la puja, la noche.

—¿Doscientos cincuenta mil dólares? —Los ojos de Lila se ponen enormes—. ¿Estás loca?

—Quizás.

—Definitivamente. —Pero entonces sonríe—. Y también jodidamente *cool*. Te has recomprado a tu marido.

—No es mi marido.

—Todavía no. —Me da un codazo—. Pero quiere serlo, ¿no? ¿Por eso todo este numerito?

Le cuento nuestra noche, sus confesiones, el gélido viaje de vuelta.

—Hombres —resopla Lila—. Especialmente hombres ricos con *daddy issues*.

—Es más complicado que eso.

—No, no lo es. —Me toma la mano—. Él te quiere. Tú le quieres. Todo lo demás es solo ruido.

—¿Desde cuándo eres tan sabia?

—Desde que tuve que ver cómo mi hermana mayor lloraba a un fantasma durante diecisiete años. —Su voz se vuelve suave—. Tienes una segunda oportunidad, Em. No la cagues.

—Después de la gala...

—A la mierda la gala. Lucha por él. Ahora.

—Primero tengo que ocuparme de la Fundación. La inauguración...

—Excusas. —Pero sonríe—. Vale, haz tu gala. Pero después nada de excusas.

Aparece una enfermera. —¿Señorita Wells? Su madre aún no está despierta, pero pueden pasar a verla.

Saltamos, pero me detengo. —Lila, ¿puedes ocuparte de mamá? Avísame de cómo está.

—Vete. —Lila me empuja hacia la salida—. Yo me quedo con mamá. Tú salva vuestro evento. Y luego salva tu relación.

La abrazo fuerte. —¿Qué haría yo sin ti?

—Muchas más decisiones estúpidas. —Sonríe—. Ahora vete. ¿Y, Em? Estoy orgullosa de ti. ¿Lo de la subasta? Totalmente loco, pero también totalmente romántico.

Salgo del hospital con una sonrisa. Quizás Lila tenga razón. Quizás es hora de luchar.

Fuera espero mi Uber, cuando una voz me hace sobresaltar.

—¿Señorita Wells? ¿O debería decir señorita Maddox?

Blake Mercer sale de la sombra del edificio. Su sonrisa es tan fría como el viento de diciembre.

—¿Tendría quizás cinco minutos? Creo que tenemos mucho de qué hablar.

Su sonrisa se ensancha, y me doy cuenta de que mis problemas acaban de empezar.

34

Ethan

Marcus conduce en silencio por las calles nevadas de Silver Valley. Emma se bajó hace diez minutos en el hospital, y siento como si se hubiera llevado una parte de mí.

—¿A la oficina, señor? —pregunta Marcus finalmente.

—Sí. —Mi voz suena hueca.

Sigue conduciendo, pero siento sus miradas en el retrovisor. Marcus nunca hace preguntas personales, pero después de más de diez años me conoce lo bastante bien.

—Noche larga —dice casualmente.

—Muy larga.

—La subasta fue bien, he oído. Doscientos cincuenta mil por una velada con usted. —Una pequeña sonrisa juega en sus labios—. Su mujer debe apreciarle mucho.

Mi mujer. Las palabras pinchan.

—Marcus... —Me froto las sienes—. ¿Ha hecho alguna vez algo que sabía que era lo correcto, aunque se sintiera mal?

Calla un momento. —Todos los días cuando mi Martha estaba en el hospital. Quería quedarme con ella, cada segundo. Pero tenía que trabajar, ganar dinero para el tratamiento.

—¿Lo entendió ella?

—No siempre. —Para en un semáforo en rojo—. Pero al final solo contaba que hice lo que pude. Que escuché a mi corazón, aunque mi cabeza tuviera otros planes.

—¿Y si la cabeza y el corazón quieren ir en direcciones completamente diferentes?

Marcus encuentra mi mirada en el espejo. —Entonces siempre gana el corazón, señor. Tarde o temprano. La única pregunta es cuánto tiempo quiere desperdiciar.

El semáforo se pone en verde y sigue conduciendo. Pero sus palabras resuenan en mí.

Al llegar a la oficina, me encierro y miro fijamente los planos de la galería. En una semana es la inauguración. El momento más importante para la Fundación. Para la obra de mi vida.

A la mierda.

A la mierda la cláusula siete. A la mierda el dinero. Le daría los dos millones inmediatamente, sin condiciones. Porque por fin entiendo lo que realmente importa.

Ella importa.

Emma, que gastó doscientos cincuenta mil dólares que no tiene por mí. Emma, que me defendió contra mi padre. Emma, a la que dejé tirada hace diecisiete años y que aun así me da otra oportunidad.

Pero la Fundación...

Me levanto, voy a la ventana. Abajo brilla Silver Valley bajo el sol de invierno. En algún lugar ahí fuera hay niños que merecen una oportunidad. Artistas que necesitan apoyo. Personas a las que la Fundación podría ayudar.

¿Puedo poner eso en juego? ¿Por mis sentimientos personales?

Mi móvil vibra. Un mensaje de Hargrove:

"Deseando que llegue la gala. Patricia sigue hablando maravillas de su encantadora mujer."

Mi mujer. Ahí está otra vez.

La verdad es: necesito la inversión de Hargrove. Sin sus doscientos cincuenta millones, la Fundación es solo un hobby caro. Con el dinero podemos mover algo de verdad.

Pero también necesito a Emma. Y no puedo tenerla mientras estas mentiras se interpongan entre nosotros.

Ella no sabe lo que pasó realmente entonces. No sabe que mi padre compró su panadería y la demolió. Que se aseguró de que su familia tuviera que dejar Silver Valley. Y eso, aunque me había prometido no hacerlo si yo rompía con ella.

Tengo que decirle la verdad. Todo. Incluso si me odia después.

Otro mensaje, esta vez de Sarah: *"Reunión de equipo en diez minutos."*

La reunión pasa como en una niebla. Asiento, estoy de acuerdo, tomo decisiones. Pero mis pensamientos están con Emma. Con el dolor en sus ojos esta mañana. Con la forma en que apartó mi mano.

—¿Ethan? —La voz de Sarah me arranca de mis pensamientos —. ¿Todo en orden?

—Sí. Perdona. Noche larga.

Asiente comprensiva. —La prensa está encantada con la subasta. Especialmente con la puja de Emma, alias señora Maddox.

Señora Maddox. Por todas partes ese título, que es a la vez verdadero y mentira.

Tras la reunión me siento solo en mi despacho. La verdad arde en mí, quiere salir. Pero no puedo simplemente soltársela a Emma así. No deprisa y corriendo. No mientras su madre está en el hospital.

Necesito el momento adecuado. El lugar adecuado.

Una idea se forma. Agarro mi móvil, tecleo un mensaje:

"Sábado noche. Cena en mi casa. Solo nosotros dos. Hay algo que tengo que decirte."

Miro el mensaje, lo borro, tecleo de nuevo:

"¿Cenarías conmigo el sábado? En mi casa. Tenemos que hablar."

Tampoco me gusta. Otro intento:

"Sábado, 19 h. Cena. Yo cocino. Tenemos que hablar de todo. De entonces. De hoy. De nosotros. Por favor, ven."

Antes de que pueda cambiar de opinión, pulso enviar.

La respuesta llega después de una eternidad:

"Vale."

Solo una palabra, pero me da esperanza.

Sábado. En dos días. Entonces se lo contaré todo. La verdad sobre mi padre, sobre la panadería, sobre mi cobardía.

Y entonces ella decidirá si puede perdonarme.

Si tenemos una oportunidad.

Si de la mentira puede salir todavía la verdad.

Me recuesto, cierro los ojos. Muy pronto es la gala. La noche más importante para la Fundación. Pero de repente este sábado me parece más importante.

Porque es la noche en la que o lo gano todo o lo pierdo todo.

Y por primera vez en mi vida estoy dispuesto a correr el riesgo.

35

Emma

—Solo estoy esperando mi taxi —digo e intento pasar por el lado de Blake Mercer—. No tengo tiempo para sus juegos.

—Oh, yo creo que sí tiene tiempo. —Su sonrisa se ensancha—. Seguro que no querrá que su pequeña farsa salga a la luz, ¿verdad? Ese dulce secreto sobre su... ¿cómo debería llamarlo? ¿Matrimonio de negocios?

Mi corazón tropieza, pero obligo a mi cara a mantener la neutralidad. —No sé de qué me está hablando.

—¿No? —Saca su móvil, hace *scroll* por unas notas—. Dos millones de dólares. Dos semanas. Un trato muy interesante, ¿no le parece?

El mundo parece detenerse por un momento. ¿Cómo puede saber eso?

—Se está tirando un farol —digo, pero mi voz no suena tan firme como esperaba.

—¿Ah, sí? —Se guarda el móvil—. Qué le parece esto: nos sentamos en ese café de ahí enfrente, usted me cuenta lo que quiero saber y yo no hago una gran historia de todo esto. Todavía no.

Miro al café de la esquina. Público, seguro. Pero cada fibra de mi ser grita que debo correr.

—Cinco minutos —digo finalmente.

—Esa es la decisión correcta.

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana. La decoración navideña parece grotescamente alegre dada la situación. Una camarera se acerca, pero niego con la cabeza. Mi estómago ya se está rebelando.

—Bien —empieza Mercer y vuelve a sacar su libreta—. Háble me de Miles Hargrove.

—¿Qué?

—El inversor. Estuvieron cenando con él, ¿verdad? Una pareja adorable, usted y Ethan. Muy convincentes.

—¿Cómo sabe...?

—Tengo mis fuentes. —Se inclina hacia delante—. ¿Es Hargrove el inversor principal de la Fundación?

—Yo... eso es información interna de la empresa. No puedo hablar de ello.

—¿No puede o no quiere? —Toma una nota—. ¿Sabe realmente con quién se ha metido? Hargrove también tiene trapos sucios. Conexiones con negocios muy turbios.

—Eso es ridículo.

—¿Lo es? ¿Igual de ridículo que el hecho de que Richard Maddox tenga las manos metidas en cada asunto sucio de esta ciudad? —Sus ojos destellan—. ¿O que su hijo quiera lavar el imperio familiar con una organización benéfica?

—La Fundación ayuda a la gente.

—La Fundación es una máquina de relaciones públicas. —Se reclina—. Pero eso ya lo sabe. Si no, no se habría dejado comprar.

Las palabras duelen. —Nadie me ha comprado.

—Dos millones de dólares dicen lo contrario. —Sonríe fríamente —. Cuénteme sobre el trato. ¿Cuándo se cerró? ¿Cuáles son las condiciones?

—No voy a seguir hablando de esto.

—¿Qué diría su padre al respecto?

La pregunta viene de la nada y me golpea como un puño.

—¿Qué tiene que ver mi padre con esto?

—Oh, ¿no lo sabe? —Asombro fingido—. La Panadería Wells. Su hogar. Todo desapareció, poco después de su muerte. ¿Y quién compró el terreno? Maddox Enterprises.

El mundo empieza a dar vueltas. —Eso... eso no es verdad.

—Sí, lo es. Registros públicos. Su amigo Ethan estaba allí entonces. Miró cómo su familia destruía la suya. —Se inclina de nuevo hacia delante—. ¿Y ahora juega a ser el salvador? ¿La compra por dos millones? Es casi poético.

La náusea sube por mi garganta. No puede ser verdad. Ethan me lo habría dicho. Él habría...

—Tampoco están casados, ¿verdad? —Mercer toma más notas —. Eso también era parte del trato. Un matrimonio falso para el inversor.

Guardo silencio. Cada palabra solo lo empeoraría.

—Su silencio es respuesta suficiente. —Cierra su libreta—. ¿Sabe qué? Casi me da pena. La pobre chica que deja que los Maddox la estafen por segunda vez. Su familia volverá a perderlo todo. Su madre, que acaba de ser operada...

—¡Deje a mi madre fuera de esto!

—¿Por qué? Ethan tampoco dejó a su padre fuera de juego. —Se levanta, tira un billete de veinte dólares sobre la mesa—. Piénselo, señorita Wells. Cuando mi historia salga, será usted la que quede como una estafadora. Como la mujer que se vendió a un multimillonario. ¿Qué dirá su madre enferma de eso?

La náusea se vuelve abrumadora. Me levanto de un salto, casi tirando la silla. —Tengo que irme.

—Nos vemos en la gala —me grita mientras me alejo—. Será una noche interesante.

Consigo llegar a la calle justo antes de que el pánico me domine. Me tiemblan las manos mientras saco el móvil. Un mensaje de Ethan espera: *"Sábado, 19 h. Cena. Yo cocino. Tenemos que hablar de todo. De entonces. De hoy. De nosotros. Por favor, ven."*

De entonces.

¿Era verdad? ¿Su familia destruyó la nuestra? ¿Fue todo, incluso esta segunda oportunidad, solo otra mentira?

Tecleo "Vale" y lo envío antes de que pueda cambiar de opinión.

Sábado. En dos días tendré respuestas.

O me romperé definitivamente.

36

Emma

La puerta de casa se cierra tras de mí y me pregunto cómo mi vida ha podido descarrilar tanto en tan poco tiempo.

Lila está sentada a la mesa de la cocina, con las piernas cruzadas como un gurú del yoga, una taza humeante entre las manos. Su pelo salvaje está recogido en un moño desordenado y lleva una de las viejas camisas de franela de papá sobre sus pantalones de chándal favoritos: los de los unicornios que tiene desde la universidad.

—Hey —dice y me examina con ese radar de hermana que no deja pasar ni una mentira. Sus ojos se entrecierran—. Tienes aspecto de mierda.

—Gracias. Muy animador. —Me dejo caer en la silla tambaleante que tenemos desde mi infancia. El crujido familiar es extrañamente reconfortante—. Tu compasión es abrumadora.

—Solo digo lo que veo. —Me empuja una taza: Earl Grey, dos de azúcar, un chorrito de leche. Exactamente como me gusta. Hermanas—. ¿Cómo está mamá?

—Mejor. Mucho mejor. —Una pequeña sonrisa cruza sus labios —. Aún no estaba muy lúcida cuando me fui; ya sabes, la anestesia y eso. Pero la enfermera dijo que es totalmente normal. Todos los valores están bien. Incluso dijeron que se recupera más rápido de lo esperado para su edad.

—Gracias a Dios.

—Sí. —Lila sorbe su té, me observa por encima del borde de la taza—. Pero ahora a ti. ¿Qué pasa? Estás verde. En serio, pareces la

Rana Gustavo después de una noche de borrachera.

—Día largo. —Tomo un sorbo de té, e inmediatamente mi estómago se rebela. El Earl Grey, que normalmente es bálsamo para mi alma, sabe de repente a agua de fregar. La náusea rueda sobre mí como un maremoto—. Creo que necesito un minuto.

—¿Emma? —La voz de Lila se agudiza por la preocupación, pero apenas la oigo.

Antes de que pueda decir nada más, me levanto de un salto —la silla casi vuelca— y corro al baño de invitados. Los pocos metros me parecen un maratón. Llego al inodoro justo a tiempo. Mi estómago se vacía con una violencia que me sorprende, y me aferro a la cerámica fría como a un salvavidas en un mar tormentoso.

—¿Emma? —La voz de Lila llega amortiguada a través de la puerta cerrada. Oigo sus pies descalzos sobre las viejas tablas de madera—. ¿Todo bien ahí dentro? ¿Quieres que te sujete el pelo? ¿Te traigo una toalla húmeda?

—De maravilla —grazno entre arcadas. Mi voz suena como una mezcla de rana moribunda y bisagra oxidada.

—Eso no suena a "de maravilla". ¿Entro? He visto cosas peores, créeme. ¿Recuerdas mi vigesimoprimer cumpleaños?

—¡No! —Eso sale más brusco de lo pretendido—. Yo... solo necesito un minuto. Sola. Por favor.

—Vale. —Oigo la duda en su voz—. Pero si te quedas ahí dentro más de diez minutos, tiro la puerta abajo. Lo digo en serio, Em. He visto vídeos en YouTube. Sé cómo se hace.

—Lila...

—Diez minutos. El tiempo corre. Estoy en la cocina googleando "síntomas de intoxicación alimentaria".

Sus pasos se alejan, acompañados por el crujido de las tablas. Espero hasta estar segura de que se ha ido, luego tiro de la cadena y me arrastro hasta el lavabo.

El agua fría es un *shock* para mi cara acalorada. Me enjuago la boca, una, dos, tres veces, pero el sabor ácido permanece. Cuando levanto la vista, casi me asusto de mi propio reflejo.

Realmente tengo aspecto de mierda. Pálida como un fantasma, sudorosa como tras un maratón, ojeras tan oscuras que parecen sombra de ojos mal aplicada.

¿Qué demonios me pasa?

¿Virus estomacal? Posible, pero improbable. No he comido nada raro.

¿Los nervios? Las revelaciones de Blake Mercer todavía están en mis huesos como veneno. La forma en que sonrió cuando habló de la panadería. De la familia de Ethan. De todas las mentiras.

¿Estrés? Definitivamente un candidato. Mamá en el hospital, la gala a la vuelta de la esquina, toda esta farsa loca con Ethan...

Pero de alguna manera esto se siente diferente. No como la náusea que viene del estrés; esa la conozco bastante bien de los exámenes y las entrevistas de trabajo. Esta es más profunda, más fundamental. Más como...

No.

Mi corazón da un vuelco.

No puede ser. No debe ser.

Aun así —o precisamente por eso— abro el armario del espejo. Dentro reina el caos habitual: aspirinas junto a gotas para los ojos, varias cremas y pomadas cuya fecha de caducidad probablemente expiró durante el gobierno de Obama.

Lila y yo compartimos este baño cuando estamos aquí. Y con el estilo de vida de Lila —su relación con Phoenix es... bueno, apasionada sería quedarse corto— podría imaginarme que encontraré aquí lo que busco.

Mis dedos apartan cajas de medicamentos hasta que...

—Bingo —murmuro cuando mi mano encuentra la pequeña caja lila. Un test de embarazo de detección temprana, aún precintado. El envoltorio de plástico cruje en mi mano.

Miro la caja como si fuera una serpiente venenosa. "¡Detección temprana!" resplandece en letras alegres en la parte delantera. "¡Más del 99% de precisión!" "¡Resultado en solo 3 minutos!"

Esto es una locura. Total, absoluta y completamente una locura.

Fue solo esa vez en el avión. Vale, y ayer. Y hace solo... calculo hacia atrás... ¿tres semanas? ¿Cuatro? Los días se difuminan unos con otros como acuarelas.

Pero la náusea. No solo hoy; me doy cuenta ahora. Los últimos días, siempre por la mañana. Lo achaqué al estrés.

El cansancio. La sensación de que podría dormir veinte horas al día.

La forma en que mis pechos están tensos, sensibles a cada roce.

El sabor metálico en la boca que ninguna cantidad de menta puede ahuyentar.

—Mierda. —La palabra se me escapa como aire de un globo—. Mierda, mierda, mierda.

Con manos temblorosas rompo el paquete. Las instrucciones caen, aterrizan en las baldosas del baño. Las recojo, intento leer, pero las letras bailan ante mis ojos.

Detección temprana, puede usarse desde el primer día de la falta del periodo...

¿Cuándo tuve mi último periodo?

Intento calcular, pero mi cerebro se niega a cooperar. Es como intentar clavar pudin en la pared. ¿Antes de Chicago? Definitivamente. ¿Después del vuelo? Yo... no lo sé. Todo se desdibuja en el caos de las últimas semanas. La boda falsa, los Hargrove, los preparativos de la gala...

Con movimientos mecánicos sigo las instrucciones. Es surrealista, como si me viera a mí misma desde fuera mientras... bueno. Os ahorro los detalles.

Luego me siento en el borde de la bañera y espero. El test está en el borde del lavabo, inocentemente blanco, mientras decide mi destino.

Tres minutos. Ciento ochenta segundos. Diez mil ochocientos milisegundos.

Los tres minutos más largos de mi vida.

Pongo el temporizador en mi móvil y observo cómo pasan los segundos. 2:47... 2:46... 2:45...

¿Y si...?

No. No pensar en eso. Todavía no. Aún no hay nada decidido. Podría ser negativo. Probablemente sea negativo. La probabilidad estadística es...

Pero los pensamientos llegan de todos modos, me asaltan como ladrones en la noche.

Un bebé.

El bebé de Ethan.

La idea es tan abrumadora que me mareo.

¿Pero ahora? ¿Ahora que todo es tan complicado? ¿Cuando ni siquiera sé si nuestra relación —¿se puede llamar siquiera relación? — es real o solo otro negocio con besos?

La gala es en una semana. Después termina nuestro contrato. Recibo mis dos millones (menos el cuarto de millón que acabo de pulirme en un ataque de locura) y seguimos caminos separados. Ese era el plan. Ese es el plan.

Pero un bebé lo cambia todo. Un bebé convierte un contrato temporal en una unión de por vida.

¿Y si Blake Mercer tiene razón? El pensamiento quema como ácido en mis venas. ¿Y si la familia de Ethan realmente destruyó nuestra panadería? ¿Llevó a mi padre a la ruina?

¿Puedo traer un hijo a este mundo de mentiras y engaños y falsas promesas?

El temporizador suena. Estridente, penetrante, definitivo.

Los tres minutos han pasado.

Con manos temblorosas agarro el test. Mis dedos tiemblan tanto que casi se me cae.

Inspiro hondo. Una vez. Dos veces. Luego miro.

Dos líneas.

Rosas. Claras. Indiscutibles.

Positivo.

—No, no, no... —Las palabras caen de mi boca como perlas de un collar roto. Miro fijamente las dos líneas rosas como si pudieran desaparecer si miro lo suficientemente fuerte. Como si esto fuera un

truco de magia y enseguida alguien fuera a gritar "¡Tachán!" y todo fuera solo una broma de mal gusto.

Pero permanecen obstinadamente rosas.

Embarazada.

Estoy embarazada.

La palabra resuena en mi cabeza como en una catedral vacía. Embarazada. Embarazada. Embarazada.

El test se resbala de mis dedos entumecidos, cae tintineando al suelo. El ruido es ensordecedor en el silencio del baño. Mis rodillas ceden. Resbalo de la bañera, aterrizo bruscamente en las baldosas frías. Lo tiro a la papelera abierta y me pregunto qué debo hacer ahora. El frío se cuela a través de mi vestido, pero apenas lo siento.

No puede ser verdad.

No debe ser verdad.

Ahora no. Así no. No cuando todo es tan jodidamente complicado.

Pero es verdad. En lo profundo de mí, en una parte de mí que no puedo nombrar, lo sé. Quizás lo sabía todo el tiempo. Las señales estaban todas ahí, brillando como un neón. Solo estaba demasiado ciega —o demasiado asustada— para verlas.

Un bebé.

Me presiono las palmas de las manos contra el vientre, como si pudiera sentirlo. Pero no hay nada. Todavía no. Solo yo y este secreto monumental.

¿Qué hago ahora?

La pregunta es tan grande que no cabe en mi cabeza. Se desborda, llena todo el baño, toda la casa, todo el mundo.

¿Se lo digo a Ethan?

¿Ahora que todo está en juego? ¿La gala, la Fundación, su trato con Hargrove?

Oye, ¿te acuerdas de nosotros dos en primera clase? ¿Lo del sexo espontáneo? Bueno, una historia graciosa...

E incluso si se lo digo, ¿qué pasa entonces? ¿Se alegrará? ¿Pensará que lo he planeado para atraparlo? ¿Para conseguir su dinero? (Como si dos millones no fueran suficiente).

¿Y si Blake Mercer tiene razón? El pensamiento me quema. ¿Y si la familia de Ethan realmente destruyó nuestra panadería? ¿Si la familia de este bebé es la responsable de la ruina de mi padre?

¿Puedo traer un niño a esta familia? ¿Con un abuelo como Richard Maddox, que aplasta a la gente como insectos?

Las lágrimas me queman en los ojos, corren por mis mejillas, gotean sobre mi vestido. Me llevo las rodillas al pecho, me hago tan pequeña como sea posible. Como si pudiera protegerme a mí y a la vida minúscula dentro de mí del mundo haciéndonos invisibles a los dos.

Mamá está en el hospital, recuperándose de una operación que solo pudimos permitirnos gracias al dinero de Ethan.

La gala es en una semana. La noche más importante para la Fundación, para el futuro de Ethan.

Blake Mercer husmea como un sabueso que ha captado el rastro.

Ethan y yo... estamos sobre terreno inestable. Sobre hielo fino. Sobre cualquier metáfora que se quiera usar para una relación construida sobre mentiras y que, sin embargo, a veces parece tan real que duele.

Y ahora esto.

Un golpe en la puerta me hace sobresaltar.

—¿Emma? —La voz de Lila suena realmente preocupada—. Tus diez minutos han pasado. En realidad ya van veinte. Te he dado tiempo extra, pero ahora me estoy preocupando en serio. No te has desmayado, ¿verdad? Di algo, o voy a por la caja de herramientas.

—¡No! —Mi voz suena rasposa de llorar. Me levanto apresuradamente, me limpio la cara—. Estoy bien. Salgo enseguida.

—¿Seguro?

—Salgo enseguida. Solo... solo un minuto más.

—Vale. Pero si necesitas más tiempo, te traigo té de menta. Y galletas saladas. Y ese líquido rosa asqueroso que mamá siempre nos da para los problemas de estómago.

—Lo sé. Gracias, Lila.

Oigo sus pasos alejarse, luego abro el grifo. El agua fría es un *shock*, pero lo necesito ahora. Me la echo a la cara, una, dos, tres veces.

Cuando vuelvo a mirarme al espejo, sigo teniendo un aspecto terrible. Pero al menos ya no parezco recién salida de una película de terror.

Pongo la mano sobre mi vientre. Todavía plano. Todavía sin cambios. Pero debajo...

—No sé qué hacer —susurro. ¿A mí misma? ¿Al universo? —Simplemente no lo sé.

Pero una cosa sé: tengo que salir ahí ahora y fingir que todo es normal. Que mi mundo entero no acaba de ponerse patas arriba.

Paso a paso, Emma. Primero tranquilizar a Lila. Luego ver cómo está mamá. Sobrevivir a la gala. La conversación con Ethan el sábado...

Oh Dios, el sábado. Dijo que tenemos que hablar de todo. De entonces, de hoy, de nosotros.

Si supiera cuánto más hay que hablar ahora.

Respiro hondo, pongo mi mejor sonrisa de "todo va bien" y abro la puerta.

Lila espera justo delante, con los brazos cruzados y el ceño fruncido de preocupación. —Vale, suéltalo. ¿Qué pasa? Y no me vengas con virus estomacal. Te conozco desde hace veintisiete años, Emma Wells. Sé cuándo mientes.

—Yo... —Las palabras se me atascan en la garganta. Quiero decírselo. Quiero decírselo a alguien. Pero no puedo. Todavía no—. Ha sido un día largo. Blake Mercer, mamá, todo lo de Ethan...

—¿Todo lo de Ethan? —Sus cejas suben—. ¿Quieres hablar de ello?

Sí. No. Quizás.

—Luego —digo finalmente—. Ahora solo quiero... ¿puedes abrazarme simplemente?

La cara de Lila se suaviza. Sin una palabra más, me atrae a sus brazos.

Asiento contra su hombro, parpadeando para alejar nuevas lágrimas.

Las mujeres Wells pueden con todo.

Espero que tenga razón.

Porque de momento no sé ni cómo voy a superar el próximo día.

Mucho menos los próximos nueve meses.

37

Emma

Hace 17 años

Una semana. Una semana desde la noche más bonita de mi vida, y Ethan no ha dado señales de vida ni una sola vez. Ni llamadas, ni mensajes. En el instituto me ha esquivado como a la peste.

Pero hoy voy a pedirle explicaciones.

Lo veo en el patio del colegio, rodeado de sus amigos habituales. Tyler Morrison, Jake Henderson, toda la pandilla de fútbol. Se ríen de algo, y la risa de Ethan se me clava en el corazón.

—¿Ethan?

Se da la vuelta, y por un segundo veo algo parpadear en sus ojos. Luego su cara se vuelve fría. —Oh. Hola.

Oh. Hola. Después de todo lo que hubo entre nosotros, ¿eso es todo?

—¿Podemos hablar? —Mi voz tiembla ligeramente—. ¿A solas?

Tyler le da un codazo a Jake y sonríe. —Oh, oh, Maddox. Parece que tu última conquista quiere una charla de pareja.

—¿Su última conquista? —Miro fijamente a Ethan—. ¿A qué se refiere?

—A nada. —Ethan evita mi mirada.

—Venga ya —se ríe Jake—. Ahora que te la has tirado, puedes pasar a la siguiente. Ese es siempre tu estilo.

Las palabras golpean como puñetazos. —¿Se lo has contado?

—Emma...

—¿Les has contado lo que pasó entre nosotros? —Mi voz se vuelve más alta, más estridente—. ¡Eso era privado! ¡Eso fue... eso fue especial!

Tyler se ríe. —¿Especial? Qué mona. ¿Te ha contado eso? Se lo dice a todas.

—Cállate, Tyler —dice Ethan, pero suena poco convencido.

—¿Qué? —Tyler levanta las manos en fingida inocencia—. Solo digo la verdad. ¿Qué tal fue, Maddox? ¿Valió la pena la espera? ¿Era la pequeña Wells tan inocente como dicen todos?

Me pongo enferma. Lo saben. Todos lo saben. Ethan ha degradado nuestro secreto, nuestro momento, a charla de vestuario.

—¿Cómo has podido? —Las lágrimas me queman en los ojos, pero me niego a dejarlas caer. No delante de estos gilipollas.

Ethan da un paso atrás, cruza los brazos. —Escucha, Emma. Estuvo bien el fin de semana, pero...

—¿Bien? —La palabra sale como un susurro.

—Pero ambos sabemos que esto no tiene futuro. —Su voz es fría, distante. Como si yo fuera una extraña—. Quiero decir, venga ya. ¿Tú y yo? Fue una idea estúpida desde el principio.

—Dijiste que me querías.

Los chicos se ríen. —¡Ooh, la bomba del amor! —grita alguien.

La cara de Ethan se endurece. —Se dicen muchas cosas cuando... bueno. Ya sabes.

—Cuando se quiere llevar a alguien a la cama —completa Tyler amablemente.

La humillación es total. Estoy ahí de pie, delante de toda esta gente, reducida a lo que siempre temí ser: otra conquista. Una muesca en el cabecero de la cama de Ethan Maddox.

—Eres un gilipollas —digo en voz baja.

Se encoge de hombros. —Si tú lo dices. Pero sinceramente, Emma, ¿qué esperabas? ¿Que el príncipe se casara con Cenicienta? Eso solo pasa en los cuentos.

—Esperaba que fueras la persona que yo creía que eras.

—Bueno. —Se da la vuelta—. Mala suerte.

—Ethan, por favor... —Me odio por suplicar, pero no puedo evitarlo—. Lo que tuvimos...

—Lo que tuvimos fue sexo. —Se gira una vez más, y sus ojos son tan fríos como una tormenta de invierno—. Nada más. No empieces ahora con esa mierda romántica que nunca existió.

Las lágrimas salen ahora. Calientes y humillantes corren por mis mejillas.

—¿Sabes qué? —Mi voz se rompe—. Tienes razón. Fui estúpida al creer que eras diferente. Que bajo todo el dinero y la pura arrogancia quizás había una persona con corazón.

Algo parpadea en sus ojos. ¿Dolor? ¿Arrepentimiento? Pero luego desaparece.

—¿Hemos terminado aquí? —pregunta aburrido.

Asiento, me limpio los ojos. —Sí. Hemos terminado. Para siempre.

Me doy la vuelta y me voy. Detrás de mí oigo a los chicos reírse, oigo sus comentarios obscenos. Pero lo peor es el silencio de Ethan.

No dice nada. No me detiene. Simplemente me deja ir.

Cuando doblo la esquina, me derrumbo. Mia me encuentra diez minutos después, sollozando apoyada en la pared.

—¡Emma! ¿Qué ha pasado?

—Él... él... —Apenas puedo hablar—. Le daba igual. Yo le daba igual. Solo ha... solo quería...

—Oh, cariño. —Me atrae a sus brazos—. Ese bastardo. Lo mato.

—No. —Sacudo la cabeza—. No vale la pena. Nada de esto valió la pena.

Pero eso es mentira. Valió la pena todo. Cada segundo, cada beso, cada caricia. Por eso duele tanto.

Porque le amaba. Le amaba de verdad.

Y él ha cogido mi corazón y lo ha pisoteado delante de todos.

¿Cómo pude ser tan estúpida?

38

Emma

Hoy

El ático de Ethan parece sacado de una revista. Velas por todas partes, la mesa puesta perfectamente, música de jazz suave de fondo. Se ha esforzado.

—Estás preciosa —dice mientras me ayuda a quitarme el abrigo.

—Gracias. —Llevo un vestido negro sencillo. Nada especial. No quería darle falsas esperanzas.

El ambiente durante la cena es tenso. Hablamos de la gala, de los últimos preparativos. Charla educada, mientras las palabras no dichas cuelgan entre nosotros como nubes de tormenta.

—Apenas comes —constata—. ¿No te gusta?

—Sí, está delicioso. —Empujo la comida de un lado a otro en mi plato—. Solo que no tengo mucho apetito.

—¿No te encuentras bien?

Si él supiera. El test de embarazo arde en mi memoria, pero no puedo decírselo ahora. Todavía no.

—Estoy bien.

Silencio. Luego:

—Emma, sobre la noche en Chicago...

—No sé qué decir a eso —le interrumpo—. Fue... intenso. Pero no sé qué significa. Para nosotros.

—Significa que te quiero. Todavía. Siempre.

Las palabras deberían hacerme feliz. En lugar de eso, me enfadan.

—Hay algo más con lo que no puedo lidiar —digo—. Blake Mercer ha hablado conmigo.

La cara de Ethan se endurece al instante. —¿Qué?

—Después del hospital. Me interceptó.

—¿Y hablaste con él? —Salta de la silla—. ¿Con esa rata? ¡No puedes hablar en serio, Emma!

—¿Qué se suponía que debía hacer? Lo sabía todo. De nuestro trato, de los dos millones...

—¿Por ti? —Sus ojos destellan peligrosamente—. ¿Se lo has contado tú? ¿Quieres devolverme el golpe por lo de entonces?

—¿Cómo puedes pensar eso? —Ahora yo también me levanto—. ¡No le he contado nada! ¡Ya lo sabía!

—¿Qué quería?

—Información. Sobre Hargrove, sobre la Fundación... —Tomo aire—. Y me contó algo. Sobre lo de entonces.

Ethan se queda paralizado. —¿Qué te ha dicho?

—Que tu familia compró nuestra panadería. Tras la muerte de papá. Que hicisteis que la demolieran. —Mi voz se eleva—. ¿Es verdad?

Silencio.

—¡Ethan! ¿Es verdad?

Se vuelve a sentar, se pasa la mano por el pelo. —Es complicado.

—¡No! —Golpeo la mesa con la mano—. ¡No, no es complicado! ¡Es una pregunta sencilla! ¿Comprasteis nuestra panadería, sí o no?

—Sí.

La palabra cuelga entre nosotros como una guillotina.

—Sí —repito sin tono—. Así, sin más. Sí.

—Emma, déjame explicarte...

—¿Qué hay que explicar? —Río con amargura—. ¡Blake Mercer, ese periodista baboso, me dice más verdades que tú!

—Eso no es justo...

—¿Justo? —Ahora estoy realmente furiosa—. ¿Quieres hablar de lo que es justo? ¡Tu familia nos destruyó! Tuvimos que dejar nuestro hogar, renunciar a todo, y tú... ¡tú simplemente miraste!

—¡Tenía diecisiete años!

—¿Y ahora? ¿Cuál es tu excusa ahora? —Rodeo la mesa, me pongo frente a él—. En todas estas semanas podrías habérmelo dicho. Pero has callado.

—Quería encontrar el momento adecuado...

—¿Y por qué exactamente no ha existido hasta ahora?

Se levanta, quiere tocarme, pero retrocedo.

—¡No me toques!

—Emma, por favor. Mi padre hizo eso, no yo.

—Pero tú lo sabías. Lo sabías y callaste. —Las lágrimas me queman en los ojos—. ¿Qué más, Ethan? ¿Qué más me ocultas?

—¡Nada!

—¿De verdad? ¿Está limpio Hargrove? ¿O Blake también tiene razón en eso? ¿Tiene trapos sucios?

La duda de Ethan lo dice todo.

—Oh, Dios mío. —Me tapo la boca con la mano—. Tiene razón. En todo.

—No es como piensas...

—¿No? —Agarro mi bolso—. ¡No quiero ir a la cárcel por tus sueños, Ethan! ¡No quiero ser el daño colateral en vuestro juego enfermo!

—¡Nadie va a ir a la cárcel! Hargrove es un hombre de negocios respetable...

—¿Como tu padre?

El golpe acierta. Lo veo en sus ojos.

—No soy mi padre —dice en voz baja.

—¿No? —Voy hacia la puerta—. Podrías engañarme. Mentir, manipular, usar a la gente... De tal palo tal astilla.

—¡Emma, espera!

Pero ya estoy fuera. El ascensor llega al instante, como si hubiera estado esperando mi huida.

—¡Emma! —Ethan sale corriendo de su apartamento, pero las puertas ya se están cerrando.

Lo último que veo de él es su cara desesperada.

Bien.

Que sufra.

Igual que sufro yo.

Igual que ha sufrido mi familia.

Cuando salgo a la calle, mi móvil vibra. Un mensaje suyo: *"Por favor, déjame explicarte. No es lo que piensas."*

Lo borro sin leer.

No hay nada más que explicar.

Todo era una mentira. Desde el principio.

39

Ethan

Lunes por la mañana. El sol brilla por las ventanas de mi despacho, pero me siento como si fuera noche cerrada. Emma no ha venido a trabajar. Ninguna respuesta a mis llamadas. Mis mensajes siguen sin leer.

Miro fijamente mi móvil, como si pudiera hacerlo sonar por pura fuerza de voluntad. Nada.

Sarah llama y asoma la cabeza. —La reunión con el equipo de catering es en diez minutos.

—Aplázala.

—Pero la gala es el sábado...

—Sarah. —Mi tono la hace callar—. Aplázala.

Asiente y desaparece. Sé que estoy siendo injusto, pero no puedo ser educado ahora mismo. No cuando mi mundo se desmorona.

Maldigo de nuevo a mi padre. Y a mí mismo. Debería haberle dicho a Emma la verdad desde el principio. Sobre la panadería, sobre todo. Pero fui demasiado cobarde. Tenía demasiado miedo de perderla.

Ahora la he perdido de todas formas.

Blake Mercer. ¿De dónde coño sabía lo de nuestro trato? Los detalles, la suma... Solo Emma y yo lo sabíamos. Y el abogado, pero es una tumba.

Tiene que haber una filtración. En algún sitio. Pero eso es un problema para luego. Ahora primero tengo que...

¿Qué? ¿Qué puedo hacer? Emma me ignora. Con razón. Le he mentido, le he ocultado cosas que destruyeron su vida.

Agarro mi móvil, marco su número por centésima vez. Otra vez el buzón de voz.

La gala es en cinco días. Sin Emma será un desastre. Hargrove espera ver a la señora Maddox. La prensa también. Si no aparece...

Pero eso no es ni siquiera lo peor. Lo peor es que la he perdido. Otra vez. Y esta vez es culpa mía.

Me levanto, voy a la ventana. Silver Valley brilla pacíficamente bajo el sol de invierno. En algún lugar ahí abajo está Emma. Probablemente odiándome. Con razón.

Una idea loca se forma en mi cabeza. Agarro de nuevo el móvil, busco en mis contactos. Ahí está. Lila Wells.

Antes de que pueda cambiar de opinión, pulso llamar.

—¿Sí? —Su voz suena desconfiada.

—¿Lila? Soy Ethan.

Silencio. Luego: —¿Qué quieres?

Directa. Como su hermana.

—Tengo que hablar contigo. Sobre Emma.

—Emma no quiere hablar contigo. Lo cual es bastante evidente, ¿no crees?

—Lo sé. Pero... —Respiro hondo—. Necesito tu ayuda.

Se ríe y no suena amable. —¿Mi ayuda? ¿Estás loco?

—Quizás. Probablemente. —Me froto las sienes—. Lila, la he cagado. La he cagado a lo grande. Pero quiero a tu hermana. Siempre la he querido.

—Curiosa forma de demostrarlo.

—Lo sé. Soy un idiota. Un cobarde. Todo lo que ella piensa de mí es probablemente cierto. Pero quiero arreglarlo.

—¿Cómo? ¿Con más dinero? ¿Más mentiras?

—No. Con la verdad. Con todo. Pero para eso tiene que escucharme. Y no lo hará si soy yo quien llama.

De nuevo silencio. La oigo respirar, pensar.

—¿Qué tienes en mente?

La esperanza brota en mí. —Un encuentro. En algún sitio neutral. Lo explicaré todo. Toda la historia. Después ella podrá decidir si me perdona o no.

—¿Y si no?

—Entonces la dejaré en paz. Para siempre. Prometido.

—Mmm. —Oigo cómo tintinea con algo. Probablemente su bisutería hecha a mano—. ¿Sabes qué? Emma me matará por esto, pero... nunca ha sido tan feliz como en las últimas semanas. A pesar de todo el caos.

—¿Entonces me ayudas?

—Me lo pensaré. Pero, ¿Ethan?

—¿Sí?

—Si la vuelves a herir, si la vuelves a mentir o a dejar tirada, te juro que te haré la vida imposible. ¿Entendido?

—Entendido.

—Bien. Te aviso.

La línea se corta.

Dejo el móvil a un lado, siento por primera vez algo parecido a la esperanza.

Quizás, solo quizás, tenga otra oportunidad.

La última oportunidad.

Y esta vez no voy a cagarla.

40

Emma

El hospital da el alta a mamá el martes por la mañana. Igual que el día anterior, no he ido a trabajar, porque solo la idea de enfrentarme a Ethan me provoca más náuseas que el embarazo.

Lila y yo recogemos a mamá juntas, la apoyamos con cuidado camino del coche. Todavía se ve débil, pero el color vuelve lentamente a sus mejillas.

—Estoy tan contenta de volver a casa —dice cuando arrancamos.

—Nosotras también, mamá. —Lila le aprieta la mano desde atrás—. La casa estaba demasiado silenciosa sin ti.

Conduzco con cuidado por las calles nevadas. Mañana es la gala. En toda la semana no he trabajado, he ignorado las llamadas y mensajes de Ethan. Pero el evento se acerca imparable, y no sé qué hacer.

Por un lado le estoy agradecida. Sin su dinero mamá quizás ya no estaría... Reprimo el pensamiento. Por otro lado me ha mentido, ha ocultado cosas que cambiaron mi vida entera.

Y luego está lo otro. El secreto que crece dentro de mí. Que aún no puedo decirle. No mientras todo sea tan incierto.

—Emma, cariño. —La voz de mamá me arranca de mis pensamientos—. Estás muy callada.

—Solo cansada, mamá. Ha sido una semana larga.

Cuando llegamos a casa, se me corta el aliento. El Bentley de Ethan está aparcado frente a nuestra casa.

—¿Qué hace ese aquí? —pregunto, más para mí misma.

Lila se aclara la garganta. —Eh, sí. Bueno...

—Lila. ¿Qué has hecho?

—Llamó. Sonaba desesperado. Y pensé...

—¿Le has dejado entrar? —La miro incrédula.

—Está esperando en la cocina —admite con voz pequeña.

La ira hierve en mí. —¡No puedes hablar en serio!

Ayudamos a mamá a entrar en casa. Y, efectivamente, ahí está sentado. En nuestra mesa de la cocina, con su traje caro, luciendo totalmente fuera de lugar entre los muebles desgastados y el papel pintado descolorido.

Se levanta cuando entramos. —Señora Wells. Me alegro de que esté mejor.

—Ethan. —Mamá le asiente. Ella no sabe lo que ha pasado entre nosotros—. Agradable verle.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz es gélida—. ¿Qué quieres? Mi madre necesita descanso.

—Emma...

—Ven, mamá. —Lila toma a nuestra madre del brazo—. Te llevo arriba. Deberías tumbarte.

Le hace un gesto a Ethan con la cabeza: una señal clara de que ella le ha dejado entrar. Luego estamos solos.

—No tienes derecho a estar aquí —digo.

—Lo sé. —Parece cansado. Ojeras, sin afeitar—. Pero no contestabas a mis llamadas. Y tenemos que hablar.

—¿Tenemos?

—Sí. —Da un paso más cerca—. Emma, lo siento. Todo. Las mentiras, el ocultamiento... Fui un cobarde.

—Eso ya no ayuda.

—No, pero quizás la verdad ayude. —Se vuelve a sentar—. Toda la verdad. ¿Quieres oírla?

Dudo, luego me siento frente a él. —Habla.

Y habla. Cuenta sobre su padre, sobre las amenazas de entonces. Cómo fue chantajeado. Cómo fue demasiado cobarde para defenderse. Cómo su padre compró la panadería después de que mi padre muriera.

—Podría haberlo evitado —dice en voz baja—. Si hubiera sido más fuerte. Más valiente. Pero solo era un chico asustado que tenía miedo de su padre.

—¿Y ahora? ¿Sigues siendo ese chico asustado?

—A veces. —Me mira directamente a los ojos—. Pero intento hacerlo mejor. La Fundación es mi intento de hacer algo bueno. De construir algo que no tenga nada que ver con él.

—¿Y Hargrove? ¿Está limpio?

Ethan duda. —Es... gris. Como la mayoría en este mundo. Ni negro, ni blanco. Pero su dinero puede hacer el bien.

—¿El fin justifica los medios?

—No. Pero a veces hay que hacer compromisos. —Intenta alcanzar mi mano sobre la mesa, pero la retiro—. Emma, te quiero. Eso nunca fue mentira. Ni entonces, ni hoy.

—El amor no siempre es suficiente.

—No. Pero es un comienzo.

Ambos callamos. Fuera empieza a nevar, copos gruesos que envuelven el mundo en blanco.

—La gala... —digo finalmente.

—Lo sé. Si no vienes, lo entiendo. Le diré la verdad a Hargrove y...

—Iré.

Me mira sorprendido. —¿Qué?

—Lo llevaré a cabo contigo. La gala. El trato. —Me levanto—. Pero solo porque has ayudado a mamá. Porque está mejor. Después... después no sé cómo seguirá esto.

—Eso es más de lo que esperaba. —Él también se levanta—. Gracias, Emma.

—¿Marcus y tú me recogéis?

—El sábado a las seis.

—Bien. —Voy a la puerta, la mantengo abierta—. Y ahora vete. Por favor.

Asiente, pasa por mi lado. En la puerta se gira una vez más. —¿Emma? Pase lo que pase, no me arrepiento de nada de lo que hubo entre nosotros. Solo de lo que hice mal.

Luego está fuera. Me apoyo contra la puerta cerrada, respiro hondo.

—Tengo que ir un momento al baño —le oigo decir fuera a Marcus.

41

Ethan

—Tengo que ir un momento al baño —le digo a Marcus y vuelvo a entrar en la casa.

Emma quiere seguir adelante con la gala. Quizás, solo quizás, tengamos todavía una oportunidad.

El pequeño baño de invitados que comparten Lila y Emma cuando están aquí es estrecho y acogedor. Tapetes de ganchillo en la repisa, una foto descolorida de la familia en la pared. Reconozco a Emma al instante: tendría unos dieciséis años, radiante entre su madre y Lila.

Abro el grifo, dejo correr el agua fría sobre mis muñecas. Mis pensamientos se aceleran. El sábado es la gala. La noche más importante para la Fundación. Hargrove estará allí, la prensa, todos los que son alguien en Silver Valley. Emma y yo tenemos que ser perfectos. El matrimonio enamorado.

Y luego... quién sabe qué vendrá después. Ella ha dicho que no lo sabe. Yo tampoco. Pero al menos nos queda esa noche. Esa última oportunidad de hacer las cosas bien.

Cojo la pequeña toalla y mi mirada cae en la papelera abierta.

Una caja de test de embarazo asoma entre papel higiénico arrugado.

Mi corazón se para.

Eso no puede... ¿quién...?

Sin pensarlo, me inclino. La caja es nueva, abierta recientemente. "Test de detección temprana" pone. "Resultado 5

días antes de la falta".

Mi mano tiembla ligeramente mientras rebusco más a fondo. Ahí está. El test mismo, envuelto descuidadamente en papel.

Dos rayas rosas me miran fijamente.

Positivo.

El mundo deja de girar. Tengo que apoyarme en el lavabo, la pequeña habitación parece tambalearse.

Embarazada. Alguien en esta casa está embarazada.

Pero, ¿quién? Solo hay dos posibilidades. Lila o...

Emma.

Mi cerebro trabaja febrilmente. Lila con su vida amorosa caótica, su nuevo novio Phoenix. Podría ser perfectamente suyo. Tiene veintitantos, la edad adecuada. Le pegaría hacerse un test y luego tirarlo sin cuidado.

¿Pero y si es de Emma?

En el avión. La forma en que nos amamos, una y otra vez, como si quisiéramos recuperar diecisiete años en una sola noche.

Calculo hacia atrás. Son solo un par de semanas, pero estos tests tempranos...

De repente veo los últimos días bajo una nueva luz. Emma, que apenas comió nada en la cena. *"No tengo mucho apetito"*. Su cara pálida últimamente. La forma en que a veces se detenía, se ponía la mano brevemente sobre el vientre, como si estuviera escuchando algo.

Oh, Dios.

Si realmente es suyo... ¿por qué no ha dicho nada? Justo ahora, cuando estábamos sentados en la cocina, cuando me reprochaba las

mentiras y los secretos. Ella misma lleva posiblemente el mayor secreto de todos dentro.

La ira se enciende. Luego comprensión. Luego ira de nuevo.

No, no debo sacar conclusiones precipitadas. Podría ser de Lila. ¿Debería preguntar? ¿Pero cómo? *"Oye, ¿de quién es el test de embarazo que hay por ahí tirado?"*

Miro fijamente las dos rayas, como si pudieran darme respuestas. Si es de Emma... Un bebé. Nuestro bebé. El pensamiento es abrumador.

¿Por qué lo ocultaría? ¿Tan poco confía en mí? ¿Después de todo lo que hubo entre nosotros?

¿Pero puedo reprochárselo? ¿Después de todo lo que yo le he ocultado?

O... la posibilidad más oscura se impone. Quizás no quiere tenerlo. Quizás ya ha decidido y por eso no dice nada. El pensamiento me cierra la garganta.

Oigo pasos arriba. Lila, que probablemente está viendo a su madre. O Emma. Que quizás lleva a mi hijo en su interior.

El test me quema en la mano. ¿Qué debo hacer? ¿Dejarlo ahí y fingir que no he visto nada? Pero no puedo. Demasiadas preguntas, demasiadas posibilidades.

Casi automáticamente me lo meto en el bolsillo de la chaqueta. Voy a... ¿qué voy a hacer? ¿Investigar? ¿Esperar? ¿Exigir la verdad a personas a las que yo mismo he ocultado la verdad durante tanto tiempo?

La ironía es imposible de ignorar.

Me lavo la cara una vez más, el agua fría es un *shock* contra mi piel acalorada. En el espejo veo a un hombre que acaba de descubrir

otro nivel de complicación en su vida ya de por sí complicada.

El sábado es la gala. Eso tiene que ser la prioridad ahora. La Fundación, Hargrove, todo por lo que he trabajado. ¿Pero cómo voy a concentrarme con este conocimiento? ¿Con este test?

Abro la puerta del baño, salgo al pasillo estrecho. Mi mano aprieta el test.

Emma espera junto a la puerta de casa. Parece cansada, agotada por las emociones del día. Sus ojos encuentran los míos, y por un momento hay algo. Una conexión, un reconocimiento.

Entonces ve el test en mi mano.

Sus ojos se agrandan. La sangre desaparece de su cara.

—Ethan...

Es suyo. Lo veo en su expresión, en la forma en que su mano viaja automáticamente a su vientre.

Nos quedamos ahí, congelados en este momento. El test de embarazo entre nosotros como una granada de mano sin anilla.

Todo acaba de cambiar.

Otra vez.

42

Emma

Estamos uno frente al otro como duelistas al amanecer. Tres metros de pasillo frío entre nosotros, pero podrían ser también tres continentes. El test de embarazo en su mano es el arma desenfundada, la mecha de una explosión que lleva demasiado tiempo esperando.

La luz tenue de la lámpara del pasillo arroja sombras duras sobre su cara. Los músculos de su mandíbula trabajan como si masticara cristales. Los nudillos de su mano, la que aprieta el test, están blancos por la tensión.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —Su voz es baja, pero eso solo la hace más peligrosa. Es la calma antes de la tormenta, el silencio antes del terremoto.

—Yo... —Las palabras se me atascan en la garganta como espinas. Mi boca está de repente seca como el polvo—. Yo misma lo sé desde hace solo un par de días.

—Un par de días. —Repite las palabras como si las saboreara. Luego se ríe; un sonido duro, amargo, que no tiene nada que ver con la alegría—. Un par de días. Y en estos par de días, en estos malditos par de días, ¿no has encontrado ni un solo momento para decirme que llevas a mi hijo dentro?

—¿Tu hijo? —Las palabras golpean como un puñetazo. Ahora surge mi propia ira, caliente y purificadora como el fuego—. ¿De dónde sacas que tienes algún derecho a llamarlo "tu" hijo? Solo porque una vez...

—¡Porque soy el padre! —Da un paso más cerca, y puedo ver la ira arder en sus ojos—. ¿O quieres negar eso también? ¿Quieres afirmar que podría ser de otro?

La insinuación duele como una bofetada. —Yo no niego nada. ¡A diferencia de ti! Tú eres el que durante diecisiete años...

—¿Ah, de verdad? —Mantiene el test en alto como una prueba ante un tribunal. El pequeño palito blanco tiembla en su mano—. ¿Entonces qué es esto? ¿Transparencia? ¿Honestidad? ¿Todas esas malditas cosas que exiges de mí?

—¡No es lo mismo!

—¿No? —Sus ojos brillan como el acero—. Entonces explícamelo, Emma. Por favor. Explícame la diferencia. Explícame por qué tus secretos están bien, pero los míos son imperdonables. Estoy ansioso por oír tu lógica.

—¡Tú has mentido durante diecisiete años! —Las palabras explotan fuera de mí—. ¡Diecisiete putos años! ¡Has mirado cómo tu familia destruía la mía!

—¿Y tú cuánto tiempo habrías mentido? —Se acerca aún más, y puedo oler su *aftershave*, mezclado con ira y dolor—. ¿Hasta después de la gala? ¿Hasta que tuvieras tus dos millones seguros en la cuenta? ¿Era ese el plan, Emma? ¿Usarme, cobrar el dinero y luego desaparecer? ¿Con mi hijo? ¿Sin darme ni siquiera la oportunidad...?

—¿Cómo te atreves...? —La ira es tan caliente que me mareo. Tengo que agarrarme al marco de la puerta, el borde de madera fría se clava en la palma de mi mano—. ¡Ni siquiera sabía si me lo iba a quedar!

Las palabras están fuera antes de que pueda pararlas. Cuelgan entre nosotros como una granada cuya metralla nos alcanza a

ambos.

Ethan se queda blanco como la tiza. Por un momento parece como si le hubiera metido una bala en el pecho. —No sabías... — Tiene que recomponerse visiblemente. Su mano libre se cierra en un puño, se abre de nuevo, se cierra otra vez—. ¿Y cuándo me habrías incluido en esa decisión? ¿O me habría enterado por el periódico? *"Esposa de multimillonario aborta en secreto"*. ¿Habría sido ese el titular?

—¿Igual que yo me enteré de lo de la panadería? —Escupo las palabras como veneno—. ¿De la boca de un periodista baboso? ¿Que le pareció divertido contarme cómo nos arruinasteis?

—¡Eso fue hace diecisiete años!

—¿Y eso lo hace mejor? —Río, estridente y rota—. ¡El dolor no prescribe, Ethan! ¡La pérdida no! ¡Las lágrimas de mi madre no! ¡Mi familia lo perdió todo! ¡Todo! ¡Nuestro hogar, nuestra existencia, nuestra dignidad!

—¡Y yo estoy perdiendo todo ahora mismo! —Levanta los brazos, el test aún en su puño—. ¡A ti! ¡A nuestro hijo! ¡Mi última oportunidad de... de algo real! ¡Todo!

—Nuestro hijo —repito, y la amargura arde en mi lengua—. Ahora de repente es "nuestro" hijo. Qué práctico. Hace cinco minutos estabas dispuesto a dejarme ir después de la gala. *"Gracias por el show, aquí están tus dos millones, fue un placer"* .

—¡Porque tú lo querías así! —Su voz casi se rompe—. ¡Porque tú dijiste que no sabías cómo seguir! ¡Porque tú querías la distancia!

—¿Y pensabas que un bebé lo cambia todo? ¿Un bebé hace que nuestra mentira se convierta de repente en verdad?

—¡Un bebé lo cambia todo! —Grita ahora de verdad y en algún lugar de la casa se abre una puerta. Lila probablemente, que quiere

ver si su hermana mayor está siendo asesinada—. ¿Cómo puedes no ver eso? ¡Un niño, Emma! ¡Un ser humano! ¡Mitad tú, mitad yo! ¿Cómo puedes actuar como si eso no fuera nada?

—¡Lo que veo es que no podemos confiar el uno en el otro! —Grito de vuelta, y es liberador gritar por fin—. Tú me mientes, yo te oculto cosas... ¿qué clase de padres seríamos? ¿Qué ejemplo? *"Toma, pequeño, así se hace: construyes tu vida sobre mentiras y esperas lo mejor"*.

—¡Mejores que ningunos!

Las palabras resuenan en el pasillo como disparos. Nos miramos fijamente, ambos sin aliento, como si hubiéramos corrido un maratón.

—¿Lo dices en serio? —Mi voz es ahora baja, agotada—. ¿Quieres traer un niño a esta... esta farsa? ¿A esta telenovela de relación? ¿Un niño inocente que no tiene la culpa de nuestros errores?

—No tiene por qué ser una farsa —dice él, de repente también más bajo. La ira deja paso a otra cosa; desesperación quizás—. Emma, podríamos encontrar una manera.

—¿Qué? —Le interrumpo, porque no quiero oír lo que podríamos—. ¿Vivir felices para siempre? ¿Fundar una familia? ¿Fingir que los últimos diecisiete años no pasaron? ¿Que no me tiraste a la basura? ¿Que tu familia no destruyó la mía? —Sacudo la cabeza tan fuerte que me mareo—. Esto no es un cuento de hadas, Ethan. Esto es la vida real. Y en la vida real la gente se miente. Se hiere. Se destruye mutuamente. Como nosotros. ¡Míranos!

—¿Qué estamos haciendo ahora mismo?

La pregunta da en el blanco. Porque tiene razón. Nos estamos destruyendo mutuamente ahora mismo. Con cada palabra abrimos

heridas más profundas, echamos sal en viejas cicatrices, hasta que todo es solo dolor.

—Quizás es mejor así —digo cansada. La ira se desvanece y deja solo agotamiento—. Mejor que reconozcamos ahora que no encajamos, que más tarde. Antes de que más personas salgan heridas.

—¿Con un niño? —Su voz es ronca.

—Todavía no es un niño. —Las palabras salen frías, clínicas, como de un libro de medicina—. Es un cúmulo de células. Un embrión. No más de cuatro o cinco milímetros. Nada más.

Se estremece hacia atrás, como si le hubiera pegado físicamente. El test en su mano tiembla. —No lo dices en serio.

—¿Cómo vas a saber lo que digo en serio? —El agotamiento me vuelve cruel—. Ni siquiera me conoces. Igual de poco que yo te conozco a ti. Somos extraños que fingen estar casados.

—¡Te conozco desde que éramos adolescentes!

—No. —Sacudo la cabeza, despacio esta vez—. Conocías a una chica que ya no existe. Esa cosita ingenua que pensaba que el amor era suficiente. Y yo conocía a un chico que quizás nunca existió. Que quizás siempre interpretó solo un papel.

El silencio desciende sobre nosotros como un sudario. Un silencio pesado, aplastante, en el que se puede oír el tictac del viejo reloj de pie en el salón. En el que se puede oír cómo algo entre nosotros se rompe definitivamente.

—La gala es el fin de semana —dice finalmente. Su voz suena hueca.

—Lo sé. —La mía no suena mejor.

—¿Vas a venir?

La pregunta del millón. Literalmente. Doscientos cincuenta mil dólares ya he invertido. El resto está pendiente. Dinero de sangre por un matrimonio falso que se sintió demasiado real.

—No lo sé.

—Emma... —Extiende la mano como si quisiera tocarme, luego la deja caer de nuevo. El gesto es tan perdido que casi me rompe el corazón. Casi—. Tengamos los problemas que tengamos, la Fundación no tiene nada que ver. Los niños a los que queremos ayudar, los artistas... Ellos no tienen la culpa de nuestro caos.

—¿Ahora juegas la carta de los niños? —Río con amargura—. Qué oportuno. El futuro padre se preocupa por niños ajenos.

—No estoy jugando a nada. —Parece cansado—. Solo te recuerdo que se trata de más que de nosotros. Que otras personas cuentan con nosotros.

Tiene razón. Odio que tenga razón. La Fundación es importante. El trabajo que hace cambia vidas. Y si Hargrove se retira, todo habrá sido en vano.

—Me lo pensaré —digo finalmente.

—Supongo que no puedo pedir más. —Se mete el test de embarazo en el bolsillo de la chaqueta. El movimiento es extrañamente tierno—. Me quedo con esto.

—¿Por qué? —La pregunta se me escapa antes de que pueda pararla.

—Porque tengo la sensación de que es la única prueba de que este niño existe. De que es real. —Hace una pausa, me mira directamente a los ojos—. De que fuimos reales. Al menos por un momento.

Las palabras casi me rompen el corazón. Casi. Pero he aprendido que "casi" no cuenta. Solo cuenta "del todo", y mi corazón ya ha sido roto demasiadas veces.

—Vete ahora —susurro—. Por favor.

Asiente, una, dos veces. Luego pasa por mi lado hacia la puerta. Su brazo roza el mío, y por un momento estoy tentada de retenerlo. De pedirle que se quede. De empezar de nuevo.

Pero no lo hago. No puedo.

En el umbral se gira una vez más. A contraluz de la farola parece una figura de sombra, no del todo real.

—¿Sabes qué es lo trágico? —Su voz es tan baja que tengo que esforzarme para entenderle—. Te sigo queriendo. A pesar de todo. A pesar de las mentiras, a pesar del dolor, a pesar de los diecisiete años perdidos. Te quiero, Emma Wells.

La garganta me arde. —Lo sé —susurro—. Pero a veces el amor no es suficiente.

—No —coincide—. A veces no.

Luego está fuera. Oigo sus pasos en el camino de grava, la puerta del coche abrirse, el sonido amortiguado al cerrarse de nuevo. El motor arranca: un ronroneo suave que habla de dinero y poder. Neumáticos crujen sobre la grava.

Estoy parada en el marco de la puerta abierta y miro cómo las luces traseras del Bentley desaparecen en la oscuridad. Puntos rojos que se hacen más y más pequeños hasta que desaparecen del todo.

El aire de la noche es frío sobre mi piel acalorada. En algún lugar ladra un perro. Unas casas más allá parpadea un televisor a través de una ventana. La vida normal sigue, mientras la mía yace en añicos.

Mi mano se posa automáticamente sobre mi vientre.

Un cúmulo de células, he dicho. Fría, distante, científica.

Pero no es verdad.

Ya es mucho más.

Es posibilidad e imposibilidad al mismo tiempo. Es el futuro que podríamos tener y el pasado que no podemos soltar. Es esperanza en su forma más pura y miedo en su forma más primigenia.

Es la prueba de que entre nosotros hubo algo real, por mucho que ambos lo neguemos.

Es nuestro hijo.

Y no tengo ni maldita idea de qué debo hacer.

—¿Emma? —La voz de Lila detrás de mí—. ¿Todo bien? He oído gritos.

No me doy la vuelta. No puedo. —Todo de maravilla.

—¿Seguro? Estás en camisón en la puerta abierta y hace cinco grados bajo cero.

Solo ahora me doy cuenta de que estoy temblando. Si de frío o de lágrimas reprimidas, no lo sé.

—Entro enseguida.

—Vale. —Duda—. ¿Era Ethan?

—Sí.

—¿Y?

—Y nada. —Cierro la puerta, me apoyo en ella—. Absolutamente nada.

Pero eso es mentira.

Ha pasado todo.

Y nada volverá a ser como antes.

43

Emma

El día de la gala amanece como una ejecución: inevitable y con la promesa de dolor.

Estoy tumbada en la cama de mi infancia, mirando de nuevo el techo con las pegatinas fluorescentes descoloridas que papá me puso hace una eternidad. Hace mucho que dejaron de brillar, son solo puntos verdes mates que se supone que representan una constelación. Exactamente como mis sueños: una vez radiantes, ahora apenas reconocibles.

La náusea rueda sobre mí como una ola familiar. Ya conozco el patrón: primero la sensación de vacío en el estómago, luego el sabor metálico en la boca, luego el sprint al baño. Pero hoy me quedo tumbada. Que venga la náusea. Encaja con todo lo demás.

Embarazada.

La palabra resuena en mi cabeza como una campana. Embarazada de un hombre que me tiró a la basura hace diecisiete años como papel viejo. Embarazada de un hombre cuya familia destruyó la mía. Embarazada de un hombre al que, a pesar de todo, todavía...

No. No terminar ese pensamiento.

Un golpe suave en la puerta. —¿Emma? ¿Estás despierta?

Lila. Naturalmente. Mi hermana pequeña, que de repente tiene que cuidar de todos porque yo estoy demasiado ocupada arruinando mi vida.

—Entra.

Se desliza dentro, haciendo equilibrios con una bandeja con té y biscotes. Lleva el pelo trenzado en dos coletas desordenadas y la vieja camiseta de Nirvana que usa para dormir. Parece que tiene doce años, no veintisiete.

—He pensado que te vendría bien algo ligero. —Deja la bandeja en mi mesilla de noche, se sienta en el borde de la cama—. Ayer por la noche no comiste nada.

—No tenía ganas de comer.

—No tienes ganas de comer desde hace días. —Sus ojos marrones —tan parecidos a los míos, pero sin las sombras debajo— me examinan preocupados—. Em, ¿qué pasa? Y no me vengas con el estrés. Esto es más que estrés.

Me incorporo, me apoyo contra el cabecero. El biscote parece cartón, pero cojo uno de todos modos. Mastico mecánicamente.

—Ethan y yo tuvimos una pelea.

—Eso lo he oído. Todo el vecindario lo ha oído. —Encoge las piernas, las rodea con los brazos—. ¿Quieres hablar de ello?

No. Sí. Quizás.

—¿Te acuerdas de cuando éramos pequeñas —empiezo en su lugar— y mamá nos contaba esos cuentos de buenas noches? ¿De princesas y príncipes y finales felices?

—Claro. Estabas obsesionada con la del zapato de cristal.

—Cenicienta. —Sonrío débilmente—. Me gustaba que al final lo consiguiera todo. El príncipe, el castillo, la justicia.

—Y a las malvadas hermanastras las palomas les sacan los ojos —añade Lila secamente—. Los cuentos de los Grimm eran brutales.

—Pero justos. —Rompo un trozo de biscote, dejo caer las migas entre mis dedos—. Los buenos ganan, los malos pierden. Todo es

blanco y negro.

—La vida real es gris.

—Cincuenta sombras de gris —coincido, y ambas nos reímos por lo bajo, aunque no es realmente gracioso.

—Bueno. —Lila me da un toque con el pie—. ¿Qué ha hecho el príncipe esta vez?

¿Por dónde empiezo? ¿Por la mentira sobre la panadería? ¿Por nuestro trato? ¿Por Chicago? ¿Por la vida minúscula que crece dentro de mí?

—Ha ocultado cosas. Cosas importantes. Sobre entonces, sobre su familia... —Hago una pausa, busco palabras—. Blake Mercer me ha contado que la familia de Ethan compró nuestra panadería. Después de la muerte de papá. Que ellos fueron la razón por la que lo perdimos todo.

Los ojos de Lila se abren de par en par. —¿Qué? Eso... eso no puede ser.

—Ethan lo ha confirmado.

—Mierda. —Se deja caer hacia atrás, mira fijamente el techo—. Mierda, mierda, mierda.

—Mis palabras.

—¿Y él lo sabía? ¿Todo el tiempo?

—Dice que lo hizo su padre. Él tenía diecisiete años. —Me encojo de hombros—. Pero lo sabía. Y no dijo nada.

—Gilipollas.

—Sí.

—¿Pero? —Gira la cabeza, me mira—. Hay un "pero", lo oigo.

Claro que lo oye. Hermanas.

—Pero... yo también le he ocultado algo.

—¿El qué? —Se vuelve a sentar, de repente alarmada—. Emma, ¿qué le has ocultado?

Podría mentir. Podría andarme por las ramas. Pero estoy cansada de mentir. Tan jodidamente cansada.

—Estoy embarazada.

Las palabras cuelgan entre nosotras como fuegos artificiales explotando. La boca de Lila se abre. Se cierra. Se vuelve a abrir.

—Estás... ¿qué?

—Embarazada. Con bombo. En estado de buena esperanza. Elige una metáfora.

—Santa mierda. —Mira fijamente mi vientre, como si pudiera ver al bebé a través de mi camiseta—. ¿Cómo... cuándo... Ethan?

—No, Papá Noel —digo secamente.

—Naturalmente Ethan. En el avión.

—Oh, Em. —Sus brazos están alrededor de mí antes de que pueda reaccionar—. Oh, Dios mío. Un bebé. Vas a tener un bebé.

—Quizás. —Las palabras salen duras—. No sé si... si puedo quedármelo. Si quiero. Si debería.

Se separa, me mantiene a un brazo de distancia. —¿Lo sabe él?

—Ahora sí. Encontró el test.

—De ahí la pelea de hace un par de días.

—Entre otras cosas. —Me recuesto, agotada de... todo—. Piensa que se lo he ocultado. Que planeo desaparecer con su hijo.

—¿Lo planeas?

—¡No lo sé! —Las palabras brotan de mí—. Ya no sé nada, Lila. No sé si puedo confiar en él. No sé si esto entre nosotros es real o solo un curso de interpretación muy caro. No sé si puedo ser madre. Solo sé que esta noche es esa maldita gala, y yo...

—¿Tienes que ir?

Me río con amargura. —¿Según el contrato? Sí. Dos millones de dólares dicen que tengo que estar allí. En un vestido de baile, sonriendo, interpretando a la perfecta señora Maddox.

—Pero ambos habéis incumplido el contrato —dice Lila despacio —. Quiero decir, hola, ¿bebé? Eso seguro que no era parte del acuerdo.

Tiene razón. Cláusula siete, subsección 3b: *Nada de actos románticos o sexuales.*

—Quizás pueda conseguir el dinero de todos modos —murmuro —. Incumplimiento de contrato por ambas partes...

—¿De verdad te importa el dinero?

La miro. Mi hermana pequeña, que a veces es más sabia que yo.

—No —admito—. No realmente. Se trata de... no sé. ¿Orgullo? ¿Venganza? ¿La certeza de que no soy la tonta otra vez?

—O se trata de Ethan.

—No se trata de él.

—Emma. —Su voz es suave—. He visto cómo le miras. Cómo te mira él. Lo que sea que hubo o hay entre vosotros, no es fingido.

—Pero las mentiras duelen.

—La gente comete errores. La gente oculta cosas. La gente es complicada. —Me toma la mano—. La pregunta es: ¿Le quieres?

La pregunta del millón. Literalmente.

—Yo... —Se me cierra la garganta—. Nunca he dejado de hacerlo.

—Entonces ve a la gala.

—Pero...

—No por el dinero. No por el contrato. Ni siquiera por mamá. —Me aprieta la mano—. Ve por ti. Por vosotros. Por la oportunidad de que de todo este caos quizás salga algo bueno.

—¿Y si no?

—Entonces al menos lo sabrás. Entonces podrás cerrar el capítulo. Seguir adelante. —Sonríe torcidamente—. Con o sin bebé.

Un golpe en la puerta nos interrumpe. —¿Chicas?

La voz de mamá, aún débil, pero claramente mejorando. —¿Todo bien?

—¡Todo de maravilla, mamá! —grita Lila. Luego más bajo a mí —: Se preocupa. Se ha dado cuenta de que no estás bien.

La culpa trepa por mi columna vertebral. Como si mamá no hubiera pasado ya por bastante.

—Debería ir a verla.

—Luego. —Lila se levanta—. Primero te duchas. Luego comes algo decente. Luego decides si esta noche quieres ser Cenicienta o la hermanastra malvada.

—No es tan sencillo.

—No —coincide—. Pero a veces hay que fingir. *Fake it till you make it*, como decimos los americanos.

Va hacia la puerta, se detiene una vez más. —Ah, ¿y Em? El vestido está colgado en el armario. Lo planché anoche. Solo por si acaso.

Luego se va, y vuelvo a estar sola con mis pensamientos.

El vestido. Claro que ha planchado el vestido. El vestido de ensueño azul medianoche que Ethan compró para mí. El vestido con el que me sentí como una princesa. Con el que me sentí como su mujer.

Me levanto, voy al armario. Ahí cuelga, perfectamente planchado, como una promesa. O una amenaza. No sé cuál de las dos.

La gala empieza en diez horas.

En diez horas tengo que decidir: ¿Voy y interpreto el papel hasta el final? ¿O rompo el contrato y quemo todos los puentes?

En diez horas tengo que decidir quién quiero ser: ¿La mujer que vende sus sentimientos por dinero? ¿La mujer que arriesga una segunda oportunidad? ¿O la mujer que prefiere quedarse sola antes que volver a ser herida?

Pongo mi mano sobre mi vientre. En algún lugar ahí dentro crece una nueva vida. Una parte de Ethan, una parte de mí. Un futuro que nunca elegí, pero que aun así está ahí.

—¿Qué debo hacer? —susurro.

Pero el bebé no responde. Todavía no. Aún es solo un secreto que llevo conmigo.

Igual que la decisión que tengo que tomar esta noche.

Fuera empieza a nevar. Copos gruesos, blancos, que envuelven el mundo en algodón. Como si la nieve pudiera cubrir toda la suciedad y el dolor.

Si fuera tan sencillo.

Me ducho. Como. Ayudo a mamá, me siento con ella, le cojo la mano. No pregunta por la pelea, pero veo las preguntas en sus ojos.

Durante todo el día el reloj hace tictac más fuerte de lo normal. Cada hora que pasa acerca la decisión.

A las seis de la tarde vuelvo a estar frente al armario. El vestido espera pacientemente.

A las seis y media me maquillo. O tal vez no.

A las siete debería llegar Marcus. O tal vez no.

Estoy sentada en mi cama, en albornoz, el vestido a mi lado. Mi móvil yace mudo en la mesilla de noche. Ningún mensaje de Ethan. Ninguna llamada. Nada.

Quizás ni siquiera quiere que vaya. Quizás es mejor así.

O quizás está esperando. Esperando. Igual que yo.

La decisión es mía.

¿Cenicienta o hermanastra? ¿Cuento de hadas o realidad? ¿Esperanza o rendición?

El reloj da las siete.

Hora de decidir.

44

Ethan

El esmoquin me queda perfecto. Hecho a medida, como todo en mi vida. La pajarita está atada con exactitud, los gemelos —platino con diamantes, un regalo por mis treinta— destellan a la luz de mi ático. Visto desde fuera, soy el anfitrión perfecto para la noche más importante del año.

Por dentro me siento como un hombre que camina hacia su propia ejecución.

Estoy de pie frente al ventanal de mi vestidor y miro las luces de Silver Valley. En algún lugar ahí fuera está Emma. ¿Se está arreglando? ¿Está sentada en albornoz pensando? ¿O ya ha decidido no venir?

Llevo todo el día esperando un mensaje. Una señal. Cualquier cosa.

Nada.

El silencio es ensordecedor. Me recuerda a los días posteriores a nuestra pelea hace diecisiete años, cuando esperaba sus llamadas que nunca llegaron. Porque la había empujado lejos. Porque fui demasiado cobarde para oponerme a mi padre.

Mi móvil vibra. Mi corazón da un salto, pero es solo Sarah.

Todo listo en la galería. Los primeros invitados ya están llegando.

Miro el reloj. 18:00. En una hora Marcus debería recoger a Emma. Debería. El énfasis está en el condicional.

Tecleo una respuesta: *Estoy allí en diez minutos.*

Luego busco el número de Marcus. Mi pulgar flota sobre el botón de llamada. ¿Debería preguntar si ya ha estado con ella? ¿Si estaba lista? ¿Si siquiera ha abierto la puerta?

No. Eso solo me volvería loco. Más loco.

El test de embarazo está en mi cajón. Lo he mirado al menos veinte veces esta mañana. Dos rayas rosas. La prueba de que lo que hubo entre nosotros —¿hay?— fue más que un negocio.

Un bebé.

Mi bebé. Nuestro bebé.

La idea sigue siendo surrealista. ¿Yo, padre? ¿Yo, que apenas puedo manejar mi propia vida? ¿Que he dejado tirada dos veces a la única mujer que he amado?

Pero al mismo tiempo... la idea de Emma con nuestro hijo. Un pequeño ser con sus ojos y quizás mi barbilla obstinada. La oportunidad de hacerlo mejor que mi propio padre.

Si ella me deja.

Si se queda con el niño.

El pensamiento me cierra la garganta.

Agarro las llaves del coche. Basta de cavilar. La Fundación me necesita. Los invitados me esperan. Hargrove me espera.

¿Qué le digo si no viene?

Está enferma. Intoxicación alimentaria. Una lástima.

Su madre tuvo una recaída. Urgencias familiares, ya sabe.

Tuvimos una pelea, me odia, y por cierto, todo nuestro matrimonio es una mentira.

La verdad es tentadora. Después de todas las mentiras, todos los engaños, sería casi un alivio decir simplemente la verdad. Pero la verdad lo destruiría todo. La Fundación, la inversión de Hargrove, el futuro de tanta gente.

¿O no?

El trayecto a la galería es demasiado corto. Debería haber ido andando, haber necesitado el aire frío de diciembre para aclarar mi cabeza. En lugar de eso, tengo la sensación de que va a explotar en cualquier momento.

La Galería de la Fundación Lighthouse resplandece como un cuento de invierno. Sarah y su equipo han hecho un gran trabajo. Miles de luces blancas enmarcan el edificio histórico, haciéndolo parecer sacado de un sueño de bola de nieve. La alfombra roja está desplegada, flanqueada por abetos reales decorados con bolas plateadas y más luces.

Por dentro es aún más impresionante. Los techos altos de la antigua nave industrial son perfectos para las obras de arte. Cada pieza está iluminada magistralmente, las paredes blancas hacen explotar los colores. En el centro de la sala principal hay un árbol de Navidad inmenso, de al menos seis metros de altura, decorado con adornos hechos a mano por artistas locales.

Navidad por todas partes. Alegría y festividad por todas partes. No pega nada con la tormenta en mi interior.

—¡Ethan! —Patricia Hargrove flota hacia mí en un vestido que parece oro líquido—. ¡Qué maravilloso se ve todo esto! ¿Dónde está su encantadora esposa?

La primera prueba.

—Viene un poco más tarde —me oigo decir. La mentira fluye tan fácil—. Una pequeña emergencia familiar. Su hermana, ya sabe.

—Oh, la pobre. —Patricia ni siquiera conoce a Lila, pero asiente compasiva—. La familia es lo primero. ¿Pero vendrá?

—Por supuesto. —Mi sonrisa se siente como yeso—. No se perdería esto por nada del mundo.

La siguiente hora es una tortura. Estrecho manos, sonrío para fotos, hago charla trivial. Todo el tiempo tengo un ojo en la puerta. Cada vez que se abre, mi corazón da un salto. Pero nunca es Emma.

19:30. Marcus debería llevar mucho tiempo aquí. Con o sin Emma.

—¡Ethan! —Miles Hargrove—. Noche magnífica. La prensa está encantada.

—Gracias, Miles. El equipo ha hecho un gran trabajo.

—¿Dónde está Emma?

—En camino —digo, aunque mi esperanza ya tiende a cero.

—Bien. —Me da una palmada en el hombro—. Patricia quiere hablar con ella sin falta sobre nombres de bebé. Está convencida de que vosotros dos pronto... bueno.

Si supiera.

Entonces llega el momento, es hora de mi discurso. La sala está llena de gente importante. Patrocinadores, artistas, prensa, la élite de Silver Valley. Todos esperan a que les explique por qué la Fundación Lighthouse merece su apoyo.

Con cada paso que me acerco al atril, las conversaciones se apagan más, hasta que finalmente hay un silencio sepulcral en la sala. Me coloco ante el micrófono y las luces me ciegan, pero estoy acostumbrado. *Showtime*.

—Buenas noches y bienvenidos a la inauguración de la Galería de la Fundación Lighthouse —digo con una exuberancia en la voz

que no siento en absoluto.

El aplauso estalla. Espero a que amaine.

—Hace tres años tuve un sueño. Un sueño de un lugar donde el arte no solo se expone, sino que se vive. Donde los jóvenes artistas encuentran el apoyo que necesitan. Donde los niños que de otro modo no tendrían oportunidad pueden descubrir su creatividad.

Las palabras fluyen automáticamente. He ensayado este discurso cien veces. Pero mis ojos escanean la multitud una y otra vez. Buscan terciopelo azul medianoche y ojos color avellana.

—La Fundación Lighthouse es más que una galería. Es una promesa. Una promesa a la próxima generación de que los sueños importan. De que el arte cura. De que todos merecen una oportunidad de dejar brillar su luz.

Más aplausos. Veo a Sarah al borde, me levanta el pulgar. El discurso va bien. La gente está conmovida. Los talonarios se abrirán.

La puerta se abre.

Mi corazón se para.

Pero es solo un camarero retrasado con una bandeja llena de copas de champán.

Y de repente tengo suficiente.

Suficiente de las mentiras. Suficiente de la farsa. Suficiente de ser el hombre que mi padre ha hecho de mí.

Inspiro hondo.

—¿Saben qué, damas y caballeros? —Mi voz cambia, se vuelve más real—. Creo que la honestidad es lo más importante en la vida. Y quiero decirles aquí honestamente cómo me siento. Cuál es mi situación real.

Silencio de asombro. Los ojos de Sarah se abren de par en par.

—La mayoría de ustedes me conocen como Ethan Maddox. Hijo de Richard Maddox. CEO de Maddox Technologies. Multimillonario, filántropo, lo que sea que escriban los periódicos esta semana. —Hago una pausa, dejo que las palabras calen—. Pero la verdad es más complicada. Más difícil.

Veo a mi padre de pie al borde de la multitud. Su cara es una máscara de hielo.

—Toda mi vida he intentado cumplir con las expectativas. Las expectativas de mi padre, de la sociedad, de mí mismo. He mentido, manipulado, usado a la gente. Todo por el éxito. Todo por la empresa. Todo por un hombre que confunde el amor con la debilidad.

Ahora tengo su total atención. Se podría oír caer un alfiler.

—¿Y la mayor mentira de todas? Por si alguno de ustedes se pregunta dónde está mi encantadora esposa Emma: ella no es mi esposa en absoluto.

Jadeo colectivo. A Patricia Hargrove casi se le cae la copa de champán.

—Nunca nos casamos. Fue todo falso. Un engaño escenificado para impresionar a inversores. Para convencer a gente como usted, Miles —asiento en su dirección—, de que soy un hombre de familia responsable. De que valgo sus millones.

La cara de Miles es ilegible. Patricia se ha llevado la mano a la boca.

—Todo fue una mentira. La boda, el matrimonio feliz, el futuro juntos. —Siento cómo algo se suelta en mí. Como si un peso cayera de mis hombros—. ¿Pero saben qué? Una cosa no fue mentira. Una cosa siempre fue real.

—Mis sentimientos por Emma. La verdad es que siempre la he querido. Desde que teníamos dieciséis años. Desde el primer momento en que me llamó niño rico mimado en la cafetería del instituto.

Unas pocas risas nerviosas.

—Pero fui un cobarde. Con diecisiete años la dejé tirada, presionado por mi padre. Amenazó con arruinar a su familia si me quedaba con ella. Y yo... yo fui demasiado débil para luchar contra eso.

Mi padre se mueve hacia la salida. Que se vaya. Aún no he terminado.

—Diecisiete años después tuve una segunda oportunidad. ¿Y qué hago? La miento otra vez. La uso para mis fines. Le pago para que interprete a mi mujer. —Mi voz casi se rompe—. Pero en algún lugar entre todas las mentiras se volvió real. Se convirtió de nuevo en mi todo.

Las lágrimas me queman en los ojos. Las dejo.

—Siempre pensé que la Fundación era lo más importante en mi vida. Mi legado. Mi forma de hacer algo bueno en un mundo lleno de hombres Maddox. —Hago una pausa, trago saliva—. Y espero todavía que podamos hacer el bien aquí. Pero lo más importante es y será siempre la familia. No la familia en la que naces; esa no se puede elegir. Sino la familia que uno mismo crea.

Ahora miro a la puerta. Y ahí está. Emma. En el vestido azul medianoche, lágrimas en las mejillas.

—Y mi familia, mi familia elegida, es Emma. Es nuestro hijo no nacido.

Más jadeos. Los susurros se extienden como la pólvora.

—Si ahora no quieren donar más dinero, puedo entenderlo. Miles, si quiere retirar su inversión, es su derecho. Tienen todo el derecho a estar enfadados. Les he mentido a todos.

Me limpio los ojos, respiro hondo.

—Solo puedo prometer ser un hombre mejor desde hoy. Más honesto. Más valiente. El hombre que Emma merece. El padre que nuestro hijo necesita. No perfecto —Dios sabe que estoy tan lejos de ser perfecto como Silver Valley de París—. Pero real. Por fin real.

Me retiro del micrófono. —Gracias por escuchar. Disfruten de la velada. La barra está abierta, y créanme, después de este discurso probablemente todos necesiten una copa.

Silencio.

Silencio absoluto, ensordecedor.

Entonces alguien empieza a aplaudir. Una sola persona. Busco la fuente y me sorprendo: es Miles Hargrove.

Patricia sigue a su marido. Luego Sarah, con lágrimas en las mejillas. Luego alguien más. Y alguien más.

El aplauso crece, se convierte en un estruendo. La gente se pone de pie. Una ovación de pie por mi espectacular autodestrucción.

Estoy ahí de pie, incrédulo, mientras las lágrimas corren por mis mejillas. Después de todos los años de mentiras, celebran la verdad.

Y entonces la veo. Emma. Está en la puerta, una mano sobre su vientre. Nuestras miradas se encuentran a través de la sala.

Me abro paso entre la multitud. La gente me da palmadas en el hombro, murmura ánimos, pero apenas les oigo. Solo tengo ojos para ella.

—Has venido —digo cuando la alcanzo.

—Has dicho la verdad —responde, con lágrimas en los ojos.

—Por fin.

—Delante de toda la gente.

—Estaba harto de mentiras. —Extiendo la mano con cuidado, limpio una lágrima de su mejilla—. Harto de ser alguien que no soy.

—Esto tendrá consecuencias. Tu padre...

—Se ha ido. ¿Y sinceramente? Me da igual.

—La inversión de Hargrove...

—Emma. —Tomo su cara entre ambas manos—. Me. Da. Igual. Lo único que importa eres tú. Y nuestro bebé. El resto... ya lo solucionaremos.

Me mira largamente. Luego: —Lo has dicho delante de toda la gente. Lo del bebé.

—Sí.

—Todos lo saben ahora.

—Sí.

—Ya no hay vuelta atrás.

—No. —Me inclino hacia ella—. ¿Quieres volver atrás?

Calla tanto tiempo que mi corazón empieza a acelerarse. Luego sacude la cabeza.

—No. Nada de volver atrás. Solo hacia delante.

—¿Juntos?

Una sonrisa temblorosa. —Podemos intentarlo.

No es una gran declaración de amor. Ningún final feliz de cuento de hadas. Pero es real. Y después de todas las mentiras, real

es todo lo que deseo.

—¡Ethan! —Miles Hargrove viene hacia nosotros, Patricia a remolque.

Me pongo protectoramente delante de Emma. —Miles, lo siento muchísimo...

—Un discurso impresionante —me interrumpe—. Estúpido, autodestructivo, absolutamente perjudicial para el negocio. —Hace una pausa—. Y lo más valiente que he vivido jamás.

Parpadeo confundido. —No lo entiendo.

—Mis doscientos cincuenta millones se mantienen. Más que nunca. —Me tiende la mano—. A un hombre que arriesga tanto por la verdad, por el amor... le confío mi dinero.

—Pero... pero le he mentido.

—Sí. Y luego ha dicho la verdad. Delante de todos. —Sonríe—. ¿Sabe lo que eso dice sobre su carácter?

Patricia se adelanta, toma las manos de Emma. —Querida. ¡Un bebé! ¡Qué maravilla!

Emma parece como si estuviera en un sueño. —Yo... ¿gracias?

—Tenemos que ir a comer. Conozco las mejores clases de yoga prenatal. ¡Y espere a conocer a mis nietos!

Miles se aclara la garganta. —Patricia, deja respirar a la pobre mujer.

—Oh, cierto. Perdón. —Nos sonríe radiante—. Es que estoy tan emocionada. ¡Una pareja real! ¡Amor real! Mucho mejor que esa perfección fingida.

Siguen adelante, dejándonos sin aliento.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunta Emma.

—Creo —digo despacio— que la verdad ha ganado.

—Eso no pasa en la vida real.

—Quizás sí. A veces.

Sarah viene hacia nosotros, con la cara bañada en lágrimas. —Eso ha sido... no tengo palabras. Pero la prensa quiere declaraciones, y los patrocinadores tienen preguntas, y...

—Sarah. —Le pongo la mano en el hombro—. Respira. La Fundación sobrevivirá. Aclararemos todo esto. Pero esta noche... esta noche celebramos. El arte, la verdad, la vida.

Asiente, se limpia la cara. —Vale. Vale. Celebrar. —Mira a Emma —. Es tan bonito tenerla aquí. ¡Y felicidades! ¡Un bebé!

Luego se va de nuevo, sumergida en el caos.

—Deberíamos entrar —digo—. La gente tendrá preguntas.

—Deja que pregunten. —Emma me coge la mano—. No más mentiras, ¿recuerdas?

—No más mentiras —coincido.

Entramos en la sala de la mano. La gente mira, susurra, pero no es hostil. Más bien curiosa. Como si fuéramos animales exóticos que nunca han visto: una pareja honesta.

El resto de la noche navegamos juntos a través de las preguntas, las felicitaciones, las miradas ocasionalmente picadas. Pero principalmente a través del apoyo. Más apoyo del que jamás hubiera esperado.

—¿Sabes qué? —dice Emma más tarde, cuando estamos frente a un cuadro especialmente impresionante.

—¿Qué?

—Tu Fundación sobrevivirá. Más que eso: florecerá. La gente dona por la honestidad.

—La gente dona por ti —corrijo—. ¿Has visto cómo te miran? La heroína trágica que le da una segunda oportunidad a la bestia.

—No eres una bestia.

—¿No?

—No. —Se apoya en mí—. Solo eres un hombre que intenta ser mejor. Eso es todo lo que cualquiera puede ser.

Estamos ahí, frente a toda esta gente, y por primera vez se siente correcto. No perfecto —tenemos un largo camino por delante —. Pero real.

Y real es suficiente.

45

Emma

Después de la gala

El ático está en silencio tras el bullicio de la gala. Mis oídos aún zumban por el nivel de ruido: conversaciones, risas, el tintineo de las copas de champán. Donaciones récord, había dicho Sarah radiante. Más de tres millones de dólares en una noche. La Fundación tiene un gran futuro por delante.

Y Richard Maddox había abandonado la sala como un lobo herido. Furioso, con las mandíbulas apretadas, sin una palabra a su hijo. El alivio de verle desaparecer había sido casi tangible.

—¿Quieres beber algo? —Ethan está en su bar, pero sus movimientos son inseguros. La seguridad del podio ha desaparecido. Aquí, a solas conmigo, vuelve a ser el hombre vulnerable que lo ha arriesgado todo.

—Agua —digo—. Alcohol y bebé no se llevan bien.

Su mano tiembla mínimamente al servir. —Cierto. Bebé. Nuestro bebé.

—¿Te arrepientes? —Tengo que preguntar—. ¿De lo que has hecho esta noche? ¿Ponerlo todo en juego?

Viene hacia mí, me pasa el vaso. —Lo único de lo que me arrepiento es de no haber tenido el valor de hacerlo hace diecisiete años.

Estamos ahí, un metro de distancia entre nosotros que se siente como un océano.

—Ethan...

—Emma...

Hablamos al mismo tiempo, nos detenemos, nos reímos nerviosamente.

—Tú primero —dice.

—No sé cómo va a funcionar esto. —Las palabras salen atropelladas—. Nos hemos causado tanto dolor. Tantas mentiras. Y ahora un bebé...

—Lo sé. —Deja su vaso, coge el mío de mi mano, lo pone al lado. Luego toma mis manos entre las suyas. Cálidas, firmes, reales —. ¿Pero sabes qué más sé?

Niego con la cabeza.

—Sé que te quiero. Siempre te he querido. Incluso cuando te odiaba, te quería. —Sus pulgares acarician mis muñecas—. Sé que eres la mujer más valiente que conozco. Has venido esta noche, aunque tenías todos los motivos para no hacerlo.

—Tenía que ver cómo acaba —susurro.

—¿Es eso? ¿Un final?

—¿O un principio?

Me atrae más cerca. —Averigüémoslo.

Sus labios encuentran los míos, y es como volver a casa. Toda la ira, el dolor, la desesperación de los últimos días se derriten. Lo que queda es solo esto: él y yo, como siempre debió ser.

El beso se vuelve más profundo, más exigente. Su lengua se desliza sobre mis labios, pidiendo entrada, y se la concedo de buena gana. Sabe a champán y a promesas.

—Emma —murmura contra mis labios—. Te necesito. Te necesito tanto.

—Estoy aquí —le aseguro—. No voy a ir a ninguna parte.

Me levanta como si no pesara nada, me lleva al dormitorio. La ciudad brilla a través de los ventanales, pero solo tengo ojos para él.

En el dormitorio me deja deslizarme lentamente hacia abajo, mi cuerpo roza el suyo, y siento su excitación contra mi vientre. Un escalofrío me recorre.

—Este vestido —dice ronco— me ha vuelto loco toda la noche.

Sus dedos encuentran la cremallera, la bajan tortuosamente despacio. El vestido azul medianoche se desliza de mis hombros y cae a mis pies. Estoy ante él en encaje negro, y su mirada arde en mi piel.

—Preciosa —suspira.

Mis manos trabajan en su pajarita, los botones de su camisa. Quiero sentirle, piel con piel. Cuando la camisa está por fin abierta, acaricio su pecho, siento el latido de su corazón bajo mis dedos.

—Tiemblas —constata.

—De deseo —confieso.

Eso le arranca un gruñido profundo. Me besa de nuevo, más salvaje esta vez, mientras sus manos exploran mi cuerpo. Cuando me desabrocha el sujetador, suspiro en su boca.

Sus labios viajan por mi cuello, dejando un rastro ardiente. Cuando llega a mi pecho, me arqueo hacia él. Su lengua rodea mi pezón, y entierro mis dedos en su pelo.

—Ethan...

Cambia al otro lado, le da la misma atención, mientras su mano acaricia mi vientre. Cuando sus dedos alcanzan el borde de mi encaje, contengo la respiración.

—Tan húmeda —murmura contra mi piel—. ¿Todo para mí?

—Solo para ti —jadeo.

Me lleva a la cama, me tumba suavemente. A la luz de la luna parece un sueño: los músculos definidos, el pelo oscuro, los ojos que arden de deseo. El tatuaje del fénix en su hombro parece brillar, como si el momento del renacimiento y la resurrección hubiera llegado realmente.

Se quita el resto de su ropa, y le admiro descaradamente. Está listo para mí, duro y orgulloso.

—Ven aquí —pido.

Se tumba a mi lado, su mano acaricia mi cuerpo. Cuando llega a mi centro, aparta el encaje. Al primer toque gimo.

—Tan sensible —elogia mientras sus dedos me exploran.

Le busco, le rodeo con mi mano. Gime, pulsa en mi agarre.

—Emma... si sigues haciendo eso...

—Entonces haz algo al respecto —le desafío.

Con un movimiento fluido está sobre mí. Sus ojos buscan los míos, pidiendo permiso mudo.

—Sí —susurro—. Por favor.

Entra despacio en mí, centímetro a centímetro, hasta que está completamente dentro. Ambos gemimos con la unión. Se siente como volver a casa.

—Te sientes tan bien —jadea—. Tan perfecta.

Empieza a moverse, primero despacio, luego más rápido. Cada embestida me lleva más alto, más cerca del abismo. Enrosco mis piernas alrededor de sus caderas, le atraigo más profundo.

—Más fuerte —pido.

Cumple mi deseo, y clavo mis uñas en su espalda. La pasión nos abruma a ambos, años de anhelo se abren paso.

Cuando estoy cerca del clímax, ralentiza el ritmo, se retira casi del todo, solo para volver a embestir profundo en mí.

—¡Ethan! —Es mitad protesta, mitad súplica.

—Quiero que dure —dice sin aliento—. Quiero sentirte así para siempre.

Pero nuestro deseo es demasiado grande. Acelera de nuevo, y esta vez le sigo el ritmo. Nuestros cuerpos se mueven en perfecta armonía, cubiertos de sudor y desesperados el uno por el otro.

—Estoy tan cerca —advierto.

—Yo también. Juntos —pide.

Y entonces nos arrolla. Grito su nombre mientras las olas ruedan a través de mí. Siento cómo pulsa dentro de mí, se derrama en mí con un gemido profundo.

Nos quedamos tumbados entrelazados, nuestros cuerpos aún conectados, mientras recuperamos el aliento. Me besa la frente, las mejillas, los labios.

—Te quiero —dice de nuevo—. Nunca dejaré de decirlo.

—Bien —murmuro contra su pecho—. Porque nunca me cansaré de oírlo.

Después de un rato rueda hacia un lado, pero me atrae inmediatamente a sus brazos. Estamos ahí tumbados, piel con piel, y escuchamos nuestros latidos tranquilizadores.

—¿Cómo va a seguir esto? —pregunto finalmente en la oscuridad.

Me aprieta aún más contra él. —Voy a dimitir de todos mis puestos. Maddox Technologies, las otras empresas... mi padre puede quedárselas. O quemarlas. Me da igual.

—No puedes hacer eso. Es la obra de tu vida.

—No —corrige suavemente—. La Fundación es la obra de mi vida. Tú eres mi vida. Nuestro bebé es nuestro futuro. El resto es solo dinero y poder, y ninguna de las dos cosas me ha hecho nunca feliz.

—Pero...

—Nada de peros. —Me besa la frente—. Quiero despertarme a tu lado por las mañanas. Quiero estar ahí cuando nazca nuestro hijo. Quiero ser el padre que el mío nunca fue. El hombre que mereces.

—No será fácil. Tu padre...

—Puede irse al infierno. Perdón. —Se ríe suavemente—. Aunque no. Nada de perdón. Ha tenido bastante poder sobre mi vida. Nunca más.

Callamos un rato, escuchamos el zumbido de la ciudad.

—Esta podría ser una Navidad turbulenta para mi familia —digo finalmente—. Mamá tendrá preguntas. Lila va a flipar. *"Hey, por cierto, estoy embarazada y el padre es el hombre que me dejó tirada hace diecisiete años, pero no os preocupéis, ahora está todo bien."*

—Emma. —Gira mi cara hacia él—. Tú eres mi familia. Tú y nuestro bebé. Sois todo lo que necesito. El mejor regalo de Navidad que podría desear.

—Cursi —bromeo, pero las lágrimas me queman en los ojos.

—La verdad —corrige—. Solo la verdad, ¿recuerdas?

—Aquí está mi verdad —digo—. Tengo miedo. No sé cómo se es madre. No sé cómo se está en una relación sana. Solo sé que te

quiero y que quiero intentarlo.

—Eso es suficiente —dice—. Más que eso. Eso es perfecto.

—Nada es perfecto.

—No —coincide—. Pero real es mejor que perfecto.

La noche es aún joven, y nuestros cuerpos se encuentran de nuevo. Esta vez más despacio, más tiernamente, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Y quizás lo tenemos por fin.

Cuando el sol de la mañana entra por las ventanas, sigo en sus brazos. Agotada, feliz, esperanzada.

—Buenos días, señora No-Realmente-Maddox —murmura adormilado.

—Buenos días, señor Por-Fin-Soy-Honesto.

—Tenemos títulos largos.

—Podríamos cambiarlos.

Se queda quieto. —¿Qué quieres decir?

—Olvídalo. Es demasiado pronto para eso.

—No. —Se incorpora, me lleva con él—. Dilo.

—Solo pensaba... algún día quizás... podríamos hacerlo bien. La boda, quiero decir. Pequeña, real, solo para nosotros.

—Emma Wells. —Toma mi cara entre sus manos—. ¿Quieres casarte conmigo algún día quizás? ¿De verdad esta vez?

—Pregúntamelo después del bebé —digo, devolviéndole sus palabras de entonces.

—Trato hecho.

Lo sellamos con un beso mientras Silver Valley despierta bajo nosotros el día de Navidad. Una ciudad llena de posibilidades. Llena de segundas oportunidades.

Llena de futuro.

Nuestro futuro.

Epílogo

Emma

Un año después

—¡No, Lila, el pavo va en el CENTRO de la mesa!

—Es TU mesa, Emma. Solo pensé que encajaba mejor así.

—Chicas, por favor. —Mamá está sentada en la cabecera y mece a nuestro pequeño Noah en brazos—. Es Navidad. Paz en la tierra, ¿sabéis?

Respiro hondo y sonrío a mi hermana. —Tienes razón. Perdona. Ponlo donde quieras.

—No, el centro está bien. —Lila sonríe con picardía—. Solo quería molestarte un poco. Es tan fácil sacarte de quicio desde que eres mamá.

—¡No lo es!

—Claro que lo es —interviene Phoenix mientras trae las patatas. Un año con Lila y ya es parte de la familia—. La semana pasada casi lloraste porque a Noah no le gustaba su papilla.

—Eso fue... ¡eso es otra cosa!

Ethan sale de la cocina, trae el ganso relleno: su primer intento de cocinar solo. Se ve ridículo con su jersey de Navidad con el reno parpadeante, pero insistió en ponérselo. "Nuevas tradiciones", había dicho. "Nuestro hijo debe crecer con verdaderas tradiciones familiares, no con cáterings y personal".

—¿Todo bien por aquí? —Deja la fuente, me besa en la sien—. Pareces estresada.

—No estoy estresada. ¿Por qué todo el mundo piensa que estoy estresada?

Noah elige ese momento para echarse a llorar. Inmediatamente mis pechos se ponen pesados de leche.

—Dámelo —le digo a mamá—. Tiene hambre.

—Ha comido hace una hora.

—Mamá. Por favor.

Me pasa a nuestro hijo, y me siento en la mecedora junto a la ventana. Mientras Noah mama, miro alrededor en nuestro nuevo hogar.

Es perfecto. Una gran casa de estilo *Craftsman* americano, suficiente sitio para todos. Mamá tiene su propio apartamento anexo, pero come casi siempre con nosotros. Lila tiene el ático para ella, y cada vez más a menudo también para Phoenix. El jardín es enorme, perfecto para niños. Plural. Ya hemos hablado del número dos.

—¿Esperamos para comer? —pregunta Ethan.

—No, empezad. Voy enseguida.

Mientras los demás se llenan los platos, cojo el periódico de la mesita auxiliar. El último artículo de Blake Mercer. Nunca pensé que leería algo positivo suyo sobre nosotros.

¿Un milagro navideño? Ethan Maddox encuentra su verdadero legado *Por Blake Mercer*

Hace un año, Ethan Maddox conmocionó a la alta sociedad con una confesión pública: su matrimonio era falso, sus negocios dudosos, su vida una mentira. Hoy, un año después, se demuestra: a veces la honestidad es realmente la mejor política.

Mientras Maddox Technologies se enfrenta a problemas legales bajo el liderazgo de Richard Maddox —la SEC investiga por uso de información privilegiada y evasión de impuestos—, la Fundación Lighthouse florece bajo el liderazgo de Ethan. Más de 50 millones de dólares en donaciones, 200 artistas becados, 500 niños en programas de arte.

Pero el mayor cambio es privado: el antiguo playboy es hoy un padre de familia devoto. Con su pareja y su hijo Noah vive en una casa modesta —al menos para los estándares de un multimillonario — en Silver Valley.

Una nota personal del autor: Fue el propio Richard Maddox quien hace un año me filtró los documentos confidenciales del contrato sobre el matrimonio falso entre su hijo y Emma Wells. Quería controlar a su hijo, chantajearlo, mantenerlo pequeño, como siempre había hecho.

Lo que no sospechaba: me dio con ello la llave de su propia ruina.

Porque a diferencia de sus víctimas habituales, yo no tenía miedo de Richard Maddox. Mi declaración ante la SEC fue la primera ficha de dominó. De repente otros encontraron también el valor: socios comerciales que habían callado durante años. Empleados que habían reunido pruebas. Víctimas de sus maquinaciones que por fin pudieron contar su historia.

Richard Maddox quería destruir a su hijo. En su lugar, se destruyó a sí mismo. Las investigaciones están en marcha, las acusaciones se apilan, y los expertos cuentan con una pena de prisión de dos dígitos.

¿Quién hubiera pensado que alguna vez escribiría algo positivo sobre un Maddox? Pero Ethan ha demostrado: uno no tiene por qué

seguir siendo el producto de su origen. A veces hay realmente segundas oportunidades.

Y a veces el destino ofrece justicia poética.

Feliz Navidad, Richard. Disfrútala. Podría ser tu última en libertad.

- Blake Mercer

—¿Estás leyendo ese artículo otra vez? —Ethan se sienta a mi lado en el reposabrazos.

—Sigo sin poder creerlo. Blake Mercer realmente ha servido para algo alguna vez. Y ha escrito algo bonito sobre ti.

—Sobre nosotros —corrige—. Y tenía razón entonces. Fui un gilipollas.

—Lo fuiste. Pero has mejorado.

Noah ha terminado de comer y bosteza con ganas. Ethan me lo quita, se lo pone al hombro para sacarle los gases. La rutina de un padre que no se salta ningún pañal, no duerme durante ninguna toma nocturna.

—¿Venís? ¡La comida se enfría! —grita Lila.

Nos sentamos a la gran mesa de comedor. El ganso parece realmente comestible, las guarniciones huelen divinamente. Mamá ha hecho su famosa tarta de manzana, que ya espera en el aparador.

—Antes de empezar —dice Ethan y levanta su copa—. Un brindis. Por la familia. La familia en la que se nace, y la que uno elige.

—Por la familia —repetimos todos.

—Y —continúa—, por nuevas tradiciones. Como la foto familiar que vamos a hacer ahora mismo. Todos con sus jerséis feos de Navidad.

—¡El mío no es feo! —protesta Lila. Su jersey muestra un T-Rex con gorro de Navidad.

—Sí, lo es —dice Phoenix cariñosamente—. Pero estás mona igual con él.

Ella le sonríe radiante, y cambio una mirada con Ethan. Nunca habíamos visto a Lila tanto tiempo con alguien. Y tan feliz.

—Otra cosa —dice Ethan y se levanta. Noah duerme plácidamente en su hamaca—. Emma, el año pasado dijiste que te lo preguntara de nuevo después del bebé.

Mi corazón da un vuelco. —Ethan...

Se arrodilla delante de mí, saca una cajita del bolsillo. —El bebé está aquí. Tres meses. Tiene mi nariz, pobre cosa.

—¡Ethan!

—Emma Wells. Me salvaste. De mi padre, de mí mismo, de una vida llena de mentiras. —Abre la caja. Un anillo de diamantes sencillo brilla dentro. No ostentoso, no exagerado. Perfecto—. ¿Quieres casarte conmigo? ¿De verdad esta vez? ¿Con tu familia loca y nuestro bebé gritón y todo lo que conlleva?

—Oh, Dios mío —chilla Lila—. ¡Di que sí! ¡Di que sí!

—¡Lila! —sisea mamá—. ¡Déjala contestar!

Pero no puedo hablar. Las lágrimas corren por mis mejillas mientras miro a este hombre. Que no es perfecto. Que ha cometido errores. Pero que cada día intenta ser mejor.

—Sí —consigo decir finalmente—. Sí, claro que sí. ¡Sí!

Me desliza el anillo en el dedo, y luego me besa mientras nuestra familia vitorea. Noah se despierta por el ruido y añade su propio llanto.

—*Timing* perfecto, pequeñajo —ríe Ethan y coge a nuestro hijo —. Igual que tu padre.

—¡Foto! ¡Necesitamos una foto! —grita Lila y va a por la cámara.

Nos colocamos delante del árbol de Navidad. Mamá en el medio con Noah, Lila y Phoenix a un lado, Ethan y yo al otro. Todos con nuestros ridículos jerséis de Navidad, todos sonriendo como locos.

—¡Decid "patata"! —grita Lila después de haber puesto el temporizador.

—¡Decid "familia"! —corrige Ethan.

—¡Familia!

El flash parpadea, congela este momento. No perfecto —Noah babea, los cuernos de reno de Lila están torcidos, Phoenix tiene los ojos cerrados—. Pero real. Nuestra familia. Nuestra nueva tradición.

Más tarde, después de haber comido, desenvuelto los regalos y con Noah durmiendo por fin, estoy en brazos de Ethan frente a la chimenea.

—Un año —digo—. Hace un año todo era tan complicado.

—¿Y ahora?

—Ahora es... caótico. Ruidoso. Agotador. —Me giro hacia él—. Y absolutamente perfecto.

—Nada es perfecto —me recuerda.

—No —coincide—. Pero real es mejor.

Fuera empieza a nevar. Copos gruesos que envuelven el mundo en algodón. Mañana haremos muñecos de nieve, aunque Noah sea demasiado pequeño para entenderlo. Mañana planearemos la boda: pequeña, íntima, solo familia. Mañana trabajaremos en la Fundación, que sigue creciendo y prosperando.

Pero hoy, en esta Nochebuena, somos simplemente una familia. Con todas nuestras rarezas, nuestra historia compartida, nuestras esperanzas para el futuro.

Ha tardado diecisiete años, ha tomado un desvío a través de mentiras y dolor. Pero hemos llegado.

A casa.

Juntos.

Para siempre.

FIN

Hola, querida lectora!

Antes de despedirme, quería darte las gracias por haberme acompañado en esta historia. Sé que hay miles de libros increíbles ahí fuera, así que de verdad valoro muchísimo que hayas elegido este.
Espero que hayas disfrutado cada página y que esta historia te haya sacado alguna sonrisa (¡o algún suspiro!).

Si es así, me harías un enorme favor dejando una pequeña reseña en Amazon. Es la mejor manera de apoyarme, ya que no tengo el gran presupuesto publicitario de una editorial. ¡Mil gracias por estar aquí!

Adelanto de Mal momento – Santa perfeco

¿Lista para enamorarte de nuevo?

Sumérgete en la próxima *Surprise Love Story* que te hará reír, suspirar… y soñar despierta con un hombre alfa, irresistible y dominante.

Con giros inesperados, química explosiva y un secreto que lo cambia todo, esta historia te atrapará desde la primera página.

📖 En las próximas páginas te espera un adelanto exclusivo – totalmente gratuito.



1

Brad

Mi primer error fue empujar las pesadas puertas de cristal tintado del *Blind Pig*. En lugar de eso, tendría que haberle hecho caso a mi primer instinto y haberme contentado con saquear el minibar de mi habitación del hotel. Y eso es lo que probablemente habría hecho de no haber pasado por casualidad frente a la ventana y haberme fijado en la elegante y venerable casa de ladrillo al otro lado de la calle. El edificio, que se erguía orgulloso contra el despejado cielo del atardecer, parecía reflejar una época ya lejana en la que el estilo y la elegancia estaban indisolublemente unidos. El letrero algo envejecido y oxidado que colgaba sobre la pomposa entrada daba la bienvenida a los clientes del *Blind Pig* prometiéndoles las mejores copas que el dinero pudiera comprar.

Dado mi humor sombrío, me convencí de que sería mejor para mi paz mental visitar este bar y rodearme de gente en vez de seguir sentado solo en la penumbra de la habitación del hotel. Acompañado únicamente por el contenido del susodicho minibar y mi ordenador portátil, desde cuya pantalla me sonreían los más diversos perfiles de mujeres completamente desconocidas.

Así que ahora estoy aquí, rodeado de al menos ciento cincuenta desconocidos que ríen y parecen pasárselo en grande, mientras unos camareros vestidos de negro intentan abrirse paso entre la multitud

con sus bandejas llenas. En algún lugar, un vaso se hace añicos casi en silencio y sin que nadie se dé cuenta. Al otro extremo de la gran sala, los clientes bailan al ritmo de la música estimulante y vibrante de una banda de jazz de cinco miembros que toca en directo. En el aire flota el denso olor a demasiado abrillantador para cuero y el dulce aroma de los cócteles y la euforia, junto con una nota de humo de puro que evoca recuerdos de pasadas noches de desenfreno.

Este lugar es surrealista.

Es un bar como ningún otro en el que haya entrado jamás. La luz tenue de las velas es escasa y apenas suficiente para volver a encontrar la copa en la mano. Pero, incluso así, intuyo los pesados revestimientos de madera de teca oscura y caoba en las paredes. La madera parece haber absorbido los susurros de conversaciones ya lejanas y confiere a la sala una pesadez misteriosa. Delante mío, unos sofás de cuero carmesí con acolchado suntuoso, junto con unas mesas bajas, ofrecen un refugio seguro en la penumbra. Los sofás parecen observadores silenciosos, testigos de historias que se han desarrollado en secreto.

Por encima de las numerosas cabezas, mi mirada se dirige al punto culminante de la sala: la barra. La larga barra es la fuente de luz dominante, que contiene a la bulliciosa multitud como si de un acantilado se tratase. Unas lámparas de araña relucientes proyectan su luz única mil veces sobre los ajetreados camareros, que intentan atender a cada uno de los clientes. Detrás de ellos, una pared de botellas de licor de todos los colores imaginables brilla y reluce bajo

la luz iridiscente de las lámparas, como si fueran las gemas más raras; cada botella, una promesa de olvido y éxtasis.

Mierda.

Este no es el lugar adecuado para mí. Ni ahora, ni nunca. Todo aquí está diseñado para sacar a la gente de su pésimo estado de ánimo cotidiano, para ayudarles a ver el lado bueno de las cosas. Eso es lo último que quiero o necesito ahora mismo. Debería estar sentado en cualquier bar de moteros mugriento y lúgubre, bebiendo una cerveza tras otra en la barra y rumiando lo asquerosamente horrible que ha sido mi día. A solas con mis pensamientos y, sobre todo, con mi autocompasión.

Me planteo si no sería mejor dar media vuelta y regresar al hotel. Pero el corazón del *Blind Pig* late con una extraña fascinación que ya me tiene firmemente atrapado. Es como si el aire me envolviera, me embotara y sedujera, pesado y tentador, susurrándome dulcemente que me quede. Que le conceda a la noche una oportunidad de sorprenderme.

Así que sigo abriéndome paso entre las mesas llenas e ignoro las carcajadas y el estruendo permanente de las alegres conversaciones a mi alrededor, así como los muchos hombros con los que tropiezo sin querer hasta que por fin llego a la barra. Una vez allí, me espera como recompensa un taburete vacío, justo al lado de una pareja. Están demasiado ocupados el uno con el otro para fijarse en mí. *¿Era una señal?* Quizá el destino todavía estaba de mi parte esta noche.

Pero fue otra cosa. Algo que en ese momento aún no sabía sería mi segundo error de la noche.

Un camarero con una americana oscura de doble botón mezcla un Cosmopolitan y, poco después, le pasa la copa de cóctel a una camarera que ya está esperando. Cuando ella se aparta de mi campo de visión, distingo a una mujer con un vestido corto flapper rojo chillón y adornado con perlas. Al ritmo de la música trepidante, agita ruidosamente una pesada coctelera mientras ríe de forma contagiosa ante el comentario de un cliente. Su vestido brilla intensamente a la luz de las velas, las perlas parecen bailar con cada movimiento. Parece una aparición, algo sobrenatural que no acaba de encajar aquí y que, sin embargo, al mismo tiempo, encarna el alma del lugar. Mis ojos no pueden evitar quedarse mirándola. En silencio, le doy las gracias al diseñador del vestido por este momento mientras mis ojos recorren sus bien formadas curvas.

La camarera quita la tapa de la coctelera y vierte el contenido en una copa de Martini que tiene preparada, para luego ofrecérsela al hombre con el que estaba hablando. Riendo todavía por el comentario de él, finalmente se aparta y entonces ocurre el tercer error de esta temprana noche.

Sus ojos, de un azul radiante, se encuentran con los míos.

2

Lara

Madre mía, joder…

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, interrumpo el curso de mis pensamientos antes de que se desvíe en una dirección que me resultaría incómoda hasta a mí y, en su lugar, me obligo a apartar la mirada del desconocido que acaba de sentarse en la barra.

Desde el mismo instante en que abrió la puerta y entró en el *Blind Pig* para resguardarse del frío glacial, su presencia fue palpable, como si la propia sala hubiera enmudecido solo para recibirlo como merecía. Se movía con tanta seguridad en sí mismo que casi parecía indicar que el mundo le pertenecía; o, como mínimo, este local.

Por el rabillo del ojo, observé con atención cómo se detenía para absorber todo lo que el *Blind Pig* tenía que ofrecer. La forma en que examinaba su entorno, con una mezcla de expectación y distancia, tenía algo de fascinante.

Por un instante, se me paró el corazón cuando pareció que iba a darle la espalda a la barra y a desaparecer tan rápido como había llegado.

—Por favor, quédate —susurré casi inaudiblemente para mis adentros.

No sabría decir qué fue exactamente, pero algo en él me atrajo al instante de una forma profunda. Es como si nuestros destinos llevaran mucho tiempo entrelazados, a pesar de no habernos visto nunca. Si se hubiera dirigido hacia la puerta y de verdad se hubiese marchado, habría tirado la bebida que estaba preparando por el fregadero y habría salido corriendo detrás de ese hombre misterioso.

Pero no se ha ido. No solo sigue aquí, sino que ahora mismo está sentado en la barra, a pocos metros de mí. Y, si sigo mirándolo así, va a pensar que soy idiota. De forma brusca y totalmente artificial, mi cabeza realiza un giro de noventa grados y por poco me doy de frente con la cafetera automática.

Este esfuerzo me provoca una gota de sudor que ahora me recorre la columna, mientras lucho contra el conflicto interno de querer abalanzarme sobre él y salir huyendo, todo a la vez.

Le lanzo otra mirada fugaz a través de las pestañas. Sí, sigue ahí sentado y parece tan irresistible como hace un segundo, cuando nuestras miradas se cruzaron.

Maldita sea.

No sé quién es ni por qué está aquí, pero siento con cada fibra de mi ser que va a complicarme la vida tanto como en su día hicieron los inspectores de Hacienda que desmantelaron el imperio de alcohol ilegal de mi bisabuelo.

—Tierra llamando a Lara… ¡Oye! ¿Me oyes? —La inconfundible voz de Tracy rompe mis soliloquios y me devuelve al momento presente.

—¿Qué pasa, Trace? —respondo, y me atraganto al pronunciar esa breve frase. El sonido ronco y extrañamente ajeno de mi voz hace que me estremezca. Me doy cuenta de lo nerviosa que sueno, como si no estuviera en mis cabales. Tracy, a quien al parecer tampoco le ha pasado desapercibido mi extraño tono de voz, enarca una ceja y me mira con agudeza antes de dar un ligero golpecito en la barra con la carpeta que lleva en la mano.

—Los Flynn quieren pagar la cuenta. Pero lo más importante: ¿qué te tenía en el limbo? —Lanza una mirada hacia el fondo de la barra y descubre al desconocido de aire sombrío—. Ah, ya veo. —Apoya los codos en la barra y se inclina hacia mí—. ¿Quién es? —susurra.

Agradecida por la distracción, cojo la tarjeta de crédito que asoma por la carpeta, la meto en el lector y espero a que la tecnología haga su trabajo.

—¿Mmm? ¿Quién es quién? —replico con la inocencia de una monja de clausura.

Tracy pone los ojos en blanco.

—Déjate de tonterías. Prácticamente has desnudado y lamido a ese tío con la mirada. Y, por lo visto, se ha apoderado de tus pensamientos; con razón. Es lo más bueno que ha movido el culo hasta aquí en días. Quizá incluso en semanas. Como mínimo, desde la noche que se coló aquí el actor ese de Anatomía de Grey. Aunque no, ¡este está más bueno!

—No sé quién es —respondo en voz baja, intentando mantener la calma, aunque el corazón todavía me late demasiado deprisa. Mi mirada vuela de nuevo hacia él y esta vez lo pillo mirándome también. Un escalofrío me recorre la espalda. Por un breve instante, es como si un hilo se tensara entre nosotros. Entonces, mi pequeño datáfono pita y aparto la vista. Saco la tarjeta y espero a que la impresora cobre vida y escupa un recibo para que lo firmen los Flynn. Luego, echo un vistazo a los datos y me aseguro de que está todo en orden antes de pasárselo a Tracy. Me gusta la comodidad de la tecnología moderna, pero no me fío de ella, sobre todo cuando se trata de cobrar las cuentas del bar. En este negocio, un solo error puede representar fácilmente más de cien dólares.

—Tienes que mover el culo para allá. Sírvele una copa y luego hazte con su número.

—¡Tracy! —siseo.

La camarera vuelve a poner los ojos en blanco.

—Oye, llevas una larga temporada de sequía. Ya es hora de que salgas y socialices. O más bien, que te metas debajo de ese cuerpazo. Y es un verdadero bombón. Si no, ya estaría yo encima, pero… —Agita la mano izquierda de modo que el pequeño diamante de su dedo refleja la luz—. …ya he pescado a uno bueno.

Una pesadez familiar se instala en la boca de mi estómago, la misma sensación de inquietud que tengo cada vez que Tracy presume de su nuevo anillo de compromiso.

—Algunas no vamos a la velocidad de la luz en la vida.

Tracy conoció al hombre que ahora es su prometido hace unos dieciocho días. Quieren darse el «sí, quiero» en su «aniversario» de tres semanas. Si alguien me preguntara mi opinión, diría que Tracy está loca. Pero si alguien me preguntara lo que siento de verdad, diría que Tracy está completamente demente. En lo que a relaciones se refiere, siempre he creído que hay que tomarse las cosas con calma para estar lo bastante segura de que es la persona adecuada o, al menos, alguien en quien se puede confiar.

Mete rápidamente los recibos y la tarjeta de crédito en la carpeta negra.

—Tampoco es que me lluevan los tíos buenos. Ahora que por fin he encontrado uno, no voy a darle la oportunidad de escapar.

Con la carpeta en la mano y su mejor imitación de la risa malvada de un villano que está a punto de tirar a la novia del agente a un foso de cocodrilos delante de sus narices, Tracy se aparta de la barra antes de que pueda responder. Conoce mi opinión al respecto y no quiere volver a oírla.

Con un suspiro, me vuelvo hacia el hombre sentado al otro extremo de la barra. A pesar de que me gustaría dejar que uno de los chicos que trabajan codo con codo conmigo entre las botellas de licor le prestara atención, soy yo quien tiene que ocuparse de los clientes de la barra mientras mis empleados se encargan de los pedidos de las mesas. Cambiar el reparto de tareas a estas alturas nos crearía problemas el resto de la noche.

Con mi mejor sonrisa de anuncio de pasta de dientes, me dirijo al otro lado de la barra, intercambiando de vez en cuando unas

palabras con alguno de mis clientes habituales, pero sin detenerme hasta llegar junto al recién llegado.

Oh.

Dios.

Mío.

Desde lejos ya parecía espectacularmente guapo, pero de cerca… La intensidad de su mirada me pone tan nerviosa que ya no sé qué hacer con los brazos. Él, en cambio, equilibra con pericia su ancho torso sobre el repentinamente diminuto taburete de la barra. Está sentado con tal seguridad, como si el mundo estuviera a sus pies, completamente convencido de que puede conseguir lo que quiera. Sus ojos, de un cálido tono marrón, brillan en la tenue luz del bar y se me clavan con una intensidad que me provoca un ataque de asma espontáneo.

Es como si los dioses griegos me hubieran sonreído y decidido crear a un hombre que cumpliera todos mis requisitos. Ojos expresivos de color nogal, labios carnosos rodeados por una barba de cinco días, pómulos altos, y un pelo oscuro lo justo y necesario para no parecer peinado, pero, sobre todo, para parecer natural. Todo ello rematado con un torso alto y musculoso, con unos hombros tan anchos que podría doblar él solo las sábanas de mi cama de matrimonio.

Con las piernas pesadas y el corazón latiéndome más rápido de lo debido, me acerco a él.

Lara, esto no se te da nada bien.

A ver, si se trata de mantener una conversación superficial con los clientes y escucharles desahogarse, se me da genial. Pero si se trata de entrarle a un tío que me tiene por las nubes, la cago por completo. No sé qué decir, ni siquiera dónde mirar. ¿A su ojo izquierdo? ¿Al derecho?

Me debato entre el deseo de saltar por encima de la barra para sentarme en su regazo y la necesidad de correr a mi pequeño despacho y encerrarme allí, lejos de la tentación que representa este hombre arrebatador y sin nombre que me acecha desde la barra.

Me aferro al borde de la barra con los dedos, por si de repente me fallan las rodillas.

—¡Buenas! —digo con un tono un poco más alto y agudo de la cuenta, mirando fijamente el punto entre sus dos impresionantes ojos.

Venga ya, Lara…

El sonido de mi voz, media octava más alta de lo normal, me hace respingar. He servido a cientos de hombres guapos, pero a ninguno tan guapo como este. Probablemente no haya nadie en el mundo que pueda hacerle sombra en ese aspecto.

Trago saliva y lo intento de nuevo.

—Hola. Bienvenido al *Blind Pig*. ¿Qué te pongo?

Su mirada recorre mi cuerpo y deja un rastro de calor ardiente en mi piel. Me cuesta un mundo no temblar.

—Curiosa elección de uniforme.

Su voz es grave y tiene un ligero acento sureño. ¿Por qué tiene que ser tan grave? Desde que mis hormonas se revolucionaron en la adolescencia, tengo debilidad por las voces así de graves. Me obligo a concentrarme en sus palabras y no en los efectos, ciertamente interesantes y dignos de estudio, que el sonido de su voz tiene en mi cuerpo.

Avergonzada, me miro el vestido de charlestón y me encojo de hombros.

—Cumple su función —respondo delicadamente.

—Mmm...

Apoya una mano sobre la barra y se levanta para poder examinar el resto de mi cuerpo. Le miro los dedos y calculo que hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que esté soltero. Me planteo pedirle que me muestre los otros cinco dedos, pero desecho la idea tan rápido como se me ha ocurrido. Porque a estas alturas, está lo bastante cerca como para que pueda percibir el aroma amaderado de su perfume. Es una fragancia cálida y masculina que me llega a la nariz y casi me marea por un momento.

—Los zapatos también son una elección curiosa.

Vuelvo a bajar la mirada y suelto una risita. Tiene razón. El vestido pide a gritos un par de tacones de aguja con hebillas y de altura imposible. No las New Balance grises y blancas que llevo ahora mismo en los pies.

—Los tacones altos son geniales para bailar. Pero como camarera, una necesita algo práctico —respondo, tratando de

hacerme oír por encima de la música alta.

—¿Lo eres? —Vuelve a sentarse en el taburete, observando las numerosas hileras de flecos que adornan mi vestido, y su ceja izquierda se eleva casi hasta la línea del cabello—. ¿Del tipo de mujer práctica?

—Cuando me apetece, sí.

—Mmm. —Por primera vez desde el inicio de esta conversación, me da un respiro al romper el contacto visual y dirigir su mirada hacia la banda de jazz en directo y las tres parejas que giran y se mecen alegremente en la pista de baile—. ¿Y bailar? ¿Es algo que te gusta? —pregunta después de una pausa.

—Se me conoce por darlo todo en la pista de vez en cuando. —Me paso las manos por las caderas de forma ostensible.

Le brillan los ojos y su sonrisa se ensancha.

—Apuesto a que es digno de ver. Espero tener la oportunidad de comprobarlo alguna vez.

Cada vez que habla, esa voz oscura y aterciopelada provoca cosas extrañas en mi interior y hace que sea casi imposible concentrarme siquiera en sus palabras. Respiro hondo, intento calmarme y me centro en el punto que hay entre sus cejas para no perder la cabeza por completo.

—¿Qué quieres beber? —Cambio de tema hábilmente, pero siento que se me suben los colores a la cara.

El repentino cambio de conversación no parece molestarle.

—¿Qué cerveza me recomiendas?

Me río.

—No habías venido nunca, ¿verdad?

Niega lentamente con la cabeza, estudiándome con sus ojos de miel.

—No… —susurra, y la forma en que pronuncia esa única e inocente palabra me indica que, si nos hubiéramos visto antes, lo recordaría perfectamente.

—He diseñado este sitio basándome en los bares clandestinos de los años veinte. Así que no vendemos cerveza, pero puedes beber todo el whisky, brandy y ginebra caseros que quieras.

Se le abren los ojos de par en par.

—¿Qué clase de bar no tiene…? Espera, ¿has dicho que *tú* misma has diseñado este sitio?

Una oleada de alegría me inunda el pecho. Ciertamente no soy el tipo de persona que va dando la chapa sobre su negocio a todo el que se encuentra, pero eso no significa que no esté increíblemente orgullosa de lo que he creado.

—Sí. Entonces, ¿qué copa te pongo?

Encogiéndose de hombros, se echa hacia atrás.

—Sorpréndeme.

Pocas cosas podría haber dicho que me hicieran más feliz. Lo único que me gusta más que adaptar mis copas al gusto de mis

clientes, es prepararles yo misma la receta del cóctel perfecto.

Me doy la vuelta sobre mis talones, pierdo brevemente el equilibrio, luego cojo un vaso de tubo y unas cuantas botellas de las estanterías.

—Brad.

—Mmm —murmuro mientras observo cómo se mezclan dos líquidos de colores diferentes.

—Brad. Es mi nombre. —El regocijo caldea su voz—. Brad Sullivan.

—Ah. —Estaba tan cautivada por su atractivo físico y por la interesante forma en que mi cuerpo reaccionaba al sonido de su voz que no me había dado cuenta de que no tenía ni la más remota idea de cómo se llamaba, y mucho menos de que tuviera más detalles sobre él—. Brad Sullivan. —Pronuncio el nombre con veneración, dejando que las sílabas fluyan lentamente por mi lengua para probar qué sentimientos despiertan en mí. El nombre parece un poco anticuado, pero suena bien y parece que le va—. Me gusta el nombre. Es un nombre bonito. Con solidez.

—Con *solidez*, ¿eh? Al parecer, mi madre pensó lo mismo. ¿Y tu madre qué nombre eligió?

—Lara. Me llamo así por mi bisabuela. —Satisfecha con lo que le he preparado, levanto el vaso y se lo ofrezco—. Aquí tienes —declaro solemnemente.

—Tiene una pinta fantástica.

Cuando Brad coge el vaso, sus dedos rozan los míos y una inesperada descarga eléctrica me recorre el brazo hasta el corazón. Del susto, casi se me cae la bebida, doy un paso atrás a toda prisa y choco con Trent, uno de mis compañeros camareros.

—¿Un poco patosa hoy? —pregunta Trent con una sonrisa, mientras extiende los brazos y me estabiliza.

Siento un calor que me inunda la cara. Lo único peor que reaccionar de forma exagerada a un simple roce es saber que todos mis camareros —y una buena parte de mis clientes— deben de estar notando que me comporto como una perra en celo.

—Gracias —murmuro y me vuelvo de nuevo hacia Brad.

La diversión prácticamente brota de sus ojos cuando se encuentran con los míos por encima del borde de su vaso. *Genial*. Estoy a punto de convertirme en un charco de deseo no correspondido y a él parece que le hace gracia. Por lo visto, no se da cuenta de que todo es culpa suya.

Respiro hondo para disimular mi vergüenza y me acerco.

—¿Y?

Brad deja el vaso, me coge la mano y envía otra oleada de calor electrizante a través de mí.

—Creo que este podría convertirse en mi nuevo bar favorito.

Me muerdo el labio para reprimir una sonrisa.

—Maravilloso. —La palabra brota de mí en un tono demasiado brillante, demasiado entusiasta. Me apresuro a disimularlo con una

alegre profesionalidad—. Eso es exactamente lo que quiero oír de mis clientes.

Me devuelve la sonrisa.

—¿Algo más que te guste oír?

—Hay un par de cosas.

—¿Por ejemplo?

Le acerco su bebida.

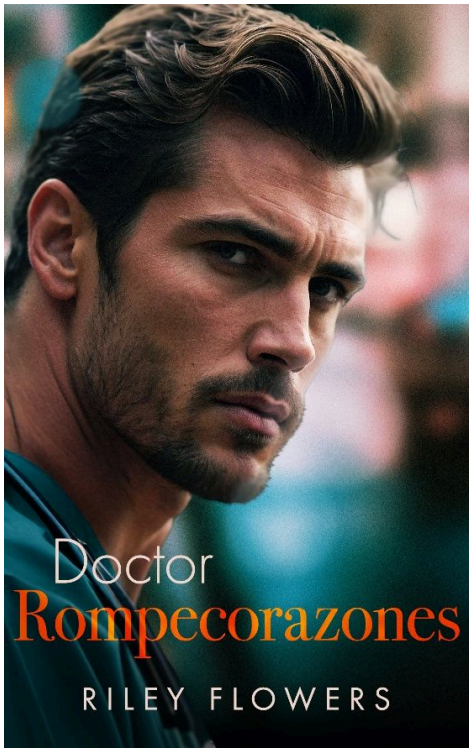
—Bébetela, quédate un rato más y te las contaré.

Haz clic aquí para descubrir qué pasará después

¡Una sorpresa para ti!

Para darte las gracias por tu interés en mis libros, te regalo en exclusiva la novela completa *"Doctor Rompecorazones"*. ¡Y lo mejor: es totalmente gratis!

Puedes descargarlo aquí:



Al mismo tiempo, te convertirás en miembro de mi Club de Lectores VIP y no te perderás ninguna novedad ni ningún lanzamiento. ¡Estoy deseando tenerte allí!

XOXO

Riley

Información sobre Riley

Riley Flowers es una apasionada autora de novelas cuya misión es llevarte fuera de tu vida cotidiana y transportarte a otros mundos a través de sus libros. Sus historias contienen una mezcla de experiencias personales, ensoñaciones y fantasías exóticas.
Riley escribe desde que era adolescente y, después de varios años en el mundo empresarial, finalmente cedió al llamado de su musa para concentrarse plenamente en la escritura.

Para comentarios, sugerencias o simplemente para saludar, puedes contactar a Riley en: **rileyflowersautorin@gmail.com**

Riley responde personalmente a cada mensaje.

Riley en Facebook: Haz clic aquí